

A man with long, wavy brown hair and light stubble is shown from the waist up, wearing a dark blue tuxedo jacket over a white dress shirt and a white bow tie. He is looking off to the right with a slight smile. The background is a sunset over the ocean, with a white railing visible on the left and right sides of the frame.

*Un caballero
Inconveniente*

~~~~~  
Catherine Brook

*Un caballero inconveniente*

**Catherine Brook**

Los Allen 5

**Prólogo**

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Epílogo**

## Prólogo

Inglaterra, 1830

Habían pasado cuatro años desde que Edwin Allen había asistido a una fiesta de esas. En general, las semanas campestres de lady Pembroke eran del agrado de toda la sociedad, y bastante anheladas por aquellos jóvenes que ya se sentían preparados para entrar en el mundo trágico pero ineludible del matrimonio. Él no estaba listo, y dudaba que algún caballero de veinticuatro años recién salido de la universidad lo estuviese. A menos, claro, que fuese un hombre con un fuerte sentido de la responsabilidad y apego a lo tradicional, virtudes que nadie podría adjudicarle jamás.

En realidad, era muy difícil que le adjudicaran alguna virtud.

Edwin sonrió ante el pensamiento y tomó un sorbo de la copa, su única compañía en el solitario jardín. Para su gran fortuna, era el baile de inauguración y todos estaban dentro festejando, por lo que era improbable que lo importunaran. No era que detestase las fiestas o a las personas, solo que él prefería entretenimientos más interesantes. De preferencia, con mujeres menos recatadas que las allí presentes y caballeros tan bromistas como él.

Todavía recordaba la discusión que tuvo con Julian al respecto.

—Sé que eres un adulto, pero el sentido común me dicta que no es conveniente dejarte solo en casa —había dicho su hermano Julian con tono inflexible después de que Edwin rechazara rotundamente la idea de ir a la semana campestre de lady Pembroke.

—Si ese es el único inconveniente, me quedaré en un hotel —había respondido él, haciendo que en los rasgos de Julian apareciera esa mueca contrariada que tanto le divertía.

—No, no es el único. Estás en edad de empezar a introducirte en sociedad. La aristocracia sabe que te has graduado, les ha resultado toda una sorpresa porque todos juraban que te expulsarían. Han empezado a incluirte en las invitaciones.

—Espero que no tengan la absurda idea de que me he reformado, porque de ser así...

—Edwin —había interrumpido su hermano—, ya no eres un jovencuelo.

—Que haya pasado la etapa de bromas no me hace un caballero respetable. No tengo ánimos para tratar con gente estirada y damas que parpadean como si los ojos se le fueran a secar solo por no pestañear cada medio segundo. ¡Por Dios, Julian! Sabes que asistir a esa fiesta en particular es gritar que estás buscando esposa. Soy muy joven para eso. No pienso ir y es mi última palabra.

Por supuesto, no había contado con que el conde de Granard, que siempre había sido más bien

benevolente con él y con su melliza Clarice, se pusiera inflexible en el tema. Había pocas personas que pudieran obligar al famoso mellizo Allen a hacer algo que no deseaba, y Julian estaba en ese reducido grupo que solo conformaban él y Clarice. El primero porque había sido lo más cercano que tuvo a una figura paterna cuando quedaron huérfanos a los siete años, y la segunda porque era su melliza, su otra mitad, y no había nada que Edwin no hiciera por ella... aunque moriría antes de confesárselo. Así pues, valiéndose de ese respeto que Edwin le tenía, había conseguido arrastrarlo hasta allí.

Por fortuna, Edwin era el cuarto hijo de un conde y sus posibilidades de heredar un título eran casi nulas. De lo contrario, estaría rodeado de jóvenes casaderas que lo asfixiarían con sus perfumes de rosas y lo marearían con tanto aleteo de pestañas.

No tener una fortuna considerable y ser bastante joven tenía sus ventajas. Cuando todos comprendieran que no se había regenerado —y él se encargaría de que quedase claro— todo volvería a la normalidad. La aristocracia dejaría de enviarle invitaciones y darían un paso hacia atrás cada vez que lo vieran entrar.

Después de todo, si algo inspiraban los mellizos Allen era cautela, y no era para menos.

Todos sabían que fueron los mellizos quienes, a la tierna edad de ocho años, liberaron a los perros de caza en el almuerzo de lady Milford, y ni que decir de cuando Edwin había incendiado un salón en Eton —y por eso fue expulsado—. La sociedad estaba siendo demasiado idiota al pensar que un personaje como él se podía reformar. Sabía que algunas matronas estaban desesperadas por casar a sus hijas, pero no era necesario llegar a fantasías absurdas.

—Edwin—susurró una voz suave a sus espaldas.

Edwin se tensó y se permitió hacer una mueca de repulsión antes de girarse con una sonrisa algo tensa.

—Lady Lydia, qué sorpresa.

En realidad no lo era en lo absoluto. Sabía que la dama estaba allí: llevaba intentando evitarla toda la noche. Supuso que había sido demasiado optimista de su parte pensar que podría huir de ella toda la semana.

—No sabía que habías regresado. Me alegra mucho volver a verte —dijo con una sonrisa.

Edwin admitía que tenía una sonrisa bonita. Lástima que fuera lo único en su rostro.

No había cambiado en lo absoluto desde la última vez que la vio; si acaso se había vuelto más fea. Tenía una nariz gruesa, como la de las ilustraciones de las brujas en los cuentos; unos ojos muy grandes y un rostro demasiado redondo. Su cuerpo prometía ser un poco más tolerable, pero era difícil de descifrar con tantas capas de tela encima.

La sociedad no las apodaba a ella y a sus hermanas «los esperpentos Sheritong» por nada.

—Llegué hace poco.

Por más que la cortesía lo exigiera, Edwin no se atrevía a responder con un «también me alegro de verte». No solo porque no se alegraba, que ya era una razón muy poderosa puesto que él no solía hacer uso de ese tipo de mentiras, sino porque solo agravaría el problema. Había pensado que una separación de cuatro años lo solucionaría por sí solo, pero cuando la joven había intentado llamar su atención esa noche supo que había pecado de ingenuo.

—Podrías haberme escrito.

Edwin tuvo que contener una mueca.

*No, definitivamente el problema no se había resuelto.* Había sido demasiado esperar considerando que era un Allen, un apellido maldito para la sociedad, ya que quienes los portaban vivían entre líos y escándalos. En el caso de los mellizos Allen, y de él en particular, los problemas no los encontraban, sino que ellos mismos, ansiosos de diversión, iban en busca de estos.

Sin embargo, en ese caso particular, el problema sí lo había encontrado.

¡Y vaya problema!

Todavía recordaba aquel día con un escalofrío.

Clarice y él estaban haciendo un favor que implicaba el allanamiento de habitaciones privadas durante una fiesta. A punto de ser descubiertos, Edwin había salvado la situación haciéndose el perdido y pregonando que había quedado con lord Sheritong para hablar de los términos del cortejo de su hija. Qué diablos iba a imaginar que lord Sheritong se enteraría.

Así fue como terminó haciéndole la corte a Lydia, que, por más que él solía mostrarse desagradable, se aferraba a él como su tabla de salvación.

No era de extrañar. Ella no tenía más pretendientes y quería conservar al único que tenía, así fuera tolerando sus desplantes. A la larga, a Edwin le había dado pena la joven y había dejado de comportarse como un desalmado, pero no había dudado en aprovechar su regreso a la universidad para poner fin a aquel cortejo tan espantoso. O al menos *creyó* haberle puesto fin.

Aunque las pruebas apuntaran lo contrario, todavía quería creer que la joven se había acercado a saludarlo solo por amabilidad.

Sí, eso es algo que ella haría.

—Los chismes llegan más rápido que una carta —apuntó Edwin, fingiendo indiferencia—. Y hablando de chismes, no deberías estar aquí fuera mucho tiempo. No es bueno para tu reputación.

Lydia lo miró de una forma extraña, como si no lo comprendiera.

—¿Te sucede algo, Edwin? Te noto extraño.

—Estoy bien. Pero deberíamos regresar... —Hizo ademán de marcharse.

Si no se iba ella, tendría que hacerlo él. Una situación así era tentar demasiado al apellido Allen.

—No entiendo la urgencia. Sé que no es correcto, pero ya que nos vamos a casar...

Edwin no escuchó lo que dijo después de eso. La insinuación del matrimonio lo detuvo en seco.

*¿Casar? ¿Se había vuelto loca? Seguro que sí.*

En cuatro años podían suceder muchas cosas, y no era por ser cruel, pero el constante rechazo al que Lydia debía haberse visto sometida podía haber afectado sus capacidades mentales. Suponía que era uno de los efectos más drásticos de saberse una solterona. Algunas se amargaban, otras vivían de ilusiones y unas pocas como lady Lydia mezclaban esas ilusiones con la realidad hasta fusionarla y convertirla en un mundo ideal que solo ella veía, con un caballero solo para ella.

Edwin debía dejarle claro que él no podía ser ese caballero.

—¿Casarnos?

Tenía muchas cosas más que decir, pero la incredulidad lo superaba. La palabra le causaba fobia.

*Casarse. Asumir responsabilidades.*

De verdad ella se había vuelto loca.

Tomó un sorbo de licor para tranquilizarse.

Lydia lo miró con extrañeza.

—Antes de marcharte dijiste que cuando regresaras nos casaríamos.

Edwin casi se atraganta con la bebida. Su piel palideció dos tonos.

Él no pudo haber dicho semejante idiotez. Era cierto que mentía con frecuencia para salir de problemas, y también recordaba que antes de enfrentar algunos encuentros con ella se tomaba unas cuantas copas para darse valor, pero que lo condenaran si había prometido semejante cosa. Bajo ninguna circunstancia, ni siquiera borracho, podría haber mencionado algo tan absurdo. Edwin se tomaba muy en serio su libertad. Jamás bromearía con ello.

Definitivamente esa joven había perdido el juicio.

—Bueno, esas no fueron tus palabras exactas —continuó ella al ver su expresión de incredulidad. Edwin respiró con alivio. Le alegraba saber que no era él quién estaba perdiendo la cordura—, pero dijiste que necesitabas ir a la universidad para poder ofrecer a la dama con la que te casaras un futuro prometedor. Dijiste que mi padre jamás aceptaría a un don nadie en la familia.

Eso sí lo recordaba. Sí, eso había sido con exactitud lo que había dicho, aunque estaba seguro de que la mención de lord Sheritong había sido un ejemplo y no una insinuación. Recordaba haber dicho: «Por ejemplo, lady Lydia, su padre jamás aceptaría a alguien sin fortuna propia, ¿no es así?».

Dicho de esa forma sí parecía una indirecta, pero ¡qué diantres! Estaba demasiado desesperado por quitársela de encima.

—Lydia —comenzó, intentando mantener la calma a pesar de que había empezado a sudar—, yo...

—No tienes por qué preocuparte si aún no has conseguido dinero suficiente —se apresuró a añadir ella—. Mi dote es generosa, y viene incluida una propiedad donde podemos vivir. Es en el campo, y creo que para los primeros años de los futuros niños es ideal, ¿no crees?

*¿Niños?!*

Edwin sentía que le empezaba a faltar la respiración.

—Estoy muy emocionada —continuó ella con una gran sonrisa. Solía ser muy habladora cuando estaba alegre—. Estos años he estado imaginando la boda y...

—¡No me voy a casar contigo! —soltó él con brusquedad.

No había sido su intención usar ese tono, pero era como si tuviera una mano en su cuello que se apretaba más y más ante cada palabra que ella pronunciaba. No era una analogía muy descabellada. Después de todo, ella estaba echándole la soga al cuello sin su consentimiento. Su cabeza le exigía que buscara la forma de liberarse.

Ella parpadeó. Él notó que no había procesado del todo sus palabras y se obligó a moderar su tono.

—No me voy a casar contigo —repitió, como si no hubiese quedado claro—. Nunca fue mi intención.

Podría haberse ahorrado eso último y mentir diciendo que había cambiado de opinión en ese tiempo. No obstante, dadas las circunstancias, era mejor cortarlo todo de raíz.

—N-no entiendo —tartamudeó ella con voz ahogada. Edwin rogaba que no se pusiera a llorar—. Estabas cortejándome. Pediste permiso a mi padre para hacerlo.

Edwin suspiró y se acabó el contenido de su copa para darse valor.

—Sí, pero lo hice para salir de un problema. Por motivos que ya no vale la pena mencionar, estaba merodeando en lugares prohibidos de tu casa aquella noche, y para encubrirme, me hice el perdido y utilicé la excusa de que quería pedirle a tu padre permiso para el cortejo. Dios sabrá por qué se me ocurrió algo tan radical, pero el asunto se me fue de las manos. La universidad fue la coartada perfecta. Jamás imaginé que esperarías cuatro años...

Se calló cuando vio que ella había empezado a llorar.

¡Maldita sea! Quizás podría haber tenido más tacto, pero ni Edwin se había caracterizado nunca por esa virtud ni había forma amable de contar la verdad.

—Lo siento —concluyó él, utilizando ese tono que en nueve de cada diez casos le aseguraba el perdón de los ofendidos.

Si algo sabían los mellizos Allen, era pedir disculpas para salir indemnes. Lamentablemente, ese parecía que sería el uno de esos diez casos en los que no funcionaba. Lydia había empezado a sollozar, y Edwin por primera vez se encontró sin saber manejar una situación.

—Mira, no habríamos congeniado. Soy un desastre de persona. Mi apellido tiene una maldición encima. Nadie en su sano juicio quiere pertenecer a mi familia. ¿De verdad quieres vivir el resto de tu vida con mala suerte?

Ella no lo escuchaba, tal vez porque sus sollozos no le permitían oír más. Él se encontraba desesperado. No solía ser un caballero ejemplar, pero no podía irse y dejarla así, tan desconsolada.

—Eres una buena persona. Seguro que encontrarás a alguien más...

—¡Eso no pasará y lo sabes! —espetó con rabia, levantando por fin la mirada del suelo. Esos grandes ojos verdes lo miraban con odio y brillaban por las lágrimas contenidas—. Tengo veinticuatro años y soy fea. ¡No intentes decir que no! —añadió al ver que él iba a intervenir—. Al menos podrías habérmelo dicho antes de marcharte. Rechacé al odioso primo Henry por esperarte. Lo odio y sé que solo quería mi fortuna, pero ¿qué más daba? Iba a ser mi única oportunidad.

—Yo traté de ser odioso —replicó él. Después de tantos problemas, intentar justificarse también era una costumbre—. Quería que te alejaras. Sin embargo, no lo hiciste.

—¡Cállate! —chilló. Luego sollozó—. Estaba emocionada. Nadie había pedido nunca permiso para cortejarme formalmente. Ni los cazadote se atrevían a tanto. Era demasiado repulsiva para todos, me había resignado a quedarme soltera y entonces apareciste tú. Me ilusioné. No pude evitarlo. Creí que la altanería era común en alguien de tu clase. No podía ponerme exigente. Y luego, cuando te volviste amable, supe que todo podría salir bien.

—Lydia...

Edwin no sabía qué más decir. Se sentía despreciable. Y como no era un sentimiento con el que estuviera familiarizado, decidió echarle la culpa al apellido. Si no estuviese maldito, las cosas no se habrían complicado tanto.

Ella no pareció prestarle atención. Miraba algún punto del vacío detrás de él. Su cara expresaba verdadera ira contenida.

—No deberías darle tanta importancia —volvió a hablar él, bastante frustrado. No sabía cómo manejar la culpabilidad y prefería buscar excusas para sentirse mejor.

Ella entonces lo miró. Solo fue un segundo antes de bajar la vista con recato. Sin embargo, le bastó para distinguir el odio que le profesaba. Por eso no pudo sorprenderse más ante el tono dulce con el que dijo:

—Nunca me han besado. ¿Puedes cumplir al menos esa ilusión? Prometo que después me iré y fingiré que nada ha pasado.

Edwin hizo una mueca de disgusto, no muy entusiasmado con la idea. No obstante, se lo debía. Era lo mínimo que podía hacer. Después de eso, todo volvería a la normalidad y él podría dormir en paz.

—Está bien —accedió.

Ella esbozó una sonrisa tímida y se acercó. Edwin bajó la cabeza y rozó sus labios con suavidad.

Fueron solo unos segundos, pero antes de que se hubiese separado por completo, el chillido de unas mujeres llamó su atención. Se giró con rapidez y observó como dos damas que paseaban por el jardín lo miraban de forma acusadora.

—¡Inmoral! ¿Cómo se ha atrevido? —exclamó una.

—Es un Allen, ¿qué esperabas? —dijo la otra.

Entonces, ante el alboroto, otros invitados empezaron a acercarse. Él miró a Lydia y la satisfacción en sus ojos le dio la respuesta.

Cerró los ojos y maldijo en su interior. Ya no había forma de salir de ese problema.

*Maldito apellido.*

# Capítulo 1

Londres, 1837

—Me voy a divorciar —declaró Edwin Allen con fingido desinterés. Se recostó en una de las esquinas de la gran biblioteca y observó los rostros pasmados de sus familiares mientras intentaba mantener a raya su propia ansiedad.

Se empezó a preocupar cuando, tras varios minutos, sus familiares seguían sin pronunciar palabra.

A pesar de que su familia tenía cierta tolerancia a las conductas escandalosas y a los problemas, Edwin era consciente de que esa decisión sobrepasaba lo aceptable incluso para ellos. Hasta el momento, ningún Allen, por grande que fuera su tendencia al escándalo o a los líos, había llegado a ese nivel. La alta sociedad no perdonaba un divorcio.

Fijó su mirada anhelante en la única persona que esperaba que lo apoyara: Clarice Allen —o Evanson, pero el apellido pocas veces se utilizaba con su nombre fuera de eventos sociales—. Su melliza parpadeó para salir del asombro y su rostro se apresuró a enseñar una expresión de desinterés.

—Has durado cinco años más de lo que había esperado —comentó como si el asunto no tuviera importancia.

El tono indiferente le ganó cuatro miradas de reproche, pero Clarice, que pocas veces se amainaba ante algo, las ignoró.

—Precisamente porque han pasado más de cinco años, Edwin, es que esto es una locura. Imposible. Tú mejor que nadie debes saber que el divorcio no es legal —declaró Julian, conde de Granard y jefe de la familia, antes de recostarse con un suspiro cansado sobre el respaldo del sillón.

A pesar de que los años habían tratado bien al conde, pues seguía conservando un porte atlético y unos rasgos apuestos, tantas décadas de problemas habían teñido su cabello de blanco casi por entero, y unas arrugas entre las cejas evidenciaban lo mucho que todos sus familiares le habían hecho fruncir el ceño.

A esas alturas, a Edwin no le interesaba amargarle más la vida. Sin embargo, había cosas que no se podían cambiar, como, por ejemplo, su tendencia a replicar cuando podía hacerlo.

—No es legal —admitió Edwin, que había pasado cinco años de su vida estudiando leyes en Cambridge solo porque era demasiado activo para la vida de un noble—, pero tampoco es imposible. Ha habido más de doscientas excepciones en el último siglo. Solo se necesita dinero e

influencias. Si tenemos ambas, ¿por qué no hacer que sirvan de algo?

Julian pareció querer lanzársele encima. Fue Sapphire, su cuñada, quien actuó como mediadora de paz y lo sostuvo susurrándole unas palabras en el oído. La sensata condesa de Granard tenía la capacidad de calmar a un toro furioso, siempre, por supuesto, que ella misma estuviese de humor. Edwin notó que después de la noticia había contado en alemán, por lo que debía estar lo suficientemente tranquila para evitar posibles intentos de asesinato hacia su persona.

—Edwin —intervino su hermano Richard con seriedad. Con regularidad, solía tener un carácter más relajado que Julian, por lo que ver esa faceta suya fue extraño—. Sabes muy bien que, más que eso, se necesita un motivo válido. La única razón por la que se aprueba un divorcio es...

—Adulterio de parte de la mujer —interrumpió Edwin con tono sombrío—. Utilizaremos ese. Tengo pruebas.

De nuevo, un silencio sepulcral se instaló entre los presentes. Edwin lo comprendía, eran ese tipo de declaraciones que las personas no sabían contestar por ser incómodas y delicadas. Ni siquiera Clarice tenía una réplica para ello, aparte del «no debiste casarte con ella» que venía repitiendo constantemente desde la boda. Para su hermana, una mujer que era capaz de usar esas artimañas para atrapar a un marido no era digna de consideración. Y Clarice siempre tenía consideración por las mujeres.

Al principio, Edwin había pensado en algo semejante, e incluso consideró negarse a una boda aunque eso supusiera un duelo con el padre de la joven. Sin embargo, había reflexionado sobre todo lo que lo llevó a esa situación y terminó cediendo, pues podía ser cualquier cosa, pero tenía honor.

Clarice nunca había analizado la situación desde un punto objetivo: solo podía ver que le habían arruinado la vida a su mellizo y respondía en consecuencia. Sin embargo, y a pesar de que la melliza no podría describirse como sensata o prudente, supo que no era momento para decir «te lo dije».

—Edwin, ella quedará arruinada. ¿Estás seguro? —preguntó con cautela su hermano Alec, el más *sensato* de toda la familia... si alguna vez podía adjudicárseles ese calificativo.

—No se podrá volver a casar —añadió Richard.

—Será repudiada —comentó Julian—. Y, con sinceridad, no creo que a ti te vaya a ir mejor.

—No me interesa ser repudiado —dijo con indiferencia—. Estaba pensando en irme a América.

—¿América?! —exclamó Clarice con un deje de alarma.

—Sí —musitó Edwin—. Al menos un tiempo. No es conveniente para las mujeres casaderas de la familia tener un escándalo tan cerca.

—Pero...

—Volviendo al tema de Lydia, Edwin —interrumpió Julian, ignorando la mirada asesina de la melliza—. ¿Al menos sabe que estás a punto de arruinarle la vida?

—Ella se la arruinó a él. Estarían a mano —farfulló Clarice.

Julian la ignoró.

Edwin esbozó una sonrisa algo melancólica.

—Lo sabe... y está de acuerdo.

No hizo falta añadir más explicaciones. Los demás debían dar por supuesto que la dama quería estar con su amante, por muy escandaloso que esto fuese.

—Dios santo —musitó Julian, pasándose una mano por los cabellos. Después miró a Edwin con reproche—. No comprendo por qué no seguiste la idea inicial de anular el matrimonio tres o cuatro meses después.

—Hubiera sido igual de escandaloso —evadió Edwin, con esa capacidad que poseía de responder solo lo conveniente.

—Te aseguro que no tanto como un divorcio —replicó con acritud lady Georgiana, la esposa de su hermano Alec. De toda la familia, era la dama más educada en lo respectivo a reglas sociales—. La sociedad nunca perdona un divorcio.

—¿De qué sirve especular lo que podría haber pasado? Necesito saber si me vais a ayudar o no.

—Nosotros te apoyamos —dijo Clarice, y lanzó una mirada a su esposo, que se encontraba a su lado—. ¿Verdad, Aidan?

Lord Grafton arqueó una ceja y, por unos minutos, Clarice y él parecieron retarse con la mirada. Al final, el hombre de cabellos castaños asintió y Clarice sonrió. Edwin respiró con alivio, pues Grafton tenía gran influencia en la Cámara de los Lores.

—¿Richard?

Richard Allen, miembro activo de la Cámara de los Comunes, suspiró y miró a su esposa, Arleth, que pareció retarlo a que le negara su ayuda. Terminó asintiendo, aunque Edwin siempre estuvo seguro de que lo haría.

—¿Julian? —dijo casi con súplica.

El testarudo hermano mayor guardó silencio por un tiempo tan prolongado que Edwin se empezó a preocupar. No fue hasta que Sapphire le dio un codazo disimulado que asintió con un gruñido.

Edwin respiró aliviado. Ya tenía a la familia de su parte. Faltaba conseguir al resto de los aliados.

Observó a la dama rubia que estaba sentada casi frente a él y que, hasta entonces, había guardado silencio, algo impropio de su carácter. Ella, al percatarse de que Edwin la miraba, soltó un bufido poco femenino.

—Vas a tener que utilizar magia si planeas convencer a Eliot de se ponga de tu parte en este escándalo —respondió Angeline Miller, actual condesa de Coventry. Había sido conocida en sus años de soltera como Angeline Allen, un problema andante.

—Yo no planeaba convencerlo —contradijo Edwin, sabiendo que ni sus mejores argumentos harían que el incorruptible y correcto conde de Coventry apoyara una decisión escandalosa. Su apellido rehuía el escándalo, y casi veinte años después de su matrimonio, los Allen aún se preguntaban cómo habían terminado juntos—. Esperaba que tú lo hicieras.

—Olvidalo —dijo Angeline—. Es un caso perdido.

—Por favor —pidió Edwin con su mejor tono de súplica. Se esmeró en componer una expresión melancólica—. No imaginas cómo han sido estos años, y...—Guardó silencio a propósito para añadir suspenso a su próxima declaración—. Me gustaría tener la oportunidad de ser feliz, como todos vosotros.

La expresión de Angeline se suavizó y Edwin se contuvo para no mostrar su júbilo. La dama había tenido siempre un punto débil, y este era el romance. No había nada que la emocionase más que un «felices para siempre», y haría lo que fuese para que todos lo consiguiesen. A esas alturas, y después de cinco infernales años, Edwin dudaba de que ese fuera su destino, pero siempre podía usarlo a su favor.

Observó que todos le dirigían una mirada escéptica, pero ninguno se atrevió a decir nada. Después de todo, el mellizo mentía demasiado bien para que alguien se atreviera a afirmar que sus palabras no eran reales.

No por nada se había ido por las leyes.

—Lo intentaré —claudicó Angeline.

—Gracias. —Lo dijo con tanto sentimiento que su hermana solo pudo lanzarle una mirada de fastidio.

—Supongo que podría convencer a mi hermano de que apoyara la causa —intervino lady Georgiana, provocando la sorpresa de todos—. Desde que se casó tiene la creencia de se debería aprobar la separación entre las parejas cuando estas son infelices.

—No podría estar más de acuerdo con lord Londonderry —dijo Edwin con regocijo—. Te agradezco el favor, cuñada. ¿Nunca te he dicho lo mucho que me agrada que pertenezcas a esta familia?

Edwin hizo ademán de acercarse con intenciones cariñosas, pero Georgiana, que no era dada a esos gestos de afecto, alzó una mano para detenerlo.

—Puedo sentir desde aquí tu agradecimiento. De nada.

A su lado, Alec rio y le pasó un brazo por los hombros que ella no rechazó. Edwin suspiró como si se sintiera decepcionado. No duró mucho la actuación, pues Sapphire intervino:

—Ya que buscamos aliados, podría hablar con el duque de Richmod —comentó, refiriéndose a

quien había sido su tutor antes de que se casara—. También podría comentarles el tema a mis primas. No sé si Ruby pueda convencer a Aberdeen, pero lord Clifton haría lo que fuera por Esmerald y estoy segura de que Topacio puede persuadir a Rutland...

—Rutland apoyaría cualquier cosa que le divirtiera y fuera escandalosa —interrumpió Julian con fastidio—. No necesita que nadie lo persuada. Yo diría que estaría encantado.

—Pues vaya que tienes suerte, muchacho —dijo Richard con su habitual sonrisa de humor—. Me tienes a mí en la Cámara de los Comunes y tienes en la Cámara de los Lores a dos duques, un posible marqués, cuatro condes si Coventry y Londonderry aceptan y un barón. No recordaba que la familia estuviera tan bien relacionada. Lástima que Mariam se haya casado con un hijo segundo. Hubiera completado el grupo.

—Yo solo puedo agradecer que se haya casado —replicó Julian, aunque su semblante mostró cierta melancolía ante el recuerdo de su hija. La única hija del conde había abandonado el hogar hacía tan solo dos meses, y aunque Julian moriría antes de admitirlo, la extrañaba—. Después de este escándalo, hubiera sido imposible.

—No sabéis cómo os lo agradezco —dijo Edwin con seriedad.

La frase sorprendió a todos, pues agradecer no era algo que el mellizo hiciera con frecuencia. Siempre había tenido una actitud un tanto arrogante, producto de una infancia consentida y una adolescencia disipada. También era de esos hombres capaces de conseguir casi cualquier cosa sin ayuda, pues si algo caracterizaba a los mellizos Allen, era una inteligencia poco conveniente para su entorno.

Incapaces de reaccionar ante la declaración, se formó un silencio un tanto incómodo que solo fue roto ante el anuncio de la cena por parte del mayordomo.

Aliviados porque la conversación hubiera llegado a su fin, cada uno de los miembros de esa complicada familia empezó a encaminarse hacia el comedor. Edwin los observó partir, uno por uno, sintiéndose feliz como pocas veces por haber nacido bajo el seno de una familia tan peculiar. Los Allen podían ser problemáticos o escandalosos, pero jamás se daban la espalda.

Iba a dar un paso para salir él también cuando alguien lo retuvo del brazo.

—También siento curiosidad por el motivo por el cual no anulaste tu matrimonio en los primeros meses.

Edwin se giró hacia Clarice, que se encontraba recostada a su lado en la pared, con los brazos cruzados y una postura desenfadada nada propia de una dama; ni mucho menos de una profesora de una escuela de señoritas. Por supuesto, Clarice jamás se había adaptado al prototipo que la sociedad tenía de dama, y de más estaba decir que en su escuela se enseñaba, de forma muy sutil, algo más que modales. Su hermana siempre había tenido la idea de que las mujeres eran igual de buenas que los hombres, y no poder hacer que la sociedad lo entendiera era causa de sus continuas frustraciones. A pesar de todo, Clarice se conformaba con plantar la idea de forma delicada en la

cabeza de sus alumnas, aunque dada la estricta sociedad londinense, pocas llegaban a entenderlo.

—Sé que tienes curiosidad —respondió Edwin con humor—. Me haces la pregunta al menos una vez al mes.

—Si me respondieras, dejaría de hacerlo.

—Te he respondido en varias ocasiones.

—¡Con una vil mentira! —exclamó, ofuscada.

Quizás sí había una persona en el mundo que podía distinguir cuando Edwin mentía, y esa era Clarice. Era parte de las desventajas de haber estado casi cada minuto de su vida con ella cuando eran jóvenes. Si tal vez fuera menos lista o algo despistada, Edwin habría podido engañarla —aunque no era algo que hiciera con frecuencia—, pero nadie se atrevería jamás a describirla con esos adjetivos. Clarice Allen tenía una mente aguda similar a la de él.

Además, tenían una conexión especial. De alguna manera, sabían cuando el otro no estaba bien.

—Sí —admitió por primera vez, no sin cierto pesar—, pero es la única respuesta que obtendrás.

Clarice arrugó el ceño para demostrar su desagrado. En otro tiempo hubiera hecho algo similar a una pataleta, o Edwin hubiera tenido que estar pendiente de no recibir una broma pesada, pero a los treinta años sus muestras de disgusto habían madurado con ella. Se limitó a observarlo de esa forma amenazante que hubiera intimidado a uno más débil, y al ver que, como había supuesto, no funcionaba, recurrió a otra táctica.

—Nunca nos ocultamos nada. ¿Ya no confías en mí? —preguntó haciendo un puchero.

El chantaje era ese as que Clarice siempre tenía bajo la manga y nunca dudaba en usar. Edwin admitía que, por un momento, estuvo a punto de caer en su trampa.

Solo por un momento.

—Confío en ti y lo sabes, pero a veces existen secretos que no son solo míos —dijo con una sonrisa melancólica. Se acercó y besó la frente de su hermana favorita antes de encaminarse hacia el comedor.

El gesto dio la conversación por terminada, y aunque Clarice podía ser muy terca cuando tenía una idea en la cabeza, tuvo a bien no insistir. También lo conocía lo suficiente para saber hasta dónde podía llegar.

Edwin, por su parte, suspiró cuando ya nadie podía verlo.

Era verdad lo que le había dicho. Ese secreto no era solo suyo, y no tenía derecho a comentarlo a pesar de que, si se veía desde un punto de vista objetivo, no tenía por qué deberle lealtad a Lydia.

La cena transcurrió con normalidad, si se podía alguna vez calificar una cena de la familia Allen así, y Edwin regresó a casa temprano. La vivienda, ubicada en St. James, se alzaba majestuosa y lo incomodaba. No estaba llegando a un hogar, sino a un sitio en el que se sentía

cada día más vacío.

Con resignación, entró en el oscuro vestíbulo y dejó el sombrero y el abrigo en la entrada. La luz del candil al final del pasillo reveló que no había tan poca actividad como parecía, aunque a buen seguro el servicio debía estar cenando. Entró al salón principal, iluminado solo por la luz que se colaba por las grandes ventanas y una lámpara de gas colocada sobre la mesa que se hallaba frente a la chimenea. Apenas era una débil llama que se esforzaba por resaltar entre la oscuridad del gran espacio, pero tenía suficiente fuerza para iluminar el perfil de la mujer que estaba sentada en uno de los sillones forrados de cuero, acurrucada como si fuera una niña inocente y desamparada.

Sin embargo, su mirada dejaba entrever la experiencia que solo podían dar los errores.

—¿Qué te han dicho? —musitó ella con voz cansada.

—Me apoyarán. En realidad, conseguí más apoyo del esperado. Como dijo mi hermano: tengo una familia muy bien relacionada. —Sonrió en un intento de dar ánimo y se acercó hasta que pudo detallar mejor sus rasgos—. Posiblemente cueste la mitad de mi fortuna, pero ¿qué es eso ante el placer de escandalizar a la sociedad? Hablarán de ello todo el año.

—Yo diría que durante la próxima década. No todos los años sucede un divorcio —respondió ella, siguiéndole por primera vez la broma. Edwin se sorprendió. Con regularidad, su humor tendía a irritarla. Esa pequeña concesión no duró mucho, rápidamente su semblante volvió a ensombrecerse—. ¿Cuánto crees que durará?

Edwin se encogió de hombros.

—Unos meses. Estaba pensando que quizás sea mejor vender esta propiedad. Puedes irte a donde quieras, yo me voy a un hotel. Será lo mejor. —Lydia asintió sin mostrar mucho ánimo—. ¿Estás segura de esto?

Ella esbozó una sonrisa irónica, mostrando unos dientes desalineados y algo amarillos. Luego lo miró de una forma extraña, como si intentara analizarlo.

—No deberías tener reticencias. Nunca quisiste esto.

Edwin no era tan caballero para negarlo.

Lydia amplió la sonrisa.

—Los errores se pagan, Edwin. Mientras más grande el error, más caro el precio. Ya basta de prologar esto, ¿no crees? Llegará el momento en que nos destruiremos uno al otro.

—Físicamente eso es imposible —acotó Edwin, solo por no poder evitar su tendencia a replicar.

Lydia lo miró con fastidio. Nunca le había gustado esa costumbre de Edwin, que no conoció hasta después de la boda. El mellizo solo era encantador cuando se lo proponía, pero con regularidad ese encanto iba seguido de un humor negro, cruel, y una manía de ganar todas las discusiones.

Abogado tenía que ser.

—El cuerpo es fuerte, pero el alma es tan frágil como el cristal. El primero se recupera, la segunda no. Una vez se quiebra, nada vuelve a ser igual.

Edwin no tuvo nada que rebatir a eso, y Lydia se lo agradeció.

—Mañana buscaré al testigo. La semana que viene se planteará el caso en el parlamento.

Lydia asintió y no dijo más nada. Edwin lo tomó como una señal para marcharse.

Una vez en su habitación, se fue despojando de sus ropas mientras pensaba en las palabras de su esposa.

Aunque no le gustara admitirlo, tenía razón. Ya había olvidado el momento en que todo se había empezado a descomponer. El matrimonio no había ido bien ya desde un principio. Era una situación esperada, dadas las circunstancias. Edwin le guardaba rencor a ella y Lydia había actuado por impulso. El resultado había sido una pareja que se odiaba a muerte y estaría obligada a convivir hasta que la muerte los separase, o bien, hasta que pudiera obtener la anulación, como había sido la idea principal de los Allen para salvar al mellizo de uno de sus mayores problemas. Todo hubiera salido de maravilla si Edwin no hubiera descubierto más adelante un pequeño detalle que lo cambiaría todo, uno que dejaba los votos de la iglesia como la única opción posible.

Después de eso, el mellizo había intentado, como siempre, sobrellevar la situación. No tenía una naturaleza autocompasiva, y se convenció de que podía hacer que las cosas fueran tolerables. No contaba con que Lydia detestaría su sentido del humor y él detestaría su odio hacia la vida. No esperaba tener que asumir responsabilidades porque ya no solo era él, sino ella. No había imaginado hasta qué punto se podía reprimir una persona solo para no llevar la situación a un terreno tenso o de pelea. Todo se había vuelto tan monótono que, con el pasar de los años, Edwin había comenzado a sentirse agobiado. Ya ni siquiera se metía en problemas, la mala fama había remitido. Su vida, esa que siempre había adorado, ya no era igual, y él temía no volver a ser el mismo.

La idea del divorcio había llegado hacía unos días, durante la cena.

Edwin odiaba cenar en casa. Acostumbrado a una vida de cenas catastróficas y escandalosas, las respuestas monosílabas que le ofrecía su esposa a las preguntas cotidianas le dejaban un gran vacío dentro.

Ese día, en cambio, el vacío fue llenado por la sorpresa.

—No podemos seguir así —había musitado ella con su voz ronca.

—¿A qué te refieres? —preguntó Edwin sin mucho interés.

—A esto. A esta paz que se sostiene en una débil cuerda que, de romperse, amenaza con tirarnos al desastre. Me cansé de fingir todos los días que esto está bien, Edwin. Estoy cansada de este matrimonio y sé que tú también. Quiero el divorcio.

El mellizo, que pocas veces podía ser sorprendido, se había quedado mudo. Y así fue como inició una discusión en la que ambos terminaron cediendo y urdiendo un plan para ejecutar el divorcio.

Resultó que ella propuso ideas que él ni siquiera se imaginó. Lydia sabía que sería la mayor perjudicada y estaba de acuerdo con ello. Edwin debió haber sido un caballero, imponerse y decir que no, que todo podía seguir bien, pero le ganó el egoísmo. Algo dentro de sí se había removido de alegría al escuchar esa propuesta, y no hubo sentido común que pudiera luchar contra el plan que le daría su ansiada libertad.

Sonrió.

Sería una situación escandalosa. Podría ser repudiado... Y nunca se había sentido tan feliz por ello.

Edwin Allen estaba a punto de meterse en un nuevo lío, y estaba, como en los viejos tiempos, ansioso por ello.

## Capítulo 2

Tamara Hacking Loughy azuzó más a su yegua con la esperanza de que el animal fuera más rápido. Esta, sin embargo, apenas aumentó un poco su velocidad, y eso la fastidió sobremanera ya que no satisfacía sus ganas de ejercicio. Tal vez Fiona fuera tan inteligente que sabía que en Hyde Park estaban prohibidas las carreras —aunque a esa hora de la mañana no hubiera gente— o tal vez solo era mansa por naturaleza y por eso su padre la había obligado a llevarla en lugar del semental negro que había planeado en un principio. Así como la obligó a llevar dos lacayos para su seguridad, que en ese momento le seguían el paso con dificultad.

La moraleja: Tamara tendría que seguir practicando cómo escapar de la casa sin que el perspicaz duque de Rutland se diera cuenta o jamás podría hacer un ejercicio en condiciones hasta que terminara la temporada y regresaran al campo.

Fiona no tardó mucho en volver a reducir el paso a una simple caminata y Tamara soltó un suspiro de rendición. Pensó en que la próxima vez podría pedirle ayuda a su madre; después de todo, sus habilidades para cabalgar eran heredadas de ella, y si había alguien que podía comprender esa necesidad de liberarse cuando se sentía agobiada, era la duquesa. También era la duquesa la única capaz de manejar al duque, aunque era de conocimiento general que, cuando este se empeñaba en algo, ni Dios lo hacía cambiar de opinión. Tamara estaba casi segura de que proteger a su única hija mujer entraba en ese grupo particular de cosas sobre las que el duque no cambiaría de opinión. En ese caso, su madre la ayudaría a escapar. No podría librarse de los lacayos, pero al menos podría usar un caballo en condiciones: uno que le permitiera desahogar esa frustración particular que llevaba meses en su cabeza.

La soltería.

A pesar de haber nacido en una familia particular, donde su padre se cortaría una mano antes de dar autorización a uno de sus pretendientes para el matrimonio y su madre tenía en muy poca estima las reglas sociales, nunca había sido intención de Tamara quedarse toda la vida sola. Vivir rodeada de parejas que se querían hasta la saciedad le había hecho anhelar con ansias esa vida, y al menos hasta los catorce años supo que se casaría. Tenía al candidato ideal hasta que... *pasó lo que pasó*.

Aún odiaba recordarlo. Toda una vida enamorada de la misma persona para que este se casara antes de que ella pudiera ser presentada en sociedad.

Para una joven a la que le habían consentido cada capricho desde que tenía uso de razón había sido muy frustrante que, el único que no lo fuera, no pudiera cumplirse. Jamás había deseado algo como quiso que él fuera su esposo. En su mente adolescente había imaginado el día en que se

fijaría en ella cuando fuera presentada en sociedad. Fantaseó muchas veces con un romance que a su madre de seguro le provocaría náuseas e incluso se imaginó su boda. Todo para que la noticia de su compromiso rompiera bruscamente sus ilusiones y la dejara una semana en su cuarto, haciendo berrinche y deseando con una actitud poco propia de ella que la novia sufriera un accidente.

Cinco años más tarde se había resignado a la situación, aunque aquel odio hacia quien le había robado a su enamorado aparecía de vez en cuando para recordarle que los sentimientos seguían ahí. Precisamente por eso seguía soltera, pues pretendientes tenía de sobra, pero ninguno que le interesase.

Era lo suficientemente vanidosa para admitir que era bonita. Tenía los cabellos negros del hombre que, en su momento, se consideró el mejor partido de la temporada, por no decir el más apuesto también. Los ojos grises eran de su madre, al igual que esos rasgos exóticos producto de una ligera ascendencia de sangre gitana. Si a eso le añadían que su padre era un duque más rico que Crespo, no había hombre que no batallara por pedir su mano. Ni siquiera el carácter hosco de su progenitor los amilanaba, y eso resultaba una frustración continua para ambos.

Tamara no quería tantos pretendientes. Lo quería a él, a Edwin Allen, y no encontrar en la buena sociedad a alguien que le inspirara lo mismo le preocupaba. Algunos eran simpáticos, otros incluso se le hacían agradables, pero ninguno tenía esa chispa que la atraía.

Hizo un último intento de que la yegua corriera, pero en esta ocasión el animal ni se movió. Se había detenido mientras ella cavilaba.

Tamara quiso llorar. Observó que los lacayos de su padre estaban cerca, vigilándola, y su mal humor se acrecentó. Estaba a punto de bajarse y caminar cuando Fiona se empezó a mover con nerviosismo. Giraba constantemente la cabeza, y Tamara no tardó en descubrir el porqué: un semental blanco, árabe al parecer, iba hacia ellas.

—Oh, no —pensó cuando entendió lo que se proponía el semental. Asustada, azuzó a Fiona. En esta ocasión sí corrió, y mucho más rápido de lo que lo había hecho en todo el trayecto. Tan rápido que a Tamara le costó mantener el equilibrio a pesar de ser una diestra amazona.

Echó un vistazo hacia atrás y vio que los lacayos la seguían como podían, pero no eran buenos jinetes, y los caballos, tampoco de los mejores. Las riendas se le soltaron de las manos y comprendió que estaba en problemas.

¡Maldita sea! ¿De dónde habría salido ese caballo al que le había dado por montar a su yegua? ¿No veía que había un tercero en el juego?

Eso, sin duda, debía ser de mala educación.

Se aferró como pudo al lomo del animal, intentando no caerse, y consideró con seriedad lanzarse al suelo. La idea solo duró unos segundos. A esa velocidad se rompería el cuello.

No era muy creyente, pero rezó una oración. Necesitaba vivir; tenía que resolver su vida.

Los segundos pasaban de forma muy lenta. Ese ejercicio que tanto había anhelado no estaba resultando muy liberador. Al contrario: empezaba a tener dificultades para respirar y se estaba mareando. La yegua se movía con intención de tumbarla, ansiosa de quitarse de encima el peso que le hacía ir más lento. El caballo se les estaba acercando cada vez más, y justo cuando volvió a considerar la idea de lanzarse al suelo, alguien la tomó por los hombros y la sacó del caballo con una fuerza sorprendente. No obstante, no pudo ver a su salvador, pues con la misma rapidez fue dejada en el suelo sin muchas ceremonias mientras el jinete se interponía para controlar al animal desbocado.

Tamara se tomó su tiempo para maldecir mientras se sacudía la tierra del vestido de montar color morado. Le dolían los glúteos y de seguro tendría moretones en las piernas. Después de verificar que no se había roto nada, observó al salvador que bien podría haberla matado por la forma en que la tiró al suelo.

Tardó solo un segundo en reconocerlo.

*Edwin.*

\*\*\*

Edwin sabía que estaba en problemas. En varios, pero tenía que resolver primero el del caballo y después verificar que la mujer estuviera bien. Dios lo ayudase si estaba herida. La yegua daba a entender que era de familia rica y no tenía tiempo ni ganas para esos líos. No supo por qué pensó que sería buena idea adiestrar a un caballo rebelde en pleno parque. Aunque hasta el momento no se había encontrado a nadie allí a las siete de la mañana, nunca debió darlo por sentado.

Con su apellido nunca nada se daba por sentado.

Logró tomar las riendas del animal justo antes de consiguiera montar a la yegua. El caballo relinchó y luchó con mucha fuerza para liberarse de las manos que le impedían alcanzar a su objetivo, pero Edwin, al que le gustaba lidiar con todo aquello que se consideraba salvaje, no se dejó. La yegua aprovechó el momento para escapar, y una vez el semental perdió de vista a su objetivo, se calmó un poco. Edwin aprovechó para atarlo con fuerza a un árbol. No lo necesitaba dándole problemas mientras solucionaba los demás.

Después de asegurarse de que el animal no podía escapar, buscó con la vista a la dama que había rescatado. Estaba a varios metros de él, se había levantado y sacudía con saña la falda de su vestido, aunque parecía estar mirándolo. Él no la veía bien por la distancia, así que no pudo distinguirla.

Empezó a acercarse con lentitud, dispuesto a poner en práctica su mejor cara arrepentida y su tono persuasivo con el fin de que no surgieran más problemas de los acontecidos. Al menos no parecía haberse fracturado nada, pero Dios sabía que, al tratarse de una mujer, un golpe bien

podía ser una lesión muy grave y digna de reclamo.

Cuando estaba a solo unos metros de ella, observó su rostro. Se le hacía familiar, aunque el ceño arrugado no solo impidió que identificara su rostro, sino que lo puso a pensar en que tendría que dar una disculpa muy buena. No sería un problema; estaba acostumbrado a disculparse por los inconvenientes causados. Sin embargo, no perdía nada con aprovechar el tiempo que le quedaba antes de llegar a ella para elegir las palabras adecuadas. Podría comenzar con el típico: «Estimadísima dama, no hay palabras con las que pueda expresar mi arrepentimiento...».

Edwin interrumpió el discurso interior cuando vio que la yegua fugitiva se interponía en su camino. Todavía parecía un poco nerviosa, por lo que Edwin no se vio capaz de rodearla sin más.

Le colocó una mano sobre la crin y la acarició.

—Tranquila, bonita —le susurró al oído—. No sabes cuánto lo siento. Ya está. No volverá a molestar.

Mientras el animal se calmaba, Tamara observaba atónita cómo él le prestaba toda la atención a Fiona mientras ella quedaba rezagada. Con fastidio, se acercó silenciosamente hasta quedar a sus espaldas. La yegua estaba mejor; Tamara no tenía duda de que no se alejaba solo para seguir recibiendo los cariños de Edwin. Se molestó, pero su orgullo hizo que se negara a sentir celos de un animal. No obstante, ya se estaba cansando de ser ignorada, así que carraspeó con delicadeza para llamar su atención. Supo que lo había conseguido cuando él dejó de acariciar a la yegua, la cual no pareció muy contenta con la interrupción y giró su cabeza hacia Tamara con reproche.

Tamara la miró con desafío. Estuvieron así hasta que, segundos más tarde, Edwin se giró.

—Estimadísima dama, no sabe cuánto lamento esta vergonzosa situación, yo...

Él se detuvo y ella observó con satisfacción las distintitas emociones que pasaron por su rostro. Primero confusión, después duda y, por último, un reconocimiento seguido de sorpresa.

—¿Tamara?

Tamara, ansiosa de hacer alarde de lo mucho que había cambiado en los cinco años en los que no se habían visto, se quitó el sombrero para que su reluciente cabellera azabache pudiera brillar bajo el sol.

Casi brincó de alegría cuando los ojos de él se abrieron un poco más.

—Hola, Edwin. Puedes omitir las disculpas actuadas. Entre... amigos no son necesarias.

Edwin asintió, aunque no le quitó la vista de encima. No lograba asociar la imagen de la mujer voluptuosa que tenía enfrente con la niña flaca que había visto hacía algunos años. Todos tuvieron siempre claro que iba a ser hermosa —cómo no serlo con los padres que tenía—, pero jamás imaginó que sería una belleza tan impactante. Esos cabellos abundantes y ligeramente rizados, llenos de volumen que apenas podían ser sometidos por las horquillas, le provocaron a Edwin ese instinto primitivo que había estado dormido por mucho tiempo: el de enredar su mano en ellos mientras...

«¡Basta!», se reprendió e hizo un esfuerzo por volver su atención a lo importante. No podía ni debía estar pensando esas cosas de alguien que era como de la familia, aunque no compartieran ni una gota de sangre.

Si Rutland se enteraba, era hombre muerto.

—¿No me habías reconocido? —preguntó ella con coquetería.

Edwin ya había escuchado en alguna ocasión que la joven era la preferida de la temporada, y no había duda de por qué. Dejando de lado que su padre era un duque y que ella era tan bella como una diosa pagana, había algo en su tono que causaba atracción inmediata. Era una coquetería natural a la que otras solo llegaban a aspirar.

—Estás diferente a como te recordaba —dijo Edwin intentando fingir indiferencia. Actuar nunca le había costado tanto.

—¿Diferente en qué sentido?

*Más bonita, más sensual, más tentadora...*

—Más alta —soltó de sopetón, inquieto por el rumbo de sus pensamientos.

—¿Alta? —repitió ella sin poder ocultar su incredulidad.

Edwin no pareció darse cuenta. Solo desvió la vista de nuevo a la yegua y asintió energicamente antes de dedicarle toda su atención otra vez al animal.

Tamara estaba indignada.

¿Alta? ¿Eso era todo lo que iba a decir? Quizás la habían acostumbrado demasiado a los cumplidos para recibir con agrado ese halago —si se podía catalogar como tal—, o tal vez solo esperó, como una tonta, palabras más bonitas del hombre que había ocupado su corazón durante tantos años.

Oh, maldito Edwin. Su padre diría que no la merecía y tendría razón, pero Tamara había perdido la cabeza por él a los diez años, cuando le enseñó esgrima a escondidas de su padre, quien consideraba el deporte demasiado riesgoso para una niña de su edad.

Se obligó a esbozar su mejor sonrisa.

—Gracias, Edwin. Tú estás más... viejo —respondió con obvia malicia.

Edwin se giró de inmediato. El disgusto que mostró su rostro pagó la afrenta a su vanidad.

—¿Mucho tiempo junto a tu madre esta temporada? —dijo con desdén.

Tamara compuso su expresión más inocente, intentado contener su diversión.

—Siempre paso tiempo con ella. Además, es un cumplido. Los años significan madurez, y la madurez más inteligencia. Por supuesto, tú siempre has sido muy inteligente; entonces supongo que en estos momentos debes poseer un intelecto bastante alto.

Edwin analizó su expresión y, por un momento, estuvo a punto de creerla. Si algo diferenciaba la lengua viperina de Tamara de la de su madre, Topacio, era ese tono dulce y la forma en que le daba la vuelta a lo que en un principio había sido un claro insulto. Edwin siempre había

reconocido que era una habilidad sorprendente, y la admiraba en silencio. Se imaginaba a la joven diciéndole sus verdades a la alta sociedad sin que estos llegaran a enterarse y la escena le provocaba diversión. Por supuesto, no era divertido cuando se era la víctima del ataque, pero que lo aspasen si dejaba que esa pequeña arpía ganara.

—Lo suficientemente alto para no creer en tus palabras, pequeña arpía. —Había tomado la costumbre de llamarla así hacía algunos años, cuando, usando una técnica que Edwin aún no comprendía, logró hacerle un estoque—. Deja tu veneno disfrazado para la alta sociedad. Mejor dime: ¿te encuentras bien?

Le echó un vistazo de arriba abajo y no tardó mucho en darse cuenta de había sido un error. Hacía cinco años sus pechos no llenaban de esa manera el corpiño, y a Edwin le costó mucho despegar la vista de esa parte. Quiso pensar que ese especial interés en el cambio de su anatomía se debía a la sorpresa. Su mente de seguro trataba de adaptarse a la nueva imagen. Eso o llevaba demasiado tiempo sin relacionarse con las féminas. Tenía que tener una explicación.

¡Si conocía a la joven desde su nacimiento, vaya!

—No me he roto nada. Tengo más resistencia que eso —dijo con altanería. Le dolían las posaderas como no se imaginaba, pero no pensaba comentarlo.

Edwin suspiró con alivio.

—Bien. Entonces no hay necesidad de mencionar a Rutland este incidente, ¿verdad? —Esbozó su sonrisa más juguetona, esa que llevaba bastante tiempo sin visitar su cara.

—¿Le tienes miedo a mi padre, Edwin? —preguntó con burla.

—Quiero evitar problemas.

—¿Evitarlos? ¿Desde cuándo? ¿Te sientes bien? —preguntó con verdadera preocupación.

Se acercó y se puso de puntillas para poner una mano en su frente.

En cualquier otro momento, Edwin se la hubiera quitado con fastidio de inmediato. Sin embargo, en esta ocasión no lo hizo. Ella se había quitado los guantes, y la cálida y delicada mano producía un efecto extraño sobre su piel. Ella palpó su frente, luego sus mejillas, y él no fue capaz de apartarse.

El contacto se rompió solo cuando ella decidió terminarlo. Y lo extraño.

—¿Cuál es el veredicto? ¿Estoy demasiado caliente?

La broma con doble sentido le salió de forma natural. Le alegró saber que su humor no se había extinguido del todo con los últimos acontecimientos, y más lo divirtió ver que ella no lo había entendido a pesar de que su cara debía expresar más malicia que su tono.

—No parece tener fiebre que te haga alucinar, entonces no comprendo tu absurda afirmación. ¿Cuántos años han pasado, Edwin? ¿Más de los que recuerdo? Estás más viejo de lo que pensé.

La mención de su edad otra vez hizo que se disipara parte de su buen humor.

—No necesito problemas con tu padre porque necesito un favor de él, pequeña arpía.

Tamara suspiró con exagerado alivio.

—Eso tiene más sentido. ¿Qué necesitas? Quizás te pueda ayudar a convencerlo —sugirió solícita.

—¿No te lo han dicho? —preguntó Edwin mientras iniciaba una caminata de regreso a donde había dejado a los caballos.

—¿Qué cosa? —indagó curiosa a la vez que lo seguía.

Él no respondió, no muy seguro de decirlo.

A pesar de que intentaban llevar las cosas con discreción, ya se había realizado hacía unas semanas la primera propuesta al Parlamento y el rumor empezaba a correr. Que ella lo supiera o no, no supondría mucha diferencia. No obstante, que no estuviera enterada hasta el momento le hacía cuestionarse por qué el duque no se lo había comentado. No era de los que mantuviera a su familia alejada de asuntos políticos. Tal vez solo consideró que no le interesaría.

—No importa.

Edwin sabía que su respuesta no iba a ser del agrado de la joven, y ocultó una sonrisa cuando vio por el rabillo del ojo que ella arrugaba el ceño.

—Bien, le preguntaré a mi padre —dijo momentos después, luego de estar segura de que su tono no demostraría su fastidio.

—Hazlo, aunque... no creo que te lo diga. No lo ha dicho hasta ahora, ¿no es así?

Edwin no la veía porque ella estaba detrás de él, pero su irritación era palpable y eso le divertía. Qué bien se sentía divertirse de nuevo con el enfado ajeno. Era una costumbre que había empezado a perder y temía no recuperar. En los últimos años muy pocos le inspiraron ganas de bromear hasta hacerles perder la paciencia.

Ella era diferente.

—Me lo dirá si lo enfrento directamente. Sin embargo, temo que para sacar el tema tendré que mencionar este encuentro, y como mi padre no se conformará hasta saber el último detalle...

Se detuvieron cuando llegaron a donde estaban los caballos. Edwin tomó las riendas del suyo antes de girarse y mirarla como si se tratara de un bicho muy fastidioso.

—No pienses que caeré en tu chantaje —advirtió.

—No subestimes mis intenciones de cumplirlo —retó ella con diversión.

Se miraron con desafío por varios segundos, y Edwin se sintió extraño. Que alguien lo retara no era común, pero no era esa la causa de su confusión mental. En alguno de esos segundos su mirada se había perdido en los ojos grises que prometían una dura batalla. Su corazón dio un brinco que lo confundió.

*Tenía que tener sangre gitana en sus venas, esa bruja.*

—Puedo cumplirte el capricho para aquietar el berrinche —dijo Edwin después de unos segundos eternos, esperando que romper el silencio también rompiera el extraño hechizo de su

mirada—. De igual forma, pronto todos lo sabrán.

Suspiró con pesar. Pensar en lo que se avecinaba provocaba un gran peso en su cuerpo. Cuando observó a Tamara, ella notó que había desaparecido todo rastro del Edwin que conocía, como si una pena muy grande lo hubiera transformado.

—Me voy a divorciar.

Y con ese anuncio, Tamara casi se cae del nuevo al suelo por la impresión. Mientras asimilaba la noticia, Edwin montó a su caballo, desató al otro y se dispuso a marcharse. Se despidió solamente con una inclinación de cabeza, mencionando algo de que tenía que muchas cosas que hacer y en la noche cenaría con la familia, pero ella estaba demasiado conmocionada para prestarle toda su atención.

Se iba a divorciar. Iba a ser libre.

¡Ella tendría otra oportunidad! Y Dios y el diablo sabían que no la iba a desaprovechar.

### Capítulo 3

Tamara entró a su casa con una prisa muy poco elegante. Llamó a su madre hasta que una de las doncellas le hizo el favor de decirle donde se encontraba. Entonces, se dirigió hacia allí con rapidez.

Se veía incapaz de calmarse o actuar con la moderación que se esperaba de alguien de su clase. La noticia aún rondaba su cabeza y le producía una alegría demasiado grande para ocultarla. Ni siquiera podía ser opacada por el hecho de que sus padres le hubieran omitido tan relevante información.

Entró al despacho de su padre sin tocar. Ahí estaban los dos: su madre sentada de forma poco correcta sobre el escritorio, tirando de uno de sus mechones color caoba apenas estaban pintados por unas líneas blancas. Su padre, el imponente duque de Rutland, la observaba con fingida seriedad. Estaban diciéndose algo, pero callaron cuando la vieron entrar.

—¿De qué hablabais? ¿Algo interesante que deba saber? —preguntó, intentando disimular su agitación. Tenía que calmarse si quería llevar a cabo su plan.

—Solo hacíamos una apuesta —declaró la duquesa de Rutland con indiferencia a la vez que se bajaba del escritorio con una gracia que solo ella poseía.

Tamara miró a su padre, quien asintió.

—¿Por qué haces apuestas que sabes que te hará perder? —preguntó Tamara, provocando la risa de su madre y la sonrisa de su padre.

—Siempre guardo la esperanza de ganar —respondió, encogiéndose de hombros.

El optimista duque de Rutland miró a su esposa con cariño y esta le devolvió el gesto. La duquesa Rutland, cuya especialidad siempre habían sido las sonrisas cínicas, sonrió con sinceridad y Tamara suspiró. Sus padres eran el ejemplo de relación que ella siempre quiso tener, y esperaba por fin conseguirlo.

El recuerdo hizo que una ola de felicidad le recorriera el cuerpo, animándola de nuevo.

—¿Qué te ha pasado, querida? Creí que habían quedado atrás los años de jugar con la tierra —dijo su madre, mirándola de arriba abajo.

Tamara se mordió el labio. Debería haberse ido a cambiar antes.

Oh, maldito amor. No la dejaba pensar bien.

—Me caí, pero eso no importa...

—¿Cómo que te caíste? —preguntó el duque de Rutland, levantándose con brusquedad de su asiento. Tamara levantó la mano para decirle que estaba bien—. ¿Te ha tumbado la yegua?

—Yo me preocuparía más que porque se haya dejado tumbar. ¡Qué decepción, Tamara! Estás

falta de práctica.

El duque dirigió una mirada de advertencia a su esposa y esta le sonrió con inocencia.

—La yegua se asustó, eso es todo —se apresuró a decir antes de que iniciaran una de sus famosas peleas verbales—. Y yo estaba distraída porque... me acordé de Mariam.

Intentó imprimir toda la seguridad que pudo en su voz y miró de reojo a sus padres para ver sus reacciones. Ninguno parecía comprender qué tenía eso de relevante: esperaban más información.

Tamara suspiró. La idea había sido hablar con su madre a solas, pero la presencia de su padre le daba más o menos igual. No era más fácil con uno u otro, ambos tenían una inteligencia endemoniadamente aguda.

—Recordé la boda y, de pronto, se me vinieron a la cabeza las lágrimas de la tía Sapphire y pensé: «¡Qué desconsolada debe estar!» —dijo con más dramatismo del que había planeado.

La duquesa la miró con escepticismo.

—Estoy segura de que eran lágrimas de felicidad.

Tamara fingió no escucharla.

—Por lo tanto, consideré que sería buena idea hacerle una visita. Este debe ser un momento muy difícil para ella. Su hijo en la universidad y su hija casada. Está sola con su esposo en esa gran casa, ya sin familia cerca.

—Considerando que estamos hablando de los Allen, no veo por qué eso sería motivo de pena —intervino el duque. La duquesa asintió en conformidad.

—Conociendo a Sapphire, debe estar por fin disfrutando de la paz. Todavía no entendemos cómo terminó en esa familia.

Tamara intentó no frustrarse.

Sí, era cierto que la condesa de Granard era una mujer de carácter sensato y más bien tranquilo, nada concordante con los escandalosos Allen. Sin embargo, Tamara tenía un propósito en mente y no pensaba dejarlo ir.

—Yo más bien creo que tantos años de bullicio hacen que la falta de este se note más. Debe estar desconsolada —insistió—. Es un buen momento para visitarla, ¿no crees? Para animarla un poco.

Sonrió para dar más énfasis a sus intenciones. Sus padres se miraron entre ellos, y al final la duquesa dijo:

—Pues sería muy poco amable de mi parte no estar con mi prima en estos momentos. Podemos ir a visitarla a la hora del té.

—O podemos ir a cenar —sugirió Tamara. Ante la mirada interrogante de su madre, se apresuró a añadir—: La cena debe ser un momento muy difícil. Tan acostumbrados que estaban al bullicio...

La duquesa suspiró y asintió.

—Bien, en ese caso, yo también podría ir. Seguramente Julian querrá a alguien con quien tomarse un trago.

Tamara asintió. Hacer otra cosa levantaría sospechas.

Salió del despacho intentando no correr. Topacio la siguió con la mirada, y una vez se aseguró de que estaba fuera de su vista, le dijo a su esposo:

—Me debes cinco libras.

El duque de Rutland se pasó la mano por los cabellos negros, ya algo canosos, y abrió el segundo cajón de su escritorio.

—¿Estás segura de que se ha enterado? —preguntó mientras le extendía el dinero.

—Sí, y tú también, o no me estarías pagando —dijo con burla—. No me digas, Rutland, que la edad está afectando tus habilidades y te has creído su reciente compasión por Sapphire. No es su tía favorita, y Tamara nunca ha poseído ese nivel de solidaridad.

Adam suspiró.

—¿Cómo se habrá enterado?

Topacio se encogió de hombros.

—Tú eres el espía. Dedúcelo.

Adam lo pensó un momento.

—Se lo habrá encontrado —determinó—. Justificaría su caída del caballo. Solo un Allen puede traer tan mala suerte.

Topacio asintió.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó él.

Topacio sonrió como si la pregunta fuera absurda.

—Has visto el teatro que ha ejecutado solo para salirse con la suya. ¿De verdad crees que podemos hacer algo?

—Con sinceridad, creí que había superado ese romance adolescente.

Topacio se acercó hasta pegar su cuerpo al de él. Adam la rodeó con sus brazos.

—Querido Rutland, tú mejor que nadie deberías saber que el amor vuelve a las personas demasiado insistente... hasta el punto de llegar a importunar al otro.

Adam sonrió y acercó su boca al oído de su mujer.

—No se puede conseguir nada sin perseverancia.

—Entonces no critiques algo que ha heredado de ti.

Él fingió sentirse disgustado por esa declaración.

—Pero es una niña.

—Tiene solo un año menos que los que tenía yo cuando me casé contigo. Dime, granuja, ¿te parecí una niña?

Él arrugó el ceño porque el argumento que él consideraba más importante hubiera sido

rebatido.

—Maldita sea. Al menos podría haber elegido a alguien mejor. El hijo de Richmond está enamorado de ella. Un futuro duque no está mal, y te aseguro que no correrá el peligro de morir cerca de él.

Topacio lo miró con incredulidad, incapaz de creer que considerara esa idea. El hijo de los duques de Richmond apenas cumpliría ese año los dieciocho. Además: Topacio lo consideraba un hermano, pues los Richmond habían sido sus tutores después de la trágica muerte de sus padres.

—¡Qué tonterías dices, Rutland! Es menor que ella, Tamara no lo aguantaría. Por otro lado, ninguna de las mujeres de los Allen ha muerto hasta ahora. Querido, es más racional ver cómo se desarrollan las cosas. Apoyarás su causa en el Parlamento, ¿no es así?

Era una pregunta trampa, Adam lo sabía. Topacio había usado ese tono al que solo se podía responder lo que ella quisiera. No era como si él fuera a hacerlo. Ya había aceptado ayudar al muchacho y su palabra era sagrada. Además: siempre le habían divertido aquellas ideas que escandalizaban a la rígida sociedad, poco predispuesta al cambio. El divorcio era una de ellas, y una de las más inflexibles. Edwin Allen estaba a punto de verse envuelto en un escándalo gigante, y Adam temía que su niña se viera afectada. No tanto por las habladurías, que le importaban más bien poco, sino por sus sentimientos.

Dudaba que Edwin quisiera otro matrimonio en los próximos meses... o en su vida.

—Pasará lo que tenga que pasar —insistió Topacio con ese tono de profeta—. Si algo sabemos nosotros, Rutland, es que no se puede evadir al destino. —Compuso una expresión fingida de pesar—. Dios sabe cuánto lo intenté.

Adam rio y le dio un prolongado beso que distrajo a ambos de la conversación.

\*\*\*

—Sapphire, tienes una apariencia terrible —dijo Topacio con esa impertinencia que siempre la había caracterizado. Acababan de llegar a la casa de los Allen, que estaban esperándolos en el salón principal. En el hogar reinaba un silencio impropio de esa familia—. El desconuelo debe ser muy grande.

Sapphire Allen, condesa de Granard, arrugó el ceño con disgusto ante el peculiar saludo de su prima. Tamara solo suspiró con resignación. Ni la tía Sapphire tenía una apariencia terrible ni ella había sido tan ingenua como para creer que sus padres se creerían el cuento de su reciente bondad. Solo había mentido para evitar dar explicaciones incómodas, como hacía todo el mundo. Era mejor inventar una excusa más fácil de argumentar que el otro solo aceptara por cortesía que explicar sus sentimientos.

Debió haber imaginado que su madre sacaría provecho de eso para su propia diversión. Tenía

un humor demasiado negro para dejarlo pasar.

—También me alegra verte, Topacio —respondió Sapphire con cortesía. No cuestionó su comentario. Había vivido demasiados años con ella para saber que, en ocasiones, era mejor no preguntar—. Han pasado varios meses desde la última vez que cenamos juntos. —Se giró hacia Tamara y sonrió—. Oh, querida, estás más alta.

Tamara sonrió, aunque quiso bufar. Contuvo el impulso de acercarse al espejo para comprobar si de verdad su cara había cambiado tan poco que la altura era lo único digno de mencionar. Ya lo hizo varias veces cuando regresó del parque, y no pensaba volverlo una obsesión solo porque los demás no quisieran alimentar su vanidad.

—No reconozco esta casa —comentó el duque, detrás de su esposa—. No se escucha nada romperse. Ni gritos. El silencio resulta casi tétrico.

—Llevaba tanto tiempo sin vivir en silencio que no puedo más que apreciarlo —respondió el conde de Granard. Por primera vez desde que Tamara lo conocía, su rostro estaba relajado.

—¿Y a ti, Sapphire? ¿Te causa paz o desasosiego? —preguntó la duquesa con burla.

Tamara decidió no dejar que su madre siguiera poniéndola en evidencia.

—Oh, cuánta hambre tengo. Disculpa mi impertinencia, tía, pero ¿está lista la comida?

De reojo vio sonreír a su madre. Se escuchó una tos de esas que querían disimular la risa, posiblemente de su padre. Los ignoró.

La condesa no pareció notar nada.

—Sí, querida. Solo aguardemos un momento, pues estamos esperando a...

—Julian, debemos vender ese caballo —dijo una presencia nueva que entró con paso distraído al salón. No se fijó a su alrededor, solo en el conde—. No es propio de mí admitir una derrota, pero es indomable e insaciable. Hoy casi mata a una dama por querer montar a su yegua, y ni te imaginas quién...

El carraspeo del duque interrumpió lo que podría haber sido la sentencia de muerte de Edwin. Este se giró y observó a los invitados.

Se podía decir a su favor que no fue miedo lo que expresó su rostro cuando vio la cara interrogante del duque, más bien fue resignación. Esa que se expresa cuando se sabe que ese tipo de situaciones solo pueden pasarle a uno.

—Excelencias. Lady Tamara. —Dio su mejor sonrisa, aunque sus ojos miraban con precaución al duque—. Qué sorpresa encontrarlos aquí.

—Lo mismo digo, Edwin —respondió la duquesa—. De haber sabido que vendrías, nosotros lo habiéramos hecho otro día. Una forma de distribuir las visitas y que Sapphire estuviera acompañada el mayor tiempo posible mientras pasa la pena.

Tanto Edwin como la condesa arrugaron el ceño. Tamara estuvo a punto de ponerse una mano en la cara. A veces dudaba que su madre la quisiera, o, al menos, no la quería más de lo que

quería molestarla.

¿Dónde quedaba la solidaridad?

Sapphire se giró hacia su prima.

—Topacio, ¿de qué estás...?

La duquesa se inclinó y susurró en el oído de la condesa una oración que detuvo la interrogante. Esta miró a Tamara con una expresión indescifrable, luego a Edwin, y al final suspiró, no sin antes dirigir una mirada ceñuda a su prima, que no podía borrar la sonrisa cínica de su rostro.

—¿Qué pena? —preguntó Edwin, aún confundido.

—Mejor dinos, Edwin: ¿a quién casi matas hoy? —preguntó el duque de Rutland, provocando que el mellizo se inquietara, aunque el único gesto que lo delató fue revolverse los cabellos.

Tamara miró a su padre, sin saber si había querido ayudarla o solo estaba ansioso por sacarle la verdad a Edwin. Quizás un poco de ambas, aunque su expresión ceñuda, poco común en él, inclinaba la balanza a lo segundo. Tamara lo conocía lo suficiente para saber que el disgusto no era del todo fingido y se preocupó por el mellizo, por lo que consideró que era el momento de intervenir.

—¿Qué importa eso? Si está aquí, no ha matado a nadie. ¿Ya podemos comer?

La mirada perceptiva del duque le indicó a Tamara que su intervención había confirmado sus sospechas. No estaba segura de cómo lo había deducido en el primer momento, pero no perdería el tiempo analizándolo. Su padre no había sido espía de la Corona precisamente por su atractivo o por su capacidad de caer siempre de pie sin romperse un hueso.

Todos empezaron a encaminarse al comedor. Su padre tomó del brazo a su madre y el conde a la condesa. Tamara aprovechó y miró a Edwin significativamente. Él pareció dudar, pero al final extendió su brazo y Tamara lo enganchó con una sonrisa de victoria.

—¿Qué hacéis aquí? —le susurró él, reduciendo el paso para quedar rezagados a propósito.

Tamara consideró cuál sería la mentira más creíble.

—Mi madre insistió en venir a visitar a la tía Sapphire. Se le metió en la cabeza la idea de que quizás necesitaba alguien con quien hablar después de que Mariam se fuera de la casa. Intenté convencerla de que no viniera, pero... —Se encogió de hombros.

Edwin la miró con suspicacia. Tamara mantuvo la sonrisa.

No dudaba de sus habilidades para mentir, eran muy buenas. Sin embargo, el mellizo también era demasiado perspicaz.

—No sabía que Topacio fuera tan sentimental. Los años deben estar ablandándola.

—Es más sensible de lo que deja ver. No te recomiendo que se lo comentes.

—No soy tan tonto para enemistarme también con ella. —Hizo una mueca de disgusto—. Tu padre lo sabe, ¿verdad?

—Me vio llegar con el vestido sucio y le dije que me había caído. Son suficientes pistas para él.

Edwin suspiró con dramatismo.

—¿Me matará?

—No si yo se lo pido —respondió con voz coqueta. De manera inconsciente, movió su brazo hasta que su mano acarició la tela que recubría su antebrazo. Le pareció fascinante la dureza que se sentía bajo la tela.

Ni siquiera se dio cuenta de que él se tensó.

—Reconozco la clave para iniciar una negociación. ¿Qué quieres?

Ella alzó sus ojos grises hacia él y Edwin sintió de nuevo ese golpe en el pecho.

No sabían si eran sus ojos los que causaban ese efecto en él o era toda ella. Estaba más bonita que esa mañana. Su cabello estaba arreglado en un moño muy delicado que nunca creyó que le gustase, siempre partidario que no había nada más excitante que el cabello suelto de una mujer. En ella, sin embargo, despertaba la misma tentación: quería liberarlos. Y ese vestido... No se atrevía a mirarlo de nuevo porque al verla ya había captado la forma en que los pechos llenaban el corpiño y una porción succulenta de piel sobresalía para provocar.

Maldita fuera su belleza. Conspiraba en contra de su escasa fuerza de voluntad. Necesitaba sexo para dejar de pensar con lujuria a una criatura recién salida del colegio... Aunque esa criatura tuviera forma de mujer y unos ojos muy brillantes.

Edwin consideró en ese momento que, tal vez, Rutland no fuera su mayor problema.

## Capítulo 4

—¿Recuerdas cuando apostaste que no podría escalar esa cerca en menos de diez segundos? —preguntó Tamara, señalando la valla de unos tres metros de altura que separaba la propiedad de los Allen de la de los Coventry—. Creo que tenía ocho años. Fue la primera vez que te quité una libra.

—La primera y la única —acotó Edwin. Aspiró una última vez de su puro antes de responder —: No era tan idiota como para volver a subestimarte. En ese momento debí haber recordado de quién eras hija. Un grave error de mi parte.

Tamara rio y se recostó con desenfado en el mismo árbol donde Edwin se apoyaba. La cena había terminado hacía unos cuantos minutos, después de transcurrir sin ningún inconveniente memorable. Habían hablado de cosas bastante triviales, nada que a Tamara le interesase. Edwin no había estado muy participativo, algo extraño en el mellizo, y ella se había dedicado a observarlo para averiguar el porqué de esa extraña conducta.

Ya había notado esa mañana que había algo distinto del Edwin que conoció. Su carácter era más pasivo, sus bromas menos crueles, sus ojos carecían de ese brillo especial que a Tamara siempre le había fascinado. Cualquiera diría que era la madurez propia de los años, pero ella no lo creía. La chispa de una persona nunca moría con los años a menos que la hubieran obligado a morir. Quería pensar que no era el caso, que solo estaba dormida.

Cuando los adultos formaron su propio grupo para conversar, Edwin salió con la excusa de fumar y Tamara lo siguió mientras vociferaba que tenía mucho calor. Nadie la creyó, por supuesto, pero vieron oportuno no intervenir.

Una suerte. Necesitaba ese momento con él por fin, después de tantos años.

—¿De verdad creíste que no podría hacerlo, o te solidarizaste con una niña de ocho años y la dejaste triunfar? Puedes decírmelo, prometo que no me echaré a llorar.

Edwin sonrió.

—De suceder ahora, podría ser solidaridad. Pero en aquel entonces tenía dieciocho, no habría dado una libra a nadie solo por eso, y menos a una niña de ocho años. De verdad creí que no podías hacerlo. Diez segundos, Tamara. ¡Diez! —Tamara se sintió orgullosa por el asombro de su voz—. Clarice era la más rápida escalando y logró llegar al otro lado en quince segundos. Por supuesto, Clarice no brincó los tres metros desde lo alto de la valla al suelo. Ella sí se habría roto un hueso.

Tamara se rio y lo miró.

Edwin no le devolvió la mirada. Sus ojos estaban fijos en el enrejado, pero ella sabía que su

mente estaba en otra cosa.

—Es un poco extraño, ¿sabes? —dijo, y después de unos segundos de espera, la observó—. Tener una imagen de alguien de cuando era un niño y verlo ahora de adulto.

—¿Te da melancolía porque te hace sentir más viejo? —preguntó con burla. El mellizo bufó—. Si te sirve de consuelo, han pasado suficientes años para cambiar de aspecto, pero no para perder mi habilidad. Todavía puedo escalar eso en diez segundos.

—Eso es imposible con esas faldas —replicó.

—Puedo alzarlas y amarrarlas —dijo. Las alzó un poco hasta dejar al descubierto sus tobillos, como si evaluara la situación.

Edwin no pudo evitar dirigir su mirada ahí. La seda blanca de las medias no dejaba piel que observar, pero no pudo impedir que su cabeza imaginara la suavidad de la piel que escondía. Debía ser delicada y preciosa, o al menos así indicaba la esbeltez de ese tobillo.

Tamara seguía moviendo las faldas, y él se obligó a alzar la vista. Se encontró con un brillo pícaro que fue camuflado de inmediato la inocencia.

Edwin se preguntó si lo habría hecho a propósito.

—No seré yo quien se oponga a un espectáculo escandaloso, pero creo que Rutland tendría algo que decir al respecto —comentó con fingida indiferencia mientras señalaba con la cabeza a la ventana del gran salón. Desde esa distancia se podía ver la mirada fija del duque de Rutland sobre ellos.

Tamara bajó de inmediato la falda, como si hubiera sido pillada en una travesura.

—Tendrá que ser en otra ocasión.

—Sí, pero no pienses que apostaré, pequeña arpía.

—¿Tienes miedo, Edwin?

Él sonrió.

—Cómo tú has dicho, los años dan experiencia.

—¿Admites, entonces, que han pasado los años para ti?

A él se le borró la sonrisa de la cara. Miró el puro apagado que aún sostenía en la mano y suspiró.

—A veces es imposible ignorarlos.

Su voz había perdido el toque de humor y Tamara supo que sería imposible volver al ambiente agradable. Se mordió el labio, indecisa sobre si hacer o no la pregunta que tenía en la cabeza desde esa mañana que se lo había encontrado.

—¿Por qué has decidido divorciarte después de tantos años? Clarice se pasó toda la boda diciendo que no durarías ni un mes.

—Clarice no siempre tiene que tener la razón.

—¿Has durado tanto solo por contradecirla?

Edwin lo pensó y soltó una carcajada.

—Suenan a algo que haría, sí. Se lo diré a Clarice la próxima vez que me pregunte lo mismo.

Había una respuesta implícita en ese comentario. Si Clarice no lo sabía y él no tenía pensado decírselo, Tamara mucho menos obtendría una respuesta concreta.

Frunció los labios en forma de puchero y Edwin se carcajeó.

—Mi divorcio es un secreto a voces. Haz las preguntas correctas y sabrás el motivo. Así no gasto saliva explicándolo.

—Los chismes no me dirán la verdad.

—Te dirán la versión oficial y eso es suficiente —comentó y no dijo más nada.

—No para mí.

Edwin se rio, aunque sin mucho humor.

—Entiendo por qué no te has casado —comentó él rato después.

Ella arrugó el ceño, observándolo. En los ojos de él había un brillo juguetón. Era su forma segura de desviar la conversación.

Tamara decidió permitírselo..., solo por esa vez.

—No me he casado porque no he querido —respondió, aparentando calma para que no se notara el trasfondo en esa declaración—. Tengo muchos pretendientes —añadió.

Observó atentamente su reacción, una parte de ella esperando que delatara, aunque fuera, un sentimiento semejante a los celos. Pero si lo hubo, no lo expresó. Edwin era un experto en camuflar sus gestos. No por nada era abogado.

—Eso podría explicar por qué Rutland tiene más canas en el último año.

—Oh, Edwin.

Pero Edwin ya se había agarrado al tema y no pensaba soltarlo.

—Me lo imagino echándolos a todos a punta de pistola mientras tu madre observa divertida desde una esquina del salón. No quisiera ser uno de esos pobres desdichados.

Tamara se mordió el labio, no muy segura de qué contestar.

No se tomó personal la declaración. Primero, porque la escena descrita no era muy diferente a la realidad, y segundo, porque sabía que Edwin no sentía exactamente lo mismo por ella, así que sería absurdo enfadarse. Por el contrario, le causó cierta diversión imaginarse al mellizo en esa circunstancia cuando ella lograra conquistarlo.

—Eso no los ha amilanado. Muchos han pedido mi mano.

Edwin por fin la miró. En sus ojos hubo un brillo que le fue difícil descifrar.

—En realidad, no me extraña.

Había un halago implícito en esa frase. Tamara se convenció de eso. Sus ojos se lo decían.

—Está haciendo demasiado frío. Es mejor que entremos —comentó Edwin después de unos segundos mirándola fijamente.

El comentario sonó forzado, como si fuera una excusa para huir.

—¿Estás preparado para el escándalo que se avecina, Edwin Allen? —preguntó mientras se encaminaban a la casa.

—Siempre estoy preparado para el escándalo.

A ella le gustó esa respuesta. Era parte del Edwin que conocía.

—Lástima que no podré saborearlo por mucho tiempo.

Tamara se detuvo en seco.

—¿Qué quieres decir?

Él también se detuvo.

—A mí me divertiría mucho ver cómo toda la sociedad me condena al ostracismo por un tiempo, pero no creo que mis hermanos tengan a bien que eso afecte las posibilidades de sus hijas para el matrimonio, así que me mudaré unos años a América mientras pasa el escándalo —informó. Se giró justo antes de que la expresión de Tamara terminara de transformarse en el retrato del horror.

Él continuó el camino hacia la casa, pero ella no lo siguió de inmediato. En su cabeza solo se repetían esas últimas palabras.

¿Años? ¿América?

Tenía que darse prisa o todo estaría definitivamente perdido.

## Capítulo 5

América.

Había pasado un mes y Tamara aún no podía creerlo.

Había pasado un mes, el escándalo estaba en pleno apogeo y ella aún no había vuelto a verlo. No era algo extraño, considerando que Edwin estaba en ese momento en boca de todos. La noticia de que había sido presentada una demanda de divorcio a la Cámara de los Lores por parte del hermano menor de los Allen había generado demasiadas habladurías, al menos si tomaban en cuenta que la sociedad ya debería estar acostumbrada a las excentricidades de la familia. No obstante, eran tan pocos los que se atrevían a solicitar un divorcio que no se podía hacer más que comentarlo, sobre todo cuando era de conocimiento general cuál era el único motivo por el que se podría aprobar uno: la infidelidad de la dama.

Tamara lo había escuchado y se había quedado atónita, incapaz de creer que esa bruja hubiera podido engañar a Edwin. Tardó un poco en recordar que él le había confirmado que esa sería la versión oficial, mas no necesariamente la real. Eso no significaba, sin embargo, que no hubiera parte de verdad en la declaración. ¿Por qué se divorciaría Edwin si no por un motivo realmente válido? Tamara lo conocía lo suficiente para saber que el mellizo podía ser lo que fuera, pero si daba su palabra, la cumplía. Por eso pocas veces la daba, y por lo tanto, no lo veía capaz de romper los votos del matrimonio por un mero capricho. Eso era algo que también le gustaba de él.

La curiosidad por saber los motivos la carcomía viva, pero no lo suficiente para acaparar toda su atención. Su padre había comentado la semana anterior que se había dado la reunión en la Cámara de los Comunes, y la propuesta fue aceptada. Era cuestión de tiempo que la Cámara de los Lores diera cita y el asunto quedara zanjado. El tiempo se le agotaba y eso le tenía sumamente preocupada. No sabía qué iba a hacer. ¿Cómo iba a conquistarlo si no podía verlo? ¿Qué sería de ella si él se iba a América?

Tamara paseaba de un lado a otro de la habitación como si así la respuesta que esperaba pudiera llegar más rápido.

Qué poco le había durado la ilusión. Se suponía que hacía años se había resignado a no poder tenerlo. Tenía que olvidarlo para continuar con su vida, pero no era tan fácil en ese momento, no cuando sabía que volvería a ser libre. Hacía cinco años no pudo hacer nada para retenerlo, pero en esta ocasión sí podía, y si Edwin se marchaba sin ella, sería exclusivamente su culpa.

—Sé por experiencia que caminar de un lado a otro solo consigue marearte. Lo cual resulta inútil si lo que se desea es la respuesta a un dilema —comentó la voz de su madre desde la puerta.

Tamara se detuvo y la miró. La duquesa entró y la miró con dulzura, algo impropio de ella.

—Cariño, sabes que puedes decirnos lo que te agobia, ¿verdad?

Tamara suspiró.

—Vosotros lo sabéis.

—Sí, pero es más bonito que tú nos lo digas. Así demostrarías que nos tienes confianza. Esto de que mientas y nosotros finjamos creerte está resultando un poco tedioso.

La duquesa se sentó con elegancia en la *chaise longue* cerca de la ventana e invitó a su hija con un ademán a que se sentara a su lado. Tamara se dejó caer con un suspiro cansado.

—Me enamoré de él aquella Navidad que pasamos con los Allen en su propiedad de campo. Tenía diez años. —Sonrió al recordarlo—. Clarice y él practicaban esgrima, y yo quise aprender.

—Tu padre dijo que no, según recuerdo —intervino la duquesa, y frunció los labios con disgusto—. Se volvió muy aburrido después de tu nacimiento.

Tamara sonrió.

—Dijo que era muy pequeña, y advirtió a los mellizos que no se les ocurriera enseñarme. Esa noche, antes de la cena, Edwin se acercó a mí y me dijo que si estaba dispuesta a levantarme al alba, ellos me iban a enseñar.

—Si me preguntas, esa fue la advertencia más estúpida que pudo haber hecho tu padre. Todos saben que ordenarle algo a los mellizos solo despierta el interés de desobedecer.

—Al día siguiente —continuó Tamara con una expresión soñadora, como si tuviera la imagen muy clara en su mente—, Edwin me estaba esperando en el jardín. No parecía muy contento de haberse levantado temprano, pero cuando me vio, sus ojos brillaron de una forma me encantó. Era el brillo de estar haciendo lo que está prohibido, pero aun así me hechizó. Era algo tan particular de él... Recuerdo que pensé: «Quiero un esposo así, que no le tema a nada, ni siquiera a mi padre».

La duquesa contuvo una mueca de asco ante tanto empalago. No deseaba que su hija se echara para atrás.

—Se supone que íbamos a esperar a Clarice, pero como estaba tardando mucho, comencé la práctica con Edwin. Fue muy amable. Su humor me hacía reír. Toda la semana que estuvimos ahí, nos veíamos al amanecer. No solo me enseñó esgrima, también a lanzar cuchillos. Lo hace sorprendentemente bien, ¿nunca lo has visto?

—Sí —respondió la duquesa, quien nunca negaba cuando alguien tenía talento—, y me alegra que tu padre nunca se haya enterado de los cuchillos o Edwin sería hombre muerto. ¿Qué había pasado con Clarice?

—Oh, llegó rato después. Se había quedado dormida. Me pidió perdón, pero yo le dije que no se preocupara. —Sonrió con picardía—. También le dije que, si quería, no tenía por qué molestarse en levantarse todos los días. Que Edwin podía enseñarme. Ella me miró, se rio y luego se encogió de hombros. No apareció más.

—Lo supo —dedujo Topacio.

—Sí —confirmó Tamara—. Supongo que le pareció divertido pensar que una niña de diez años estaba enamorada de su hermano.

»Madre, esa fue la mejor semana de mi vida.

La duquesa a miró con dulzura.

—Cariño, ahora dime cómo ese amor ha durado casi diez años. ¿No crees que, quizás, lo idealizaste un poco?

Tamara negó con la cabeza.

—No fue solo esa semana. Era cada vez que lo veía. Oh, madre, me encantaba su humor, su actitud desenfadada. Él no me restringiría mi libertad: podría practicar esgrima, lanzar cuchillos, correr con un caballo decente...

La duquesa rio.

—Edwin también tiene tendencia a ser irritable.

—Y a mí me encantaría replicarle cada vez que se ponga irritable —dijo con emoción—. ¿O no es eso lo que mejor hago? Devuelvo insultos y las personas ni siquiera se dan cuenta. Soy su complemento ideal.

Topacio se carcajeó.

—Oh, querida. No puedo replicar lo que sea que sientes por él. Sin embargo, noté a Edwin muy cambiado.

Tamara suspiró.

—Lo sé. Pero el Edwin que conocí está ahí, y yo lo traeré de vuelta.

—¿De verdad quieres hacerle eso al mundo?

—Oh, madre. —Tamara le tomó las manos—. Necesito verlo. ¿Cómo lo enamoraré si no?

—Dudo que con el escándalo aparezca en sociedad. Admito que no sé mucho de cómo conquistar a parias sociales, sin embargo...

Tamara la interrumpió levantándose abruptamente.

—Visitaré a la tía Esmeralda. Ya casi es la hora del té. Gracias, madre, nos vemos más tarde —dijo con ánimo mientras tomaba su abrigo y salía con prisa de la habitación.

—Espero que no olvide llevar a la doncella —le comentó Topacio a Rutland cuando este apareció segundos después en la puerta—. ¿Has escuchado todo?

Él asintió.

—Temo por los consejos que le pueda dar Esmeralda.

—Yo también —admitió Topacio—. Habrá que tenerla vigilada.

—Esta situación me preocupa. No quiero que salga herida. Topacio, ya te comenté que la Cámara de los Lores...

Topacio hizo un gesto con la mano para que se callara.

—Esa información es irrelevante por ahora. Sucederá lo que tenga que pasar, Rutland, sea

bueno, o malo. El destino nunca se equivoca.

\*\*\*

—Nunca me había molestado tanto tener un apellido maldito. ¿Acaso el destino no puede tener piedad de nosotros? —preguntó Edwin, lanzando una estocada que Clarice esquivó con facilidad.

—Nuestra vida sería muy aburrida si la tuviera. ¿Y desde cuándo nos ha importado? Edwin, en los últimos años casi no te reconozco.

Él suspiró y apenas logró esquivar el ataque de su hermana.

—No es divertido no poder aparecer ni siquiera por un club cuando he reconocido socialmente que soy un cornudo.

—No sabía que tenías el ego tan frágil —se burló su hermana, en el fondo sabedora de que no era eso lo que le molestaba, aunque no estuviera segura de cuál era el motivo—. Nada de esto hubiera sucedido si...

—¿Me creerías si te dijera que no pedí la anulación solo para demostrarte que podía durar más de un mes casado? —interrumpió él.

Clarice detuvo las estocadas y se quitó el casco solo para que él pudiera apreciar mejor su expresión de incredulidad.

—Suenas a algo que harías —concordó ella—, pero no te creo. Sin embargo, vamos mejorando las excusas.

Edwin también se quitó el casco.

—Admito que esta me la han proporcionado.

—¿Ya ni siquiera eres capaz de pensarlas por ti mismo? —Clarice esquivó con agilidad la estocada furiosa de él y alzó las manos en son de paz—. ¿Quién ha sido el alma caritativa que te la ha proporcionado?

—Tamara.

—¿Tamara Loughy?

—Su apellido es Hackings.

—¿Por qué tenemos que llevar el apellido de ellos si nosotras somos quienes casi morimos por tener a los niños? —dijo enfurruñada mientras se dejaba caer en el sillón de la sala que usaban para practicar.

—¿Porque nosotros los mantenemos? —sugirió con tiento.

—Solo porque a nosotras no nos dejan —espetó y suspiró—. Estoy cansada. Creo que será todo por hoy.

—Solo ha sido una ronda. ¿También te está afectando la edad, Clarice?

Ella lo miró con extrañeza.

—¿A qué te refieres con «también»? ¿Acaso alguien te ha hecho dudar de tu juventud, Edwin? Oh, no me digas que ha sido la pequeña Tamara.

—No es tan pequeña —acotó él, más para sí mismo que para Clarice.

Él no podía estar deseando a una niña.

—Debe tener unos veinte ya, así que supongo que no. Ella me cae bien. Fue una gran alumna de la escuela. —Sonrió con picardía—. Recuerdo que tú le agradabas.

—¿A qué te refieres? —preguntó con cierta indiferencia. No se acordaba de que Tamara hubiera ido a la escuela de Clarice. Eso podría explicar muchas cosas.

—Oh, nada —respondió Clarice, agradecida de que no la estuviera viendo o hubiera notado su diversión—. ¿Sabes? Siempre imaginé que, si te casabas, sería con alguien como ella. Dios sabe que nadie más te toleraría.

—No pienso obligar a nadie más a que me tolere. En mi vida volveré a pasar por la vicaría.

Clarice se encogió de hombros fingiendo indiferencia, aunque la seguridad de la afirmación la inquietó un poco. Ella solo quería ver a Edwin feliz. De igual forma, no era como si negarse a hacer algo hubiera servido a un Allen para otra cosa más que para que el destino dictaminara justo lo contrario.

Se consoló con eso.

—Es tu decisión. ¿Quieres galletas? Tengo un antojo terrible de dulces —dijo para dar por zanjada la discusión.

Edwin, sin embargo, se quedó pensando en la idea de Tamara como esposa.

\*\*\*

Samantha Preston Loughy acomodó su postura en el momento en que escuchó que alguien se acercaba al salón del té. Cuando vio de quién se trataba, soltó un bufido poco femenino y volvió a echarse sobre el sillón. A Tamara le causó risa su posición. Estaba acostada en el sillón con sus largas piernas encima de un reposabrazos, lo que provocaba que su falda dejara al descubierto la mitad de sus pantorrillas. Tenía un libro entre las manos, y por lo que conocía a Samantha, dedujo que no era de romance.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba.

—Un gusto verte, Samantha —respondió con ironía, acostumbrada a la poca educación de la joven—. ¿Qué lees? —preguntó Tamara, curiosa.

—*Frankenstein* —respondió con mucha emoción—. Es un buen libro. Un monstruo intentando ser aceptado. Seguro que seré yo la próxima temporada cuando sea presentada.

—¡Samantha! —reprendió.

—He crecido media pulgada este año. ¿A qué edad se deja de crecer?

—¿A los dieciocho? ¿Veintiuno? No estoy muy segura.

Samantha miró sus piernas y suspiró con resignación.

—Solo un año para los dieciocho. Tengo fe en que dejaré crecer para entonces. Sería incómodo que a los veintiuno no pudiera atravesar la arcada de cualquier salón.

Tamara no dijo nada. Samantha solía hacer con frecuencia bromas sobre su estatura, un tanto más alta que la media, y a simple vista no parecía afectarle más allá de eso.

—No me has dicho a qué has venido.

—Oh, a hablar con tu madre. Necesito consejo.

Samantha fingió desinterés, aunque segundos más tarde su cuerpo se tensó.

—¿Has dicho que has venido a hablar con madre?

Tamara asintió.

Samantha, de inmediato, bajó los pies del reposabrazos y se sentó con corrección.

—Un poco tarde, llevo un rato aquí —dijo una voz desde la puerta con resignación. La baronesa de Clifton, una mujer delgada que apenas llegaba al metro cincuenta, sonrió con dulzura a la invitada y después miró con una dureza poco propia de ella a su hija. Con regularidad, los ojos verdes de la baronesa eran solo dulzura y amor—. No eres un monstruo, y ser alta es mejor que ser bajita. Por otra parte, ya hemos discutido la postura.

Samantha suspiró y su expresión le recordó a Tamara a un perrito regañado.

—Os dejaré solas.

—Puedes quedarte si lo deseas —sugirió Tamara, y añadió con malicia—: Voy a pedir consejos para conquistar a un caballero.

Los ojos de la baronesa se iluminaron con emoción, mientras que en los de Samantha, igual de verdes que los de su madre, se mostró el horror.

—Os dejaré solas —reafirmó.

Salió con tanta rapidez que uno de sus mechones marrones quedó atascado cuando cerró la puerta. Después de mascullar algo que sonó como una maldición, liberó el mechón y se fue.

La baronesa vio su huida con decepción.

—No entiendo por qué no le interesa el amor, si es tan hermoso...

Si algo caracterizaba a la baronesa de Clifton, era ser una romántica empedernida. Tamara podía jurar que no había nadie más en Inglaterra que creyera en el amor como ella, ni que fuera tan optimista al respecto. En la familia era una broma común decir que Esmeralda tenía lista la boda cuando el novio aún no se había enterado, pues conquistar al barón no fue tarea fácil; más bien fue el resultado de una increíble persistencia.

—Cuéntame, querida —comentó la baronesa, invitándola a sentarse. Era ese tipo de mujer que inspiraba comodidad. Al contrario de su madre, la baronesa tenía una mirada dulce y alegre. Sus cabellos seguían siendo completamente rubios, y en sus facciones apenas se distinguían arrugas,

nada que enturbiara su delicada belleza—. ¿Necesitas ayuda para conquistar a Edwin?

Tamara estuvo a punto de abrir la boca con sorpresa.

—¿Cómo sabes que venía a hablar de él?

—¿No debería saberlo? ¿Acaso era un secreto? —preguntó, consternada.

—Supongo que no —respondió Tamara con un suspiro, preguntándose cuántos sabrían que estaba enamorada del mellizo.

La baronesa volvió a sonreír.

—En cuanto escuché que se divorciaría, pensé: Tamara tiene otra oportunidad. Es el destino.

—El destino me ha puesto las cosas un poco complicadas. ¿Se marchará a América en cuanto le otorguen el divorcio! ¿Qué se supone que haré? Oh, tía, ayúdame. No sé cómo conquistarlo antes de que se vaya. No coincidimos en las veladas.

Esmeralda procesó sus palabras con cuidado. Su expresión preocupada inquietó a Tamara.

—No tenía idea de que se marchara a América.

—Él me lo ha dicho, y no parece que vaya a cambiar de opinión. Ni siquiera sé con cuánto tiempo cuento. Un mes, quizás dos...

—Una semana —interrumpió la baronesa.

Tamara palideció.

—¿Qué quieres decir?

—Tony me dijo ayer que la Cámara de los Lores le ha dado una cita para la semana que viene. Será la última reunión. Si se aprueba la solicitud, el divorcio será oficial.

—Y él se marchará a lo mucho unos días después —dijo con voz ahogada. Se echó hacia atrás, quedando recostada en una posición poco correcta, pero no le importó. Su espalda ya no podía sola con tanta tensión—. ¿Existe alguna fórmula mágica para conquistar a un hombre en siete días? —preguntó esperanzada, aunque la cara de su tía no tardó en romper sus ilusiones.

—No a uno como a Edwin Allen.

La frustración, la impotencia y la rabia de que el destino quisiera mantenerlos separados provocaron en Tamara unas ganas inmensas de llorar. Tal vez debería dejar estar la situación. Desde que tenía uso de razón, sus llantos más grandes los había causado él, y eso no podía ser sano. Sin embargo, había algo que se rebelaba contra la resignación: era su instituto natural de pelea, de lucha.

¿Por qué tenían las circunstancias que alejarla de lo que quería? ¿No podía ella formar su propio destino?

—Quizás haya una manera —comentó la baronesa minutos después.

Tamara le prestó toda su atención.

—¿De que se quede en Inglaterra?

—Sí.

Y empezó a relatar el plan.

Detrás de la puerta, Samantha retrocedió con sigilo varios pasos hasta que su cabeza chocó con un duro pecho. Solo había en esa casa alguien más alto que ella, así que la incógnita de quién la había atrapado en una acción tan deshonrosa no duró mucho.

—No creo que tu madre apruebe estas actitudes —le susurró al oído.

—¿Tú sí? —le preguntó a su padre, arqueando una ceja.

Anthony Price, barón de Clifton, que bien podía medir un metro noventa, fingió considerarlo. Sus ojos oscuros le dijeron a Samantha cuándo llegó a una conclusión.

—Depende de si la información es relevante o un mero chisme.

—Intentan echarle la soga al cuello a Edwin Allen antes de que se haya quitado la primera.

El barón soltó una estruendosa carcajada que tuvo que controlar cuando su hija le hizo un gesto apurado de silencio.

—Eso no es lo peor —continuó, como si estuviera contando un secreto de Estado—. Temo que los métodos usados puedan ser perturbadores.

—Los métodos de tu madre no suelen causar otro sentimiento.

—Pero no solo eso —insistió Samantha—: tengo dudas de que puedan ser lícitos. Al menos, moralmente lícitos.

El barón borró cualquier diversión de su rostro.

—¿Qué están planeando ahí dentro?

Samantha se encogió de hombros.

—Me he retirado antes de escucharlo. En un interrogatorio es más fácil que crean que no sabes nada cuando en realidad no sabes nada, ¿no crees?

El barón contuvo una carcajada.

—Yo miento bien —dijo mientras se acercaba al salón del té—, y no pienso quedarme con la duda si esto nos puede meter en problemas.

—¿Desde cuándo te afectan los problemas?

Esa afirmación logró detener el avance del barón.

—Es un buen punto.

Mientras él consideraba lo oportuno de escuchar a escondidas, la puerta se abrió. La baronesa salió con una sonrisa sospechosa que desapareció en cuanto vio a su esposo.

—¡Tony! Has regresado temprano. Tamara ha venido a tomar el té.

Tamara hizo una inclinación a modo de saludo, pero de ninguna forma pudo disimular la expresión pensativa de su rostro. Debía ser un asunto delicado si Tamara lo estaba considerando, cuando todos sabían que haría lo que fuera por conquistar a Edwin Allen.

—Y se me ha hecho muy tarde. Me marchó, tía Esmeralda. Comunicaré cualquier novedad.

Una vez Tamara salió, Anthony arqueó una de sus cejas color chocolate, esperando la

explicación a la pregunta implícita que Esmeralda había entendido perfectamente.

—Tony, ¿crees que haya algo más hermoso que el amor verdadero?

Samantha bufó ante esa declaración y decidió desaparecer de escena, ya que nadie la veía.

—No sé si más hermoso, querida, pero sin duda nada más problemático. Dime que lo que sea que le hayas recomendado no nos va a meter en problemas.

Esmeralda no respondió de inmediato.

—La felicidad de una joven no debería suponer un problema para nadie, Tony.

Anthony gruñó, pero no tuvo tiempo de reprenderla, pues ella lo abrazó disipando cualquier posible reclamo. Él le devolvió el abrazo esperando que tuviera razón.

\*\*\*

Tamara llegó a su casa bastante distraída. Tanto, que su doncella tenía que guiarle el paso pues en muchas ocasiones estuvo a punto de tropezar.

A salvo en su habitación, no dejó de darle vueltas a la idea tan arriesgada que la tía Esmeralda había propuesto. Era demasiado atrevido incluso para ella, que hubiera jurado hacía nada que haría lo que fuera necesario para que Edwin la volviera su esposa. No obstante, dentro de «hacer lo que fuera necesario» también había ciertos límites invisibles que se sabía, por sentido común o por sentido de la vergüenza, que no se podía romper. La tía Esmeralda le había dado una solución drástica que se salía de esos límites y ahora la ponía en un dilema.

¿Qué debía hacer?

Contárselo a sus padres no era una opción. A pesar de que recientemente había hablado con su madre sobre la confianza, era algo un poco vergonzoso. De la respuesta a esa acción dependían muchas cosas: entre ellas, su felicidad o la eterna escasez de esta.

Se dejó caer en la cama, quizás en un estado peor que el previo.

¿Por qué todo tenía que ser tan difícil? ¿Por qué la sociedad condenaba el divorcio? ¿Por qué tenía que mudarse a América?! Escocia e Irlanda eran tierras más cercanas, podría venir de vez en cuando, y eran igual de salvajes que en el otro continente, si eso era lo que el mellizo buscaba.

Recordó de nuevo esa semana que había pasado junto a él diez años atrás y todos esos encuentros ocasionales en los que habían coincidido antes de que él se casara. Su mente lo había planteado como su hombre ideal, y ahora que había aunque fuera una pequeña posibilidad de conseguirlo, no concebía no intentarlo. Se lo imaginó marchando en ese barco mientras ella estaba allí, sabedora de su partida, consciente de que cuando lo volviera posiblemente fuera una solterona porque no logró entregar su afecto a nadie más. En ese momento seguramente se preguntaría qué habría pasado si hubiera tomado una decisión diferente, y a buen seguro llegaría el arrepentimiento.

Se levantó de un brinco con una mirada decidida en sus ojos grises. Ella no era una cobarde y no tenía más nada que perder... aparte del orgullo. Antes sin duda se hubiera refrenado, pero ya que él se iría de todas formas, ¿qué más daba?

Se dirigió a su cómoda y elaboró una carta a la tía Esmeralda para notificarle su decisión. Tamara estaba más decidida que nunca. Había tomado una decisión, y lo demás, como decía su madre, quedaba en manos del destino.

## Capítulo 6

Edwin nunca se había sentido tan agotado en su vida. Por supuesto, nunca antes había pasado una noche entera sin dormir, inquieto por lo inminente, y jamás había tenido que estar en la sala de reuniones del palacio de Westminster esperando una decisión que le cambiaría la vida.

Ni siquiera el día de su boda provocó en su cuerpo tal pesadez.

Supuso que el cansancio era algo que se había ido acumulando en los últimos meses, desde que se presentó por primera vez la propuesta al Parlamento hacía ya casi tres. Después de eso había sido un correr interminable entre recolección de pruebas, pagos de impuestos y más movimiento de dinero e influencias para que la petición pudiera llegar a una segunda lectura en la Cámara de los Lores. Ni que decir cuando la petición se hizo de conocimiento general y tuvo que esconderse del escándalo.

Para alguien acostumbrado a enfrentarlo, huir de este era agotador. Sin embargo, no tenía otra opción. Hacerse la víctima y actuar como marido ofendido iba más allá de lo que estaba dispuesto a hacer. Que lo aspasen si alguna vez inspiraba pena por propia voluntad.

Cuando puso un pie fuera del palacio, sintió tal alivio que estuvo a punto de desmoronarse ahí mismo.

Aprobada. El Parlamento había aprobado la petición. Estaba libre. Solo faltaba la firma real para que pudiera ser un hombre libre de nuevo, pero eso era lo de menos. Era libre para volver a casarse, si esa idea tan detestable llegara a rondar algún día por su cabeza. Era libre para volver a su vida.

*Su vida.*

Había pasado tanto tiempo que los años anteriores al matrimonio parecían recuerdos muy lejanos. Durante demasiados años su vida fue una lucha constante por mantener a flote un barco empeñado en hundirse. Ya no tenía ese peso sobre sus hombros, y sorprendentemente, no sabía qué hacer al respecto.

Estuvo a punto de reírse de sí mismo. Él, el siempre seguro Edwin Allen, no sabía qué iba a hacer con su vida. Aunque, dicha sea la verdad, nunca lo había sabido. Siempre había sido una persona dedicada a vivir el momento y jamás planificaba el futuro. Tomaba decisiones de acuerdo a las circunstancias y esta fue siempre una actitud que le funcionó bien. Después de la boda, sin embargo, las responsabilidades de una familia le hicieron tomar conciencia de que no podía seguir así siempre. Por ejemplo, no podían no interesarle sus ingresos mensuales. No podía no interesarle su reputación. Aunque a Edwin le había parecido repugnante preocuparse por algo así, no podía exponerla a ella al escarnio: era su familia. A los Allen no les interesaba, y por eso nunca supuso un problema su tendencia a los escándalos, pero Lydia era otra cosa. A ella sí le

interesaba, y Edwin había asumido, frente al altar, una responsabilidad con ella. Responsabilidades de las que ya estaba libre.

Respiró el aire fresco de media tarde sin saber qué hacer con su recién recuperada libertad. Era como si hubiese estado preso muchos años y ahora que volvía a ver la luz del sol no sabía por dónde empezar. Esperaba que América le ayudara a recuperarse un poco. Mucho temía haberse perdido demasiado.

Empezó a caminar con dirección a su carruaje, extrañado de no ver a Clarice alrededor. El día anterior le había comentado la idea de infiltrarse en el Parlamento para escuchar el veredicto de primera mano, pero cuando Edwin le hizo ver que eso era algo que ni ella misma podía conseguir, le dijo que esperaría fuera para obtener noticias. Supuso que algo debió de haberla retrasado. Tal vez no había pensado que saldría tan rápido. La reunión duró menos de lo esperado para gran alivio de Edwin, cuyo cuerpo resentido estaba teniendo ciertas dificultades para continuar el teatro.

Concluyó que podía ir a visitarla y averiguar si seguía o no en casa. En caso contrario, alguien le diría donde encontrarla.

Estaba a punto de subir a su carruaje cuando escuchó que alguien lo llamaba.

\*\*\*\*

—Tienes que admitir que es algo perturbador que tu prima y amiga quiera casarse con tu tío — comentó Mariam con una sonrisa forzada mientras alzaba la mano para llamar la atención de Edwin, que, al verla, detuvo su avance al carruaje.

—No tenemos ni una gota de sangre en común —terció Tamara, también sonriendo—. No veo por qué es perturbador.

—Nos lleva diez años.

—Eso no es perturbador. Se han visto diferencias más significativas. Roger te lleva siete años y nunca te escuché quejarte.

Mariam, consciente de que Edwin las miraba, evitó arrugar el ceño.

—Roger no es el tío de ninguna prima o amiga. Para mí eso es perturbador, y si a ti no te parece suficiente, creo que llevar dos horas esperando a que salga de la sesión encaja perfectamente con la definición de la palabra.

Tamara no le hizo caso y amplió su sonrisa a medida que se acercaban. Era la mejor manera que tenía de disimular su nerviosismo. Su pulso se había acelerado cuando lo había visto salir del destruido palacio y la boca se le secaba continuamente.

Había intentado ver en su expresión alguna señal que indicara el resultado de la petición, pero Edwin solo parecía pensativo. Así pues, tenía el corazón en vilo; no solo por la confesión que iba a hacerle, sino por saber si podría hacerla.

—¿Cuándo te dejó de gustar espiar a los demás? —le preguntó Tamara. Estaban a solo unos

metros de Edwin, pero necesitaba distraerse. Pensar en otra cosa ayudaría a calmar su corazón.

—¿Cuándo cambié de apellido? —sugirió—. Creo que esa es la respuesta que debo dar. Ya sabes, cualquier mala costumbre siempre es culpa del apellido.

—¿Lo es?

Mariam Allen Loughy, recientemente Mariam Carlisle, sonrió con picardía, pero no tuvo tiempo de responder porque llegaron a donde estaba Edwin.

—¡Tío Edwin! ¡Qué gusto verte por aquí! —exclamó con jovialidad la joven rubia.

—Ha pasado mucho tiempo, Edwin —comentó Tamara sin borrar la sonrisa de la cara. Su corazón volvió al ritmo acelerado cuando lo vio.

Nunca se había sentido tan nerviosa como en ese momento. De hecho, era una sensación nueva para ella, que, acostumbrada a conseguir lo deseado sin mucha dificultad, jamás se había visto en una situación determinante.

—¿Os ha mandado Clarice? —preguntó él después de saludar con una inclinación de cabeza a ambas. Eso sería algo común en su hermana, mandar a alguien por la información si ella no podía obtenerla de primera mano. Quizás le había surgido algún contratiempo en la escuela.

Ambas negaron con la cabeza.

—Estábamos paseando por aquí. El encuentro ha sido causal —respondió Tamara sin borrar la sonrisa de la cara.

Mariam soltó algo que pareció ser una tos. Edwin miró alrededor. El paisaje no era muy agradable, pues a tres años del incendio del gran palacio que albergaba a la Cámara de los Lores y de los Comunes, este no mostraba indicios de relación. Había sido destruido casi en su totalidad, y las sesiones tuvieron que restringirse a una de las salas que lograron salvarse cerca de la Torre de las Joyas.

—No sabía que estaba de nuevo de moda visitar las ruinas.

—Estábamos en la Galería Nacional —aclaró Tamara.

—Y, hablando, nos hemos desviado un poco del camino —apoyó Mariam, quien tenía una sonrisa divertida en su rostro.

—Nos percatamos de que andábamos fuera del palacio cuando te vimos —culminó Tamara.

Edwin miró a una y a la otra con suspicacia. Mariam era experta en mentir; después de todo, era parte de la segunda generación de mellizos Allen. A Tamara tampoco se le daba mal porque mentía cada vez que quería salirse con la suya. Él, sin embargo, era el maestro de la materia y era difícil engañar a alguien que había hecho de eso su profesión. Por lo tanto, ambas se limitaron a sostener la sonrisa en su cara esperando salir ilesas del escrutinio.

—No ha sido casualidad —dictaminó. Mariam suspiró, como si ya se lo esperase. En sus veinte años jamás había podido engañar a su tío—. Has venido porque querías saber qué ha pasado, ¿no? —le preguntó a Mariam—. No podías simplemente esperar que la respuesta llegara

a ti.

Tamara suspiró con alivio mientras la joven asentía con efusividad para salir de la situación. Bendita fuera Mariam.

—De hecho, sí. ¿Nos lo vas a decir o planeas que esperemos a media noche cuando padre salga de la reunión del Parlamento?

Edwin compuso una expresión compungida que hizo que Tamara contuviera el aliento.

—Pidieron demasiada evidencia —dijo con tono pesaroso.

—Pero pudieron presentarla —aventuró Mariam, mirando de reojo a Tamara.

—No parecieron creernos.

—Pero te creyeron —intervino Tamara con un tono bastante agudo.

Edwin la miró y se quedó observándola por varios segundos sin mudar su expresión. Con regularidad, solía leer bien a las personas, pero Edwin también era un maestro de la expresión. Era un maldito maestro en todo lo que se relacionara con engañar.

—Pues... —Miró a una y a otra como si no encontrara las palabras adecuadas para hablar.

—Oh, tío, por favor. Habla ya —exigió Mariam, frustrada.

Él sonrió, aparentemente contento de haber hecho perder la paciencia a una de las dos, y Tamara suspiró.

Esa sonrisa solo podía significar una cosa. Mariam también lo comprendió.

—Eres un idiota —masculló Mariam.

Él la miró con fingida seriedad.

—¿Qué forma de faltarle el respeto a un tío es esa, señorita?

—*Señora* —corrigió ella, y se acercó para darle un abrazo. Edwin lo correspondió.

Tamara se sintió mal por no poder darle ella también un abrazo, pero hubiera sido demasiado obvio, y aunque lo que tenía en mente no dejaría lugar para vergüenzas más adelante, prefería mantener las apariencias por el momento. Miró a Mariam y esta parpadeó dos veces de forma muy lenta para darle a entender qué había entendido.

—Querido tío, ¿te puedo pedir un favor?

Edwin enarcó una ceja.

—No prometo nada hasta que me digas qué es.

—¿Podrías llevarnos a casa? Mi chochero tenía que ir a buscar a Roger para llevarlo a otro lado. Pensábamos tomar uno de alquiler, pero ya que estás aquí...

Edwin miró a Tamara como si no estuviera seguro de dejarla subir en su coche. Ella no pensó mucho en el porqué de su indecisión, sus manos arrugaban la falda en señal de nerviosismo. El plan era que Mariam lo hiciera detenerse, tal vez en Bekerley Square, con alguna excusa y dejar a Tamara a solas con él. Entonces, ella confesaría sus sentimientos. Era la última carta que le quedaba para hacer que se quedase, puesto que contaba con poco tiempo.

Después de debatirlo más veces durante esa semana, se había convencido de que era la mejor idea. Solo había dos escenarios posibles: el rechazo absoluto —en el que Tamara no quería pensar— o la débil posibilidad de que, al menos, considerase su decisión. No era tan ingenua como para creer que él cancelaría su viaje de inmediato y le confesaría un amor semejante. Tamara era consciente de que eso no sucedería, y de que había muchas probabilidades de que la rechazara y se marchara de igual forma, pero era mejor hablar a verlo irse sin que ella hubiera liberado lo que había en su alma.

Con un poco de suerte, solo un poco, lograría convencerlo de que se quedara el tiempo suficiente para darle a ella una oportunidad.

—No te preocupes por ella. Ahora que estoy casada, soy una carabina perfectamente respetable y adecuada —añadió Mariam al suponer el motivo de su indecisión.

Edwin la miró, aunque tardó en responder, como si las palabras hubieran demorado en llegar.

—No te discuto lo de respetable, pero creo que se puede debatir lo de adecuada.

Mariam iba a replicar algo, pero Tamara decidió interrumpir.

—Oh, vamos, Edwin. ¿Acaso te consideras un peligro para mi reputación?

Él le echó un casi imperceptible vistazo de arriba abajo, pero su expresión no dio a entender nada.

—En este momento, soy un peligro para la reputación de cualquiera —acotó él.

—¿Y desde cuándo esto te ha importado? —retó ella.

Él no respondió de inmediato, por lo que Tamara insistió:

—Te aseguro que mi padre no te va a perseguir por esto, Edwin... Si ese es tu temor.

Tal como supuso, el tono de burla provocó una expresión de fastidio en la cara del mellizo, quien luego de unos segundos les hizo un gesto para que subieran. Primero ayudó a Mariam a subir, y posteriormente tomó la mano de Tamara. Ella colocó un pie encima del carruaje y apretó su mano para tomar impulso. Sus miradas se encontraron en ese momento y un estremecimiento placentero viajó a través de su brazo. Por dos segundos, su cuerpo se resistió a terminar la acción y despedirse del contacto. De hecho, si Mariam no hubiera carraspeado, todo se hubiera prologando hasta un punto muy indecoroso.

Ya se había acomodado dentro del carruaje cuando Edwin se dispuso a subir. No había puesto todavía el pie encima del coche cuando algo llamó su atención y se alejó.

Ambas mujeres se acercaron a la puerta para ver qué había pasado. Justo en ese momento Edwin abrazaba con fuerza a una mujer que no tardaron en reconocer como Clarice Allen.

Tamara suspiró y se giró hacia Mariam.

—¿Qué tantas posibilidades hay de que Clarice se baje contigo?

Mariam lo pensó.

—Tía Clarice haría lo que fuera que causara incomodidad a Edwin y a ella le divirtiese.

Podría haber muchas. Sin embargo... —Le hizo un gesto a Tamara para que viera de nuevo la escena.

Edwin estaba señalando el coche mientras decía algo que no lograban escuchar. Clarice asintió y él empezó a caminar hacia ella.

—Ay, no —musitó Tamara con pesar, deduciendo qué pasaría.

—Dos horas perdidas —se quejó Mariam.

Edwin llegó unos segundos después. Tenía una sonrisa en su rostro que solo podía provocar su melliza.

—Mis queridas damas, Clarice las llevará. Así yo podré irme directamente al puerto a comprar el pasaje para América.

La mención de América le crispó los nervios a Tamara. Era ese tipo de cosas de las que ya era demasiado consciente como para que alguien se lo recordara.

Mariam hizo la pregunta que ella no se atrevió a hacer.

—¿Cuándo piensas irte?

—En dos o tres días. En estas semanas me he encargado de dejar mis cosas en orden, que no han sido muchas.

Tamara contuvo un gemido ahogado. Observó como Mariam se bajaba, y cuando le tocó el turno a ella, la desolación fue tal que no le permitió disfrutar del contacto. Ni siquiera se dio cuenta de que Edwin apretó los labios en el momento en que sus manos rodearon su estrecha cintura.

—Tamara, querida, tienes cara de querer matar a alguien —dijo Clarice una vez todas estuvieron dentro del carruaje.

—Es probable que a ella misma —contestó Mariam, cosa que le ganó un golpe de Tamara con el bolso.

—No es nada —le respondió a Clarice. Su tono era de resignación.

Sería absurdo reprocharle a Clarice su aparición inoportuna, y tampoco tenía tiempo para lamentarse por eso.

Dos o tres días. ¿Cómo se suponía que iba a declararle su amor en dos o tres días? Había pasado toda la semana elaborando el plan de esa mañana, y para que se fuera al trate con esa facilidad. Tal vez podría pedir a sus padres que lo invitaran a cenar o ir a cenar de nuevo con los Allen. Sin duda, tendría una cena con su familia antes de irse. Aunque con toda probabilidad estarían todos los Allen —que no eran pocos— y conseguir un momento a solas no sería sencillo.

Tal vez debió haber insistido en hablar con él a solas y no ir con Clarice.

¡Qué tonta! ¿Por qué no lo había hecho? Acaba de perder una gran oportunidad...

—¿Todavía estás enamorada de Edwin? —preguntó Clarice abruptamente, interrumpiendo sus cavilaciones.

—¿Hay alguien que no lo sepa? —masculló Tamara con fastidio.

Clarice sonrió antes de responder:

—Edwin.

Mariam se rio. Por suerte, esquivó a tiempo el golpe del ridículo de Tamara.

—Tengo la impresión de que he arruinado algo —dijo Clarice con expresión interrogante.

—No importa —respondió Tamara con sinceridad.

Clarice, que captó que no iba a recibir otra respuesta, dejó el tema. Una concesión extraña en ella que Tamara agradeció.

—Tía Clarice, estás algo pálida. ¿Te sientes bien?

La pregunta de Mariam llevó la atención de Tamara al rostro de la condesa. Efectivamente, estaba algo pálida y más ojerosa que de costumbre.

—Estoy devolviendo todo lo que como desde la mañana —confesó sin tapujos. Clarice no era dada a sutilezas—. Tengo mucha hambre, pero no creo retener nada. Me he retrasado solo porque quería asegurarme de que no vomitaría en el trayecto.

—¿Has llamado al doctor? —preguntó Mariam con preocupación. Su tía siempre había gozado de una salud bastante fuerte.

Clarice asintió. Como no añadía más nada, Tamara se vio en la obligación de preguntar:

—¿Qué te ha dicho?

Por primera vez desde que Tamara conocía a Clarice Allen, esta no pareció encontrar las palabras adecuadas para hablar. Miró por la ventanilla del carruaje por tanto tiempo que las jóvenes creyeron que no iba a responder.

—Dice que estoy embarazada.

El silencio reinó en el carruaje. Todos estaban demasiados pasmados para hablar, incluida Clarice. Habían pasado nueve años desde que Clarice Allen se convirtió en la condesa de Grafton y nunca se había escuchado la noticia de un embarazo. Para la sociedad, la condesa era estéril, e incluso se llegó a murmurar que era un castigo divino por tener pensamientos «tan extraños».

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Tamara, que fue la primera en reaccionar.

—La familia estará encantada, sobre todo porque no se apellidará Allen —bromeó Mariam.

Clarice también sonrió.

—Prefiero no decirlo todavía —comentó, y no dio más explicaciones.

—¿Ni siquiera a Edwin? —indagó Mariam.

—Menos a él.

—¿Por qué? —preguntó Tamara.

Clarice suspiró.

—Se quedaría. Y considero que el viaje a América le hará bien.

Tamara la miró con sorpresa. No era un secreto para nadie que Clarice y Edwin Allen eran

inseparables. Tamara había escuchado en la cena con los Allen que no se había mostrado muy contenta ante la idea de que su mellizo se fuera a América. Que ahora apoyara ese viaje hasta el punto de ocultar una noticia que a Edwin le alegraría desconcertaba a Tamara.

—Edwin necesita alejarse de Inglaterra, de todo lo que le recuerde a ese matrimonio — continuó Clarice, como si le leyera el pensamiento a Tamara.

De nuevo silencio. Era bastante incómodo decir ese tipo de comentarios a una persona que deseaba con todas sus fuerzas que él se quedara. Solo Clarice era capaz de tal indiscreción. Por otra parte, Tamara sabía que no era mala su intención. Había un mensaje oculto en sus palabras que quería que ella entendiera.

—Me parece extraño que Edwin no se diera cuenta de tu palidez —comentó Mariam para romper el silencio.

Clarice sonrió con malicia.

—Estaba muy concentrado en convencerme para que las sacara de su coche y las llevara a casa.

Mariam miró a Tamara, pero esta no le prestó mucha atención. Sabía que no era a Mariam a quien Edwin quería sacar de su carruaje, pero no tenía la cabeza para deprimirse con ese detalle. Pensaba en las palabras de Clarice y consideró si no sería demasiado egoísta de su parte intentar convencerlo de que se quedara. No obstante, ella solo iba a confesar sus sentimientos, ¿qué tenía eso de malo? Había muchas posibilidades de que Edwin se marchara igualmente y ella se reprocharía no haber hablado nunca.

Más decidida que nunca, se puso a evaluar su próxima estrategia. Tenía solo dos o tres días antes de que Edwin se marchara y necesitaba propiciar un encuentro a solas como diera lugar. Quizás podría colarse en su casa. La tía Esmeralda lo había sugerido como una buena opción. La única desventaja del plan consistía en que Edwin estaba viviendo en Albany, y ninguna mujer, ni siquiera de servicio, había logrado traspasar sus sagradas puertas.

Pero ella no era cualquier mujer, era Tamara Hacking Loughy, y juraba por lo más sagrado que le confesaría sus sentimientos antes de verlo por última vez.

## Capítulo 7

No podía tener tan mala suerte.

Tamara miró el reloj encima de la chimenea. La luz del fuego apenas dejaba observar las manillas, pero pudo distinguir que eran las cuatro de la mañana. Faltaban tres horas para que Edwin se marchara definitivamente y las palabras que no había podido decir se le atascaban en la garganta.

Recordó, al borde del llanto, los intentos infructuosos de decirle a Edwin sus sentimientos durante esos dos días. Aunque, si quería ser imparcial, había sido todo su culpa. Debió haber supuesto que su madre no volvería a dejarla ir sola a casa de la tía Esmeralda, de donde había planeado escaparse para hacer su incursión en Albany; también debió suponer que escaparse de la casa a las nueve de la noche no tenía muchas probabilidades de éxito cuando su padre parecía estar pendiente de cada movimiento en esa casa. Además, iba vestida de hombre, por lo que pasar desapercibida no había sido una opción.

Rememoró la escena con decepción.

—¿Acaso hay algún baile de disfraces esta noche que requiera el uso de pantalones y chaleco, o ha habido un repentino cambio de moda del que no me he enterado? —había preguntado el duque de Rutland con tono burlón justo cuando Tamara estaba a punto de abrir la puerta.

Hasta el momento había creído que todo saldría bien. Había llegado a la entrada logrando ocultarse de cualquier persona del servicio y juraba que sus padres estaban demasiado entretenidos en el salón. Después de la cena se metían allí para probar quién era mejor jugador de cartas.

—Necesito hablar con Edwin —soltó Tamara de sopetón, sabiendo que no había excusa creíble que pudiera justificar esa escapada—. Por favor, padre.

Adam la miró con ternura.

—Cariño, ¿sabes que Edwin está en Albany? —Tamara asintió. Adam, de pronto, arrugó el ceño y ató los cabos—. ¿Pensabas ir sola a Albany? ¿De noche? ¡¿En qué estabas pensando, Tamara?! Vestida de hombre apenas pareces un jovenzuelo. La cantidad de problemas que podrías haberte encontrado...

Tamara se encogió ante el grito de su padre. Pocas veces se enfadaba.

—Ahora puedes acompañarme tú —sugirió. Al ver que el duque dudaba, insistió—. Padre, por favor. Necesito... —Tomó una respiración profunda antes de hablar—. Necesito hablar con él. Confesarle mis sentimientos. No estaré en paz si no se lo digo.

El gran duque de Rutland había ablandado su expresión y mirado a su hija con ese cariño que siempre le había profesado. No era lo común que una señorita se declarara, pero tampoco era una

petición especialmente descabellada.

—Está bien.

Tamara había brincado de alegría y abrazado su padre con entusiasmo. Lamentablemente, quiso el destino que Edwin no estuviera en la residencia. Ni en casa de los Allen, quienes le informaron que ni siquiera había ido a cenar a pesar de que sería su última noche en Inglaterra. Así era como se había enterado de que Edwin se marchaba al día siguiente a las siete de la mañana, y a pesar de que se lo rogó a su padre, este se negó en rotundo a llevarla al puerto.

—No es un lugar adecuado para hablar. Siempre hay demasiada gente y tu reputación se verá arruinada si te pierdes un momento a solas con Edwin.

—Puedo ir vestida de hombre.

—Esa treta no funcionará en el día.

—Pero...

—Tamara —dijo con seriedad el duque—. Sé que no es fácil. Rendirse no es un consejo que yo daría en circunstancias normales, pero estas no son circunstancias normales. —Le tomó las manos entre las suyas. No podía decirle lo que en realidad pensaba porque sabía que Tamara no le entendería. La desesperación de su hija le había hecho comprender que quizás era mejor alejarla de un momento desagradable. Si Edwin se iba de todos modos, no se lo tomaría bien. Adam no quería verla sufrir más—. Eres muy joven. Habrá más caballeros. Quizás es mejor que no lo sepa. Te aseguro que lo que menos necesita Edwin en este momento es dejar un corazón roto, porque, si te soy sincero, no creo que se quede.

Ella solo pudo concentrar sus esfuerzos en contener las ganas de llorar.

Volvió a mirar el reloj de la chimenea. La cuatro más un cuarto de la madrugada. Habían pasado varias horas desde ese último fracaso, pero aún tenía ganas de llorar. No había pegado un ojo en toda la noche y ni siquiera se había quitado el disfraz de hombre. Llevaba las últimas horas preguntándose si no podría haber elaborado un mejor plan. A lo mejor, si le hubiera dicho a sus padres desde un principio sus intenciones, la hubieran ayudado con tiempo, como bien había demostrado hacía poco su padre. La desesperación no la dejó pensar con la cabeza fría y ahora pagaba las consecuencias.

Repasó una y otra vez las palabras de su padre, considerando si tendría o no razón. Tal vez Edwin no necesitase saber lo que ella sentía, pero ¿no contaba que ella *necesitase* decírselo? Esa esperanza que se negaba a morir le exigía liberar su alma, jugar su última carta. Si se iba sin tan solo considerarlo, ella tendría que afrontar la decepción, mas su conciencia estaría en paz porque habría hecho todo lo posible.

Tenía que hablar.

Tamara pensó frenéticamente en qué podía hacer. No dudaba que su padre debía haber dado órdenes de que la vigilaran, y además, faltaba poco para que los criados se levantaran. Si había un

momento de escapar, tenía que ser ese, y no podía arriesgarse a hacerlo por la puerta.

Una luz se encendió en su cabeza y se acercó a la ventana. Ahí seguía: el viejo árbol con el que tanto se había divertido en su niñez, ubicado estratégicamente como si el autor de la vida lo hubiera diseñado solo para ese propósito.

Pensó en un plan. Cuando creyó haber organizado bien una idea, tomó una bolsa de viaje en donde echó un vestido, la enaguas, el corsé y una capa. También un sombrero, un cepillo y unas horquillas para arreglarse el cabello en el camino. Buscó en la cómoda la pistola que su madre le había regalado en su cumpleaños número doce y la guardó entre el chaleco y la camisa. Amarró bien la bolsa y la lanzó por la ventana. No hizo ruido, ya que era principalmente tela.

Tamara se inclinó hacia el árbol. No le fue difícil tomar unas de las ramas. La parte más complicada fue encaramarse a ella, pero luego de conseguirlo solo bastaron diez segundos para descender los nueve metros que la separaban del suelo.

Miró a su alrededor, pero no parecía haber nadie que quisiera detenerla. No había nadie, en realidad. Ni siquiera la servidumbre estaba en la calle a las cuatro de la mañana, por lo que tendría que darse prisa.

Tardó un poco en orientarse en la oscuridad. Después de estar segura de cuál sería su ruta, la emprendió.

Mentiría si dijera que no tuvo miedo. Caminar sola por las calles desiertas, aunque estas fueran las calles de Mayfair, no era algo que nadie sensato haría. Tamara pidió al Dios al que casi nunca le rezaba poder llegar viva a la casa de Mariam, ubicada a unas siete cuadras de allí. Si moría antes de confesar sus sentimientos, su alma viviría en pena.

Tardó unos quince minutos en llegar a la casa de Mariam. El reloj de una iglesia cercana indicó las cinco de la mañana cuando logró pisar los adoquines de la casa georgiana. Escuchó movimientos dentro, pero no consideró oportuno tocar la puerta vestida de hombre. Tendría que esperar a que Mariam saliera.

Se ocultó entre las plantas que decoraban la entrada sin mucha dificultad y esperó. El reloj marcó las seis cuando un carruaje se colocó enfrente de la puerta. Pasaron solo unos minutos más hasta que una soñolienta y desarreglada Mariam salió de la casa.

Tamara la tomó por el brazo antes bajara el primer escalón. Por suerte, Mariam no era de las que gritaba. En cambio, Tamara tuvo que esquivar un golpe que iba dirigido justo a su mandíbula.

Una suerte que Tamara fuera ágil y Mariam estuviera medio dormida.

—Soy yo —siseó antes de que la joven rubia intentara asestar otro golpe.

—Dios, Tamara. ¿Qué haces aquí?

—Necesito que me lleves al puerto.

—Ha sido una pregunta estúpida, ¿verdad? ¿Por qué otro motivo estarías frente a mi puerta a las seis de la mañana? ¿Tus padres lo saben?

Tamara sonrió.

—Dos preguntas estúpidas en menos de cinco minutos. ¿Te encuentras bien? —Mariam resopló con molestia—. Si lo supieran, no estaría aquí.

—La capacidad de mi cerebro se reduce diez veces cuando tengo sueño. No puedo decir que lo siento. —Se estrujó los ojos—. Será mejor que entres rápido y nos vayamos. Roger había insistido en acompañarte, pero no quise despertarlo temprano. Si llega a descubrir que me he marchado sin él, no llegaremos a ningún lado.

»Vamos, entra antes de que el cochero se dé cuenta. Preferiría que nadie pensara que tengo un amante de quince años.

Tamara se rio, pero no dudó en hacer lo que le pedían. Se subió al carruaje de un brinco y Mariam fue tras ella. Una vez emprendieron el viaje, abrió la bolsa.

—Ayúdame a cambiarme —pidió—. Preferiría declararme arreglada. Hay más posibilidades de que al menos lo considere.

Mariam se rio y fue sacando las prendas mientras Tamara se quitaba la ropa.

—Estás loca —comentó cuando Tamara ya estaba solo en camisola.

Vestirse en el carruaje fue más complicado de lo que pensó. Los constante traqueteos dificultaban la ya de por sí complicada tarea, y hubo un momento en el que Tamara creyó que llegarían al puerto y ella no habría podido ponerse aún el vestido.

—¡Al fin! —exclamó Marian, anudando el lazo del vestido en la espalda.

—Creo que aún queda tiempo para peinarme —comentó Tamara. Abrió un poco la ventanilla para observar por dónde iban. El carruaje se detuvo en ese momento y ella observó horrorizada el motivo. Se había volcado una carretilla de frutas, y la dificultad de esquivarlas consiguió formar una cola de carruajes—. ¡Ay, no! —lloriqueó.

Mariam abrió la otra ventanilla para comprobar por sí misma lo que sucedía. Su rostro se contrajo en una expresión consternada muy poco alentadora.

—Falta media hora y no estamos tan lejos. Aún podemos llegar —dijo con optimismo, pero Tamara no tenía su humor.

¿Por qué?, se preguntaba. ¿Por qué tenía que pasar eso justo en ese momento? ¿Por qué el destino no podía tener piedad de ella? Su madre siempre decía que el destino no se equivocaba, y no había que ser muy listo para entender que ese ser caprichoso y manipulador que manejaba la vida los otros no quería que ella confesara sus sentimientos. Tamara creía en el destino solo dependiendo de si le convenía o no, y aunque haría bien en pesar que llegaría a tiempo, la última llama de esperanza estaba a punto de apagarse.

Todo había terminado.

\*\*\*

Edwin nunca se había considerado una persona demasiado sentimental. Quizá porque no se sabía cuán apegado se estaba a una persona o familiar hasta que no se le iba a ver más. Ahí, frente a casi toda su familia, a punto de montarse en el barco que lo llevaría a América, se daba cuenta de que estaba demasiado apegado a la suya. Hasta el punto de sentir un dolor en el pecho que no parecía tener intención de desaparecer en un tiempo.

—Es irónico —comentó Julian, dándole una fuerte palmada en la espalda después del sentimental abrazo—. En mis mejores sueños siempre creí que sería Clarice a quien podría mandar a América.

Clarice Allen le dio un golpe con la mano que Julian no pudo esquivar, aunque no tenía la fuerza de costumbre.

—A mí me parece irónico que hayas sugerido tantas veces irnos juntos y ahora te vayas solo —intervino Clarice con voz un tanto ahogada.

Edwin se acercó y la abrazó con fuerza. Había dejado a Clarice para la última en la despedida porque, aunque jamás lo admitiría en voz alta, era de la que más deseaba conservar el abrazo. Jamás habían sido muy dados a muestras cariñosas, pero nadie dijo nunca que no hubiera momentos que ameritaran excepciones.

—Todavía te puedes venir conmigo —le susurró antes de separarse lentamente.

Clarice le echó un vistazo a Grafton por encima del hombro.

—No lo creo. Pero puedes esperarnos ahí para el próximo año.

Edwin sonrió y le echó un último vistazo a toda su familia.

—Esta escena se está volviendo demasiado sentimental para mi tolerancia. Es mejor que me marche de una vez.

Todos los Allen, ubicados en fila, asintieron. Edwin se giró y emprendió la marcha sin girarse.

—Mis condolencias a los americanos —musitó Richard cuando Edwin ya no podía escucharlo—. Si Edwin se llega a casar ahí, estará poblada de Allen en unos cuantos años.

—Siempre tenemos que dejar huella —respondió Alec.

Julian parecía que iba a comentar algo, pero un sollozo lo interrumpió. Sorprendido, se giró a su izquierda justo a tiempo para ver como Clarice se limpiaba una lágrima con un pañuelo que Grafton le ofrecía.

La melliza observaba a Edwin adentrarse en el navío con gran melancolía.

Al notar que todos la observaban, intentó recomponer su expresión.

—No estoy llorando —dijo con brusquedad.

Nadie se atrevió a contradecirla.

Por suerte para Clarice, alguien más entró en escena.

—¿Ya se ha ido? —preguntó Mariam jadeante, evidencia de que había hecho una gran carrera.

Julian asintió y señaló el barco.

—Ya ha embarcado.

—Oh. Una carreta de frutas se volcó cuando venía y ha retrasado el trayecto —dijo con melancolía—. Yo quería despedirme de él.

Julian le pasó a su hija un brazo por los hombros en gesto de consuelo. Mariam aprovechó y lo abrazó con fuerza. No porque necesitase fortaleza, sino para que nadie la viera gesticular hacia el carruaje.

A pesar de la distancia, Tamara entendió a la perfección el mensaje y un gran vacío se apoderó de su pecho. Se dejó caer en el asiento del carruaje desconsolada, preguntándose qué habría pasado si hubiera hablado antes. A lo mejor debió habérselo dicho aquella noche que cenó en su casa, o insistir en que quería hablar con él a la salida del Parlamento.

¿Qué más daba? Formular hipótesis de lo que podría haber sido no servía ya de nada cuando él igual se habría ido sin saberlo.

Sacó la cabeza por la ventanilla y observó a todo el grupo de los Allen mirando en una dirección. Supuso que el barco no había zarpado aún, aunque Edwin ya debía estar dentro. No había mucho que hacer, solo resignarse.

Resignarse. Qué palabra tan espantosa. Solo pensarla le provocaba un dolor en el pecho. Tamara Hackings Loughy jamás se había resignado a nada, y empezar justo con esa situación no era agradable.

Miró hacia el puerto. Había varios barcos anclados, pero solo uno estaba cargando pasajeros, por lo que dedujo que sería ese barco quien se llevaría a miles de millas sus ilusiones. Y ella tendría que resignarse...

¡Y un cuerno!

Tamara abrió con cuidado la puerta del carruaje y se bajó con prisas. Se echó la capucha de la capa sobre la cabeza para ocultar su rostro y empezó a correr en dirección al barco, cuidando de no pasar cerca de los Allen. No fue una tarea complicada: en el puerto siempre había demasiadas personas como para no pasar desapercibido. Cuando llegó a la fila de embarque, Tamara contuvo las ganas de abrirse paso a golpes para llegar a la entrada. Respiró hondo para calmar su agitado corazón y esperó con paciencia que llegara su turno.

No estaba preparada para que le bloquearan el paso justo en la entrada.

—¿Su boleto, señora? —preguntó un hombre bajito y gordo con una voz malhumorada.

Boleto, se repitió Tamara mentalmente. Por supuesto. ¿Cómo se le ocurrió que la dejarían abordar sin un boleto?

Tamara pensó con rapidez. Podía decirle que necesitaba hablar con urgencia con el señor Allen, que era un asunto de vida o muerte, pero ¿y si no querían buscarlo? A juzgar por su semblante, el hombre no parecía un ser simpático o complaciente. Una vez rechazada, no podría

inventar otra táctica. Por otro lado, ¿qué otra táctica podía usar? No sobraban excusas. Tal vez podría correr y adentrarse en el barco. Se fiaba de su agilidad para esquivar a quien pudiera atraparla, pero había demasiadas personas y las faldas podrían jugarle una mala pasada.

Podrían atraparla y echarla al agua antes de encontrar a Edwin.

—Señora, el boleto —insistió el hombre con impaciencia.

Tamara fingió rebuscar en el bolsillo de su abrigo, en donde solo encontró el cepillo que había traído consigo.

—¡Oh, no puede ser! —exclamó con dramatismo—. Mi esposo debió habérselo quedado, señor. Él se adelantó porque no aguantaba los llantos de mi madre. Me dijo que lo alcanzara en cuanto lograra zafarme de ella.

—Sin boleto no entra —respondió el hombrecillo, sin mostrar ningún sentimiento por su historia.

—Por favor, búsquelo y él le enseñará el boleto —insistió—. Es el señor Allen.

Pensó, demasiado tarde, que mejor debió haber fingido que era su hermana. Si se hacía pasar por Clarice, Edwin de seguro acudiría. En cambio, bien podía decirle a quien lo fuera a buscar que él ya no tenía esposa.

—Señora, no tenemos tiempo para esto. Hay personas esperando.

Las personas a su espalda murmuraron en aprobación y Tamara arrugó el ceño.

—Mi esposo ha pagado por ese pasaje. No pueden negarme la entrada cuando existe una forma de resolver este malentendido.

El hombre suspiró con clara molestia y le hizo un gesto a otro hombre que se acercó de inmediato.

Tamara escuchó como le explicaba la situación. Este revisó una lista que tenía a la mano y arrugó el ceño.

—Está el señor Allen, pero no hay una habitación asignada para su esposa, y tampoco está su nombre aquí.

—La habitación es la misma —se apresuró a decir Tamara—. La falta de mi nombre puede deberse a un malentendido. Por favor, vaya a hablar con mi esposo.

—Pero no sé quién es —se quejó el hombre—. Tardaré mucho en encontrarlo.

—Yo puedo acompañarlo —intervino Tamara, diciéndose que esa era su salvación: así Edwin no podría negarse a verla—. Lo reconoceré con facilidad y resolveremos este inconveniente a la brevedad.

El hombre pareció dudar, pero a una seña del otro, asintió. Tamara suspiró de alivio.

Se adentraron en el barco hasta que estuvieron en cubierta. Tamara buscó frenéticamente a Edwin, pero no lograba localizarlo.

—Quizás está en su habitación —sugirió Tamara con esperanza, muy consciente de que el

tiempo se le agotaba y luego tendría que buscar la forma de salir de ahí.

El hombre dudó antes de asentir y bajarla al nivel de las habitaciones. Caminaron por un largo pasillo tenuemente iluminado hasta que este se detuvo frente a una puerta. Tocaron, pero nadie respondió.

Tamara estaba cada vez más nerviosa.

—Señora, lamento informarle que si su esposo no aparece...

—Eh, tú, ¿qué haces aquí? Hay pasajeros esperando saber cuál es su habitación. No se te paga por vagar —gritó alguien al inicio de las escaleras.

El hombre miró a Tamara con nerviosismo.

—Espere aquí un momento. Ya vengo por usted. No se puede quedar si no encontramos a su esposo, señora.

Tamara asintió. No porque estuviera de acuerdo, sino porque no podía pronunciar palabra.

El hombre se alejó y ella pensó con rapidez. Podía rogar que durante el camino de regreso logaran encontrar a Edwin, o podía...

Probó a abrir la puerta del camarote, pero esta no cedió. Tamara se quitó una de las horquillas del cabello y consiguió abrirla en cinco segundos. La cerró de inmediato y esperó. Solo pasaron unos segundos hasta que escuchó unos pasos ir y venir. El hombre debía estar buscándola, pero Tamara no pensaba salir hasta que él se fuera y pudiera buscar a Edwin sin más presión que la del tiempo, que no era poca.

—¿Dónde se habrá metido esta mujer? —Escuchó que decía antes de que el sonido de sus pasos se fuera amortiguando.

Tamara suspiró con alivio e intentó abrir la puerta para salir, pero esta no cedió. Extrañada, probó con la horquilla. A diferencia de la vez anterior, pasó un minuto sin que pudiera abrirla. Empezó a desesperarse, sin querer admitir que la puerta, quizás, se habría trabado. Su padre había mencionado en una ocasión que forzar una cerradura solía dañar el mecanismo. Tamara no forzaba cerraduras con mucha frecuencia como para saber cómo resolver el inconveniente. Así pues, pasó los siguientes cinco minutos al borde de la histeria, rezando para que la cerradura cediera.

—Esto no puede estar pasando —se dijo intentando abrir la puerta con más fuerza, sin éxito.

Intentó tranquilizarse. La situación de su pasaje inexistente aún no se había solucionado, por lo tanto, no podrían zapar con la sospecha de que alguien quería ir de polizón, ¿cierto? El hombre daría aviso y alguien la rescataría.

La vergüenza por la treta realizada sería entonces lo de menos.

Un movimiento algo brusco del barco provocó que se tambaleara. Comprendió con horror que el barco había levantado anclas.

¿Pero qué clase de seguridad había en ese barco?

Tamara retrocedió varios pasos hasta que chocó con lo que supuso que era la cama. Se dejó

caer ahí con el rostro conmocionado.

Eso no podía estar sucediendo.

Estaba en problemas.

En *graves* problemas.

\*\*\*

Edwin se quedó en la cabina del vigía hasta que Inglaterra se transformó en una línea en el horizonte. No había almorzado con los otros pasajeros porque no tenía hambre, y puesto que le había costado bastante conseguir que lo dejaran subir allí, quería disfrutar al máximo de la experiencia.

Era un sentimiento extraño alejarse de la patria en donde había nacido. Quizás, si no tuviera un espíritu aventurero, se habría dejado llevar por la melancolía. A pesar de que había bromeado varias veces con Clarice respecto a ese traslado, jamás se imaginó que las circunstancias podrían colocarlo en un barco.

La vida actuaba de formas extrañas.

Rondaban las dos de la tarde cuando el vigía le indicó que ya era suficiente. Edwin estiró sus músculos agarrotados por la posición y bajó a cubierta con una agilidad que no dejó de sorprender al hombre, poco acostumbrado a ver a un señor de clase alta hacer movimientos tan ágiles.

Edwin bajó a las habitaciones con paso relajado. La brisa del mar lo había puesto de un humor particularmente bueno. Estaba convencido de que sería un viaje provechoso que le haría olvidarse de todos los inconvenientes que había dejado en Inglaterra.

A medio camino, un joven flaco de unos catorce años y con expresión enojada le interrumpió el paso.

—¿Es usted el señor Allen? —preguntó en tono hosco.

Cuando Edwin asintió, él levantó los brazos como agradeciendo a un ser superior.

—Llevamos toda la mañana buscándolo. Hemos gritado su nombre por toda la cubierta —dijo a modo de regaño. Edwin arrugó el ceño, acostumbrado a malas noticias cuando alguien usaba ese tono—. Necesito el pasaje de su esposa, aunque he de decir que no sé dónde se ha escondido.

Edwin palideció.

—Mi esposa —repitió en tono incrédulo.

Él joven asintió, impaciente.

—Sí, su esposa —insistió el joven. Al ver la cara de Edwin, arrugó el ceño—. Su esposa iba a viajar con usted, ¿verdad? Dígame que sí, pues si esa mujer se ha venido de polizón estaré en un gran problema...

Él siguió hablando, pero Edwin no lo escuchó.

Su esposa. En el sentido legal ya no tenía esposa, pero no descartaba que esa persona pudiera usar ese título.

—¿Dónde la ha visto por última vez? —preguntó, ansioso.

—La dejé en la puerta de su cuarto. En ese momento me llamaron, y cuando regresé por ella, ya no estaba.

Edwin pasó con prisa al lado del joven hacia la habitación que le habían asignado. Al llegar, intentó abrir la puerta, pero esta estaba trabada.

—Está cerrada —informó el muchacho, logrando alcanzarlo con dificultad—. Es imposible que esté ahí.

Edwin sacó la llave que le habían asignado, pero la puerta tampoco abrió. Él arrugó el ceño: era como si la cerradura se hubiera atascado. No habría sido extraño de no haber entrado él en la habitación apenas subió al barco para revisar que estuviera su equipaje después de que subió. No había motivo por el que una cerradura buena se trabaría así, al menos que...

Eso era imposible.

Lydia no sabía forzar cerraduras.

—Está trabada —le dijo al hombre—. ¿Sabe arreglarla?

El joven probó un par de movimientos, pero, como Edwin esperó, no consiguió mucho.

—Regreso en un momento.

Edwin esperó a que el joven desapareciera para sacar del bolsillo de su abrigo una pequeña navaja. Era más delgada que las convencionales, y muy útiles en ese tipo de trabajos. Rutland se la había regalado en una ocasión que fue a su casa, y desde entonces Edwin la cargaba consigo.

Nunca se sabía cuándo podían surgir problemas semejantes.

Introdujo la navaja en el hueco de la cerradura e hizo un par de movimientos enseñados también por el duque, quien tenía fascinación por enseñar a las personas a forzar cerraduras o a destrabirlas. Le costó un poco, pero la puerta cedió.

Dio una rápida revisión por la habitación hasta que sus ojos se fijaron en la figura arropada que dormía encima de su cama, cubierta casi por completo por la sábana.

Furioso y desconcertado, se acercó.

—Lydia, ¿se puede saber qué diablos...? —Se detuvo en cuanto la figura, sobresaltada por su grito, se levantó de golpe.

No hizo falta una revisión muy profunda para darse cuenta de que la mujer que se frotaba los ojos no era su antigua esposa. Sin embargo, Edwin la observó una y otra vez, incapaz de creer la imagen que miraba fuera real.

Era imposible.

No tenía ningún sentido que ella estuviera ahí.

—¡Oh, Edwin! —dijo cuando logró enfocarlo—. Gracias a Dios que has aparecido.

¿La voz podía ser también una alucinación? Sin duda debía haber perdido el juicio. Y era preferible, porque si Tamara Hacking Loughy era la que estaba en su cama, los problemas solo acababan de comenzar.

*Maldito apellido.*

## Capítulo 8

—De haberse tratado de una situación diferente, me vanagloriaría de haberte dejado sin palabras —comentó Tamara mientras se frotaba por última vez los ojos.

Después de haber gritado sin respuesta durante al menos diez minutos, el cansancio de una noche en vela había empezado a hacer mella en ella. Consciente de que no podría hacer nada hasta que alguien encontrara a Edwin o este fuera a la habitación, se había acostado y el sueño la había invadido sin que pudiera evitarlo.

No estaba segura de cuánto había dormido, pero confiaba en que no hubiera sido demasiado.

—Tamara. —Pronunció el nombre como si todavía fuera reacio a reconocerla—. ¿Qué haces aquí?

Tamara respiró hondo antes de hablar.

Había llegado el momento complicado.

—Venía a decir algo muy importante. Como en la entrada no te iban a buscar sin un motivo válido, me hice pasar por tu esposa. Les dije que tú tenías mi pasaje y que debían solventar esa situación. Mi intención solo era hablar un momento contigo, Edwin. No obstante, no te encontrábamos, y el joven que me acompañaba me quería devolver al puerto, pero yo no podía irme sin hablar contigo... así queforcé la cerradura y me escondí en el camarote mientras él estaba distraído.

»Cuando escuché que se marchaba, intenté salir, pero la puerta se había trabado. Grité, pero nadie vino en mi ayuda. No estoy muy segura de cómo me quedé dormida. Edwin, tienes que sacarme de aquí. Mis padres me matarán si descubren que me he escapado —culminó casi sin aliento.

Edwin se pasó ambas manos por los cabellos. Por primera vez desde que lo conocía, se veía realmente nervioso y... aterrado.

—Tamara, llevamos casi siete horas en alta mar. No hay manera humana de convencer al capitán de regresar.

—¡Siete horas! —chilló ella, brincando de la cama—. Eso es imposible. ¡En qué problema estoy!

—*Estamos* —corrigió Edwin, paseando de un lado a otro—. Tus padres no me perdonarán la vida por esto.

—¿Y si les dices que tengo una enfermedad contagiosa? Sin duda me devolverán al puerto.

Edwin lo consideró rápidamente. Su mente acostumbrada a buscar los pros y los contras de cualquier situación no tardó en decidir lo que más le convenía.

Al final, negó con la cabeza.

—No tienes el aspecto de tener ningún tipo de enfermedad contagiosa. Por otra parte, sería una opción arriesgada. Aunque pudiéramos convencer al capitán de regresar al puerto y mantener el secreto para no causar alarma, los pasajeros se preguntarán el porqué del regreso, y sin duda en el puerto también pedirán una explicación. De una u otra manera se formará un escándalo que no le conviene a tu reputación, si es que queda algo de ella cuando pises tierra —dijo con sorna.

Tamara palideció. Su reputación.

Había estado tan preocupada por lo que dirían sus padres que se había olvidado de un detalle igual de fundamental. No quedaría nada de ella si alguien del servicio comentaba que lady Tamara había desaparecido o si alguien la había reconocido en el puerto. La imprudencia nunca era buena consejera.

Se formó un silencio incómodo que fue roto por el carraspeo del muchacho. No se habían percatado de que la puerta estaba abierta.

—Supongo que ya no se necesita arreglar la puerta —dijo, fastidiado porque le hubieran hecho correr de esa manera. El hombre que lo acompañaba, el que supusieron que hacía de cerrajero, bufó.

—No, ya no —respondió Edwin con sequedad, haciéndole una seña para que se marchara. El hombre se fue, pero el muchacho no.

—¿Qué sucede? —preguntó Edwin con impaciencia.

—El boleto de su esposa.

Edwin soltó algo que se asemejó a un rugido y logró que Tamara se encogiera, asustada. Nunca había visto esa faceta del mellizo. Ahora bien: ninguno de sus problemas debía de asemejarse a ese.

—No lo encuentro.

—Pero...

—Ya arreglaré el asunto más tarde con el capitán. ¿Puedes dejarnos solos?

No había derecho a réplica en su tono, y el muchacho asintió malhumorado. Edwin cerró la puerta con tanta fuerza que bien pudo haberse trabado.

—Esto no puede estar pasando —musitó para sí.

Por supuesto que no podía estar pasando. En cualquier momento se tenía que despertar. Había soñado tantas veces con Tamara esas últimas semanas que eso bien podía ser parte de una pesadilla. No todos podían ser sueños lujuriosos. Su mente quizás lo estaba castigando.

Tenía que ser un sueño. No había otra explicación. Edwin no podía afrontar otra situación.

Esa actitud hizo que casi no se reconociera así mismo. ¿Desde cuándo afrontaba un problema con tanto pesimismo? La falta de estos en los últimos ocho años debía de haber reducido su capacidad para sobrellevarlos. Los problemas no se negaban; se les daba la vuelta. Pero ¿cómo le daba la vuelta a eso? No había manera, así como no hubo manera de librarse de aquel lío hacía

ocho años.

—¿Por qué mi esposa? Pudiste haber dicho que eras mi hermana. Mi prima, lo que fuera.

Escuchar como aquel muchacho se refería a ella como su esposa le había causado una sensación extraña. Había pasado bastante tiempo después de la boda como para que Edwin lograra asimilar esa palabra asociada a su persona, pero el concepto del matrimonio se volvió tan negativo que la pronunciación del término lo crispaba.

No había sucedido lo mismo con Tamara, a pesar de existir demasiadas razones para que le causara molestia.

—Fue lo primero que se me vino a la mente —respondió con sinceridad. Podía decirse incluso que llevaba tantos años aferrándose a esa idea que no podría haber respondido otra cosa.

Edwin se dejó caer en la silla anclada en el centro del camarote. A pesar de que la habitación era espaciosa, no había mucho mobiliario aparte de la mesa central, una estantería con licores, la cama colocada en una esquina y un biombo al otro lado en donde debía de haber una bañera pequeña.

—¿Crees que haya alguien en este barco que pueda reconocerme? —preguntó Tamara, preocupada.

Si alguien la reconocía, estaba arruinada. Para siempre. Sin remedio.

Edwin se encogió de hombros.

—Me es difícil saber si alguien de nuestra distinguida sociedad se encuentra aquí. Son casi doscientos pasajeros. Tendrás que confiar en la suerte.

Tamara lo miró con ironía.

—Estoy viajando contigo.

Edwin sonrió por primera vez en todo el rato.

—Diría que es tu culpa, pero lo cierto es que este tipo de cosas solo pueden pasarme a mí. Tú solo has sido la pieza que el destino utiliza para fastidiarme. Ahora bien, ¿por qué no me dices cuál es la noticia tan importante que hizo que te arriesgaras tanto? Debido a las consecuencias de tal acción, no me conformaré con que me digas otra cosa aparte de que alguien intenta asesinarme y tú lo has descubierto.

Tamara abrió la boca pero la volvió a cerrar.

De pronto se sintió cobarde, incapaz de pronunciar el discurso que había elaborado con tanto detenimiento. Edwin la miraba expectante y ella se mordió el labio.

Estaba tan nerviosa que no se percató de que ese gesto lo distrajo.

—Bien... yo creí conveniente que supieras que... —Respiró hondo. Era más difícil de lo que pensó. Ella, Tamara Hacking Loughy, que siempre sabía qué decir y salir indemne, no podía encontrar las palabras—. ¡Clarice está embarazada!

Mientras Edwin procesaba la información, Tamara pensó en que Clarice la mataría en cuanto

se enterara. Sin embargo, era un sacrificio necesario. No podía confesarle sus sentimientos, no en esas circunstancias. Si él la rechazaba, sería incómodo, y ella no podría esconderse en su cuarto y fingir tiempo después que no había pasado nada. Compartirían camarote al menos dos semanas. No podría tolerar a Edwin evitándola todo ese tiempo.

Además: si quería ser optimista, esa podría ser la oportunidad de conquistarlo.

—¿Por qué no me dijo nada? —preguntó, más para sí que para ella.

Tamara igual respondió:

—Decía que te quedarías. Yo consideré que deberías saberlo, porque si ella creyó que era lo suficientemente importante para retenerte en Inglaterra, te enfadaría demasiado que te lo ocultaran. A mí sin duda me fastidiaría que tomaran una decisión semejante por mí cuando se trata de algo importante —culminó, esperando ser convincente.

Por suerte, Edwin no parecía demasiado concentrado en su explicación.

—¿Te hubieras quedado? —aventuró Tamara después de un rato de silencio.

—¡Por supuesto! —exclamó Edwin—. Clarice sabe que yo no la abandonaré en esos momentos, sobre todo cuando... —Se detuvo, como si hubiera estado a punto de decir algo incorrecto—. No importa.

Edwin miró a Tamara. Ella sintió esa mirada marrón, normalmente cálida, penetrarla hasta el alma. La estaba observando de una forma extraña, como si de pronto tuviera frente a sí a una persona que no conocía. Tamara ni siquiera se percató de que se había referido al embarazo como si hubiera pasado antes.

—¿De verdad has arriesgado tanto solo para decirme eso?

Había recelo en su voz.

Tamara requirió mucho autocontrol para seguir mintiendo bien.

—Sí. No sé si lo sabes, pero tiendo a ver un poco más de lo que la persona deja ver. Noté que Clarice estaba muy apagada. Tu futura partida le estaba afectando bastante. No me pareció justo para ella que se autoimpusiera este castigo en el momento en que está más sensible y necesita más compañía. Pensé que, quizás, podrías aplazar tu viaje un tiempo por ella...

Tal vez Edwin estuviera demasiado conmocionado para analizar sus argumentos en profundidad, o a lo mejor Tamara estaba mejorando sus habilidades para mentir —que nunca habían sido malas—, pero él pareció creerla.

—Maldita sea.

Tamara se acercó y le colocó una mano sobre su hombro. Él de inmediato le prestó atención.

—Ya tendrás tiempo de tomar una decisión al respecto. Ahora, sin embargo...

—No te preocupes, veo difícil que me pueda olvidar de ti. Solo estoy tratando de pensar qué problema solucionar primero, si tu estatus de polizón o todo lo que tu presencia aquí conlleva.

—No puedo creer que me esté pasando esto —musitó Tamara, sentándose en la silla ubicada

frente a él.

—Es una consecuencia de querer ayudarme —dijo él.

Por su tono, Tamara dedujo que lo decía en serio.

—Mis padres deben estar preocupados. Mi reputación...

Edwin la detuvo con un ademán de mano.

—No nos servirá preocuparnos por esos problemas ahora. Vamos a los más inmediatos.

—¿Como por ejemplo...?

Edwin no tuvo oportunidad de responder, porque en ese momento tocaron la puerta. Él se acercó y la abrió solo un palmo para ver al mismo joven de antes.

—Es capitán quiere hablar con usted. Ahora.

—Dame un momento.

Edwin cerró la puerta, muy consciente de que el muchacho no se marcharía sin él.

—Esos, por ejemplo —respondió mientras se acercaba a su baúl, que había sido colocado en una esquina del camarote. Tamara no vio oportuno mencionarle en ese momento el asunto de que ella no tenía ropa.

Edwin abrió el baúl y movió parte de la ropa hasta que el fondo del cofre fue visible. O al menos parecía el fondo, pues de un movimiento, la madera de un compartimiento fue distinguible.

Había mucho dinero ahí.

Edwin tomó unas cuantas libras y volvió a dejarlo todo como estaba.

Tamara pensó que quería uno así.

—Te acompaño —se apresuró a decir cuando él se acercó a la puerta.

Edwin no puso peros, lo que alegró a Tamara.

—Puede ser conveniente que sepas que mencioné algo de que te habías adelantado porque no aguantabas la cháchara de mi madre mientras se despedía —le comentó Tamara cuando ya seguían a cierta distancia al joven que los guiaría con el capitán.

Él esbozó una sonrisa ladina.

—Topacio se sentiría muy halagada con la descripción que le has dado.

La cubierta principal estaba llena de personas que conversaban en grupos pequeños y selectos.

Cuando llegaron junto al capitán, un hombre regordete con una barba de al menos treinta centímetros, este los miró con expresión hosca e hizo una seña para encargarle el timón a alguien más.

—Entonces, señor Allen, por lo que me han dicho hay un terrible problema en este momento.

Edwin esbozó su mejor sonrisa. Esa que usaba para restarle importancia a algo que los demás creían digno de consideración. En la mayoría de los casos terminaba convenciendo a la persona de que estaba exagerando, y en una minoría, que mayormente pertenecía a su familia, los llegaba a exasperar. Un arma de doble filo que bien valía la pena utilizar en casos extremos.

—Yo no utilizaría un adjetivo tan drástico, capitán. Es una pequeña confusión que podemos arreglar fácilmente.

—Sí, mostrándome el pasaje.

Él amplió su sonrisa. Sus ojos brillaron con esa inocencia que podía convencer a un juez de que era inocente de un asesinato.

Tamara estaba enamorada de esa mirada tanto como de él.

—Temo que lo he perdido.

—Temo, entonces, que ella se ha convertido en un polizón —gruñó el capitán, nada ablandado por el gesto de Edwin—. Y no me gustan los polizones.

Lanzó una mirada tan huraña a Tamara que, de haber sido ella más susceptible, se hubiera encogido de miedo.

—¿Y por qué no ha embarcado con usted? ¿Por qué no aparece en la lista de pasajeros? ¿Por qué no tiene asignada una habitación? Le advierto, señor, que no me gusta que me tomen por tonto. Si ha intentado colar a esta señora sin pagar...

—Nada más lejos de la verdad, capitán —interrumpió Edwin con una tranquilidad admirable—. No ha embarcado conmigo porque ya no aguantaba los llantos de mi suegra. Usted debe saber cómo son —dijo con un tono guasón que quería inspirar complicidad. Incluso bajó la voz para continuar—: Unas brujas. La mía en particular no se la desearía a nadie —Fingió un estremecimiento—. ¿Puede creer que quería venirse con nosotros a este viaje? Como me negué rotundamente se pasó todos los preparativos diciéndome cuanto insulto se sabía. La despedida, por supuesto, no fue mejor. Lloraba como una mártir mientras me seguía insultando por llevarme a su hija. No pensaba tolerarlo más. ¿Qué culpa tengo yo de buscar una vida mejor para mi familia? Son todas unas entrometidas.

—¿Cómo te atreves a hablar así de mi madre? —dijo Tamara, fingiendo estar ofendida. Había algo muy divertido en seguirle el juego—. Ella solo quiere lo mejor para mí. Siempre me da consejos para llevar mejor la casa. Para ser una buena esposa y que nuestro matrimonio sea feliz. Ella solo quería acompañarme para seguir guiándome.

Edwin la miró con condescendencia.

—Querida, yo solo seré feliz cuando el Atlántico por fin nos separe. Sobre los consejos... bien podría ahorrárselos —Volvió a mirar al capitán, cuyo semblante había sido ablandado por algo similar a la compasión. Edwin se inclinó hacia él como si planeara contarle un secreto—. Sus buenas intenciones traen detrás el objetivo de hacerme perder el juicio. Esa señora no respeta a nadie, y planea que mi esposa tampoco lo haga. Si no me la llevaba, no habría mano dura que pudiera controlarla.

Tamara jadeó. Edwin no dejó de mirar al capitán con expresión apesadumbrada. Este asintió, dándole la razón. Miraba a Edwin de una forma distinta, como si compartieran algo en común.

—Ha hecho bien, amigo. Ha hecho bien —comentó, dándole un golpe en la espalda que sonó muy fuerte.

Edwin no se inmutó.

—Comprenderá que todo el drama que había venido soportando todo este tiempo se hizo insoportable. En el puerto solo quería alejarme de ella. Ni siquiera me acordé de que llevaba conmigo el boleto de mi esposa —continuó Edwin con suavidad.

Tamara se dio cuenta de que tanteaba el terreno.

El capitán arrugó el ceño, aunque al menos no había ya rastro de la molestia anterior.

—¿Y cómo ha perdido el boleto?

—Dios lo sabrá. La mujer me tenía tan exasperado que no podía pensar en nada más que alejarme. Posiblemente se cayó en un descuido cuando fui a sacar el mío. Me imagino que sabrá que cuando se está enojado todo sale mal.

Que a él le saliera mal todo siempre independientemente de su humor era parte de otra historia.

El capitán no pareció muy convencido con ese argumento.

—¿Y por qué no aparece su esposa en la lista?

—No lo sé —declaró Edwin. Sus ojos se habían abierto con perplejidad—. Temo, capitán, que debió ser un error de uno de sus tripulantes.

—No hay habitación asignada para ella.

—¡Porque va a dormir conmigo! —expresó como si fuera obvio, aunque las palabras casi se le atragantaron al caer en cuenta de ese nuevo inconveniente. Dios se apiadase de él—. Estamos recién casados. Creo que puede comprender eso. —Le guiñó uno ojo.

El capitán le echó un vistazo a Tamara y sonrió. Edwin detectó el brillo de lujuria en los ojos del hombre y el instinto hizo que se pusiera delante de ella para bloquearle la visión. Se dijo con lamento que sería una actitud que tendría que adoptar durante todo el trayecto, pues nadie con ojos podría quitarle la vista a esa diosa exótica que el destino se había encargado de poner a su cuidado. Como si él fuera un monje con votos de castidad. Como si no la hubiese deseado cuando la volvió a ver.

Alguien arriba debía estar riéndose mucho de él.

—El encargado de los equipajes me dijo que solo cargó un baúl. El suyo. —Volvió a atacar el capitán, recuperando un poco de la seriedad del principio.

Edwin anotó el problema de la ropa a la lista de asuntos a resolver. Lo pondría por encima del problema de la habitación: así tendría algo menos perturbador en lo que pensar.

—Le parecerá sorprendente, pero toda la ropa ha entrado ahí. La señora no quiso empacar mucho porque quiere mandar a hacer más cuando llegue a América. Ropa que esté a la moda. —Edwin puso los ojos en blanco—. Como no será ella quien lo pague...

—¿Para qué están los esposos sino para cumplir nuestros caprichos? —dijo Tamara,

moviéndose un poco hasta quedar de nuevo a la vista—. Tolerar a un hombre no es trabajo sencillo.

Edwin miró al capitán con aprensión.

—¿No se lo he dicho? Esa madre suya iba a terminar por arruinar el matrimonio.

De nuevo el capitán ablandó su expresión. Para cuando Edwin sacó unos cuantos billetes de su abrigo ya no había nada en su cara que mostrara reticencia.

—Soy consciente de que debo reponer el dinero del pasaje. Le agradecería, sin embargo, que no volviera a mencionar la palabra «polizón» al referirse a mi esposa. En ningún momento fue nuestra intención no pagar un pasaje. Soy parte de la familia Allen, debe conocernos y saber de nuestra respetabilidad, ¿verdad?

Tamara se volvió a esconder detrás de Edwin solo para poder morderse el labio e impedir soltar una carcajada.

¿Cómo se le había ocurrido a Edwin decir eso? Debía ser una blasfemia relacionar el apellido Allen con la palabra respetable.

—Por supuesto —dijo el capitán para la sorpresa de Tamara—. Lamento las molestias ocasionadas. Ha sido una situación fuera de lo común. Le aseguro no se volverá a mencionar el tema.

—Muchas gracias. Sabía que todo podía solucionarse hablando —dijo él con una sonrisa encantadora—. Hasta pronto, capitán. Vamos, querida.

Tamara inclinó la cabeza a modo de despedida y se apresuró a seguir a Edwin. Cuando ya estaban en la cubierta, camino a las habitaciones, Tamara dejó escapar una carcajada.

—Si se enterara mi madre de que la has llamado bruja...

—A tu madre no le molesta —replicó Edwin con ligereza. Parecía mucho más relajado que hacía unos minutos en el camarote. Quizás ya se había resignado—. Me atrevería a decir que se siente halagada cuando la llaman así. Además, es una bruja, ¿no? Sapphire suele decir que su instinto nunca se equivoca, por lo que apostar contra ella nunca es una decisión sensata.

—Es verdad —confirmó Tamara—. La sangre gitana, supongo.

—Una vez una gitana me leyó la mano —comentó Edwin, ya cuando entraron en el pasillo que daba a las habitaciones de primera clase—, pero no recuerdo bien qué me dijo. —Guardó silencio, intentando recordar. De pronto, frunció el ceño, pero lo relajó de inmediato. Cuando se giró hacia Tamara, tenía una expresión de esperanza en sus ojos—. ¿Por casualidad no ves el futuro?

Tamara rio al percatarse de que hablaba en serio.

—Temo que no.

Él suspiró con melancolía.

—Lástima. Hubiese querido saber si saldría de este problema.

A Tamara empezó a crísparle que se refiriera a ella como «un problema». Le concedía la razón en que no era una situación agradable de afrontar, pero su amor propio protestaba por el término. Quería ser lo suficientemente importante para que su presencia no le pesase.

—Nunca creí que te quejarías tanto ante los problemas. ¿Dónde quedó el joven que se reía de ellos, Edwin?

Había una indirecta en la pregunta difícil ignorar. Tamara no lo había hecho a propósito, pero para Edwin, el golpe dio en el blanco.

¿Dónde había quedado? Él llevaba un tiempo preguntándose. Se lo preguntaba cada vez que se quejaba de la vida que llevaba. Se lo preguntó cuando le abrumó no poder solventar su situación. Se lo preguntó cuando Lydia soltó algún comentario despectivo sobre su humor.

Edwin abrió la puerta del camarote y la hizo pasar. Cuando respondió, nada en su tono parecía haber captado el mensaje oculto.

—Ningún problema al que me haya enfrentado tenía diecinueve años y una familia influyente cuyo patriarca querrá mi cabeza.

O quizás querría algo peor, pero Edwin, para preservar la paz en su mente, no deseó pensar en las posibles alternativas que Rutland pudiera proponerle... Eso sí estaba lo suficientemente calmado para hablar y no lo mataba en el acto.

—¿Cuántos años tenía Lydia cuando te obligó a casarte con ella? —rebatía Tamara con una impertinencia que hubiera enorgullecido a su madre.

Edwin le lanzó una mirada enfadar y Tamara se dijo que debería haberse mordido la lengua. Era consciente de que estaba tensando la cuerda demasiado, pero el orgullo a veces se anteponía a la razón.

¿Podía ser ella un problema peor que aquella mujer que lo condenó a tantos años de matrimonio?

—¿Por qué supones que me obligó a casarme con ella? —replicó Edwin con una indiferencia que le costó fingir.

Tamara arrugó el ceño. Intentó recordar con exactitud lo que se comentó sobre aquel escándalo. Las revistas de chismes escribieron de forma muy explícita que el señor Edwin Allen y lady Lydia habían sido encontrados en una posición muy comprometedora. En un... beso.

En aquel momento, llena de rabia, había supuesto que todo había sido una trampa de la dama. ¿Por qué querría Edwin casarse con ella? Ahora, sin embargo, solo podía preguntarse por qué la estaba besando. Esa era una acción a la que se llegaba de manera voluntaria. Como a la familia no le gustaba hablar del tema, Tamara nunca supo la actitud de Edwin ante ese matrimonio.

¿Sería posible que de verdad hubiera estado cortejándola hasta ese punto? ¿La habría querido, aunque fuera un poco? Podría tener sentido entonces por qué duró tantos años con ella. También por qué nunca quería decirlo.

A nadie le gustaba admitir que su amor le había defraudado.

—¿Planeabas casarte con ella desde antes? —preguntó con voz temblorosa. No pudo evitarlo. Solo le faltaría que él todavía la quisiera y solo se hubiera divorciado por su conducta inmoral.

La posibilidad le formó un nudo en el estómago.

¿Qué tenía Lydia que no tenía ella?

Edwin suspiró.

—Dudo que algún caballero quiera pasar por la vicaría a los veintitrés. Ninguno en su sano juicio, al menos.

Tamara suspiró con alivio.

—¿Entonces por qué la besaste?

—Basta, pequeña arpía. Demasiadas preguntas, ¿no crees?

Tamara quiso hacer un puchero.

No, no eran demasiadas preguntas. No para ella.

No obstante, decidió no insistir de momento.

—Fue muy hábil la manera en que trataste la situación con el capitán. Aunque debo admitir que estuve a punto de soltar una carcajada cuando asociaste la palabra «respetable» a tu apellido. ¿Cómo sabías que no lo reconocería?

Edwin se encogió de hombros, ya más relajado por el cambio de tema.

—Es un hombre de mar. Es poco probable que conozca los apellidos aristocráticos. Sabía, en cambio, que respondería que sí porque no le gustaría quedar en ridículo admitiendo que no conocía algo que debía conocer. Entonces, ante la incertidumbre de si digo la verdad, guardará el secreto para no meterse en problemas.

Tamara se rio. Le encantaba esa forma de predecir a las personas y manipularlas a su antojo. A ella le encantaba hacer eso.

—¿Te imaginas que se entera de la verdad sobre el apellido?

Edwin se encogió de hombros.

—Un problema a la vez. Primero, vamos a pensar qué hacer con tu ropa. O mejor dicho... tu falta de ella.

El tono en que lo dijo debió haber puesto en advertencia a Tamara, pero de ningún modo se imaginó lo que él sugeriría.

\*\*\*

—Oiga, capitán —dijo el primero al mando cuando le entregó de nuevo el timón después de la breve discusión con el pasajero—. Yo tengo una tía que trabaja en una de esas casas de ricos. Y ahora que el señor mencionó su apellido, recordé algo que me dijo sobre ellos.

El capitán empezó a girar el timón lentamente con el fin de tomar la dirección correcta. No pareció prestar una mucha atención a su compañero.

—Qué más da. Pagó por el pasaje, y muy bien. ¿Acaso mencionó tu tía que no son una familia respetable? —preguntó con cierta curiosidad, temiendo de pronto haberse equivocado al haber fingido conocerlo.

—Eso de respetables no lo sé. Pero dijo algo de que estaban malditos. Que donde estaban, pasaban desgracias. Lo recuerdo porque me pareció muy cómico que ricos como esos creyeran en maldiciones cuando siempre se han burlado de nosotros.

El capitán arrugó el ceño, aunque intentó no demostrar su creciente inquietud.

—Se burlan porque somos pobres, lo demás es añadidura —replicó el capitán. En ese momento, giró el timón hacia la derecha, pero a mitad de vuelta, este se trabó.

El capitán lo movió de un lado a otro intentado destrabarlo, pero este no cedía.

—¿Sucede algo, capitán?

—Se atascó el timón —respondió, utilizando toda la fuerza que tenía para ver si cedía.

—Oiga, capitán —dijo el primero al mando, preocupado—. ¿Cree que se trate de la maldición?

El capitán no respondió de inmediato. Consideró el asunto, pero prefirió no dar la voz de alarma tan pronto.

—No digas tonterías. Que echen el ancla y bajen las velas mientras busco cómo resolver esto.

—Sí, mi capitán —respondió el hombre, aunque no parecía tan convencido como su capitán de que todo era una coincidencia. No se podía ser marino sin ser algo supersticioso.

Lanzó una plegaria a su santo de confianza para llegar vivos a América.

## Capítulo 9

—No sé si es peor estar cometiendo un acto delictivo o perder la cena por cometerlo —masculló Tamara cuando se detuvieron frente a un camarote que quedaba a solo unos pasos del suyo. Su estómago rugió, dándole veracidad a sus palabras. No había comido nada en todo el día.

—La cena la podemos pedir más tarde a la habitación. Si mañana apareces con el mismo vestido, causará sospechas en el capitán.

—No creo que a estas alturas me arroje por la borda.

—¿Para qué formulamos una mentira si no la vamos a sostener? —protestó el mellizo mientras sacaba de su chaleco la herramienta especial para abrir puertas—. Además, si considera que mentimos, se puede esparcir el rumor de que eres un polizón. Mejor no llamar la atención sobre ti.

—¿Un vestido robado no llamará la atención? —indagó Tamara mientras lo observaba trabajar con la cerradura. Esta cedió en cuestión de segundos sin hacer ruido.

—No si no parece robado.

—¿Cómo se supone que conseguiremos disimular eso?

Edwin la miró con exasperación.

—Un problema a la vez.

Abrió la puerta y Tamara entró detrás de él con el candil en la mano. La tenue luz iluminó un camarote muy similar al de ellos —a Tamara aún le costaba pensar en ese dormitorio como de los dos— y el baúl de la dama que habían vigilado e investigado en cubierta hacía poco había sido fácil de localizar, pues tenía tallada en la superficie varias flores. Ya se habían percatado de que a la dama le gustaban mucho las flores, pues ese día lucía un vestido bordado casi por completo de rosas y un sombrero que parecía un jardín.

Lamentablemente era una de las pocas personas que pudieron localizar con una complexión similar a la de Tamara. De hecho, solo había tres candidatas cuyo baúl podían asaltar esa noche.

Por suerte, el baúl no estaba cerrado con candado, y se abrió con facilidad.

—¿Cuál de estos vestidos crees que tenga menos posibilidades de ponerse? —preguntó Edwin, observando la ropa pulcramente doblada en el baúl.

—Los del medio —dijo rápido Tamara—. Se empacan al fondo los favoritos para no olvidarlos, y de últimas los menos importantes. Sin embargo, no sería conveniente sacar uno de arriba porque notaría muy rápido su ausencia.

Si Tamara hubiera movido un poco el candil hacia Edwin habría notado el brillo de admiración en sus ojos.

Él se apresuró a alzar con cuidado la pila de vestidos y sacó uno del medio al azar. Cuando Tamara lo vio, frunció el ceño.

—No —dijo de inmediato.

Edwin observó el vestido. Era blanco, pero el color quedaba opacado por la cantidad de flores de todos los colores que tenía cosidos en casi toda la tela. Había flores en el corpiño, en la cintura, en el dobladillo, en las mangas y algunas intercaladas en la falda. Él no sabía mucho de moda, pero dudaba que un vestido así fuera aprobado por la sociedad inglesa.

—Voy a parecer un florero —se quejó Tamara.

—Yo diría que un jardín —apuntó Edwin con seriedad—. Hay muchas flores rojas. Podría ser una rosaeda. Las rosaedas son bonitas. —Se rio.

Tamara no lo encontró divertido. Se cruzó de brazos, negando con la cabeza.

—Vamos, no tenemos mucho tiempo y no puedes ponerte exigente. Más tarde veremos qué hacer con él. Vayamos a la siguiente habitación. No creo que desees buscar aquí el camión o las enaguas.

Tamara negó enfáticamente con la cabeza.

No tardaron mucho en llegar en la otra habitación, la de una tal señora Carter con la que Tamara había hablado hacía poco. No fue muy difícil sacarle el número de su habitación. La mujer era una americana que hablaba sin parar y parecía muy contenta porque una aristócrata como Tamara le prestara atención.

Al principio, Tamara no creyó conveniente robar vestidos americanos, pero la mujer le había contado que se había comprado unos modelos preciosos de una modista muy famosa que Tamara jamás había escuchado mencionar.

Tamara esperaba que no se los pusiera en el barco.

Una vez dentro, siguieron el mismo procedimiento. En esta ocasión, el baúl sí tenía un candado, pero a Edwin no le costó trabajo abrirlo con la ayuda de una horquilla de Tamara.

Los vestidos tampoco fueron difíciles de localizar. Estaban doblados en el lado izquierdo del baúl. Las mangas abultadas que Tamara tanto detestaba los diferenciaban de los otros. Cuando los vio con detenimiento, se preguntó si podría tomar mejor los americanos.

Edwin se rio al ver los vestidos y sacó de nuevo uno del medio.

Tamara quiso llorar.

—Naranja no, por favor.

Edwin, servicial, buscó otro vestido.

Amarillo.

Tamara respiró hondo.

—Creo que hay uno gris y otro negro. Pero vestir de negro estando recién casada... —Chasqueó la lengua—. No debe ser buen augurio, sobre todo porque ha quedado claro que no estás de luto —le dijo, echándole un vistazo al vestido color salmón que llevaba.

—El amarillo —concluyó de mala gana.

—¿Estás segura? —bromeó él—. El naranja quedará maravilloso con tu... cabello. Combina bien con el negro, ¿no?

Tamara decidió no caer en su provocación.

—El amarillo me hará resaltar más.

—¿Por qué no los dos? Mientras más vestidos, mejor.

—Menos vestidos que falten levantarán menos sospechas. ¿Nos quedaremos discutiendo o iremos a la otra habitación?

Edwin soltó una pequeña risa.

—Al menos llévate un camisón —dijo, rebuscando entre las prendas hasta que consiguió uno—. En la otra habitación robamos un cambio de enaguas, la camisola...

—Y un corsé —añadió Tamara.

—¿Sabes ponerte un corsé sin ayuda? —preguntó él—. Temo que no he recibido adoctrinamiento como doncella.

Por lo poco que pudo ver en su expresión, Edwin se percató de que no había pensado en eso. Esperaba que no se empeñara en el corsé, pues aunque él sabía a la perfección cómo quitarlo, que lo aspasen si se sometía por voluntad propia a esa tortura.

Tamara terminó asintiendo para darle la razón, y él, con un suspiro de alivio, se apresuró a cerrar el baúl.

La otra víctima era una dama que habían visto salir del camarote por casualidad cuando bajaron después de su exploración. Cuando pasó junto a Tamara, se dio cuenta de que tenían casi la misma estatura. Era un poco más rolliza, pero nada que no se arreglara con unas buenas puntadas.

—Yo la abro. —Se ofreció Tamara, y sonrió con picardía—. Una corona a que lo hago en diez segundos.

Edwin fingió pensarlo.

—Una libra si lo haces en menos de siete y no nos dejas encerrados después.

—Hecho.

Edwin le dio la pequeña navaja y ella procedió a trabajar mientras él contaba. Antes de que llegara al siete, la puerta cedió.

Tamara lo miró con satisfacción.

—Te pagaré solo si no nos quedamos encerrados —acotó Edwin mientras entraba a la habitación. Tamara lo siguió y cerró la puerta con cuidado.

Una vez más, el baúl no tenía candado.

—Demasiada confianza para estar en un barco —musitó Edwin, alzando la tapa del baúl.

Tamara suspiró con alivio cuando se encontró con vestidos decentes.

Sacó del medio un vestido color azul cielo bastante bonito con encaje blanco y sin mangas

abultadas. Se lo lanzó a Edwin, quien lo metió junto con los demás en una bolsa de viaje, y buscó una enagua y una camisola de repuesto.

—Creo que hemos finalizado con éxito el asalto —concluyó Tamara mientras cerraba el baúl.

Él le hizo un gesto de silencio.

—Solo podrás decir eso cuando estemos a salvo en el cuarto —declaró, y empezó a caminar hacia la puerta. Tamara lo siguió con el candil en la mano.

Al llegar, Tamara tiró de la manilla, pero la puerta no abrió. Intentó de nuevo sin éxito. Con un suspiro de resignación, miró a Edwin.

Este le devolvió una mirada burlona.

—No comprendo cómo la hija de Rutland no sabe abrir cerraduras —comentó mientras buscaba en su chaleco la navaja especial.

—Sé abrir cerraduras —protestó Tamara.

—Si se traban, no sabes abrirlas bien —objetó él.

—Perdón por no haberme visto en la necesidad de forzar cerraduras con demasiada frecuencia en mi vida.

Edwin le lanzó una mirada de fingida pena.

—Eso es muy triste. Lo lamento.

Tamara puso los ojos en blanco y le hizo un gesto para que se apresurara. Edwin metió la navaja en la cerradura, pero antes de que pudiera hacer algún movimiento, se escuchó un golpe contra la puerta, como si hubieran empujado algo y hubiera chocado con la madera.

Él le hizo un gesto de silencio y esperaron. De pronto empezaron a escucharse ruidos que parecían gemidos, a la vez que alguien intentaba frenéticamente abrir la puerta.

—¿Qué sucede? —Se escuchó la voz de una mujer.

—No abre —respondió un hombre con tono ronco.

—Es porque he cerrado con llave, tonto —dijo la mujer con una risita.

Poco después escucharon el forcejeo de la llave con la puerta. Tamara se mordió el labio, nerviosa. Edwin, mientras, parecía demasiado... tranquilo. ¿Se habría visto ya en una situación semejante? ¿Tenía idea de lo que podía pasarles si esa puerta llegaba a ceder?

—No abre —insistió el hombre.

De nuevo se escuchó el forcejeo. Quizás esta vez era la mujer intentándolo.

—Oh, diablos. Tengo que buscar a alguien que lo arregle. ¿Y si vamos mejor a tu cuarto?

—Mi mujer irá allí tan pronto como termine la cena. No, eh... no conseguí otro cuarto para ella.

—Eso solo significa que no pudo pagarlo —le susurró Edwin a Tamara en el oído. Parecía bastante divertido.

Tamara no se pudo reír. Ni entendió por qué a él le causaba gracia. La infidelidad era un tema delicado. Edwin mejor que nadie debería saberlo.

—Voy a buscar a alguien para que arregle la puerta. Vuelvo enseguida. Aléjate un poco por si alguien viene —advirtió la mujer.

—Mejor te acompaño —dijo el hombre con un tono un tanto nervioso.

—No seas tonto. Sería demasiado sospechoso. Ya regreso.

Se escucharon los pasos de la mujer alejándose hasta que el sonido desapareció. Los de él, en cambio, resonaron por bastante tiempo, lo que daba a entender que iba de un lado a otro.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Tamara a Edwin—. El hombre sigue ahí, no podemos salir.

Edwin, quien no parecía especialmente nervioso, se encogió de hombros con una despreocupación que no pudo más que causarle risa. Solo él podía afrontar con tal calma lo que podría ser un grave problema. Si los descubrían, o los encerraban en la bodega o los lanzaban a alta mar, o... Edwin los convencía de que todo era una confusión. Tamara no confiaba tan ciegamente en alguien como en él para inventar una mentira. Su padre había dicho en una ocasión que era capaz de convencer al diablo de que le convenía realizar una buena acción.

—¿Notaste que parece nervioso? Ese caminar, la forma en que respondió...

Tamara asintió. Edwin sonrió con malicia.

—No le gusta quedarse solo —concluyó él.

—¿Por qué? —indagó ella.

Él se encogió de hombros, aunque seguía sonriendo.

—Vamos a probar una hipótesis.

Sin decir más, dio un golpe en la puerta. El ruido consiguió que los pasos del hombre se detuvieran.

—¿Quién está ahí? —preguntó con una voz que sonó un tanto aguda.

Como toda respuesta, Edwin volvió a dar otro golpe en la puerta.

Tamara comprendió su juego y contuvo la carcajada que pugnó por salir. Cualquiera diría que era cruel jugar de esa manera con alguien, pero no pudo evitarlo.

Edwin compuso una mueca de desaprobación.

—No es de buen ciudadano reírse del miedo ajeno —reprendió.

—¿No? ¿Qué daño hace? No creo que lo matemos del susto.

Él volvió a sonreír.

Escucharon como el hombre se acercaba a la puerta para volverse a alejar. El ir y venir de sus pasos volvió a dominar el silencio.

Edwin dio otro golpe.

El hombre volvió a detener sus pasos.

—¿Quién está ahí? —volvió a preguntar.

Cuando Edwin iba a volver a golpear, Tamara le hizo un gesto para detenerlo. Respiró hondo y lo soltó emitiendo un ruido bastante agudo que sonó a un grito desconsolado.

Edwin casi se atraganta intentando contener la risa. No tardaron en escuchar de nuevos los pasos del hombre, pero esta vez resonaron y se fueron atenuando hasta desaparecer.

—Buen trabajo, compañera —dijo a la vez que empezaba a trabajar en la puerta. Rápidamente logró abrirla, y luego de echar un vistazo fuera, instó a Tamara a salir.

Iniciaron una carrera hacia el camarote y, una vez dentro, soltaron la risa contenida.

—No puedo creer que de verdad creyera que había un fantasma —dijo Tamara.

—Te sorprendería lo supersticiosas que pueden ser las personas.

—Eres malvado —declaró, pero no pudo conseguir un verdadero tono de reproche.

—Tú no eres mejor. Podíamos haberlo dejado en los golpes, pero quisiste llevarlo más allá.

—Ah, pero fue el detonante para que huyera —acotó ella.

—*Touché*. Y solo por eso, te daré esa libra.

Tamara lo observó. Tenía una sonrisa bastante bonita que formaba unos hoyuelos muy tiernos en sus mejillas. Edwin nunca había sido hermoso en el sentido estricto de la palabra, pero tenía un encanto que atraía a las mujeres como la miel a las abejas. También lo hacían parecer una criatura inocente. Sin duda, su cara era una trampa para aquellos ingenuos que nunca lo hubieran tratado.

—Bien —dijo Edwin, colocando en la mesa la bolsa con los artículos robados—, pediré la cena.

La cena no tardó en llegar. Tamara nunca había estado tan agradecida. Devoró las verduras asadas y la carne de ternera con una prisa muy poco propia de una dama. Para cuando había terminado, Edwin apenas iba por la mitad. La estaba mirando con una sonrisa que provocó que su corazón diera un brinco.

—¿Dónde han quedado los modales, Tamara? —preguntó con humor.

Ella enderezó los hombros en una postura perfecta y se limpió la boca con una gracia y delicadeza que pocas jovencitas conseguían. Esa acción irónica solo consiguió hacerlo reír más.

—Pido disculpas, estimado acompañante, por mi despliegue de malos modales. No había probado bocado en todo el día y estaba un poco ansiosa. Le aseguro que no se volverá a repetir.

Edwin se rio más fuerte. A Tamara le gustaba su risa: suave, natural, contagiosa. Edwin siempre había tenido eso.

—Espero que no se repita. Yo tampoco he probado bocado en todo el día y no he mostrado ese despliegue de ansiedad por respeto a su presencia —dijo con seriedad.

Aunque su intención era seguir con la broma, en parte no mentía. A Lydía, educada con mano estricta, solían disgustarle sus modales relajados. Sobre todo cuando quería devorar la comida después de un día intentando acoplarse a sus nuevas responsabilidades. Al final había aprendido a moderarse para no disgustarla más, y la costumbre había quedado.

—Pues no se reprima por mí, caballero —continuó Tamara, sin tener idea de sus divagaciones internas—. Le concedo permiso para comportarse como un salvaje.

Edwin no pudo evitar volver a sonreír ante esa afirmación. No debería extrañarle el poco interés de Tamara por las conductas correctas; después de todo, solo había que mirarla con un poco de atención —ni decir si se la conocía un poco— para darse cuenta de que las conductas adecuadas solo eran un disfraz. En ese preciso momento, tenía el pelo algo desorganizado por las horquillas utilizadas para abrir los candados. El peinado, que de por sí había visto improvisado, estaba desorganizado de una manera que escandalizaría a cualquier otra. A ella, sin embargo, no parecía importarle. Tenía una expresión bastante despreocupada para ser alguien que acaba de asaltar varios cuartos.

—Dime una cosa —preguntó Edwin, soltando los cubiertos y centrando toda su atención en ese rostro exótico y adorable que podía hipnotizar a cualquier hombre—. ¿No dudaste ni por un momento en seguir adelante con lo que hicimos?

A pesar de saber que la familia de ella no se caracterizaba por ser convencional, a Edwin se le hacía difícil imaginar a una mujer, aparte de su hermana, tan dispuesta a cometer un robo. No dudaba que, de tratarse de otra dama, lo hubiera creído loco desde el momento en que hizo la sugerencia. Tamara, en cambio, se había limitado a fruncir el ceño.

—No sería moralmente correcto de mi parte admitir que he disfrutado cometiendo un acto delictivo. Tampoco estoy dispuesta a frecuentar ese tipo de conductas, pero... ha sido interesante —concluyó al pensar que esa era la palabra correcta.

Edwin apoyó el codo en la mesa y la cabeza en la mano. La miró como si fuera una persona extraña.

—Admito que me asusté cuando estuvieron a punto de descubrirnos —dijo después de un momento, emocionada por la forma en que él la estaba mirando—. Solo pude pensar: «Maldito apellido, qué habré hecho para quedar atrapada en un barco con un Allen».

Edwin soltó una carcajada que duró varios segundos.

Tamara lo observó mientras volvía a tomar los cubiertos y se metía un trozo de verdura en la boca. Le encantaba observarlo: tanto que temía que durante el viaje sus sentimientos fueran demasiado evidentes.

—Algún pecado debes estar pagando, arpía. No creo que lleves una digna de admirar.

—No he cometido ningún pecado tan grave. —Guardó silencio un minuto y consideró qué tan conveniente sería decir lo que estaba pensando. Al final pudo la vena impertinente de su madre—. Al menos, ninguno como el de esa pareja.

Al contrario de lo que pensó, Edwin no pareció afectado por la referencia a la infidelidad. ¿Estaría ocultando sus sentimientos, o de verdad no sentía nada?

—Si no tienes esposo, difícilmente puedes cometerlo —dijo con tranquilidad.

—Aunque lo tuviera no lo haría —insistió—. Diría que una infidelidad es más deshonesto que robar.

Edwin arrugó el ceño, considerándolo. Mientras lo pensaba, vio la mirada expectante de Tamara y cayó en la cuenta de algo.

—Sé a dónde quieres llegar.

—Ah, ¿sí? —preguntó con inocencia.

—Sí —dijo con algo de fastidio—. Quieres saber cómo me siento respecto a mi divorcio, ¿verdad? Deseas conocer qué tanto me afectó esa infidelidad.

Tamara diría que estaba sorprendida por su perspicacia, pero lo cierto era que no. Era Edwin de quien se trataba. En realidad, le sorprendía que no hubiera descubierto aún que estaba enamorada de él.

—Sí —admitió sin tapujos, y esperó ansiosa la respuesta.

—¿Por qué? —protestó.

Maldito. La estaba evadiendo.

—Por curiosidad. Quiero saber qué tanto afecta. Yo... —Pensó rápidamente en una excusa. Lo que fuera para no decirle que simplemente le importaba cómo se encontraba—. Mis padres me han hecho creer que es algo terrible, pero sé que la alta sociedad lo practica con frecuencia. Entonces, ¿puede ser tan terrible si es tan común?

Edwin pensó un momento su respuesta.

—Robar es malo, pero también lo hacen con frecuencia y no siempre es por necesidad. Supongo que pasa algo similar: hay inconformidad con lo que se tiene y buscan en otro lado. —Se encogió de hombros.

Tamara se percató de que seguía evadiendo la pregunta original.

—Pero ¿no es muy duro para el engañado no saberse suficiente para alguien? —preguntó con cautela.

Edwin arrugó el ceño. Sin saberlo, ella había tocado un punto sensible.

—Solo si esperas suficiente de ese alguien. El secreto de la felicidad está en no hacerlo, y la alta sociedad es experta en ello. Casi nunca ponen en un pedestal a alguien porque el suyo ya es suficientemente alto. Además, la mayoría de los matrimonios son contratos, los cónyuges saben dónde se meten y solo piden discreción porque, por algún motivo, la sociedad lo reprende.

Tamara no pudo evitar mostrar su desconcierto y parte de su decepción.

—Entonces, ¿esa es la visión que tienes del matrimonio? ¿Por qué te divorciaste si no te importa?

Edwin sonrió, acción que la confundió más.

¿Qué era lo gracioso?

—No entiendo cómo la sociedad no te ha puesto en la lista negra. Eres bastante impertinente.

—Al ver que ella iba a insistir en una respuesta, continuó—: Comenté la visión general de la sociedad, no la mía. Vengo de una familia donde, por único golpe de buena suerte, todos están enamorados. Por supuesto que la traición dolería. El amor, a mi parecer, es un pacto muy peligroso: te promete felicidad, pero te hace demasiado vulnerable.

—Edwin, ¿te divorciaste porque te dolió el engaño o no? —insistió Tamara.

Él sonrió ante su impaciencia. Ella debería alegrarse de que él estuviera recuperando esa tendencia a irritar a todos.

No lo dejaría. Tenía que controlarse.

—Respóndeme algo. ¿Le prometiste a Clarice que no le dirías a nadie de su embarazo?

«¿Y eso que tiene que ver con nada!?!», pensó Tamara.

A pesar de su frustración, respondió con calma.

—No.

Él la evaluó por un segundo y luego asintió, satisfecho.

—Bien, porque te voy a contar un secreto, y quiero tu palabra de que no dirás nada. Comprenderás que necesito fiarme de tu juramento.

Tamara, emocionada por la posibilidad de saber un secreto, no se ofendió por la duda hacia su honor.

—Te doy mi palabra.

—No hubo engaño.

Tamara abrió y cerró la boca asombrada, sin saber qué decir.

¿Cómo que no hubo engaño? ¿De qué otra manera se obtendría un divorcio?

—Todo fue planeado. Contratamos un actor, pagamos testigos..., en fin.

—Hablas en plural. —Se percató ella—. ¿Te refieres a tu familia?

—A Lydia y a mí —respondió, provocando sorpresa en Tamara.

—¿Estuvo de acuerdo con su ruina?

Edwin sonrió con cierta melancolía.

—Creo que el matrimonio le parecía peor.

—¿Cómo puede ser eso posible?

La incredulidad en su voz causó un poco de diversión entre el reciente abatimiento.

—No me conoces, arpía. A lo mejor fui un marido horrible.

—Imposible.

La seguridad de sus palabras le causó curiosidad a Edwin. Parecía tener más confianza en él de la que él mismo se tenía en esos momentos.

—Temo que es así. Algo debe ser muy insoportable cuando se prefiere la ruina social. Te aseguro que no fue una decisión fácil.

—No creo que hayas sido tú el problema. ¿Por qué no pudo ser ella la que lo volvió todo

insoponible? —insistió Tamara.

Edwin guardó silencio por casi un minuto entero.

—Tal vez fuimos los dos, pero a ella se le puede perdonar cualquier actitud —dijo con aprensión. Tamara no tuvo siquiera tiempo de preguntar qué había querido decir, porque él continuó—: En realidad, no me importa si fallé. No todos estamos hechos para el matrimonio, ¿sabes? Eso fue algo que debí suponer desde el principio.

Si Edwin sabía leer a las personas, Tamara tenía también un don único. Sí le importaba, aunque lo ocultara bien con esa actitud despreocupada. Lo único que no lograba entender era por qué.

«A ella se le puede perdonar cualquier actitud».

¿Qué habría querido decir con eso? ¿Le habría tomado cariño durante el matrimonio? ¿Le dolería no haberla hecho feliz? También quedaba la interrogante de por qué no había pedido la anulación poco después del matrimonio. Tamara se sentía en un laberinto: cada vez que creía encontrar el camino, una respuesta de él le hacía darse cuenta de que estaba en el mismo lugar. Pero no se rendiría. De su padre solo había sacado algo de simpatía, persistencia y unos huesos irrompibles, pero a lo mejor podría intentar hacer de espía y salir victoriosa. Nunca lo había intentado, y no veía mejor oportunidad que ese viaje para despejar cada incógnita respecto al matrimonio de Edwin.

Pero iría poco a poco. Por ese día habían sido suficientes preguntas de sentimientos.

Solo había un asunto que no podía dejar...

—Un fracaso no determina nada. Por lo que te conozco, juraría que ese era tu lema.

—Yo jamás fracaso —acotó él, y luego lo pensó mejor—. No lo hacía, al menos.

»No importa. No pienso volver a hacer ese experimento. Que me aspen si me paro frente a un vicario de nuevo.

Tamara intentó no desilusionarse con sus palabras. Sin duda, eran producto de la desilusión del momento. Ella lo convencería de volver a pararse frente a un vicario, o..

Contuvo una sonrisa traviesa.

En América eran católicos. Un cura era distinto a un vicario. A ella la religión le daba más o menos igual mientras un papel lo avalara.

Pobre Edwin, pensó.

Ella tampoco fracasaba nunca.

## Capítulo 10

—¿Cómo que no sabes coser? —preguntó Edwin con incredulidad poco después de que se llevaran los platos de la cena.

Habían sacado las prendas robadas de la bolsa y las habían colocado encima de la mesa. Edwin le había preguntado a Tamara cómo las modificaría y esta lo había mirado con sorpresa.

—¿Logras crear una imagen de mi madre enseñándome a coser? Porque yo no.

Edwin masculló una maldición en voz baja.

—La institutriz debió enseñarte.

Tamara negó con la cabeza.

—¿La escuela señoritas?

—Fui a la escuela de tu hermana —respondió como ironía—. Además —continuó—, coser no es una obligación cuando se es de buena cuna. ¿Para qué, más o menos, necesitaría saber hacerlo? Es más elegante bordar para pasar el tiempo.

Edwin suspiró con resignación.

—Llamaré a mi ayuda de cámara. Le diré que se lleve uno de los vestidos y le haga algunas modificaciones. Él debe saber hacerlo... *espero*.

Mientras esperaban que el ayuda de cámara de Edwin apareciera, Tamara observó los vestidos pensando en qué modificaciones pediría. Al blanco definitivamente debían quitarle todas las flores. No debía ser una tarea complicada, ya que parecía muy superficial. Podría ser el que estuviera listo con mayor prontitud, sin mencionar que sin las flores quedaría irreconocible. Al naranja esperaba que pudieran quitarle las mangas y usar la tela para reemplazarlas por otras más discretas. Tamara odiaba esas mangas. Y al azul... quizás podrían quitarle el encaje y agregarle unas pocas flores del blanco. Incluso podría intentar hacerle un bordado.

Cuando llegó el ayuda de cámara de Edwin, un joven que apenas pasaba los veinte años, Tamara se apresuró a decirle todas sus ideas sin dar más explicaciones al respecto.

—¿Crees que puedas tener el blanco para mañana? —preguntó cuando terminó. No lo estaba mirando, por lo que no se percató del semblante pálido de criado.

Edwin, en cambio, sí lo notó.

—Sé que esto no formaba parte de las obligaciones iniciales —dijo con ese tono persuasivo que solo él podía lograr—, pero serás bien recompensado si nos sacas de este problema. A última hora la doncella de mi esposa tuvo un gran problema, y no conforme con dejarnos abandonados, empacó los vestidos equivocados. Estos iban a ser destinados a la donación, por lo que no son del agrado de mi mujer... —Se inclinó hacia el ayuda de cámara como si fuera confesar un gran secreto—. Sabes cómo son las mujeres, no hay quien las aguante si algo no les gusta. Comprendes,

¿verdad?

El joven asintió, pero no mudó su expresión de pánico.

—Entiendo, señor, pero hay un problema.

Edwin suspiró como si hubiera sido absurdo no tener eso en consideración.

—¿Cuál? —preguntó con paciencia.

—No sé coser.

—¿Cómo que no? Una ayuda de cámara siempre sabe coser. ¿Qué sucede si el botón del chaleco se descose o hay que arreglar el dobladillo de una manga? —protestó Edwin.

—Sucede que... Bueno, no tengo mucha experiencia como ayuda de cámara. En realidad este es mi primer empleo.

Eran pocas las veces que se podía ver a Edwin molesto, y no era algo bonito. A Tamara le sorprendió la forma en que un rostro agradable, suave, con aire infantil, podía contraerse de tal forma que resultara amenazante.

—Eso no fue lo que dijiste cuando te contraté.

—Yo... yo necesitaba el empleo —dijo el chico, apresurado—. No pensé que las obligaciones incluyeran arreglar vestidos de dama —dijo con un poco de reproche.

Saber que él tenía razón no menguó la ira de Edwin, quien, más que molesto por la falta de habilidades de su ayuda de cámara, estaba furioso por haber caído en su mentira. Él, que se vanagloriaba de saber cuándo alguien mentía, había sido vencido por un joven.

Se dijo en su defensa que la desesperación había podido más que el sentido común. Su ayuda de cámara tradicional se había negado en rotundo a viajar a América y la búsqueda de otro había sido tan apresurada que no revisó con detalle las referencias presentadas. Fue muy ingenuo no haber considerado que una situación semejante solo podría presentársele a él.

*Maldito apellido.*

—Podría intentarlo —dijo el ayuda de cámara al ver que Edwin no estaba para nada complacido.

—Viendo la situación, es menos arriesgado que lo intente yo —replicó Tamara con fastidio—  
¿Al menos tienes aguja, hilo y tijeras?

El joven asintió, y a un gesto de Edwin fue a buscarlos. Los trajo poco después, pero Tamara miró los vestidos como si fueran creaciones extrañas.

—Quizás sea mejor dejar esto para mañana temprano —declaró luego de mirar con el ceño fruncido la aguja y el hilo que tenía en la mano derecha.

Bien se podría decir que estaba mirando algo de uso muy complicado.

Edwin enarcó una ceja burlona. Ella se puso a la defensiva.

—¿Por qué tenemos que ser siempre las mujeres las que deben aprender costura? —protestó—.  
Los hombres nobles también deberían saber.

Edwin se carcajeó.

—Tranquila, *Clarice*, nadie te juzga.

—Además, tengo sueño —añadió.

La declaración formó un silencio muy incómodo entre ambos. De forma simultánea, miraron la gran cama ubicada en el centro del camarote, esperando, de alguna manera, que esta se humanizara y les diera la solución a un nuevo dilema.

Tamara se ruborizó un poco ante el pensamiento de dormir con hombre, y Edwin, por su parte, solo pudo maldecir en su interior. Había estado todo el día posponiendo ese problema particular. No tenía muchos ánimos de dormir en el suelo, pero menos ganas tenía de acostarse en la misma cama que ella. Llevaba demasiados años sin sexo como para que esa noche resultara menos que una tortura. Además, ¿qué sucedería si ella rodaba y lo rozaba? Si el olor de su cabello quedaba demasiado cerca de su nariz, si se le subía el camión...

*Maldita sea.*

—Dormiré en el suelo —declaró.

Ni siquiera la miró. No sería conveniente que se girara, en realidad. Podría asustarla.

—No podría hacerte eso, Edwin —dijo con un tono tímido que jamás le había escuchado. Oyó sus pasos acercarse, y se sobresaltó cuando tuvo la grandiosa idea de colocarle la suave mano sobre el hombro. *Tenía que ser justo en ese momento*—. Si es en consideración a mi pudor, quédate tranquilo. Te aseguro que no me incomodará.

¡Pero a él sí! Incomodar, incluso, sería un verbo muy suave. No dormiría en gran parte de la noche. Por otro lado, ¿sería muy grosero zafarse de su mano? ¿Por qué seguía tocándolo?

Se movió ligeramente para quedar libre del contacto. Ella tuvo la sensatez de no insistir.

Edwin le echó otra mirada a la cama con un suspiro. Tal era su cansancio en ese momento que dormir en el suelo parecía una tortura.

¿Por qué tenía que ser el caballero?, pensó a modo de berrinche. Paseó la vista por la habitación, pero el único otro lugar que parecía óptimo para el descanso era el gran sillón que conformaba el pequeño espacio semejante al salón. Si Edwin no hubiera sido tan alto, podría haber sido cómodo, pero para alguien de un metro ochenta y un tanto corpulento, encajarse allí bien podía ser un desafío de contorsionismo.

Tamara observó como tenía la vista fija en el sofá y se cruzó de brazos en un gesto desafiante.

—Si no duermes conmigo, yo dormiré en el suelo.

Él al fin se dignó a observarla.

Había un desafío en sus ojos que sería difícil de borrar.

—No voy a dejarte a dormir en el suelo. ¿Cómo se te ocurre?

—Entonces, dormiremos juntos.

Él estuvo a punto de sonreír ante una declaración que podía malinterpretarse.

Tardó un poco, pero al final terminó asintiendo. No podía ser tan malo, se dijo con su natural desparpajo. Tampoco era un animal indómito guiado por instintos. Y no tenía por qué dormir en el suelo solo porque su apellido lo hubiera metido en un problema más grande que ese buque. Además, si quería conservar la calma en lo que quedara del viaje, tendría que descansar bien.

La cama era grande. Si cada quien se quedaba en una esquina...

Se giró hacia Tamara y la miró con decisión.

—Prohibido cruzar la mitad de la cama.

Ella arrugó el ceño sin entender el motivo de la orden, pero no tardó en asentir.

—Iré a cambiarme.

Edwin suspiró. Aprovechó que Tamara se había escondido detrás del biombo para quitarse la ropa y empezó a deshacerse de la suya. Sentía los músculos tensos antes cada movimiento, y de vez en cuando miraba la cama como si fuera el altar donde lo sacrificarían. Estaba tan distraído que casi se quitó los pantalones; él no usaba ropa de dormir. Detestaba los camiones, le hacían parecer un monje.

¿Le importaría a Tamara que durmiera sin camisa? Tenía una bata que solía usar después del baño, pero le daría mucho calor.

Mientras lo pensaba, sintió un carraspeo detrás de él. Se giró para observar la cabeza de Tamara que asomaba detrás del biombo.

Él arqueó una ceja, interrogante, pero Tamara no formuló de inmediato lo que tenía planeado. Si se había ruborizado un poco al ver su espalda desnuda, verlo de frente le causó una conmoción total.

Nunca había visto a un hombre sin camisa, ni siquiera a su hermano. A pesar de la vergüenza, no pudo evitar tomarse unos minutos para observarlo con detalle. Era un tanto fascinante la forma en que sus brazos y pechos tenían una proporción perfecta, como esas estatuas griegas de los museos. Además, estaba ese espeso vello negro que parecía tentar a pasar la mano por ahí. Daba la impresión de que el tacto sería muy suave y agradable. Se preguntó si existiría la posibilidad de rozarlo durante la noche, cuando él ya se hubiera dormido.

No podía quedarse con la duda.

—¿Tamara? —preguntó Edwin.

Ella se ruborizó y se apresuró a recoger los pedazos de su dignidad.

—Yo... me preguntaba si podrías ayudarme a quitarme el corsé.

Edwin tragó en seco, pero ella no lo notó, todavía concentrada en la forma de su pecho. Era tan apuesto que observarlo le provocaba un calorillo extraño en el cuerpo.

—¿Estás segura de que no puedes hacerlo sola? —dijo en tono suplicante.

—¿Crees que te lo pediría si pudiera hacerlo? —replicó ella.

Si consideraba la manía de fastidiarlo que últimamente todos a su alrededor parecían tener,

incluido el destino, Edwin diría que sí. Sin embargo, ¿por qué motivo querría ella provocarlo? Era una joven inocente, ni siquiera debía saber lo que eso provocaba en un hombre.

Pero Tamara sí lo sabía, y contuvo el aliento cuando lo observó acercarse. Había que ser demasiado ignorante para no saber que ciertas partes de la anatomía de una mujer causaban atracción en los hombres. De otra manera, las madres no alentarían a sus hijas a mostrar un poco de su escote. A ella su madre jamás se lo había dicho, y su padre apenas la dejaba salir con escote, pero por sus amigas, Tamara sabía de todos los coqueteos que podían causar la atracción de un caballero, desde redirigir la atención de ellos al pecho con el abanico hasta alzarse las faldas para mostrar por algunos segundos los tobillos. Según otras debutantes, eran trucos para que los caballeros pudieran conocer un poco más a fondo la belleza de la dama. Tamara era consciente de que pedir que la ayudara con el corsé no era ni sería nunca uno de esos trucos, pero a lo mejor servía. Con un poco de suerte, el próximo halago que saldría de su boca no sería «estás más alta».

Cuando sintió la presencia de Edwin tras ella se mordió el labio. Podía notar su esencia masculina rodeándola, y eso le provocó un leve cosquilleo en la piel que le erizó los vellos. Al percatarse de que Edwin no hacía ningún ademán de desatarle los lazos, lo miró interrogante.

—¿Sucede algo?

Para él sucedían varias cosas. Lo primero era su imagen. ¿Podía haber algo más erótico que una mujer con el vestido débilmente sujeto en el pecho con las manos, mientras los lazos del corsé en la espalda eran el único obstáculo para disfrutar por completo de esa piel blanca que ya asomaba en el cuello? Edwin se sentía como un niño que tenía enfrente un delicioso postre que le habían prohibido comer. La única diferencia con la analogía era que, aunque se lo hubiesen prohibido, él era la clase de niño que siempre se comía el postre. Tenía ganas de hacer berrinche solo porque la voz de su cabeza insistía en que no podía comérselo, o comérsela, en ese caso.

Oh, maldita fuera, su piel se veía tan deliciosa...

Sin ser consciente, colocó una mano en el trozo de piel blanca del cuello solo para comprobar su suavidad. Ella jadeó, pero él no lo notó, concentrado como estaba en la textura del cuerpo. Fue bajando el dedo hasta que la tela de la camisola puso una débil barrera al contacto. Cuando llegó a los lazos, los desató con prisas. Ya no pensaba con claridad; solo quería descubrir más de ese tesoro que le habían puesto enfrente. Las cintas se soltaron con facilidad, y estuvo a punto de sacarle él mismo el corsé si la razón no lo hubiera golpeado como posiblemente lo golpearía el puño de Rutland si se llegaba a enterar de eso.

—Listo —musitó con voz ronca. Se apresuró a ir hacia la cama. Tenía que dormirse, y deprisa. ¿O quizás debería tomar un baño? ¿Sería muy tarde para llamar a los criados? Al fin y al cabo, el agua sería solo fría.

Cerró los ojos y respiró hondo. Podía dormirse, podía dormirse.

—Edwin. —Escuchó su suave voz lejos—. Creo que hay un problema.

«¿Cuál más?», pensó con lamento. Abrió un solo ojo, pero como no logró enfocar el problema, abrió el otro. Al hacerlo, casi gritó. No sabía de qué problema hablaba Tamara, pero él había encontrado uno muy grave.

—¿Crees que es muy transparente? ¿No tendrás alguna bata? —preguntó con cierta timidez. Estaba ruborizada. *Adorablemente ruborizada*. Se había cubierto los pechos en una muestra de pudor, pero él podía ver con claridad el vello púbico oscuro en forma de triángulo que señalaba aquel lugar de placeres ocultos.

«Maldita sea. Maldita sea», repitió.

Optó por ponerse boca abajo a ver si se enfriaba un poco.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella al verlo ocultar la cara en las almohadas.

—Solo ven a dormir —gruñó.

Alzó la cabeza solo lo suficiente para decirlo y la volvió a ocultar.

Tamara se apresuró a apagar el candil del techo que mantenía la habitación iluminada y llegó tanteando a la cama. Se arropó como si la oscuridad no fuera suficiente protección. Que el camisón resultara tan transparente no se le había pasado por la cabeza, e incluso ella tenía suficiente pudor para sentirse incómoda. Edwin pareció sentirse incómodo, y no era para menos. Eso de mostrar demasiado cuerpo hasta un nivel extremo suscitaba incomodidad.

Pasaron varios minutos en un silencio tan absoluto que pareció que ambos se habían dormido. No obstante, al menos Tamara estaba conteniendo las ganas de moverse de un lado a otro. Tener su presencia al lado la hacía sentir extraña, más allá del hecho de no haber dormido nunca junto a un hombre. Era una satisfacción difícil de explicar, era seguridad, como si siempre hubiese necesitado sentir ese otro peso en el colchón.

—Edwin —susurró.

El silencio fue la única respuesta, así que Tamara insistió un poco más alto.

—Edwin.

Estuvo a punto de darse por vencida cuando sintió su cuerpo moverse. No podía saberlo, pero sus ojos le indicaron que la estaba mirando.

—¿Qué sucede? —preguntó con paciencia.

—¿Por qué besaste a Lydía si no tenías intención de casarte con ella o cortejarla?

La oscuridad le dio valor para sacar el tema, ya que no podía ver su expresión. Aunque su respuesta dejó mucho a la imaginación sobre su amor.

—Maldita sea, Tamara. ¿A qué viene eso ahora?

—A que no me respondiste esta tarde.

—¿Y no concluíste que no lo hice porque no quería responder?

—Sí, pero Edwin, no puedo dormirte con la duda —dijo con voz lastimera.

De haberla podido ver, estaba seguro de que había hecho un puchero.

—Una lástima. —Hizo ademán de girarse, pero Tamara extendió la mano en la oscuridad y esta fue a dar con uno de sus brazos. O al menos eso supuso, pues el vello se sentía menos abundante y más ligero en comparación con el que había visto en su pecho. ¿Sería demasiado osado de su parte palparlo con más detalle? No quiso arriesgarse, pues él había detenido el movimiento.

No obstante, tampoco retiró la mano.

—Por favor. Es que no logro entenderlo. Se supone que uno besa a alguien cuando le gusta, y si le gusta, es que planea cortejarla. ¿Estoy equivocada?

—Sí —dijo rápido—. No te imaginas la cantidad de besos que se dan sin compromiso.

Tamara entendió a qué se refería.

—Pero no a señoritas solteras —insistió.

—Es menos común —admitió él—, pero puede darse el caso.

—Quien besa a una señorita sin ninguna intención honorable no es un caballero —dijo repitiendo las palabras de la duquesa de Richmond, a quien consideraba una abuela. A Tamara le parecía un poco exagerado, porque ella se había topado con varios que no lo eran.

Edwin se carcajeó.

—Estoy seguro de que jamás he presumido de serlo.

—Si no lo fueras, no te habrías casado con ella —replicó en voz baja, como quien dejaba caer una insinuación.

Ojalá hubiera habido más luz en la habitación. Tamara habría brincado de alegría al haber dejado a Edwin confundido.

—Tamara —se quejó. Tenía sueño y estaba frustrado, por eso se le estaba complicando seguirla—. ¿A dónde quieres llegar?

—Solo los que no son caballeros besan a señoritas solteras en un jardín a solas sin ninguna intención de compromiso, pero solo los caballeros resarcen el daño de su error con el matrimonio. Considerando que tiene más peso lo segundo, podríamos decir que eres más caballero que libertino. Si le añadimos que conoces tu suerte y le tenías terror al matrimonio, ni tu instinto aventurero te haría besar a una señorita a menos que tuvieras un fuerte interés en ella, pero como has dejado claro que no era así, solo puedo preguntarme por qué la besaste.

Eso era lo que Edwin llamaría una buena reunión de pruebas para dejar pocas respuestas posibles. Más allá del fastidio, sintió admiración por ella.

—Si no me lo dices —dijo con ligereza—, voy a molestar toda la noche.

Él se preguntó qué pecado tan grave había cometido para merecer eso si en los últimos años su conducta bien pudo haber sido la de un santo si la comparaban con su actitud de soltero. No creía demasiado en Dios para decir que este podía estar molesto por haber puesto fin a su unión sagrada, pero no descartaba la posibilidad ya que la mala suerte del apellido tenía que causarla

alguien, y qué mejor que echar la culpa a entidades divinas.

—Está bien —dijo al final. Pensó con ironía que su familia se reiría mucho si supieran que alguien había conseguido vencer su natural terquedad y tendencia a ganar—. La besé porque ella me lo pidió. Años antes yo había fingido cortejarla para salir de un problema y después la abandoné sin darle razones. Ella había creído que continuaría con el cortejo y esa noche en el jardín le hice saber que no sería así. Me pidió un último beso y accedí por lástima. ¿Estás contenta?

Sonaba bastante irritado, pero Tamara no le prestó mucha atención. Analizaba cada palabra con cuidado. Imaginó la escena con la poca información que tenía, y no tardó en llegar a una conclusión.

—Lo hizo a propósito —declaró, y él lo confirmó con un suspiro cansado—. Es una bruja —afirmó con rabia.

—No —cortó él de inmediato.

—¿Cómo que no? —insistió Tamara, cada vez más molesta. Solo pensaba en que por un capricho de esa mujer ella había sufrido tanto, imaginando que lo había perdido para siempre—. ¡Edwin, te tendió una trampa!

—Ya lo sé —respondió con tranquilidad. Se movió un poco hasta quedar completamente boca arriba—, y yo jugué con sus sentimientos. Tampoco me parece eso muy justo.

Tamara habría querido verle la cara, pero su voz ya decía demasiado. Jamás hubiera imaginado a Edwin admitiendo un error. Dudaba que lo hubiese hecho en alguna otra circunstancia.

El mellizo había aprendido la lección. El problema era que el error parecía seguir atormentándolo.

Por otro lado, empezó a sentirse mal por su ataque de ira. Quizás también estaba siendo un poco irracional.

Solo un poco.

—Eso no justifica lo que hizo —dijo en voz baja, sin querer ceder por completo.

—Supongo que nada debería justificar el daño a otra persona, pero sigo sin culparla. Y antes de que lo preguntes, no te voy a decir por qué así me mantengas despierto toda la noche, cosa que no recomiendo que hagas porque amaneceré muy irritable y eso no es bueno para nadie.

Tamara tuvo que morderse la lengua.

Él se movió hasta darle la espalda y ella se quedó un rato pensativa.

—Entonces... ¿la besaste por caridad? —preguntó cuando el silencio ya se había adueñado de la habitación.

—Es una forma no tan amable de decirlo, pero sí.

De nuevo silencio. Solo era roto de vez en cuando por los movimientos de él intentando ponerse cómodo. Tamara no se había movido de su posición. Una idea no la dejaba pensar en otra

cosa.

—Edwin —susurró poco después.

—Tamara, duérmete ya —ordenó con exasperación.

Ella ignoró su tono.

—Solo una cosa más.

—¿Qué? —preguntó, deseando librarse de ella.

Pasaron dos segundos antes de que llegara la respuesta.

Él habría deseado hacerse el dormido.

—¿Podrías ser caritativo conmigo?

*Maldito fuera el apellido.*

## Capítulo 11

Edwin podría haber fingido que no había entendido su pregunta. Quiso hacerlo, pero sería demasiado crédulo si pensara que fingir indiferencia haría desistir a Tamara. Por otra parte, ¿por qué diablos quería que la besara? Alguna entidad divina debía querer reírse de él y la estaba influenciando. Solo esa razón le parecía lógica para que ella creyera oportuno pedirle un beso cuando estaban los dos en una cama, a solas, y ella era un bocadillo que llevaba demasiado rato queriendo comerse.

Por supuesto, eso último no podía saberlo, pero maldita fuera, ninguna señorita haría eso.

—No.

Edwin no encontró respuesta más tajante y acertada.

Tamara lo había supuesto.

—¿Por qué no? —insistió.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —rebatió él, girándose para buscar sus ojos grises y las tenues sombras en su rostro. Le parecía extraño tener esa conversación sin mirarla, así fuera solo un poco—. ¿Por qué quieres que lo haga?

—Oh, bueno. Sucede que... —Ella se detuvo un momento para pensar.

Edwin empezaba a conocer ese tono. Lo usaba siempre que estaba a punto de lanzar un argumento que podía ser bastante refutable si se pensaba bien, pero ella lograba envolverlo todo de tal modo que la persona quedaba confundida el tiempo suficiente para no rebatir. Él todavía no podía asimilar que se hubiera creído que ella había ido al barco solo para decirle lo de Clarice.

Sin embargo, algo le decía que era mejor quedarse con esa excusa que preguntar.

—Nunca me han besado —dijo con un tono que hubiera inspirado compasión a un mercenario—. Mi padre siempre está muy atento en las veladas. Espanta a todos los pretendientes. ¿No te parece lamentable? Cuando escucho a todas las primas hablar sobre besos, me siento muy mal. El día de hoy ha sido motivo de mucha reflexión para mí. El destino es incierto, entonces pensé: «Si se hunde el barco, moriré sin saber qué se siente».

Tal y como Tamara había supuesto, él se centró solo en una parte de la historia.

—¿Por qué se hundiría el barco?

Ella mantuvo un silencio revelador. Edwin suspiró y se reprendió por haber estado a punto de desviarse.

—Concluiste hace poco que era un caballero. Entonces, los caballeros no besan a señoritas decentes.

—Sí cuando son actos caritativos.

—No tengo ninguna intención de ganarme el cielo a base de buenas acciones.

Antes de que se pudiera girar, Tamara intervino.

—Olvida entonces lo del acto caritativo. Bésame y así te aseguras el infierno.

El infierno y poco más, pensó Edwin. Después del beso dudaba que el «infierno» describiera su frustración. En ese momento, un poco de luz de luna decidió filtrarse con más fuerza a través de la única ventana del barco e iluminó, casi como si se tratara de una conspiración macabra, la boca de ella. Esa hermosa boca en forma de corazón.

De nuevo se preguntó por qué tenía que negársela. A lo mejor valía la pena quedarse con las ganas de más solo por probar su boca. Era demasiado tentadora para el autocontrol, y se ofrecía por voluntad propia.

Nadie tendría que enterarse.

—El Edwin que conocí hace un tiempo lo hubiera hecho —provocó, en voz baja.

Aunque él solía jactarse de no caer en provocaciones, esa causó un fuerte pinchazo en su orgullo. ¿Quién era aquel Edwin? Demasiados años comportándose bien habían conseguido que lo olvidara, pero seguramente sí lo habría hecho. En realidad, más allá de posibles molestias posteriores, no había ninguna razón por la que no pudiera comerse su postre. Podría decirse que se lo merecía después de ese día infernal.

Se incorporó un poco hasta que su cabeza quedó encima de la de ella. Pudo sentir su respiración acelerarse un poco, y observó sus ojos brillando con expectativa. Edwin casi no lo dudó. Se inclinó y atrapó sus labios con un beso que le supo a ambrosía.

Tamara recibió el contacto con ansias. Había soñado con eso demasiado tiempo y debía confesar que era mejor de lo que hubiera imaginado. Claro que sus expectativas habían bajado un poco después de permitir, con el fin de saciar su curiosidad, que dos caballeros la besaran en la primera temporada. Ninguno de esos besos había sido tan bueno como ese. El sabor de los labios era diferente, más agradable. No era baboso ni incómodo, a pesar de que Edwin estaba encima de ella y tenía el pecho desnudo. Debería inquietarla, pero solo le producía una sensación agradable. Sus labios se movían sobre los de ella y la incitaban a responder. El calor de su cuerpo se colaba a través de la tela de su camisón, ¿o era ella la que emanaba calor? No lo supo y no le interesó; solo quería conservarlo.

Mientras la lengua de Edwin empezaba a jugar con la suya, Tamara no se pudo resistir. Puso la mano en su pecho desnudo y descubrió que era tan suave como lo había imaginado. Ese gesto provocó que él aumentara la presión de sus labios, causando que las sensaciones en su cuerpo aumentaran. Sintió un cosquilleo que la atravesó y se concentró más debajo de su vientre. No sabía qué era, pero sentía una punzada muy placentera y una necesidad de ser tocada que la agobiaba.

Estaba a punto de enredarle los dedos en el cabello para atraerlo más cuando él se separó. Su

respiración era algo agitada, pero Tamara, entre la oscuridad y la confusión, no pudo ver su expresión.

Él no le dio tiempo de recuperarse. Se retiró y se acostó, no sin antes mencionar, como si no hubiese sucedido nada trascendental:

—Buenas noches, Tamara.

Pero ella no estaba segura de que pudiera dormir.

\*\*\*

Al día siguiente, cuando Tamara despertó, Edwin no estaba en la habitación. No le extrañó: un vistazo al reloj le indicó que eran casi las once de la mañana. Ella no solía dormir tanto, pero tampoco se quedaba despierta hasta altas horas de la noche. No sabía con exactitud a qué hora se rindió al sueño, pero fue mucho después de que la respiración de él se volviera regular.

Consideró un momento si debía sentirse ofendida en su orgullo porque él se hubiera dormido tan rápido y a ella le hubiera costado. ¿No habría sentido él ni siquiera un poco de lo que sintió ella? ¿Fue la única que experimentó frustración y ganas de continuar después de que el beso terminara? ¿Cómo había podido irse a dormir mientras a ella le hervía la sangre?

Esa interrogante la mantuvo toda la mañana de mal humor, incluso después de que un lacayo le trajera el desayuno. Si él no había sentido lo mismo, ella estaba fracasando de la peor manera. Si Edwin hubiera aparecido en ese momento, Tamara se lo hubiera preguntado sin tapujos solo para calmar la duda que la quemaba.

Pero Edwin no apareció en lo que quedó de la mañana. En parte de la tarde tampoco.

Tamara se obligó a centrarse en los vestidos. Decidió comenzar cortando las flores espantosas del vestido blanco. No era tan complicado, y hacerlo le produjo cierta satisfacción. Cuando terminó, este estaba irreconocible. Había pasado de ser un florero a un simple vestido blanco. Se probó con dificultad el vestido y comprobó que, para su inmensa fortuna, no era necesario hacer más ajustes. Le quedaba a la perfección excepto por el pecho, que estaba demasiado ajustado a pesar de que esa mañana había desistido de ponerse el corsé. No obstante, podría tolerarlo.

Había tendido el vestido naranja sobre la mesa mientras analizaba los posibles cambios cuando la puerta por fin se abrió. Edwin entró y se dirigió directamente a su baúl, de donde sacó un cuaderno de cuero y una bolsita que, supuso, contenía material para escribir. No la miró sino cuando estaba a punto de salir. Tamara esbozó una sonrisa forzada, incapaz de ocultar su mal humor por la falta de atención, pero él no dijo nada. Le echó un vistazo de arriba abajo, quedándose dos segundos más en su pecho, y después se marchó cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Ella contuvo las ganas de patear el suelo como niña pequeña y se concentró en el vestido.

Tenía que deshacerse de las mangas. Tomó las tijeras y empezó a cortar el inicio de la abultada manga. Mientras lo hacía, su cabeza trajo de nuevo el tema de Edwin.

¿Qué se suponía que había hecho mal para que no le dirigiera ni siquiera palabras de cortesía? ¿Besaría horrible y nadie se había atrevido a decírselo hasta el momento? Podía intentar hacerlo mejor.

Frustrada, siguió cortando sin percatarse de lo que hacía. ¡Estúpidos hombres! Pensó. Se reían comentando que las damas eran complicadas cuando su mente era aún más indescifrable.

Las tijeras no encontraron más tela, y Tamara volvió a fijar la vista en el trabajo. Abrió los ojos al percatarse de lo que había hecho: había cortado más de lo debido y, para colmo, en línea diagonal. Suspiró con cansancio y se dijo que incluso eso era más reparable que su inexistente relación con Edwin.

\*\*\*

Intentando alejarse lo máximo posible de la gente, Edwin se recostó en la baranda de la cubierta y empezó a bocetar, por diversión, la perspectiva que tenía en ese momento del barco, así como algunas personas.

Dibujar era una actividad que lo relajaba, aunque no la practicaba con frecuencia porque siempre tenía algo más interesante que hacer. En el barco, en cambio, no había mucho, así que bien podía pasar el tiempo bocetando en lugar de pensar en el beso de la noche pasada. Ese beso que resultó tan exquisito como se había imaginado, pero que lo dejó perturbado por motivos que desconocía.

Edwin odiaba desconocer algo. Detestaba que algo fuera inefable, y lo que había sentido en ese beso sin duda lo era. No solo fue deseo, era lo único que sabía. Por eso, optó por desaparecer toda la mañana. Prefería no verla para aclarar sus pensamientos con la esperanza de darse cuenta de que estaba exagerando.

Cuando fue a buscar el cuaderno, decidió ignorarla continuando con la medida preventiva, pero no era un trabajo fácil y su perdición fue verla ahí de pie con ese vestido blanco que se ajustaba a ella como un guante y una sonrisa que no por ser forzada dejaba de verse hermosa. Parecía una ninfa que se divertía con su sufrimiento. Maldijo entonces el momento en que se dejó convencer para darle aquel beso.

*Maldita arpía y su excelente capacidad de convencimiento.* Ya no estaba tan seguro de que no fuera una bruja. Era mejor que pensar que era extraordinaria.

Para cuando se dio cuenta, había dejado de dibujar. Suspiró con frustración. No podía imaginar en el momento un problema mayor que ese. Justo cuando creía que no tendría más responsabilidades, el destino le imponía esa, como si no se hubiera dado cuenta de que se le

daban bastante mal. No era un hombre hecho para asumir grandes obligaciones. Se sentía agobiado, no era él mismo. Y al paso que iban, temía no volver a serlo nunca.

«No», se negó.

Cuando llegaran a América conseguiría que alguien la acompañara de regreso o mandaría buscar a sus padres. Ya lo pensaría bien cuando dejaran de compartir camarote. Pero en el futuro todo sería un solo recuerdo de un problema más, de eso estaba convencido.

\*\*\*

Los días que siguieron Edwin se comportó de forma extraña. Apenas le dirigía la palabra y sus ojos parecían rehuirla. Tamara era consciente de que sus vestidos nuevos no le sentaban de maravilla, pero tampoco consideraba que su visión fuera tan espantosa como para torturar los ojos. El vestido azul, que fue el siguiente que arregló con unas flores y un bordado un tanto desordenado, le quedaba solo un poco grande y no se atrevió a hacerle más arreglos. Edwin se había limitado a abrir los ojos cuando la vio con él y casi no la observó en el resto del día. Tampoco hacía ademán de responder a sus conversaciones. Todo se había limitado a una cortesía estricta, incluso en las cenas. Las noches fueron quizás lo peor, pues no regresaba hasta que Tamara había sido vencida por el sueño y ella solo podía preguntarse qué lo distraía tanto fuera si un día en ese barco era soberanamente aburrido.

El único día en el que logró sacar de él una reacción más o menos común fue el quinto día de viaje. Por fin había conseguido reparar el vestido amarillo, o al menos adecentarlo, y muy a su pesar, se lo había puesto. Cuando Edwin entró en el camarote para escoltarla al comedor donde servirían el almuerzo, la observó de arriba abajo y soltó una carcajada.

—Estoy seguro de que hay suficientes farolas abajo para iluminar todo el comedor, Tamara. No hay necesidad de que te ofrezcas voluntaria.

Tamara se debatió entre alegrarse por haber recibido un comentario que iba más allá de la cortesía o irritarse porque solo rompió su voto de silencio para decirle que se veía ridícula. Justo eso, como si pudiera pasarle desapercibido el detalle. A nadie le pasaría desapercibido, de hecho. Si el color no era lo suficientemente llamativo, las flores que había cosido de mala manera en las mangas para disimular el mal corte lo eran.

—Son estas buenas acciones las nos aseguran un lugar en el cielo. Deberías seguir mi ejemplo. Edwin se carcajeó.

—Preferiría el infierno antes que vestirme de ese color.

Ella fingió estar horrorizada.

—¡Pecador! —exclamó.

Edwin se carcajeó más fuerte aún y Tamara también sonrió. Cuando los espasmos de risa

cesaron, él la observó de forma enigmática. Parecía buscar una respuesta en ella.

—¿Por qué no te irritan mis bromas? —preguntó de pronto.

Ella disimuló su desconcierto ante la pregunta.

—¿Por qué debería darte el gusto de que me irriten cuando es más divertido replicarlas?

Él lo consideró un momento y volvió a estallar en carcajadas. No obstante, en esta ocasión se detuvo a los segundos de forma abrupta. Su rostro cambió y su semblante se volvió pensativo.

—Vamos, o no quedarán buenos puestos para cuando lleguemos.

Salió sin esperarla siquiera.

Tamara empezaba a exasperarse con esos cambios de humor tan bruscos, hasta el punto de sentirse tentada a darle un golpe en la cabeza para intentar recuperar al Edwin que conocía. ¿Cómo se suponía que se acercaría a él si estaba empeñado en mantenerla alejada? Debió haber pedido más consejos a la tía Esmeralda.

Después del almuerzo, Tamara no lo volvió a ver hasta la hora de la cena. Entró puntual al camarote, como siempre, y arqueó una ceja al mirarla. Se había puesto su único vestido bueno, que, presentía, quedaría inútil después de ese viaje debido al poco cuidado con el que ayuda de cámara de Edwin lo lavaba.

Mejor aprovecharlo.

—Es costumbre cambiarse para la cena —se justificó.

—No lo has hecho los días anteriores.

—Mejor tarde que perder la costumbre —replicó y enderezó los hombros. Se dirigió a la puerta con porte altivo y esta vez fue ella quien lo dejó atrás.

El comedor estaba bastante lleno, y no parecía probable encontrar una mesa para sentarse solos. De hecho, no fue necesario. Un hombre de mediana edad que se estaba quedando calvo le hizo un gesto a Edwin para que fuera a sentarse con ellos poco después de haber entrado.

—Son el señor Montgomery y su esposa. A él lo conocí en la cubierta. Un hombre bastante simpático. Son americanos y regresan a su país.

Tamara se fijó bien en la pareja y fue cuando notó que el desconocido estaba acompañado de una mujer rubia más joven que él. La dama llevaba un vestido celeste que, junto con unos rasgos muy delicados, la hacían parecer una entidad celestial. Se alegró de haberse cambiado de vestido. De haberse aparecido allí con el amarillo, no habría habido una pizca de vanidad que pudiera rescatar después.

—No te importa sentarte con ellos, ¿verdad?

Tamara negó, aunque no estaba muy convencida. Al acercarse, notó que la mujer rubia observaba demasiado a Edwin, y eso no le agradó.

—¡Señor Allen! —exclamó el americano con jovialidad, poniéndose de pie de inmediato—. ¡Qué alegría que haya aceptado acompañarnos! ¿Puede presentarnos a esta dama tan hermosa que

lo acompaña?

Edwin dudó un momento. Tamara lo comprendió: sería la primera vez que la presentaría ante otro pasajero.

—Por supuesto. Ella es... —Dudó un momento antes de decir—: lady Tamara. Tamara, ellos son el señor y la señora Montgomery.

Tamara sonrió con cordialidad y le ofreció su mano al caballero, que la besó con elegancia. Intentó disimular lo mucho que la había crispado que la hubiera presentado con su título.

—¿Es su hermana, señor Allen? —preguntó la mujer con un tono suave y tintes provocadores.

Tamara conocía ese tono. Todas las jóvenes casaderas lo conocían. Tuvo que esforzarse por no fruncir el ceño.

—Soy su esposa —se apresuró a añadir antes de que Edwin respondiera—. No sé si estarán al tanto de que en Inglaterra, si se nace con el título de lady, este se puede conservar después del matrimonio si el esposo no tiene título. Mi marido siempre me presenta así por lo importante que suena, pero yo preferiría que me llamaran señora Allen. No quiero que nadie piense que no me siento orgullosa de ser su esposa.

El señor Montgomery esbozó una sonrisa que parecía ser frecuente en él; mientras, la señora se limitó a mirarla sin ninguna expresión en el rostro. En un rápido cálculo, Tamara dedujo que era unos veinte años menor que su esposo.

—Qué criatura tan encantadora, señor Allen. Y además bonita. Tiene usted mucha suerte —comentó el señor Montgomery, sin dejar de sonreír.

—No se imagina cuánta —respondió Edwin.

De no haber sido por la tensión en sus ojos y ese apenas imperceptible brillo de fastidio en su mirada, Tamara no habría notado el sarcasmo. Su nuevo amigo no lo notó, estuvo claro cuando asintió con efusividad como si necesitase reafirmar la postura. La esposa, en cambio, miraba a Edwin con cierta curiosidad que despertó las alertas de Tamara.

Edwin le retiró la silla para que se sentara, y en el momento en que lo hizo, los caballeros la imitaron. Mientras esperaban la cena, el señor Montgomery, que resultó un conversador muy activo, los entretuvo con anécdotas de sus viajes, que iban desde Francia, Italia y España hasta la India. Tamara sonreía ante su forma de narrar sus aventuras, pero de vez en cuando no podía dejar de echarle un vistazo a la señora Montgomery. Cada vez que lo hacía, la encontraba mirando a Edwin.

No había duda de que este le parecía más interesante que las historias de su esposo.

—Debe ser maravilloso viajar por tantas partes del mundo —comentó Tamara cuando ya habían servido la cena—. La envidio, señora Montgomery. Lleva una vida de aventuras.

La miró y respondió con indiferencia:

—No voy a muchos de esos viajes.

A Tamara le dio la impresión de que sostenerle la mirada le parecía una cortesía demasiado grande. ¿Cómo se atrevía? Ella era la hija de un duque.

Enderezó la espalda y le devolvió una mirada igual de petulante. Se retaron por varios segundos hasta que la señora desvió los ojos para centrarlos en Edwin con un brillo calculador.

El reto era claro.

—A Victoria no le gustan los viajes en barco —respondió el señor Montgomery sin perder la jovialidad—. Me ha acompañado a Inglaterra solo porque su hermana se casó con un inglés y quiso venir a verla.

—Los primeros días me siento muy mareada —respondió, sin quitarle los ojos de encima a Edwin. Su voz había tomado un tinte seductor—. Además, me aburro mucho en el barco. Pocas veces se pueden encontrar entretenimientos interesantes.

Tamara estuvo a punto de atragantarse con el vino. Su rabia aumentó cuando vio que Edwin sonreía con picardía.

—Quizás este viaje le sea más agradable.

—Por lo visto, así será. —Sonrió. Su expresión era la de un gato que había encontrado su comida favorita—. Escuché que después de la cena habrá un concierto. Tal vez le gustaría acompañarnos.

A nadie le pasó desapercibido que la invitación no incluía a Tamara.

Bueno, quizás el señor Montgomery no lo notó.

—Me encanta la música. Es una excelente idea, señora Montgomery —respondió Tamara antes de que alguien pudiera reaccionar. Sonrió cuando la dama la miró como si fuera un mosquito fastidioso.

Edwin también se volvió hacia ella.

—Creí que habías dicho que estabas cansada.

Tamara no se había esperado ese golpe. Y dolió como no se había imaginado. Edwin estaba de acuerdo con las insinuaciones de esa señora y quería sacarla del juego. No pudo recrear una humillación peor.

Otra persona hubiera asentido, habría recobrado los pedazos de su orgullo y se hubiera retirado. Pero Tamara no recogía los pedazos sin antes buscar la venganza.

—La perspectiva de una buena música me ha recompuesto —respondió con jovialidad. Podía ser buena actriz cuando deseaba—. Por cierto, señora Montgomery, ¡qué tocado tan particular! —exclamó, y fingió mirar con admiración el tocado que la dama llevaba en la cabeza, una combinación de muchas plumas de colores que debían de causar alergia si alguien se atrevía a acercarse demasiado—. Me recuerda a la cola arrogante y esplendorosa de un pavo real. La admiro. No todas se atreven a llevar un adorno tan exótico. A muy pocas personas les queda bien. ¡Y con ese peinado! —continuó, señalando la corona de trenza que tenía encima de su cabeza. En

ningún momento dejó de hablar con admiración—. A algunas, incluso, les luciría como un nido en la cabeza.

La señora Montgomery la miró con extrañeza, como si calibrara si Tamara había querido insultarla o halagarla. Edwin tosió. Él sí lo había entendido, después de todo. Debía haber escuchado los rumores de la capacidad que tenía la hija de los duques de insultar sin sonar grosera.

Después de eso, la dama cuidó sus palabras y, de vez en cuando, la observaba con suspicacia.

Finalizada la cena, todos subieron a la cubierta principal, donde un grupo de músicos había empezado a tocar un soneto de Mozart. Habían dejado un espacio vacío justo en el centro para quien quisiera bailar, aunque la mayoría se limitaba a conversar en grupos.

—Regreso en un momento, querida —dijo el señor Montgomery después de localizar a alguien en la otra esquina—. Conocí a ese caballero en un viaje. Voy a saludar.

El señor Montgomery se marchó y los tres quedaron en un incómodo silencio, al menos para Tamara. La señora no dejaba de mirar a Edwin, y este le devolvía la mirada con curiosidad. ¡Malditos fueran! Sobre todo él. Comprendía que no tenían ningún enlace que exigiera fidelidad, pero... podía disimular un poco, ¿no?

No se engañaba. Lo que más le molestaba era que no hubiera suscitado hasta el momento un mínimo de interés en Edwin para que este no pusiera sus ojos en nadie más. Le dolía en su orgullo, y no podía irse simplemente a llorar sus penas.

Quería resarcirlo.

—Espero que no le moleste, señora Allen, que su esposo me conceda un baile. Siento que no puedo dejar pasar esta noche sin interactuar en una danza con él.

Edwin se rio. Tamara los odió, pero asintió con una sonrisa forzada. Mientras se dirigían al centro de la cubierta, ella pasó sus ojos por los alrededores hasta que estos dieron con un caballero recostado en la baranda algo alejado del resto. Tenía un puro en la mano y observaba con cierto aburrimiento todo a su alrededor.

No había que detallarlo mucho para darse cuenta de que era guapo.

Tamara sonrió.

Ese juego podían jugarlo dos.

## Capítulo 12

Desde el centro de la improvisada pista de baile, moviéndose al compás de un vals, Edwin se esforzó por prestarle atención a la exuberante compañera cuya mirada prometía una noche muy agradable. Después de tantos años sometidos al celibato, la propuesta le venía como un regalo del cielo. Si el encuentro resultaba agradable, podrían incluso prologarlo durante el viaje y entonces a él dejaría de resultarle una tortura dormir al lado de esa arpía que el destino había decidido poner en su camarote.

Definitivamente la señora Motgomery era un golpe de suerte que no podía desaprovechar, sobre todo porque esos golpes de suerte no solían ser buenos cuando se trataba de un Allen.

Por ese solo motivo ya debería de estar agradecido, y resultaba completamente ilógico que sus ojos buscaran a Tamara, que ya no se encontraba donde la había dejado.

¿Habría regresado a la habitación?

Era lo mejor. No tenía mucho que hacer en cubierta.

—Espero que su esposa no le vaya a crear problemas, señor Allen. Me dio la impresión de ser una niña berrinchuda.

A Edwin no le gustó el adjetivo que usó para referirse a ella. Es decir, sí, era caprichosa, pero el tono despectivo con el que lo mencionó lo desagradó un poco. A Edwin le gustaba esa faceta de ella. Siempre había admirado a las personas que insistían en lo que querían, y ser caprichoso podía ser un defecto, pero era un buen incentivo para conseguir objetivos.

—Es la hija de un duque —explicó—. Puede ser lo que quiera. Y créame cuando le digo que no es necesaria su intervención para que yo me meta en problemas.

La dama se rio. Él sabía que su afirmación tenía un doble sentido, y ella nunca imaginaría cuán verdadera era la frase.

—¿Le gustan los problemas, señor Allen?

—Son parte de mi vida —musitó con voz seductora.

Ella se acercó un poco más. Edwin olfateó su perfume y estuvo a punto de arrugar el ceño. Era demasiado fuerte hasta el punto de ser desagradable. Tamara tenía un olor más placentero, y era natural porque, por razones obvias, no había traído perfume. Edwin lo asociaba a una combinación de muchas flores silvestres. No muy potente pero exquisito, y...

¡¿Por qué estaba pensando en Tamara?!

—Entonces es usted un hombre malo —susurró la señora Motgomery en su oído, pero el ambiente sexual de hacía un momento empezaba a desvanecerse.

Volvió a buscar con la mirada a Tamara. La encontró acercándose a un caballero solitario que estaba recostado en la cubierta.

¿Qué diablos estaba haciendo esa mujer?

—Seguramente nos llevaremos bien —continuó ella, sin percatarse de que no tenía la absoluta atención del mellizo.

Edwin asintió y forzó una sonrisa. Sin embargo, no podía dejar de observar los movimientos de Tamara. Se había recostado al lado del hombre y lo miraba con discreción. Edwin identificó en el escrutinio de sus ojos que buscaba la forma de sacar conversación.

¿Qué diablos estaba pensando? ¿No sabía que podía ser peligroso? Esos no eran los caballeros de los salones a los que estaba acostumbrada. Ellos interpretarían cualquier conversación como otra cosa.

*Maldita sea.*

Edwin se dividió entre prestarle atención a la dama o ir a buscar a Tamara. Por más que quisiera olvidarlo, era su responsabilidad. Rutland lo mataría si le pasara algo.

De no ser por eso último, la hubiera ignorado.

La señora Motgomery, que por fin se percató de que ya no era el centro de atención del caballero, siguió su mirada. Al analizar la escena, sonrió con malicia.

—Es grato saber que todos hemos encontrado entretenimiento esta noche.

A Edwin no le agradó nada el comentario y ella lo notó, porque trató por todos los medios de volver a atraer su atención. Fue tarea complicada, pues él no podía dejar de observar cómo Tamara examinaba al hombre. No obstante, recapacitó.

¿Por qué diablos tenía que ser su guardián? Nadie podía culparlo de lo que sucediese, y estaba completamente seguro de que Tamara podía cuidarse sola. Tonta no era. Lo que fuera que estuviera planeando, sabría cómo manejarlo. Él no podía desaprovechar la oportunidad de quitarse la calentura, y al diablo con esa arpía que había aparecido para arruinar su libertad.

Le susurró un comentario pícaro al oído y la dama se carcajeó. El sonido le pareció demasiado ensayado, pero lo ignoró. De que esa maldita noche se echaba un polvo, se lo echaba.

Aunqu su vista la siguiera a ella en todo momento.

\*\*\*

—Un poco aburrido este concierto, ¿no cree? —preguntó Tamara al caballero a su lado. No lo miró de inmediato, sino que demoró unos segundos, y cuando posó sus ojos en él, fue por el tiempo suficiente para causar su curiosidad.

—Nada como una buena velada londinense. Pero no podemos esperar mucho en un viaje en alta mar.

Tamara palideció un poco.

Era inglés. Eso no le convenía. Podría reconocerla.

Quiso gruñir. Había estado casi segura de que era americano. Sus cabellos eran rubios, pero sus rasgos no poseían la elegancia inglesa. No era un lord, estaba segura de eso, pero no podía asegurar que no perteneciera a la clase alta. Después de todo, acababa de mencionar bailes londinenses.

Lo más sensato era alejarse. No obstante, ¿dónde encontraría a otro caballero con el que pudiera dar celos? No había muchos sin compañía esa noche, y no tan apuestos como ese. Tenía que ser apuesto o Edwin no se lo creería.

Se arriesgaría.

—Oh, un compatriota. Qué dicha —comentó, queriendo sacar más información—. ¿Qué lo lleva a tierras salvajes, señor? ¿O debería decir *milord*? —preguntó solo para asegurarse.

Él soltó una carcajada carente de humor.

—Soy el señor Wasner. Voy por negocios.

Tamara hizo un rápido recuento de todos los apellidos influyentes, pero no logró encontrarlo en la lista de los que conocía. Supuso que eso debía aliviarla.

—¿Y a usted, querida dama? —preguntó el caballero con cortesía, pero no parecía ser extremadamente simpático—. ¿Qué la lleva a esas tierras que ha descrito como salvajes? No creo que ansias de turismo.

Había un toque irónico tan sutil que Tamara no pudo menos que sonreír.

—Una deducción muy correcta. Acompaño a mi... esposo.

Él no se inmutó ante la mención de un marido. Tamara pensó que a lo mejor ya lo había imaginado.

—No sé decir si es un hombre afortunado o no. No quisiera yo tener cerca por mucho tiempo a una mujer descontenta con el viaje.

Era un comentario grosero desde cualquier punto de vista, y él tenía toda la imagen de no importarle en lo absoluto.

—¿Es una indirecta para que me marche? —preguntó con una sutileza igual a la de él.

Su poco tacto pareció agradarle. Se giró para mirarla de forma intensa.

—Lo era. Pero creo que he cambiado de opinión.

—Me alegro. Solo para reafirmar su reciente decisión: no soy fastidiosa. Un poco impertinente nada más, pero veo que eso no le supone ningún problema.

—En lo absoluto —respondió y sonrió por primera vez. Al menos hizo el intento. Era como si su sonrisa no pudiera completarse. Era enigmática, intrigante. Podría quedarse mirándola mucho tiempo si no hubiese sentido la necesidad de buscar a Edwin con la mirada.

Lo encontró bailando todavía con la rubia. Parecían muy entretenidos.

—¿Su esposo? —dedujo el señor Wasner al seguirle la mirada.

—Sí.

—Parece entretenido.

Tamara no supo si fue su intención, pero la pulla surtió efecto.

—Mucho. ¿Me permite hablarle con sinceridad?

—Perdería el interés en usted si no.

Tamara se rio.

—Quiero darle celos —confesó con determinación.

El hombre asintió, nada sorprendido.

—Jamás me habían reclutado para una actividad similar. Supongo que podría hacerle el favor.

¿Puede decirme primero por qué le he parecido un buen soldado?

—¿Necesita que le aumente el ego?

Él le guiñó un ojo.

—Nunca viene mal.

—Es usted apuesto y estaba solo. Era una presa fácil de asaltar.

La expresión de él varió lo suficiente para conseguir mostrarse sorprendido sin ser exagerado.

—Vaya. Debo tenerlo en cuenta para la próxima. ¿Qué pasa si le digo que estoy casado?

—Si su esposa no está cerca, no veo inconveniente. Será un juego inocente —respondió con coquetería—. Si llega a aparecer, se lo explicaré. Quizás muestre compasión por mí y acepte prestármelo.

Él se volvió a carcajear, pero a la diferencia de la primera vez, fue un sonido más real.

—No estoy casado. Solo indagaba qué tantos principios morales estaba dispuesta a violar solo para conseguir su objetivo.

—¿Le he parecido lo suficientemente desesperada?

—Yo diría determinada. Si no sonara demasiado empalagoso, le diría que su esposo ha sido un tonto por no prestarle atención.

—Ya lo ha dicho. —Rio Tamara.

—¿Sería demasiado intentar convencerla de pecar un poco más y darle un motivo real para estar celoso? —preguntó con voz ronca, acercándose un poco a ella. Tamara admitió que esa voz podía ser la perdición de cualquier mujer. Tardó un poco en entender a qué se refería, y esperó que la noche camuflara su sonrojo.

—Preferiría no abandonar este juego —respondió con tacto.

Él asintió sin parecer ofendido.

—Bien. No creo que nos hubiera dejado, de todas formas. No se gire, pero nos está mirando.

Tamara luchó demasiado para contener la tentación.

—No puede decir eso y planear que uno se contenga.

—Si se gira, él sabrá sus intenciones.

—¿Se ve molesto? ¿Al menos un poco contrariado? Oh, dígame al menos que le he cortado la

diversión.

—Es usted una arpía. —Sonrió de nuevo de esa forma peculiar al decirlo—. Tiene el ceño arrugado. ¿Lo frunce con frecuencia?

—Solo si yo estoy cerca —admitió, y esbozó su sonrisa más encantadora—. Dígame, señor Wasner, ¿qué tal el viaje? ¿No ha tenido ni siquiera un solo momento de entretenimiento?

—Aparte de este, no. Acaba usted de salvar a un alma destinada a morir de hastío.

A Tamara le agradaba su forma de dramatizar. Sus palabras podían ser exageradas, pero su tono no, por lo tanto el resultado era interesante.

—Tómelo como un pago por el favor.

Antes de que él pudiera responder, el barco se movió de forma brusca. Tamara se habría caído al suelo si el señor Wasner no se hubiera apresurado a tomarla por la cintura. Ella se sonrojó, algo avergonzada, pero eso no impidió que, tras percatarse por casualidad de que Edwin la miraba, le colocara las manos sobre los hombros fingiendo buscar más estabilidad.

—¿Desea que la suelte ahora o prefiere mantener la posición un rato?

Lo único que delataba su diversión era un brillo pícaro en sus ojos grises.

—Un momento. Creo que todavía estoy mareada —declaró, colocando con una mano en la cabeza.

Ella vio en sus ojos que quería reír, pero por algún motivo se contenía.

—No se preocupe. Para mí es un placer ser su salvador.

—Considero que ya ha disfrutado bastante del placer, ¿no cree? Se lo agradezco, pero es mi turno —intervino una voz tras de ellos.

Tamara contuvo la sonrisa mientras se separaba del caballero y miró a Edwin con su mejor expresión de inocencia.

—Oh, querido. No has interrumpido el baile solo para ver cómo estaba, ¿verdad? No te preocupes. Este caballero me ha socorrido. Te lo presento: es el señor Wasner. Señor Wasner, mi esposo: el señor Allen.

Edwin hizo una brusca inclinación de cabeza en reconocimiento que el caballero imitó con más elegancia.

—Será mejor que nos retiremos —dijo Edwin con sequedad.

—Me parece buena idea. Un gusto haberle conocido, señor Wasner. Espero verlo en otra ocasión.

—El placer ha sido mío, señora Allen.

Tamara curvó los labios en una sonrisa maliciosa.

—Prefiero que me llamen lady Tamara. Buenas noches.

Se encaminó hacia el camarote antes de ver la expresión de Edwin, aunque sintió sus pasos muy cerca de ella en todo momento. Tamara estaba familiarizada con su andar, por lo que no le fue

difícil deducir que estaba molesto.

*Excelente.*

—¿Se puede saber qué diablos estabas haciendo?! —exclamó apenas traspasaron las puertas de la habitación.

—Conocer nuevas personas. No comprendo tu molestia —respondió con inocencia.

A decir verdad, Edwin tampoco la comprendía. Cuando vio que habían iniciado una conversación, se recordó que no tenía que preocuparse. Se repitió que ella podía cuidarse sola y se centró en su compañera. No obstante, sus ojos no dejaban de buscarla, y cuando se percató de que ese hombre la tenía sujeta de la cintura, no hubo pensamiento racional que le impidiera acercarse a ellos.

Solo tenía una cosa en mente: hacer que quitara sus manos de ella.

Horrorizado por las implicaciones de su acción, se acercó al gabinete de madera situado en la esquina oeste del camarote en donde dos botellas de coñac y dos copas estaban encajadas en una repisa anclada a la pared. Tomó una dispuesto a destaparla.

Tamara lo observaba sin entender nada.

—¿Edwin? —musitó.

Edwin no dijo nada. Al menos, no hasta que se tomó un gran trago que logró tranquilizarlo un poco.

No podía creer que hubiera estado celoso. Él no era así. Jamás le había interesado nunca nada lo suficiente. ¿Por qué ella sí?

—Ese hombre no quería solo tu amistad, Tamara. Es muy poco probable que te acerques sola a un hombre y este crea que deseas eso. ¡Podrías haber estado en peligro! —respondió, todavía exaltado. Se tomó el resto de la copa de un trago y al final se dijo que, en realidad, ese podía ser un motivo válido para justificar su acción. No tenían que ser celos.

Tamara se sintió decepcionada. Había sido demasiado iluso pensar que él admitiría que estaba celoso.

—Yo sé cuidarme sola. No hubiera permitido que fuera más allá. Además, ¿qué deseabas que hiciera? Era muy aburrido estar sola en cubierta mientras tú te entretenías. Él parecía igual de fastidiado y decidí que podíamos hacernos compañía.

—Podrías haberte venido al camarote.

—¿Por qué tú puedes entretenerte y yo no? —espetó, furiosa ante su afirmación.

—Yo no soy una jovencita virgen —acotó él.

—Oh, ¡malditos hombres y sus reglas! No te creí tan cerrado. ¿Solo por eso no tengo derecho a hacer amistades?

—¡No! Y lo sabes. Además, si creen que estás casada, no te respetarán. Lo verán como una insinuación.

—Pues deberían aprender que no son el centro del mundo... ¡idiotas! —gritó.

Estaba demasiado furiosa, aunque ya no tan segura del motivo.

Observó la botella que él había colocado sobre la mesa. No lo dudó: fue por otra copa y se sirvió un trago. Sorprendentemente, él no intentó detenerla. Supuso que estaba demasiado acostumbrado a ver beber a las mujeres de su familia.

—Prométeme que no volverás a hacerlo —pidió un poco más tranquilo, después de haber vaciado la segunda copa.

—No.

—¿Cómo?

—He dicho que no —respondió antes de vaciar su propia copa—. Si tú puedes hacer amistades, yo también.

Muy tarde se dio cuenta de que no había sido la mejor elección de palabras. Evidenció claramente cuál era el punto que causaba molestia.

Edwin, por supuesto, lo entendió.

—¡Lo has hecho a propósito! —exclamó, algo asombrado.

No pudo evitar servirse otra copa.

—Sí —dijo sin tapujos.

Ella también se sirvió más licor.

—¿Por qué?

Tamara lo miró como si fuera idiota.

—Me has humillado. —Al ver que él se mostraba sorprendido, concluyó que no se le había pasado por la cabeza—. Se supone que soy tu esposa. ¿Te parece correcto coquetear con una posible amante frente a mí?

—No estamos casados —se vio obligado a recordar. No tenía por qué sentirse culpable, ¿verdad?

Necesitaba otra copa.

—Y cuerno. Para la gente lo estamos, y no pienso ser la mujer a la que todos miran con pena porque su marido se busca amantes en su cara —afirmó, y se tomó el licor de la copa. Se suponía que las damas no debían beber porque los efectos del alcohol les pegaban con facilidad, pero Tamara no los sentía.

Lo único que experimentaba era más valor que nunca.

Edwin se vació la copa de un trago. Para ese momento, su mente ya se había enturbiado lo suficiente para no encontrar mucho sentido en sus palabras. O tal vez fuera que *de verdad* no tenían sentido. ¿Ella le estaba exigiendo fidelidad? ¿En serio no tenía una mínima idea de lo que eso representaba para él cuando ella dormía a su lado cada noche?

Malditas fueran las vírgenes y su poca educación sobre las relaciones íntimas.

—Ni siquiera conoces a esa gente —protestó—. Y solo queda semana y media de viaje.

—No me importa. —Se empecinó—. Si tú coqueteas con alguien más, yo también lo haré. Esto tiene que ser equitativo.

—Si tú coqueteas con alguien más, la gente te mirará de mala manera.

Tamara se encogió de hombros.

—Prefiero eso antes que ser la idiota sumisa que tolera que su marido la engañe sin discreción.

Edwin nunca se había sentido tan frustrado en una discusión. Ni siquiera con Lydia. ¡Qué nivel de terquedad! ¿Alguien en ese mundo podía tener piedad de él?

Se sirvió otra copa.

—¿Y si prometo que lo haré con discreción? —preguntó en tono de niño esperanzado y con cara de cachorrito arrepentido.

Nada de eso ablandó a Tamara, que a falta de poder golpearlo, se sirvió otra copa.

No podía creer que estuvieran discutiendo sobre cómo podía hacer él para que ella accediera a que se acostara con otra. Por supuesto, no podía explicarle los verdaderos motivos de sus celos, pero bajo ninguna circunstancia abandonaría su otro argumento igual de bueno. Sabía que no tenía derecho, que no eran nada, pero todo se podía ir al infierno.

Su corazón no podía permitirlo y no lo haría. No mientras aún pudiera luchar.

—Si tú coqueteas con alguien, yo también lo haré —repitió Tamara muy despacio para que no hubiera duda de su determinación—. Ahora bien, si no puedes con eso en tu conciencia, será mejor que te abstengas y así todos quedaremos conformes.

El semblante de Edwin dio una transformación radical. Del ruego pasó a la furia absoluta.

—Maldita arpía... —Hizo ademán de tomarla por el brazo, pero Tamara se escabulló con una gran agilidad que evidenció lo poco que el alcohol la había atontado.

Edwin, en cambio, empezó a mostrar dificultades para coordinar. La persiguió por gran parte del camarote hasta que ambos terminaron dando vueltas en círculos alrededor del sillón.

—Son mis condiciones —insistió—. ¿Las aceptas, o no?

—¡Son absurdas! Oh, en cuanto te atrape...

—¿Qué? —provocó.

No estaba muy seguro. Dudaba que a Rutland le agradase que le diera las nalgadas que le faltaron de niña. Sin embargo, su orgullo le exigía resarcirse.

—Estás muy lento —insistió con burla.

Edwin se lanzó para agarrarla, pero Tamara brincó sobre el sillón y cayó al otro lado con un movimiento limpio. Después corrió a refugiarse a un lado de la cama. Edwin la siguió con cierta dificultad.

—Oh, pobre Edwin —dijo riéndose—. No te preocupes. No es tu culpa. Mi padre suele decir que la falta de habilidad se pierde con los años. Culpa de la edad.

Mientras culminaba su diálogo con una dramática expresión compasiva, Edwin utilizaba la fuerza proporcionada por la molestia para atraparla. La arrojó sobre la cama y se colocó parcialmente sobre ella.

Por varios segundos, solo se observaron. Tamara se deleitó con la fuerza que emanaba el cuerpo masculino y de cómo su propio cuerpo parecía sentirla.

Le agradaba mucho.

—No sabes lo que me estás pidiendo —le susurró, apesadumbrado.

—Ella ni siquiera es tan bonita —se quejó Tamara—. No sé cómo su tocado no te dio alergia mientras bailabais. Y ese perfume daba náuseas. Las prostitutas deben oler mejor.

La mención al olor hizo que Edwin no pudiera resistirse a acercar la nariz a su cuello.

Sí, tal y como recordaba. Un aroma muy suave a flores silvestres.

Tamara ahogó un gemido cuando sintió la punta de la nariz acariciando la suave curva de su cuello. Jamás imaginó que pudiera ser un punto tan sensible.

—No sabes cómo huele una prostituta —rebatió él en cuanto recuperó algo de razón.

Se separó con lentitud, reticente a dejar el olor divino.

—No puede ser peor que ella. Deberían informarle, al menos por solidaridad, que es poco adecuado llevar tanto perfume. La abuela Rowena siempre lo dice. A un hombre lo seducen los olores suaves, no los escandalosos.

Edwin no pudo darle más razón a la duquesa de Richmod.

—Además —continuó Tamara con la voz un tanto ahogada. Ya no podía seguir fingiendo que la posición en la que estaban no la ponía nerviosa—, ese descarado con el que se acercó a ti...

Edwin soltó una carcajada.

—Tú eres más descarada, arpía, y nadie ha dicho que seas menos atractiva por eso.

El corazón de Tamara dio un brinco.

—¿Te parezco atractiva?

Edwin, que no estaba de ánimos ni tenía las capacidades para pensar por qué no sería conveniente afirmar eso, asintió, y no conforme con eso, añadió:

—¿A quién diablos no le parecerías atractiva? Eres una diosa exótica, arpía. ¡Una maldita diosa! Y me estás volviendo loco, por eso debo...

Tamara no lo dejó continuar. Ya había escuchado lo que deseaba y no pensaba esperar a que dijera algo más que le quitara la magia al momento. Elevó la cabeza y tomó posesión de su boca.

Edwin, a lo mejor por la borrachera o tal vez por deseo, no la rechazó y correspondió al beso con una destreza poco común en una persona ebria. Atacó su boca de forma feroz, como un mendigo al que le acababan de poner después de años un trozo de carne succulenta al frente.

Antes de que ella pudiera reaccionar a la invasión, la había tomado de la cintura para

presionarla contra su cuerpo. Y era delicioso.

Tamara le envolvió el cuello con los brazos y movió sus labios, buscando acompasar el movimiento. Su cuerpo también se movió, aunque no estaba segura del motivo. Solo sabía que deseaba estar más cerca, y que la ropa representaba un obstáculo importante.

—Edwin —musitó, ansiosa.

Él se separó un momento y la miró.

Era difícil descifrar si sus ojos estaban enturbiados de placer o de alcohol.

—Mira lo que me haces —dijo con voz ronca. Las manos que hasta el momento había mantenido en la cintura, bajaron hasta las caderas, que alzó lo suficiente para que ella pudiera sentir a través de la tela una protuberancia entre las piernas de él que rozaba con insistencia su vientre—. Esto es lo que le pasa a un hombre cuando lleva demasiado tiempo sin sexo, Tamara. Llevo años siendo fiel a una esposa de mentira para serlo a una esposa aún más falsa. No puedo más. Si tan solo no fueras una tentación tan grande... —Volvió a bajar la cabeza y esta vez se entretuvo jugueteando con la lengua en el cuello.

Tamara jadeó. Se dijo que analizaría las implicaciones ocultas de esa frase más adelante. Ahora solo quería continuar, llegar al final, y al demonio todo lo demás.

—No te resistas a la tentación —le susurró en el oído cuando él se detuvo. Hizo lo posible por imprimir en su voz un tono persuasivo—. Estamos hechos para pecar.

Edwin volvió a acariciar su cuello y llevó las manos a su pecho. Tamara jadeó más fuerte, presa de una necesidad.

Si eso era pecado, bien valía la pena arriesgarse al infierno por disfrutarlo.

A punto estuvo de abrir las piernas y rodearle las caderas para ver si así podía calmar la punzada que sentía en el vientre. No obstante, un movimiento brusco del barco lo hizo rodar, primero a un lado y después al otro.

—¿Qué diablos...? —preguntó Edwin, pero otra sacudida lo interrumpió y lo llevó directo al suelo—. ¡Maldita sea! —Miró a Tamara de forma acusadora—. Esto es lo que pasa cuando uno decide pecar.

—O cuando se está hundiendo el barco —respondió ella. Se levantó con rapidez de la cama. No había nubes de tormenta, por lo tanto, no podían achacar los movimientos a una marea embravecida. Eran muy bruscos; tenía que ser algo más.

Edwin la siguió a la puerta. En el pasillo se encontraron a varios pasajeros que, al igual que ellos, habían salido para buscar información de qué pasaba.

Una vez en cubierta, se encontraron con una gran cantidad de voces que hablaban al mismo tiempo, lo que dificultaba escuchar la información que la tripulación gritaba.

—¡Eh, tú! —dijo Edwin a un muchacho que corría apesurado. Lo tomó del brazo para detenerlo. Curiosamente, resultó ser el mismo chico que había llevado a Tamara a su habitación el

primer día—. ¿Qué ha sucedido?

—Gusanos de mar —explicó él joven con prisa. Después lo miró con suspicacia—. ¿Usted no es el señor Allen?

Edwin asintió sin entender a qué venía la pregunta. Después de su confirmación, el joven parecía más nervioso.

—Se han comido el «zapato de gusano» y están desde hace horas comiéndose la quilla. El capitán ha desviado el camino en la mañana y *confiamo* en *llega* a tiempo a puerto para repararla.

Esta declaración provocó un cambio en él. Su expresión se volvió más seria y todo rastro de alcohol pareció desaparecer.

—¿No usan recubrimientos de cobre?

—Es más caro —respondió el joven como si fuera obvio.

—¿Al menos está cubierto el casco con fieltro alquitranado?

—Sí, pero no durará mucho —respondió el chico—. Solo es necesaria una perforación. Si sabe tanto, debería saberlo —añadió con fastidio.

El chico se zafó y huyó. Tamara observó la expresión de Edwin.

No era alentadora.

—¿Me lo explicas en palabras más básicas? —preguntó.

Se aferró de su brazo cuando el barco se volvió a tambalear.

Edwin lo hizo, pero sin mirarla. Sus ojos estaban fijos en la tierra que se veía en el horizonte.

—Los gusanos de mar son animales que comen madera. Durante años han devorado la quilla y los cascos de los barcos provocando su hundimiento. Con regularidad, se recubre el casco con cobre para proteger la embarcación, pero es un procedimiento costoso, así que otros optan por poner un «zapato de gusano» que no es más que un pedazo extra de madera bajo la quilla u otros lugares estratégicos para que los animales lo devoren y dejen en paz la estructura. El resto de la embarcación está cubierta con papel de alquitrán para que los animales no quieran aventurarse más allá y se conformen con el «zapato». Si se tiene suerte y este pedazo de madera está en buen estado, puede mantener a raya a los animales todo el viaje.

Tamara soltó un lamento.

—Como has dicho «si se tiene suerte» —suspiró con resignación—, supongo que tengo que darte las gracias.

Edwin arrugó el ceño.

—¿Por qué?

—Por haber cumplido mi última voluntad. —Él achicó más los ojos y Tamara movió los brazos con exasperación—. El beso. Al menos, si se hunde el barco ya sabré lo que se siente.

¡Y vaya que lo sabía!

Sin decir más, emprendió el camino de regreso al camarote. Prefería no arriesgarse a caer al

mar de un movimiento. Solo rezaba para que de verdad la embarcación no se hundiera, pues después de lo de hacía un momento, tenía más que claro su objetivo y prefería no morir en el intento a esas alturas. No de forma literal.

*Oh, maldito apellido Allen.*

## Capítulo 13

El barco llegó a un puerto de nombre desconocido cuando repuntaba el alba. Todos los pasajeros fueron desalojados con equipaje y toda pertenencia, ya que necesitaban carenar el barco para poder examinar y arreglar los daños. Fue entonces cuando comenzó una batalla por buscar posadas, pues una isla como esa no estaba preparada para alojar a doscientos pasajeros. Solo afortunados con dinero pudieron costearse una habitación en la única posada del lugar; los demás se vieron obligados a pedir asilo con los residentes por los días que duraran las reparaciones, que, según informaron poco después, serían unos tres como mínimo. Si contaban el día de camino que llevaban desviados para llegar ahí y el otro día que tardarían en retomar, el viaje se había atrasado casi una semana.

—No puede ser —musitó Edwin al ver la habitación que les había sido asignada.

Tamara también arrugó el ceño. No podía decirse que hubiera un mínimo de elegancia en el espacio. No se atrevía ni siquiera a afirmar que no hubiera sido mejor pedir alojamiento a algún residente. El lugar debía medir unos ocho metros cuadrados como mucho, tenía una ventana, un biombo que serviría para ocultar un sanitario improvisado y una cama muy, pero *muy* estrecha.

Edwin la miraba como si fuera un diseño del diablo.

—¿Por qué fue que no pedimos dos habitaciones? —preguntó con los labios apretados en una sonrisa nada amigable.

Tamara repitió la excusa que había dado hacía unos momentos en recepción, cuando él había pedido dos habitaciones.

—En una situación tan complicada como esta sería un acto absoluto de egoísmo hacer uso de una habitación extra. Otro podría necesitar esa habitación mientras que nosotros podemos compartirla.

—No, no podemos. No hay manera de que entremos en esa cama, Tamara. No una manera decente. Prefiero ser egoísta. Iré a ver si consigo otra habitación.

—Pero...

Edwin no hizo caso y se marchó. Tamara admitía que tenía algo de razón. Por más que lo analizaba, era imposible que entraran ahí. Tendrían que estar muy pegados, o... uno encima del otro.

Bien, eso no sería tan malo, ¿cierto? Todavía recordaba el calor de su cuerpo, la suavidad de su piel...

Tamara suspiró, algo acalorada ante el pensamiento.

Salió pensando en qué argumentos usar para convencerlo de seguir siendo buen samaritano. Cuando llegó a recepción, lo vio hablando con el posadero. Se acercó solo lo suficiente para

escuchar.

—Usted no sabe cómo es esa mujer. Una arpía. Está loca, y si paso demasiado tiempo con ella me va a volver loco. Por piedad, tiene que haber una habitación disponible.

Tamara abrió la boca, perpleja. ¿Cómo podía estar dejándola como una loca frente al posadero? Lo peor era que Edwin actuaba demasiado bien como para que fuera cuestionada su palabra.

—En un principio aceptó una sola habitación —masculló el posadero, mirándolo escéptico.

Edwin bajó la cabeza como cachorrito arrepentido.

—Lo sé. Pudo más mi sentido de la generosidad al sentido común. Cuando ella lo sugirió, pensé: «No puedo ser tan egoísta ni esto puede ser tan malo». Pero sí puede ser así de malo. Oh, tendría que haberla escuchado parlotear apenas entramos: que si esto, que si lo otro... Me imagino que sabe cómo son las mujeres.

El posadero, un hombre alto, corpulento y de aspecto intimidante, asintió de acuerdo.

Tamara no podía creerlo.

—Está bien. Supongo que, por una... donación extra, podría convencer a mi hija de que duerma estos días con nosotros y usted se quede en su habitación.

Edwin sonrió y le estrechó la mano con entusiasmo.

—Gracias, muchas gracias. Sabré recompensarlo.

—Iré a avisar a mi hija —informó el hombre, y se marchó.

Edwin aún no se había dado la vuelta cuando Tamara lo golpeó en la espalda con la palma.

—¡Me has hecho quedar como una loca! —acusó.

Edwin se frotó el lugar golpeado. ¿Cómo una mano tan delicada podía hacer eso?

—En este momento estás actuando como una. ¿Qué diablos ha sido eso?

—Te lo mereces. ¿Cómo has podido difamarme así?

—No ha sido para tanto. Necesitaba convencerlo.

Tamara hizo un puchero.

—¿Tan terrible sería compartir cama conmigo? Ni siquiera me muevo.

Él se inclinó hasta ella. En sus ojos avellana destelló un brillo extraño.

—Lo terrible no es compartir cama contigo. Lo terrible es que tendríamos que dormir. —Dicho eso, se marchó.

Tamara se ruborizó y se mantuvo en el sitio analizando un poco la situación.

Bien, ya había comprobado que la deseaba, y hasta el momento lo consideraba un punto a favor, pero a Edwin eso no parecía agradarle en lo absoluto, y por lo tanto no estaba segura de que contribuyera a la causa.

—¿Problemas en el paraíso conyugal? —preguntó una voz a sus espaldas.

Tamara se giró para encontrarse de frente con el señor Wasner.

—No —mintió.

Él se encogió de hombros, al parecer no muy interesado en la respuesta. Inhaló un poco de un puro que tenía en la mano y soltó el humo. Ella se alejó para no inhalarlo. Sin embargo, no le reprochó acto tan poco caballeroso.

La noche anterior había concluido que era un burgués.

—Espero que la escena le haya funcionado.

Ella no sabía cómo responder a esa pregunta. De hecho, recién caía en la cuenta de que no habían llegado a una conclusión la noche pasada.

—Creo —respondió con sinceridad.

Él esbozó su sonrisa particular.

—Anoche me quedé pensando en su nombre. Tamara. No es muy común. Significa «princesa gitana», ¿sabía?

Ella asintió.

—¿Por qué le pusieron un nombre así a una dama inglesa? No recuerdo que los gitanos fueran muy apreciados.

—No le contaré la historia de mi nombre, señor Wasner. Me temo que no es conveniente.

—No ha sido conveniente que me dijera eso. ¿Sabe lo que sucede cuando se le niega algo a un niño?

—¿Hace berrinche?

—Insiste más.

—Pero usted no es un niño.

—Todos somos niños, lady Tamara. Aunque nos hayan obligado a crecer.

Le guiñó un ojo y se marchó.

Tamara lo observó marcharse y, segundos después, se giró. Casi chocó con Edwin, quien estaba detrás de ella con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Quedamos en que no le volverías a hablar —reprochó.

—No es verdad. En realidad, creo que no quedamos en nada.

Al menos, no en nada referente a esa discusión. Recordaba muy bien que habían quedado en que ella le gustaba, y suponía que Edwin también se acordaba, aunque no daba muestras de ello.

Pareció que iba a replicar, pero solo se dio la vuelta y volvió a marcharse. A Tamara se le hacía cada vez más complicado entenderlo.

En los días que precedieron casi no se vieron más que en las comidas. Tamara sabía que él iba a pasear por el poblado en las mañanas y las tardes, pero jamás había recibido invitación para acompañarlo ni había logrado ubicar su hora de salida para pegársele y obligarlo a aceptar su compañía. Estaba tan furiosa por su actitud que hubiera invitado a salir al señor Wasner de haberlo conseguido, pero tampoco se dio la oportunidad, así que Tamara se conformó con esperar

en su habitación al borde de la histeria que los días pasaran.

Cuando el capitán informó que al día siguiente zarparían, ya habían pasado cinco días desde el incidente. Esa tarde, cansada, decidió dar el paseo sola, puesto que no tenía ánimos para permanecer más tiempo encerrada. Estaba caminando por lo que parecía un mercado cuando una voz atronadora le gritó:

—¿Qué haces aquí?

Ella, que no estaba de humor para reclamos, se giró y lo enfrentó con pose altiva.

—Paseo. ¿Algún problema al respecto?

El semblante de Edwin pasó de un ceño fruncido —que claramente había sido fingido— a una sonrisa divertida. En general, parecía estar de buen humor. Sus ojos brillaban con picardía, sus hombros estaban libres de tensión, y tenía las manos en la espalda. Ella se dio cuenta de inmediato de que ocultaba algo.

—¿Qué es? —preguntó, curiosa. Se inclinó para descubrir el objeto oculto, pero Edwin se giró para hacérselo difícil.

—Un regalo.

—¿Para mí? —indagó con el entusiasmo de una niña.

Él se puso serio.

—En realidad es para la señora Montgomery. Consideré adecuado... —Se rio cuando Tamara transformó su expresión a una de molestia—. Sí, es para ti. Pero solo porque necesito que alguien lo pruebe y me diga si es cómodo para comprar otro para Clarice. —Dicho eso, retiró las manos de su espalda y mostró el objeto oculto. Ella tardó un momento en descubrir qué era.

—¡Un arco! —exclamó, maravillada. Extendió las manos para tomarlo. Edwin no se lo dio de inmediato: observó por unos segundos la pieza tallada unida por una cuerda en tensión.

—Un habitante del pueblo los hace. Le pregunté si podía hacer dos más ligeros para mujeres, y aunque me miró extrañado, lo ha hecho. —Tomó el arco con una sola mano y comprobó su peso subiéndolo y bajándolo—. También ha diseñado estas. —Señaló una bolsa llena de flechas colgada en su hombro. A ella le sorprendió no haberse percatado antes de eso.

Edwin tomó una flecha y la colocó en el arco. Después echó un vistazo alrededor para comprobar que no hubiera mucha gente. Entonces, apuntó y disparó casi de inmediato. La flecha fue a dar justo en el centro de un árbol, pero el hombre paralizado tras esta dio a entender que podría haber terminado en otro lado si hubiese tenido un poco menos de suerte.

—Lo lamento, señor Wasner —gritó Edwin al caballero, que lo miraba con el ceño ligeramente arrugado. Tampoco era del tipo que expresaba rabia absoluta. Parecía no poder expresar en todo su esplendor ningún sentimiento—. Le juro que no fue mi intención.

Tampoco era su intención que nadie le creyera. Había una burla explícita en su tono que el señor Wasner supo entender, aunque la única señal que dio al respecto fue un brillo de fastidio en

los ojos. Inclino la cabeza para aceptar la disculpa falsa y se marchó.

Tamara le arrebató el arco.

—Mi turno —dijo, dejándole saber su molestia.

Edwin puso cara de niño arrepentido. Ella no pudo resistirse a eso y sonrió. ¿Cómo molestarse, si acababa de demostrar que estaba celoso? Además, estaba siendo aquel Edwin que tanto le agradaba, el despreocupado joven sin miedo a las consecuencias.

Tamara observó a su alrededor. Como el sol estaba cayendo, la gente empezaba a retirarse. Encontró un espacio despejado y tomó una flecha, muy clara en su objetivo.

Edwin tardó un poco en percatarse de hacia dónde apuntaba.

—¡No! —gritó. Pero fue muy tarde. Tamara disparó y una de las plumas del tocado de la señora Motgomery quedó clavada, junto con la flecha, al árbol.

Antes de que la dama pudiera encontrar a los culpables, Edwin tomó a Tamara de la mano y la arrastró entre las pocas personas que quedaban. Solo se permitió dejar de andar cuando estuvieron en el pasillo de las habitaciones.

—Estás loca. ¡Podrías haberla herido! —reprendió. Sin embargo, sus labios bailaban queriendo formar una sonrisa.

—Tu podrías haber herido al señor Wasner.

—Yo sabía a dónde apuntaba. Jamás fallo.

Era verdad. No había nadie mejor en Inglaterra apuntando cualquier arma que el mellizo. Podía lanzar una navaja y lograr que esta se encajara justo donde deseaba.

—Y yo aprendí de ti. ¿Tan poca fe le tienes a tu pupila? A veces practicaba cuando padre no estaba. Además, alguien necesitaba hacerle un favor al mundo y destrozarse el tocado. No entiendo cómo no te causó alergia cuando bailaste con ella.

Edwin apretó los labios intentando con todas sus fuerzas mantener un semblante serio. De verdad lo intentó, pero ganó más la naturaleza de caballero incorregible y se encontró riendo ante el grosero comentario.

—Eres una arpía —declaró cuando logró calmar parte de sus carcajadas. Después la miró a los ojos, fascinado.

Esos iris grises brillaban con triunfo, orgullosos de la victoria, y él también se sintió orgulloso. Recordaba perfectamente aquellos días en los que le enseñó a apuntar, primero con una navaja y después con un viejo arco que había sido abandonado en los almacenes. En aquel momento solo quiso llevarle la contraria a Rutland; nunca imaginó que Tamara recordaría algo de eso en el futuro. Por más extraordinarios que fueran los padres de la joven, no era algo que una señorita quisiera recordar o poner en práctica. Lamentablemente, en el mundo en el que vivían, las apariencias y pertenecer a un determinado estereotipo lo eran todo. Salirse de la norma era impensable, pero a Tamara no le importaba.

No supo cómo se encontró pensando que una vida con ella nunca sería aburrida.

Tampoco entendió cómo el pensamiento no le horrorizó.

—Tengo que regresar por el arco de Clarice —dijo él para alejar esos pensamientos que, de analizarse a fondo, lo perturbarían.

Tamara asintió y él observó divertido cómo se colgaba el arco en el hombro. No se molestó en preguntar si no sería más conveniente dejarlo dentro. En el fondo, le divertiría ver las reacciones de los demás ante una mujer llevando un arma tan peculiar.

Cuando estaban en el puesto del anciano artesano, mientras Edwin examinaba el arco que había mandado a hacer para Clarice, Tamara vio de nuevo al señor Waner caminar hacia la playa. La imagen no hubiera tenido mayor importancia si, segundos después, no hubiera visto a un hombre con la cabeza gacha y aspecto de delincuente seguirlo. Que ese hombre le hiciera, además, un gesto con la cabeza a otro, la preocupó.

—¿Vamos? —le preguntó Edwin, llamando su atención.

—Creo que el señor Wasner está en problemas —soltó Tamara sin mirarlo. Su vista seguía fija en las siluetas que ya no se veían.

Edwin hizo una mueca de disgusto.

—Podrá arreglárselas solo. Lo sé.

Ella negó con la cabeza.

—Dos hombres lo estaban siguiendo. Presiento que hay más. Tenemos que ayudarlo.

Él no parecía muy convencido, o, mejor dicho, no se mostraba muy predisposto a ayudar a quien no le agradaba.

—¿No habías mencionado que no eras bruja como tu madre?

Tamara lo miró molesta.

—Si no quieres ir, voy yo. Me agrada lo suficiente como para ayudarlo —dijo y D se encaminó hacia donde había visto desaparecer a los hombres.

Edwin maldijo, pero la siguió. Tamara había supuesto que lo haría y se alegró de no haberse equivocado.

—Déjame ir a mí primero —dijo con un gruñido, adelantándola hasta quedar delante de ella.

A medida que se acercaban a la playa, se empezaron a escuchar ruidos extraños. Sonidos sordos, como golpes. Edwin le hizo un gesto para que guardara silencio y empezó a reducir sus pasos con el fin de causar el menor sonido posible. Por suerte, la arena actuaba como silenciador natural, y les permitió llegar a la escena de acción sin que los intérpretes del acto se dieran cuenta. Mantenerse ellos en silencio fue quizás lo más difícil, al menos para Tamara, que no podía aceptar la imagen frente a sí: varios hombres —siete, según un rápido conteo— rodeaban al señor Wasner y lo amenazaban con un cuchillo. En general, parecían hombres de la isla, pero había uno en específico, un poco alejado, que vestía como un caballero.

Sin embargo, un antifaz en los ojos y un pañuelo negro cubriéndole la boca hacían imposible identificarlo.

—No lo repetiré de nuevo, Anton. Dámelo y te dejaremos en paz.

El señor Wasner soltó una carcajada seca. Tamara no pudo ver su expresión porque Edwin le indicó que se escondiera tras un árbol.

—Pensar que no me matarás después es una ingenuidad que no puedo permitirme. A fines de no quedar como un cobarde, prefiero entonces la batalla. —Para sorpresa de todos, de un lado de su chaleco sacó un arma, y del otro, una navaja—. Estoy seguro de que me llevo al menos a dos de ustedes conmigo. Así pues, ¿quién se anima?

Hubo unos segundos de silencio en los que Tamara le gesticuló a Edwin un: «¿Qué vamos a hacer?». Él casi no lo dudó. Señaló los arcos y después a los atacantes. Después, la señaló a ella y le indicó la cima del árbol. Ella lo entendió de inmediato, y amarrándose rápidamente las faldas, empezó a escalar. Los débiles crujidos de las ramas ante su peso fueron disimulados por la voz del enmascarado:

—Si ese es tu deseo, yo no soy quién para negártelo.

»Mátenlo.

Lo demás sucedió demasiado rápido. Un disparo. Un quejido de dolor. Otro quejido de dolor. Para cuando Tamara llegó a la cima del árbol, había tres hombres muertos: uno por un disparo, otro con una puñalada en el estómago, y el tercero tenía una flecha justo detrás del señor Wasner. Este último había causado tanta conmoción que la pelea se detuvo lo suficiente para que Tamara pudiera cargar su arco y prepararse para apuntar en caso de ser necesario. El cuerpo le temblaba, pues jamás había matado a alguien y la idea le causaba pavor. Esperaba que, en caso de ser necesario, no fallara.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir el enmascarado cuando otra flecha fue disparada y rozó el hombro de uno de los delincuentes.

Tamara supo que Edwin no había querido matarlo, sino más bien dar una advertencia para que eso se acabara. No obstante, no fue eso lo que sucedió. Uno de los hombres lo vio y se lanzó contra él. Otro de los que no estaba herido se lanzó contra el señor Wasner, mientras el enmascarado se iba alejando de la escena. Tamara escuchó a Edwin maldecir y se giró hacia él. El delincuente había logrado llegar hasta él antes de que pudiera lanzar la tercera flecha y lo había lanzado al suelo. Ambos se enfrascaron en una pelea en la que Edwin intentaba evitar, por todos los medios posibles, que le clavaran la navaja. El corazón de Tamara dio un brinco cuando estuvo a punto de salir herido.

Casi no lo pensó. Cargó el arco y, con manos temblorosas, apuntó.

«Nunca dejes que las emociones te desconcentren», escuchó que decía la voz de Edwin en su interior. Esa fueron las palabras que le dijo cuando le enseñó a apuntar.

Tomó una respiración profunda, sus músculos se relajaron y disparó. La flecha se clavó justo en la espalda. El hombre emitió un chillido de dolor.

Edwin consiguió quitárselo de encima.

Tamara empezó a temblar en un ataque de pánico. Otro grito hizo que dirigiera la vista a donde se encontraba el señor Wasner, que justo en ese momento sacaba la navaja del corazón del otro hombre. Ella sintió náuseas. Del enmascarado no había señales. Logró escapar en cuanto vio la batalla perdida.

El delincuente herido yacía sobre la arena, inconsciente.

—Mi deber es darle las gracias, señor Allen. Pero no puedo evitar preguntar qué hace aquí — dijo el señor Wasner, acercándose.

—Salvarle la vida. Confórmese con eso —espetó Edwin con desdén, sin dejar de observar con desprecio el cuerpo del hombre tendido frente a él.

—¿De dónde ha venido esa flecha? —preguntó el señor Wasner.

Edwin miró hacia el árbol y el otro hombre siguió su mirada. Tamara, ya un poco recuperada, brincó lo que serían al menos dos metros y cayó sobre la arena sin parecer ni un poco afectada. Edwin no se sorprendió, pero el señor Wasner mostró por primera vez una expresión diferente a la indiferencia: incredulidad absoluta.

—Eso no era necesario. Tarde o temprano lo habría vencido —espetó Edwin cuando Tamara se acercó.

Ella se cruzó de brazos, furiosa.

—Preferí no arriesgarme. Quedarme viuda no se encuentra en mis planes cercanos.

—¿Se encuentra bien, lady Tamara? —preguntó el señor Wasner. La observaba de arriba abajo como si buscara algo; quizás alguna señal de un hueso roto.

—A decir verdad, no. No suelo asesinar ni presenciar asesinatos con frecuencia.

El semblante de Edwin se ablandó. El gesto siguiente tomó a Tamara por sorpresa: la tomó de la mano y la atrajo hacia él. En pocos segundos, Tamara se vio rodeada por unos brazos fuertes y seguros que le transmitieron la tranquilidad que necesitaba.

—Eres valiente, arpía —le susurró en su oído—. Creo que ni siquiera Clarice se habría atrevido a disparar.

Tamara estaba segura de que sí, pero no replicó solo por el placer de creerse el halago. Tampoco le importó que el señor Wasner estuviera presenciando la escena. Ella solo quería quedarse ahí, junto a Edwin, y no separarse jamás.

—¿Nos puede decir, señor Wasner, el motivo que lo ha llevado a este conflicto? —preguntó Edwin sin soltarse. Aunque Tamara se moría de curiosidad por ver qué expresaban los rasgos del señor Wasner, quiso hacerse la víctima débil un rato más.

—No es mi obligación informarles, pero puesto que existe una gran posibilidad de que el

ladrón principal vaya en nuestro barco, considero prudente prevenirlos.

Eso captó la atención de Tamara. Con reticencia, se apartó de Edwin para fijar su vista en el caballero.

Como siempre, su rostro era imperturbable.

—El enmascarado quiere algo que yo tengo —continuó— y que debo entregar en América lo más pronto posible. Me vienen persiguiendo desde Inglaterra. Forzó la cerradura de mi camarote en una ocasión, pero no encontró nada porque siempre lo cargo conmigo. Por eso ha aprovechado la oportunidad aquí. Podía contratar gente y hallarme solo. Les agradezco mucho su ayuda, pero ahora que lo ha reconocido, señor Allen, temo que pude haberlos metido en problemas.

Tamara y Edwin se miraron, y luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, se echaron a reír. El señor Wasner los miró sin comprender, pero ellos no pudieron detenerse hasta varios segundos después.

—No se preocupe, señor Wasner —respondió Edwin con una jovialidad que hacía tiempo que no evidenciaba. Miró a Tamara y le guiñó un ojo—. Creo que ya hacían falta.

## Capítulo 14

—No puede ser tan difícil averiguar quién es el enmascarado que desea robar al señor Wasner —comentó Tamara mientras hacía el intento de coser el dobladillo del vestido blanco. Se le había roto cuando, hacía ya cuatro días, tuvieron que correr después del incidente porque el barco había decidido zarpar antes. A punto estuvieron de ser abandonados.

—Tú eres la hija del espía —acotó Edwin con desenfado. Estaba recostado en la cama, mirando al techo. Se podía decir, al menos, que ya no la evitaba. La acompañaba a cenar y regresaba con ella al camarote hasta la hora de dormir—. Deben existir tácticas para desenmascarar a un ladrón que deberías conocer.

—Tú eres el que ha estado años realizando actividades delictivas —rebató Tamara—. La experiencia gana a los conocimientos.

—Nunca he desenmascarado a un ladrón —admitió él—. Solo he robado.

La admisión le causó risa. Lo decía como si fuera un acto que todos hacían alguna vez en su vida.

—Y usando esa experiencia —continuó Edwin—, puedo concluir que, si el hombre es solo un poco listo, no intentará nada más para no quedar al descubierto. Justo lo que está haciendo ahora.

Era verdad. No habían tenido ninguna pista sobre quién podía ser el delincuente infiltrado en el barco. Hablaron un poco con el señor Wasner sobre el objeto que quería robar, y este se limitó a decirles que era un broche que necesitaba entregar en América y que a alguien importante en Inglaterra no le convenía que eso sucediera. A pesar de que Edwin usó todas sus dotes persuasivas para sacar más información, e incluso amenazó con no ayudar si no le contaba la verdad, el señor Wasner se mostró imperturbable. A Tamara le causó mucha gracia ver al mellizo vencido, y se burló tanto al respecto que Edwin amenazó con darle los azotes que su padre debió darle en la niñez.

Por supuesto, no iba a desistir de ayudar. Era una tentación muy grande para una persona que llevaba tantos años alejado de las aventuras.

—¿Entonces no atacará más? —preguntó Tamara.

—Cuando se le presente la oportunidad, lo hará.

—¿Y si no se le presenta?

—La creará —respondió Edwin sin dudar—. Habrá que estar entonces pendiente para atacar. Tamara arrugó el ceño.

—¿Y si la creamos para que no nos agarre desprevenidos?

Edwin se incorporó para mirarla mejor. Tamara dejó la aburrida tarea de coser para devolverle una mirada sugerente.

—Así que después de todo sí has aprendido algo —musitó.

A pesar de que había cierta burla en su tono, Edwin la admiraba. Siempre había sido de los que reconocía una mente lista, y ante tan poca variedad entre las damas de sociedad, no podía hacer más fascinarse por el intelecto de esa señorita cuyo cuidado le había sido impuesto.

Tamara iba a responder, pero un fuerte trueno seguido de un movimiento brusco del barco la interrumpieron. Tuvo que sostenerse para no ser tumbada. Edwin no tuvo tanta suerte: cayó al suelo con un golpe sordo y una maldición. Tamara se habría reído si otro movimiento no la hubiera tomado desprevenida hasta el punto de tirarla también al suelo.

Ella maldijo. Hacía varias horas que estaba tronando y el barco mostraba inestabilidad, pero por lo que pudo ver cuando se dirigían a la cena, no parecía que la tormenta pudiera ser grave. Por lo visto, sus dotes de adivina dejaban mucho que desear.

Antes de que pudiera siquiera levantarse, el barco volvió a moverse y la arrastró cerca de donde estaba Edwin. Este extendió la mano para evitar que siguiera rodando, y el sonido de varias cosas cayendo al suelo la advirtió de que sería una larga noche.

—Yo no me molestaría en levantarme —advirtió Edwin al ver que Tamara hacía amago de ponerse de pie—. Está claro que pasaremos toda la noche en el suelo.

—¿Crees que esta vez sí se hundirá el barco? —preguntó, acomodándose a su lado entre la cama y una mesa de noche. Como el mobiliario estaba atornillado al suelo, servían de pared improvisada para evitar rodar. Además, los dejaba muy juntos.

Edwin se encogió de hombros.

—Existen más probabilidades de que nos desviemos y se retrase más el viaje. —Suspiró—. Me pregunto cuando llegaremos a América.

El barco se movió hacia la derecha. Edwin se sostuvo con el poste de la cama y Tamara se sostuvo de su brazo, que, en su opinión, era igual de fuerte. Cuando él la miró con reproche, ella fingió inocencia.

Una molestia debajo de su muslo la hizo revolverse. Comprobó que estaba sentada debajo de un cuaderno de cuero que debió haberse caído de la cómoda. Supuso que sería de Edwin. Este se percató de que ella lo tenía, pero no pareció darle importancia. Ella concluyó que no era ningún diario, y, por ende, no habría ninguna respuesta a sus anheladas interrogantes. Aun así, lo abrió.

Se sorprendió al encontrar hojas llenas de bocetos a carboncillo. Los más recientes eran del barco, pero algunos más viejos eran de escenas cotidianas. Familiares distraídos en el salón de la casa de los condes. Un despacho que supuso que era el de la casa que compartió con Lydia, y una mujer que se podía reconocer fácilmente como Clarice Allen.

—No sabía que dibujabas —comentó con admiración, pasando las páginas. Sus trazos eran rápidos, cortos pero precisos, y aunque no tenían especial nivel de detalle, dejaban bien identificada la forma.

—Hago muchas cosas —respondió sin mucho interés—. Me aburro con facilidad de una.

—Y todas tienes que hacerlas bien —replicó Tamara, haciéndolo sonreír. Pero ella no lo miraba. Se quedó observando el retrato de Clarice.

—Quiero uno así —declaró—. Házmelo.

—No.

—¿Por qué?

—No recibo órdenes. Se dice «por favor», arpía.

Tamara frunció los labios antes de componer una expresión de niña adorable.

—Hazme uno, por favor.

Él fingió pensarlo.

—No.

Ella lo golpeó con el cuaderno al darse cuenta de que se reía a su costa.

—Si hubieses dedicado más tiempo, podrías haber sido un gran pintor.

—¿Por qué querría eso? —preguntó con verdadera sorpresa—. Si hubiese dedicado más tiempo, me habría aburrido. Es solo un pasatiempo. Casi todo lo que hago lo es.

—Entonces, ¿ser abogado también lo es? Invertiste muchos años en ese pasatiempo —dijo con el ceño arrugado—. Ni siquiera tenías necesidad. Eres de familia noble.

Él se encogió de hombros. A Tamara no dejaba de impresionarle esa capacidad para importarle todo tan poco.

—Vivir en una propiedad que te regaló tu hermano mayor nunca fue una imagen con la que me identificara. Además, consideré que, si conocía las leyes, sería más fácil usarlas a mi favor en cualquier circunstancia.

Tamara se rio. Eso sonaba muy a él.

—Podrías haberte comprado una plaza en el ejército. ¿No habría satisfecho eso tu necesidad de aventura?

—¿Te refieres a matar personas por órdenes ajenas? Mi código de honor tampoco es tan flexible.

—¿Tienes código de honor? —preguntó con un asombro que lo hizo reír.

—Solo cuando me conviene.

—Bien. Ya que no quisiste el ejército... ¿por qué no la política, como tu hermano?

Él la miró como si estuviera loca.

—¿Sabes cuánto duran esas sesiones en el Parlamento? Dios me libre de aguantar a gente que se cree demasiado por hablar por horas sobre lo mejor para el país. Primero, porque no me interesa lo mejor para el país. Segundo, porque dudo que pudiera ponerme de acuerdo con todos.

—Eres imposible. —Se rio Tamara, y añadió con burla—: Todavía quedaba optar por la Iglesia.

Edwin ni siquiera se molestó en mostrarse ofendido. Una afirmación así solo podía ser una burla.

—Por supuesto. Habría hecho un favor a la sociedad. Aconsejaría a quien pudiera no acercarse a la vicaría en su vida. Salvar almas inocentes me hubiera ganado el cielo.

—Para mostrar tanto desprecio al matrimonio, duraste mucho casado —dijo ella sin mucho tacto.

Edwin no la miró.

—¿Regresamos a eso, arpía? ¿No puedes dejarlo pasar?

—No —respondió, enfurruñada—. ¿No puedes responder?

—No.

La seriedad en su voz no dejaba lugar a dudas de su decisión. Ella decidió tratar el asunto desde otro ángulo.

—No pudo haberte dejado tan mala experiencia como para que decidas huirle al matrimonio para siempre —dijo con cautela. Pensaba con cuidado cada palabra—. Quizás, si encuentras a la mujer correcta... —Un nuevo movimiento del barco los hizo tambalearse y Tamara aprovechó para ceñirse más a él. Sintió su cuerpo tensarse y ella ocultó una sonrisa de victoria.

—Con mucha suerte encuentro a una que ejerza de amante perfecta. Pero matrimonio jamás.

Por fin la observó.

Podría haberse echado a llorar por la determinación que vio en sus ojos. No bromeaba, no había ni un poco de vacilación en su mirada a la que ella pudiera agarrarse. En el fondo, Tamara sabía que se estaba aferrando a una piedra en medio del mar: no había salvación posible a menos que otra persona, en ese caso Edwin, ayudara.

Sin embargo, si lograba gritar lo suficientemente fuerte para que él la escuchara...

—Subestimas al amor. Déjame plantear un caso hipotético —pidió con apuro al percatarse de que él quería interrumpirla—. Te enamoras de una dama. Esa dama está muy enamorada de ti. ¿Te negarías la posibilidad de una relación solo por miedo?

—No es miedo —protestó él, aunque había un tinte de duda en su voz—. Es que mi forma de ser no congenia con el matrimonio. Ya lo dije, Tamara, no me gusta aferrarme a nada. Las responsabilidades siempre me han dado más o menos igual. Una esposa significa una familia que mantener a futuro. Ser responsable de proporcionar una estabilidad. Someterse a algo que proporcione esa estabilidad por siempre... ¡Eso me frustra!

Tamara nunca le había escuchado hablar de esa manera, con tanto sentimiento acumulado, con tanta frustración brillando en sus ojos. Demostraba más cosas de las expresadas, y eso era algo que el mellizo nunca se había permitido.

—Cuando me casé con Lydia, su padre nos regaló una propiedad en el campo, y Julian la casa de Londres. Las rentas eran suficientes para vivir bien, pero era un completo fastidio dedicarse

solo a eso. Todo se volvía una rutina: hablar con el administrador, sacar cuentas, resolver problemas... En fin. Fue un reto por un tiempo, pero el reto murió. Se volvió aburrido. Quería conseguir algo por lo que pelear, quizás extorsionar a alguien que se lo mereciera, embaucar a caballeros ingenuos en el juego, allanar una casa por encargo, ¡cualquier cosa que representara un reto nuevo! Sin embargo, no podía hacer nada de eso sin que la reputación de ella se viera afectada. Tuve que empezar a pensar en alguien más. De eso se trata el matrimonio, de pensar en lo más conveniente para ambos, aunque eso te desagrade.

Tamara guardó silencio. Dejó que las palabras de él la envolvieran y se procesaran hasta que pudo elaborar una respuesta coherente.

—No es verdad. La persona correcta jamás te reprimirá.

Él sonrió sin humor.

—En un mundo ideal no. En ese sí. Vivimos de las apariencias, Tamara, ninguna mujer se atrevería a poner en tela de juicio su reputación, su posición en la sociedad. Y yo no podría arruinar eso comportándome como un marido imperfecto y problemático. Al final crearía conflicto y ella sería infeliz. No quiero eso.

Si alguien le hubiera dicho que Edwin podía tener un temor semejante, no le habría creído. Era inaudito viniendo de alguien que siempre se mostraba tan seguro de sí mismo. También era fácil deducir que no haber conseguido un matrimonio exitoso no lo contentaba en lo absoluto y lo afectaba más de lo que se atrevería a admitir. En cualquier otro momento, a Tamara le hubiera molestado ese conocimiento de que quiso salvar su matrimonio, pero en ese momento solo quería abrazarlo, darle consuelo y afirmarle que no había sido su culpa.

No se resistió. Utilizó como excusa el movimiento del barco y le echó los brazos sobre los hombros. Si Edwin mostró alguna reacción, ella no lo vio. Solo lo abrazó. Le ofreció su consuelo silencioso por minutos que parecieron interminables.

Para su sorpresa, él le rodeó la cintura con un brazo.

—¿Y si encuentras a una mujer a la que no le importe cómo eres? —preguntó con suavidad, separándose un poco para mirarlo a los ojos—. ¿Estás completamente seguro de que no existe nadie así para ti?

Él bajó la mirada hacia ella. No respondió, pero el corazón de Tamara dio un brinco de esperanza. Solo la ligera duda que apareció en sus ojos al mirarla le dio esperanzas.

Sin querer tentar a la suerte, decidió cambiar un poco el tema.

—¿Qué vamos a hacer para atrapar al ladrón?

El cuerpo de él se relajó, y aun así, no dejó de abrazarla. Pensó en la respuesta, pero no tuvo tiempo de pronunciarla. Un golpe movimiento más fuerte que los otros los tomó por sorpresa. De hecho, más que un movimiento, pareció un gran golpe.

Después de eso, no notaron movimiento en la nave.

—¿Y ahora qué habrá pasado? —preguntó Edwin a nadie en particular. Se levantó, dejando a Tamara una sensación de abandono.

Salieron al corredor. Otras personas curiosas se asomaron, pero no hubo una respuesta clara hasta que un joven empapado apareció en el corredor.

—No teman. Hemos tenido un pequeño contratiempo. Se han roto las velas y con el combustible hemos conseguido llegar a una isla. Echamos anclas. El viento ha hecho que la parada haya sido un poco brusca. Eso es todo.

Se escuchó un quejido general. Por supuesto, no había nada alentador en sus palabras.

Otra vez varados en una isla.

Las velas rotas supondrían dos días de reparaciones, sin contar cuánto podían haberse desviado por la tormenta. Ese viaje se estaba volviendo interminable, y no había ni siquiera que preguntar por qué.

## Capítulo 15

Una isla desierta.

No una isla de paso como la vez anterior, no un lugar mínimamente habitado. Habían terminado en una lista desierta.

Cuando la tormenta permitió que pudieran salir de los camarotes a observar el nuevo panorama, la sorpresa no pudo ser mayor. Arena y árboles en la lejanía era lo único que se observaba en lo que permitía su campo de visión. Ni siquiera se escuchaban pájaros que delataran un poco de vida en el lugar. Solo silencio.

— Creía que este era un barco a vapor —comentó Tamara sin dejar de mirar el rústico ambiente.

— Nunca navegan por completo a vapor. Necesitan reparar las velas. ¡Capitán! —llamó Edwin al hombre que atravesaba de prisa la cubierta. Este se giró y observó a Edwin con algo que solo podía calificarse como cautela—. ¿Cuánto cree que tardarán en arreglar el inconveniente? Si lo desea, puedo ayudar. Se me suelen dar bien estos trabajos.

Si alguien desease representar el horror en una pintura, la cara del capitán hubiera sido un buen modelo. Edwin entendió que su ofrecimiento lo sorprendiera, pero de ahí al absoluto terror había una diferencia que debía tener detrás un motivo grave.

— ¡Manténgase lejos de mi barco! —siseó, furioso—. De preferencia, ¡bájese y no vuelva a subir! Quizás así podamos llegar.

»Apellidos malditos... Cómo no se me ocurrió investigarlo antes —musitó mientras se marchaba.

Edwin lo observó atónito.

— Creo que se ha enterado. —Tamara comentó lo obvio.

— Supongo que no te podré mandar en este barco de regreso.

La mención a su regreso la sobresaltó, pero él no pareció darse cuenta. Era la primera vez que lo mencionaba, y la idea no le gustó.

— ¿Piensas mandarme de regreso apenas lleguemos?

Edwin la miró sorprendido.

— ¿Planeabas, acaso, vivir conmigo en América?

« En Inglaterra, de preferencia», estuvo a punto de decir ella.

— Pero ¿no es un poco apresurado? Quizás sea bueno escribir a mis padres primero. Ponernos de acuerdo en qué vamos a inventar.

Edwin lo pensó por casi un minuto entero. Al ver que no respondía, Tamara insistió.

— No puedo regresar sola.

— Yo vuelvo casi de inmediato. Estaría encantada de acompañarla si lo necesita —interrumpió la voz del señor Wasner a sus espaldas.

Ellos se giraron, sorprendidos por no haberlo escuchado. Tamara lo miró cautelosa, temiendo lo que pudiera haber oído.

Edwin no se mostró nada cordial. Su mirada era de hielo puro.

— No necesitamos ese favor, señor Wasner.

— ¿Ni siquiera en retribución a su apoyo? La cuidaría como si fuera mi propia esposa.

— El detalle es que es *mi* esposa. Comprenderá que no se la confie a cualquiera.

Se retaron con la mirada. Tamara se vanaglorió de que por fin mostrara un poco de celos.

Edwin, en cambio, no comprendía las ganas de lanzar al hombre al mar. Supuso que era rabia acumulada. Llevaba provocándolo demasiado tiempo como para que su temperamento no fuera cediendo, y la idea de que estuviera mostrando mucho interés en Tamara no ayudaba a calmarlo. Se decía que era debido a que se había convertido en su responsabilidad y debía protegerla de las intenciones oscuras de ese hombre.

Para no ser alguien aferrado a responsabilidades, se las tomaba muy en serio, y Tamara le inspiraba un extraño sentimiento de posesión que jamás había sentido. Las mujeres de su familia no solían tener necesidad de protección, y en Lydia, la emoción era más pena y culpa que un real interés. Con Tamara era distinto. Sentía una necesidad primitiva no solo de alejarla de los daños, sino de quien la deseara. No le agradaba, maldita fuera; no le gustaba en lo absoluto que llamara la atención de alguien más.

¿Qué diablos le sucedía? A él, que no se aferraba a nada, que jamás había experimentado la amargura de los celos.

Lo dicho: era la sangre gitana. No era necesaria una comprobación científica para echarle la culpa al invisible hechizo de atracción que solían llevar los de su familia.

— Señor Wasner —intervino Tamara después de haber disfrutado de un rato de Edwin celoso—. Creo que hemos ideado una estrategia para solventar su asunto.

El hombre arqueó una ceja con interés e hizo un gesto a la isla desierta para hablar con mayor tranquilidad.

La pareja asintió. Tamara, ansiosa por contar la idea que se le acaba de ocurrir, y Edwin porque no pensaba dejarla sola con él. Tuvieron que bajar en botes porque, al no haber un puerto donde llegar, estaban algo alejados de tierra, pero la tripulación no se opuso a sacarlos del barco. Una vez en tierra, se alejaron lo suficiente para no coincidir con los otros curiosos.

— Ya puedes hablar, arpía —alentó Edwin cuando llegaron al inicio del bosque—. Cuéntanos qué ha pasado por esa maquiavélica cabeza tuya. Aclaro que la idea ha sido de ella, por si necesita a alguien que asuma las responsabilidades.

Tamara se sintió orgullosa de ser el centro de atención. A pesar de la burla, admiraba que

Edwin le diera el crédito. Él sí creía que una mujer era capaz de crear buenas ideas, y las respetaba. Jamás la trataría con la condescendencia propia de los caballeros ingleses.

— Si no podemos encontrar a la rata, habrá que atraerla para poder cazarla. Para eso, necesitamos un bocado sustancioso, como usted paseando solo por este solitario bosque, a merced de cualquiera.

A Edwin le fascinó su tono sugerente, apasionado, pícaro. No había duda de que ese tipo de cosas le fascinaban tanto como a él, y lo disfrutaba como si no fuera a tener otra oportunidad, cosa que podía ser cierta.

El señor Wasner esbozó esa sonrisa tan suya.

— ¿Y cómo sabremos que me verá entrar?

— Si desea lo que usted tiene, lo tendrá constantemente vigilado. Tal vez nos esté viendo en este mismo momento.

Todos giraron hacia el barco. Aunque era imposible definir si de todos los que estaban en cubierta alguno estaba mirando el punto específico en donde ellos estaban, a ninguno le quedó duda de que la afirmación de Tamara tenía lógica.

— Sería conveniente hacerlo poco tiempo antes de zapar —comentó Edwin, pensativo—, así podemos dejarlo aquí en la isla y no armar un escándalo.

— ¿No te parece un poco cruel dejarlo en una isla desierta? —preguntó Tamara un poco horrorizada—. Podría morir de hambre. De sed.

— Intentó matarme —recordó el señor Wasner—. En la vida no se debe tener consideración por los asesinos, lady Tamara.

Edwin asintió en conformidad y Tamara admitió que tenían razón.

Acordaron el momento ideal para hacerlo. La idea era que el señor Wasner se internara solo en el bosque. Ellos estarían pendientes de si lo seguían, y una vez localizaran al perseguidor, se acercarían con cuidado para ofrecer ayuda de ser necesaria.

Era un buen plan.

La noche estaba cayendo cuando Tamara convenció a Edwin de dar un paseo por el bosque. Él no pareció demasiado entusiasmado ante un recorrido por el inhóspito paisaje, pero terminó por ceder solo porque no había mucho más que hacer hasta la hora de la cena. Para su sorpresa, luego de caminar un rato, encontraron una parte de la isla que también daba al mar, pero parecía más encerrada. Los árboles limitaban casi en la totalidad el espacio transitable, y solo un pequeño círculo, tan perfecto que parecía creado por manos mágicas, representaba un lugar para reposar.

Tamara se sentó, sin importarle mucho ensuciar el vestido de arena. A fin y al cabo, era el amarillo, y había decidido no ponérselo más en su vida.

Edwin se sentó a su lado y, sin decir palabra, observó junto a ella la silueta del sol que tocaba el horizonte. El cielo estaba pintado de colores naranjas intensos que al pasar los minutos se iban

oscureciendo. El reflejo de los últimos rayos de luz conformaba una imagen que actuaba como calmante.

Era la naturaleza en su estado más puro.

— Jamás había visto algo semejante —comentó Tamara, fascinada.

— Yo tampoco había visto algo así —admitió Edwin.

— Quizá nunca dediquemos suficiente tiempo a observar estos pequeños detalles.

Silencio. El cielo se fue oscureciendo con los minutos. Tamara jugaba con la arena sin despegar la vista del espectáculo.

De pronto, sintió la mano de Edwin sobre la suya.

Lo miró, sorprendida, pero él no la miraba.

— Eres una joven muy inteligente —le comentó—. El plan es magnífico. Aparte de Clarice, no he conocido a nadie como tú.

El corazón de ella dio un brinco ante el halago inesperado. No quiso decir nada para no arruinar el momento. En el fondo esperaba que continuara hablando.

No la decepcionó.

— Fue interesante tratarte más a fondo durante este tiempo.

Ella no supo cómo tomar eso, si como un elogio o un simple comentario previo a una despedida inminente. Decidió jugar con su mano para recordarle su presencia, solo por si la olvidaba. Parecía demasiado sumido en su mente.

— Nunca agradeceré tanto una oportunidad como esta —respondió ella con voz suave.

Edwin solo asintió, escuchándola a medias. Las palabras que habían salido de su boca eran apenas una parte de la cantidad de pensamientos que rondaban su cabeza. Aunque todos podía resumirlos en una frase que le costaba aceptar: ella era especial. En cualquier sentido.

Edwin no había querido pensar mucho en eso, pero después de verla hablar sobre el plan, la admiración que le profesaba desde hacía rato había crecido hasta un punto que consideró menester analizarla más a fondo. Él casi nunca analizaba nada a fondo, y acababa de descubrir lo conveniente que era evitarlo en muchas ocasiones, pues una vez que se empezaba, no se podía parar.

En ese momento, no podía detenerse. Ella era especial. Era inteligente, atrevida, valiente. Su humor, su forma de ser, su determinación le causaban una profunda atracción que iba más allá de lo físico. Y eso le preocupaba.

Quería alejar el sentimiento casi tanto como quería mantenerlo.

— Edwin, bésame.

Él creyó no haber escuchado bien. Poco a poco, salió de sus ensoñaciones para prestarle atención.

— Es un escenario que no creo volver a experimentar. Me gustaría darle un final memorable.

Edwin estaba demasiado afectado por el correr de sus emociones que no consideró qué tan válida podía ser o no esa petición. Quiso adoptar su costumbre de no pensar en las consecuencias, y por primera vez tratándose de Tamara, no lo analizó. Se inclinó hacia ella para deleitarse con el dulce sabor de los labios que podían embriagarlo con un solo toque. Jamás se había sentido tan afortunado como cuando lograba rozar esa suave carne con la lengua. Aparte, por supuesto, de cuando lograba poner las manos en su piel. No pudo evitarlo: incrementó el beso.

Tamara respondió con entusiasmo y eso lo alentó más. Una vez había probado la cura sus delirios no podía detenerse con facilidad; no quería detenerse. Se inclinó hacia ella y la impulsó con cuidado al suelo lleno de arena. A él no le importó, pero Tamara empezó a removerse hasta que consiguió zafarse para observar su cabello.

— Sería conveniente poner tu abrigo debajo.

Edwin volvió poco a poco a la realidad.

— Sería conveniente parar.

— ¿Desde cuándo haces lo conveniente? —protestó—. Quiero seguir.

No deseaba nada más en ese momento. De hecho, se atrevería a afirmar con dramatismo que podría morir si tan solo lograban terminar.

— Yo también —dijo Edwin en un quejido.

— Entonces, ¿cuál es el problema?

La pregunta para él era tonta. Incluso la inmoralidad tenía límites, y estar con una virgen sin planes de matrimonio entraba en ellos. Era una cuestión de honor y respeto. Además, la conocía. No podía hacerle eso: arruinarle el futuro sin más razones que el egoísmo y puro deseo.

— ¿Es necesaria, de verdad, la pregunta?

Tamara hizo un puchero. Notó que Edwin se separaba y se aferró a su chaleco.

— Edwin. Quiero vivir esta experiencia. Toda hasta el final —dijo con desesperación. Casi sin pesarlo.

No quería pensar. Quería dejarse llevar.

La declaración le provocó una punzada de necesidad que le hizo endurecerse más de lo que ya lo estaba. ¿Había algo más excitante que una mujer bien dispuesta casi rogando que se realizara el acto? Era demasiada tentación hasta para una moral muy arraigada. Para él, que tenía principios débiles, provocaba digna consideración. Pero no podía. Si no bastaban razones lógicas, podía pensar en que Rutland lo asesinaría, y con motivos válidos.

No podía.

*No podía.*

Tamara se percató de que él se estaba alejando, y en contra de todo sentido común, estaba decidida a traerlo de nuevo con ella. Tenía que ser en ese momento. Él la estaba mirando de forma diferente. Ya no podía esperar más ni arriesgarse a que considerase las cosas. Se inclinó para

besarlo, pero él se alejó.

Ella optó por medidas drásticas.

— Edwin, estoy enamorada.

La declaración causó más estupor de lo imaginado. Edwin, maestro de ocultar emociones, abrió los ojos desmesuradamente y su boca se abrió casi formando una «o».

— ¿De quién? —preguntó en voz baja.

No entendía por qué no le agradaba en lo absoluto la idea.

— De alguien que jamás me corresponderá —respondió con cierta melancolía. Tamara prefería no creer esa idea por completo. Deseaba guardar la esperanza—. He jurado solemnemente no casarme si no es con él. —A pesar de sonar parte del discurso, ella sabía que sus palabras contenían solo la verdad. Después de esos días, no podría estar con nadie más—. Y como es no es posible, mis días están condenados a la soledad. Si es así, ¿por qué no intentarlo? ¿Por qué no quedarme con esa experiencia?

— ¿Quién es? —insistió.

— No voy a decir su nombre. Solo que está casado y su corazón comprometido. Jamás será mío y yo jamás seré de nadie más. —Se acercó un poco más a él. Esta vez Edwin no se alejó. Sus palabras, cargadas de gran sentimiento, lo envolvieron—. Le pertenezco. Le perteneceré para siempre. Mi corazón fue robado hace un tiempo y no habrá nadie más. Puede que te parezca una exageración, pero dime, Edwin... ¿alguna vez has conocido el verdadero amor?

Él negó con la cabeza.

— No es posible entregarlo a nadie más. Pero el cuerpo... es algo distinto. Son experiencias que todos deberían vivir, al menos una vez. Regálamela, Edwin. —Se acercó un poco más. Sus labios casi se rozaban—. Sé que también lo quieres.

Edwin la miró a los ojos. No resistió la tentación. No evaluó la lógica de sus palabras. En el fondo deseaba una excusa para romper sus barreras, y ella se la acababa de proporcionar. Si era válida o no, no importaba en ese momento. La necesitaba, la necesitaba como necesitaba tomar agua. Como necesitaba respirar.

Mientras asaltaba su boca, se quitó el abrigo y lo tendió en la arena. Poco a poco, instó a Tamara a recostarse. Ella se dejó llevar con gusto. Disfrutaba de sus labios sobre los de ella, de la calidez de su cuerpo, de su peso. Le encantaba la forma en que sus manos recorrían su cintura y se posaban en su pecho. La urgencia con la que buscaba desatarle el corpiño. Se incorporó un poco para ayudarle a bajar, pero sus bocas no se separaron en ningún momento, ni siquiera para buscar el aire que se volvía tan necesario.

Él se separó un momento y la miró. Sus pupilas se habían oscurecido, y la intensidad de su mirada le produjo un escalofrío. No había palabras para describir lo que brillaba en esos ojos avellana, y dudaba que él mismo lo supiera.

Edwin terminó de sacarle el vestido. Se maravilló con la visión de sus pechos, libres del corsé y apenas ocultos tras una camisola muy transparente. Posó una mano sobre el pecho derecho y deslizó su mano con una delicadeza contraria al beso de hacía un momento. Su tacto era delicado, suave, como si tocara una pieza de porcelana propensa a romperse. No por ser un contacto sutil inspiraba menos sensaciones. Su piel ardía ahí donde él posaba sus dedos, su pezón se erizó y su cuerpo vibró cuando él lo apretó. Satisfecho con su reacción, hizo lo mismo con el otro pecho, pero en esta ocasión inclinó su cabeza para posar su boca en el cuello de ella.

Tamara gimió.

Necesitada de sentir más, empezó a tirar de su chaleco, buscando la forma de quitárselo. Edwin abandonó sus pechos el tiempo suficiente para ayudarla y deshacerse al mismo tiempo de la camisa. El pecho quedó desnudo y a merced de los dedos curiosos de Tamara, que deseaba tocarlo desde la primera vez que lo había visto sin camisa. Ante su exploración, él gimió. Las caricias en sus pechos intensificaron su fuerza y los labios en su cuello le dieron una pequeña mordida. La camisola desapareció en algún intervalo entre los besos en su cuello y los que comenzó a esparcir luego por su cara.

—Eres tan hermosa —musitó él, acomodándose entre sus piernas. Tamara se abrió para facilitarle la tarea—. Me has vuelto loco desde que te conocí.

En otro momento, Tamara se hubiera vanagloriado del elogio que esperaba desde que lo volvió a ver, pero su nivel de concentración era tan poco que no prestó mucha atención. El calor de su cuerpo que se acumulaba en su vientre le exigía más atención. Como si él lo supiera, bajó una de sus manos e inició un lento recorrido por su abdomen. No se detuvo ni siquiera cuando llegó a la mata de rizos oscuros que formaban el triángulo que apuntaba su lugar secreto. Siguió descendiendo, provocando que ella contuviera la respiración cada segundo, y cuando al fin parecía que iba a llegar al punto en especial que ardía, él abrió los dedos y lo evadió.

El gruñido de frustración de ella le causó risa y lo alentó a seguir explorando ese sitio jamás tocado, pero sin llegar a tocar donde más necesitaba.

—Edwin, por favor —rogó ella.

—Es la primera vez que te escucho rogar —respondió entre risas.

Sin previo aviso, introdujo un dedo con cuidado en su interior. Tamara se retorció, primero un poco incómoda por la extraña intromisión, y después porque sentía que necesitaba algo más. Él empezó a mover el dedo dentro de ella a la vez que su pulgar iba a parar a ese punto que había estado evadiendo a propósito hasta el momento. Tamara gimió, fuerte, alto, importándole poco que alguien pudiera escucharla. Cerró los ojos. La tensión se fue incrementando hasta que no aguantó más y su cuerpo convulsionó en un placer exquisito que estuvo a poco de dejarla inconsciente.

Abrió los ojos con lentitud. Sentía todos los músculos del cuerpo tan relajados le costaba moverlos. Edwin tenía la cara muy cerca de la suya, su rostro esbozaba una sonrisa satisfecha,

aunque su cuerpo parecía algo tenso.

— Una parte funcional de mi conciencia quiere que te advierta que deberíamos dejarlo aquí.

Tamara estuvo a punto de preguntar ilusamente si había más hasta que se percató de que aún lo rodeaba con las piernas. Era difícil pasar por alto la protuberancia que hacía presión contra su vientre y parecía desear ser liberado de la tela de los pantalones que lo reprimía. Ella intentó recordar la poca información que tenía sobre el acto amoroso, que no era mucha. Su familia se cuidaba mucho de hacer comentarios en su presencia, pero lo que acababa de suceder, y por la forma en que estaban enredados, se hacía una idea.

— La conciencia en la mayoría de los casos estorba —replicó, y se impulsó hacia delante para volver a tomar su boca.

Edwin no se hizo mucho de rogar. Respondió mientras sus manos se apresuraban a quitar el cierre de los pantalones, de los que se deshizo con presteza en unos cuantos segundos. Entonces, Tamara lo observó. El miembro se levantaba, tieso, y tenía un aspecto bastante amenazante. La atenazó una mezcla de curiosidad y miedo, pero pudo más la primera. Extendió la mano para tocarlo y se sorprendió con su suavidad. No era una característica que hubiera imaginado asociada a la dureza que demostraba.

Había empezado a acariciarlo de arriba abajo cuando él emitió un sonido ahogado y le quitó la mano.

Tamara frunció el ceño y lo miró.

— En otra ocasión —prometió él mientras se acomodaba mejor entre sus piernas.

Ella se conformó con saber que habría otra ocasión.

Sintió la punta del miembro presionando en su entrada.

Él se detuvo.

— Esto... —Él se mostró incómodo. Parecía no saber qué decir—. Es probable que te duela al principio. Si no lo aguantas, me lo dices, ¿está bien?

Ella asintió, segura de que no sería tan malo. Y no se equivocó. Sus cuerpos parecían hechos el uno para el otro, y más allá de un dolor inicial y un poco de incomodidad mientras se adaptaba, todo fue bastante tolerable.

Cuando él empezó a moverse, su cuerpo despertó.

Tamara concluyó que el barco podría hundirse, pero ella habría sido feliz.

## Capítulo 16

—¿Estás arrepentido? —preguntó Tamara, recostada todavía sobre el frac para protegerse de la arena. Se había colocado el vestido por encima, aunque no se lo había abotonado.

Edwin estaba sentado a su lado. Se había puesto los pantalones y tenía la vista fija y perdida en el horizonte, donde la luna se alzaba magnífica: el único testigo de su encuentro.

—No debería haberlo hecho.

Las palabras le cayeron como un jarro de agua fría.

—¿Es un sí?

Edwin negó con la cabeza.

—He hecho demasiadas cosas en mi vida que no debería haber hecho, pero jamás me he arrepentido por ello. Aplica para este caso también.

Ella suspiró, aliviada.

—Me tiene más preocupado que tú te llegues a arrepentir en el futuro.

—Oh, eso no pasará —aseguró ella con tranquilidad. No podría arrepentirse nunca, jamás. Era imposible.

—¿Por qué lo has hecho? —insistió Edwin.

Ella se incorporó, nerviosa. Si él estaba preguntando significaba que no la había creído del todo.

—Ya te lo he dicho. Porque...

Él alzó una mano para interrumpirla y negó con la cabeza.

—Sonó lo suficientemente convincente para derribar mi escasa resistencia, pero ahora que lo analizo en profundidad, puedo encontrar varias fallas al argumento.

A Tamara no se le ocurrió ni por equivocación preguntar cuáles eran esas fallas. Estaba demasiado agotada para defender su mentira. Al contrario, respondió:

—¿Estás convencido de que deseas saber la verdad?

Silencio. Al menos un minuto entero. Edwin no dejaba de mirar al horizonte, como si este le fuera a dar la respuesta más adecuada.

—Creo que no. Eres un misterio, arpía, y tengo la impresión de que prefiero que siga siendo así.

Una mezcla de alivio y decepción inundó a Tamara. Si él hubiera dicho que sí, ella por fin habría confesado, y lo que hubiera sucedido después habría quedado en manos de la suerte. Sin embargo, saber que ni siquiera quería saberlo le hacía cuestionarse qué tan poco le importaba.

—¿Por qué? —indagó.

«Porque es más seguro», pensó Edwin, quien jamás se había imaginado en una situación donde

evadiera respuestas. Pero ahí estaba, sin querer saber nada por primera vez en su vida. Si la información era un arma poderosa, a veces la ignorancia lo era aún más. Al menos, en un sentido protector. Sobre todo cuando se trataba de ella, que ya le daba demasiadas cosas en las que pensar.

¿Para qué cuestionar entonces sus motivos? Tamara no era una niña, debía saber lo que hacía, y fueran cuales fueran sus razones, a él no tenían por qué importarle. A lo mejor sería conveniente simplemente aceptar lo que sucedía en ese momento y dejar de cuestionar las causas. Ya no quería preocuparse más ni tener cargos de conciencia. No quería ser ese Edwin.

—Deberíamos regresar. Temo que, si pasamos demasiado tiempo fuera del barco, el capitán nos deje.

Ella no se lo cuestionó. No quería discutir, solo conservar por el mayor tiempo posible los resquicios de esa noche.

Regresaron al barco. A pesar de la hora avanzada, había algunos marineros trabajando la madera para arreglar las velas. No hacían mucho ruido, posiblemente por el temor de importunar a los pasajeros.

Una vez en la habitación, el cansancio los venció.

Al día siguiente se llevó a cabo el plan, por lo que no hubo tiempo para pensar en lo sucedido. O al menos esa excusa se dieron para evadir el tema. Todo resultó tal y como habían planificado: el ladrón, un caballero que apenas llegaba a los treinta y con una mirada que daba escalofríos, siguió al señor Wasner al bosque. A lo lejos, la pareja se percató de que sacaba un arma justo cuando entraba al bosque. Ellos daban por hecho que el señor Wasner también iba armado, pero sería mejor apresurarse para estar atento a cualquier inconveniente.

—Creo que sería buena idea que te quedaras —dijo Edwin cuando Tamara se disponía a entrar en el bosque.

—¿Por qué? —preguntó, incrédula.

—Puede ser peligroso —dijo con obviedad.

—Pero...

—No quiero que te pase nada. Te quedas —dijo, tajante.

El valor sentimental que podría haber tenido la muestra de preocupación fue opacado por la orden. Una de las pocas veces que recordaba que alguien le había dicho que no, fue cuando su padre se negó a llevarla al muelle, y no era necesario explicar las consecuencias.

Edwin se adentró en el bosque. Tamara no lo siguió. No de inmediato. Eso hubiera sido absurdo, ya que él se habría detenido a discutir y no habrían llegado jamás a la escena de acción. Esperó varios minutos hasta que lo vio desaparecer y se adentró, cuidando de no hacer ningún ruido al pisar. Creía ella ir por medio camino cuando alguien la tomó del brazo y tiró de ella.

Tamara reaccionó por instinto, alzó el brazo y asestó un golpe justo en la nariz. Cuando vio el rostro de su atacante, se dijo que se lo tenía merecido.

—Sabía que me seguirías —dijo Edwin mientras observaba atónito la sangre en su nariz—, pero no imaginé que tendrías la mano tan pesada. ¿Quién te ha enseñado a golpear así?

—Padre. ¿Te parece suficiente para intentar ir contigo o hacemos otro simulacro de ataque para probar que no estoy indefensa?

Edwin suspiró.

—¿Qué pecado estoy pagando contigo? —preguntó.

A pesar de que era obvio que no esperaba una respuesta, Tamara contestó.

—Puede que todos los de tu vida, que no son pocos. Aunque, ¿por qué tengo que ser un castigo? ¿No puedo ser una recompensa?

Edwin la miró como si lo reconsiderara. El hecho de que al menos lo estuviera pensando la animó. Le hubiera gustado saber su respuesta, pero un disparo los puso en alerta.

Sin tiempo de discutir, corrieron hacia el lugar de procedencia del sonido. Al llegar, no parecía haber peligro inminente. El desconocido y el señor Wasner estaban enzarzados en una pelea cuerpo a cuerpo.

A lo lejos, un arma estaba en el suelo.

—¡Maldita sea! ¡Si regresas vivo a Inglaterra, dile a tu señora que sus planes se pueden ir al infierno! —gritó el señor Wasner.

Era la primera vez que lo escuchaban perdiendo el control.

Edwin la hizo a un lado y se quedaron de espectadores. No parecía oportuno intervenir, no solo porque el señor Wasner parecía tenerlo todo controlado, sino porque el conflicto tenía una connotación personal. Ambos sintieron demasiada curiosidad por saber el trasfondo de esa historia.

—Al infierno te irás tú, Wasner. Bastardo hijo de puta... Jamás debiste haber nacido. —Intentó asestar un golpe, pero su contrincante era más ágil y lo esquivó con rapidez.

Acostumbrada a palabras malsonantes, casi siempre provenientes de su hermano, Tamara no se inmutó. Edwin la observó, pero no comentó nada. Tampoco parecía muy preocupado por si el vocabulario pudiera ofenderla. Al contrario: con distracción, empezó a mover unas cuerdas que tenía colgadas en el hombro y había robado esa mañana de la bodega.

—Ten cuidado con tus palabras, Marcon. Hay damas presentes.

La mención a Tamara distrajo lo suficiente al hombre para que el señor Wasner aprovechara y lo noqueara con un golpe. Con rapidez, lo puso de espaldas y lo maniató con una mano. Había ciertas diferencias entre el luchar de un caballero y el pelear de un hombre de mundo. Por la forma de atacar, Edwin se había dado cuenta de que el señor Wasner era de los segundos.

Solícito, se acercó con las cuerdas.

—Quizás necesites esto. O puedo atarlo yo. No participar en la pelea me ha decepcionado un poco. Esperaba diversión.

El señor Wasner lo miró como si estuviera loco, pero asintió. Edwin, que no había dicho más que la verdad, se entretuvo haciendo un nudo con agilidad en las muñecas del delincuente mientras el otro hombre lo retenía.

La complejidad del nudo asombró al señor Wasner.

—¿Hace esto con frecuencia?

—Me meto en problemas con frecuencia, así que sé cosas que no debería saber.

—Los malditos Allen —escupió el tal Marcon. Había dejado de revolverse, consciente de que era inútil—. Lo reconocí en cuanto lo vi. Esperaba que su predisposición a ayudar a este me favoreciera, no al contrario. ¿Cómo se supone que actúa su mala suerte?

Edwin se carcajeó tanto que tanto que casi se cayó al suelo. Tamara también se rio. El único que no podía comprender era el señor Wasner.

—Es selectiva y suele estar a favor de la justicia —respondió entre jadeos.

—Mala suerte... ¡y un cuerno!

Edwin volvió a carcajearse.

El señor Wasner se alejó unos pasos para observar al ladrón.

—Espero que pases una buena estancia aquí, Marcon.

Mientras el hombre maldecía, todos se alejaron.

—Admito que no he entendido la referencia a la mala suerte —comentó el señor Wasner cuando ya estaban en la barca para embarcar. De nuevo, estuvieron a poco de perder el barco, pues ya estaban levando anclas—. Sin embargo, ¿no fue uno de su familia el que obtuvo un divorcio hace poco?

La práctica consiguió que Edwin no mostrara ninguna emoción.

—El primo Gregory —respondió con tranquilidad. Lo bueno era que los Allen eran una familia muy numerosa—. Nada interesante. Al menos, no tanto como la historia de eso que codiciaba el señor Marcon. Después de la colaboración, no cometerá la mala educación de dejarnos con la duda, ¿verdad?

—La gente no me suele atribuir como una cualidad la buena educación. Puedo hacerlo como acto caritativo para satisfacer su curiosidad.

—Puede ponerle el nombre que desee mientras nos cuente —intervino Tamara con impaciencia.

Edwin asintió en conformidad.

El señor Wasner sintió que estaba en presencia de dos niños que no lo dejarían en paz hasta que hablase. Con resignación, introdujo la mano dentro del chaleco y sacó de un bolsillo oculto en la camisa un pequeño broche. No parecía algo muy valioso, aunque sí antiguo. Era una piedra de luna encajada en un marco de oro. Este tenía algunos rayones, al igual que la piedra, lo que evidenciaba su antigüedad.

—Es de mi madre. Lo único que tengo para demostrarle a un viejo que se exilió en América que soy su nieto para que me dé la herencia que me corresponde. Supondrán que, cuando hay dinero de por medio, siempre surgen enemigos inesperados. Les agradezco su contribución para solventar este detalle.

Ninguno lo dijo, pero hubo cierta decepción. Tamara había esperado una historia con más intriga. Había tenido el presentimiento de que iba a ser de esas, pero o bien se había equivocado, o el señor Wasner no estaba dispuesto a revelar toda la verdad.

Nunca lo sabrían.

Los días transcurrieron sin ningún otro episodio que alargara su estancia en alta mar. Parecía ser que la mala suerte les había dado un descanso, o tal vez simplemente no se podía posponer por siempre lo inevitable. Algún día tendrían que llegar, y, algún día, Edwin tendría que mandarla de regreso.

A Tamara le angustiaba mucho esa idea, sobre todo porque no veía muchos progresos e incluso ella se estaba desanimando. Si bien era cierto que desde aquella noche en la playa Edwin ya no se contenía con ella —seguía haciéndole el amor casi cada noche y la abrazaba con una ternura que solía causarle esperanza—, al día siguiente la magia se esfumaba. Su trato era cordial pero frío. Daba la impresión de que estaba reprimiéndose, y ella no podía hacer nada.

Tamara se sentía frustrada por haberse quedado sin armas a su favor. En realidad, ¿qué más podía hacer? Por mucho que le gustara, era consciente de que el amor no se podía forzar, y si Edwin no mostraba interés, no había mucho que pudiera hacer ella. Una situación dura de admitir, pero no por eso menos cierta. No obstante, jamás diría que se arrepentía de todos sus intentos. Tal vez nunca había existido una fórmula mágica para conseguir enamorar a un hombre y ella pecó de ilusa, pero haberlo intentado le bastaba para satisfacer su orgullo. Tampoco se arrepentía de haberse entregado a él. Ahora estaba más que segura de que no podría rehacer su vida. Parte de lo que le dijo aquella noche fue cierto: su corazón le pertenecía y no pensaba dárselo a nadie más. Su destino sería envejecer y añorarlo todos los años hasta que el tiempo convirtiera el dolor en una pequeña molestia, tolerable pero imposible de olvidar por mucho tiempo.

Tampoco quería pensar mucho en eso. Podía decirse que la batalla no estaría perdida hasta que ella estuviera de vuelta en Inglaterra con sus padres, solventando el escándalo que seguramente causó su desaparición. Antes de eso, todavía podía llegar una propuesta de matrimonio sorpresiva. Y ella se aferraría a esa idea.

—Edwin, ¿existe la posibilidad de que me quede embarazada?

La pregunta le había llegado a la cabeza de forma fugaz, despertando una alarma. Habían pasado casi dos semanas desde que habían hecho el amor por primera vez y nunca había tenido en consideración ese pequeño detalle.

Se desembarazó de su abrazo para poder mirarlo a la cara.

Edwin arrugó el ceño, como si la idea no le agradase.

A ella tampoco le agradaba.

—Creo que no.

—¿Solo lo crees? —Ahora ella estaba preocupada.

Él se mostró incómodo, como si la explicación que tuviera que dar no le agradara.

—Siempre me salgo antes de acabar, ¿lo has notado? —Cuando Tamara asintió, él continuó—: Bien. Ese... líquido que se expulsa es el causante del embarazo. No deberías quedarte embarazada.

—¿No debería?

Edwin suspiró.

—Nada es absolutamente eficaz, Tamara. Aunque diría que existe un noventa por ciento de probabilidades de que no pase.

Tamara se incorporó, cada vez más horrorizada. ¿Necesitaba recordarle cuál era su apellido? Cuando se trataba de un Allen, todo aquello que tuviera muchas posibilidades de salir bien se invertía.

Él debió leer su rostro.

—Si sales embarazada, me casaré contigo.

Su tono era tan resignado que Tamara se sintió asqueada.

No. Sobre su cadáver. Cuando él le pidiera matrimonio, sería de rodillas y con un anillo — aunque podía ceder en eso dependiendo de su humor—, pero no así. No obligado. Lo que menos necesitaba Edwin era eso.

—Quizás estemos llegando a extremos. ¿Usabas esa misma... técnica con Lydia?

Edwin se colocó la almohada en la cabeza en un gesto de exasperación.

—¿De verdad has hecho esa pregunta?

—No veo nada de malo. Si funcionó con ella, hay más probabilidades de que me quede tranquila. Supongo que el que no hayáis tenido hijos se debe a que no los buscasteis... ¿o fue suerte?

—Ni una ni otra. —Guardó silencio por tanto tiempo que ella estuvo a punto de repetir la pregunta—. Nunca me acosté con ella.

Tamara abrió y cerró la boca con incredulidad.

Imposible. Estuvieron casados siete años. Lydia no era la clase de mujer que inspiraba pasiones, pero aun así... Además, obtuvieron un divorcio y no una anulación. Si nunca se hubiera consumado el matrimonio, entonces ¿por qué...?

—No lo preguntes. No lo diré —dijo él, como si le leyera el pensamiento. Al ver la terquedad en el rostro de Tamara, añadió—: Por favor.

Ella habría podido insistir si hubiera mostrado terquedad, pero no podía desatender una

petición; sobre todo cuando Edwin pocas veces decía esa palabra.

Podía, en cambio, dirigir su interrogatorio a ámbitos similares.

—¿Le fuiste fiel todo ese tiempo?

—¿No puedes dormir?

—Responde. Prometo que no le diré a nadie.

—Estoy confiando en eso desde que comenzaste ya al principio del viaje con tus preguntas indiscretas.

»Está bien. Sí, le fui fiel todo ese tiempo. Siete malditos años célibe para que después vinieras tú a meterte en mi camarote a tentarme con tu cuerpo todas las noches, y para que, además, me chantajearas con un absurdo impidiéndome obtener placer.

Ella sabía a qué se refería, e ignoró esa parte del discurso porque no se arrepentía en lo absoluto de haberlo alejado de esa víbora. Por otra parte, le conmovió el hecho de que le hubiera sido fiel a una mujer que no había tocado en siete años. Ni siquiera el Edwin que había idealizado tanto llegaba a ese extremo de lealtad, y el corazón de Tamara brincó de alegría.

Ella lo miró con admiración y cierta coquetería.

—¿No te basto yo como compensación?

Él lo pensó un momento.

—Supongo que puedo conformarme.

Cansada, Tamara no respondió a la pulla. Se recostó sobre su pecho hasta que se quedó dormida.

Edwin permaneció despierto un rato más. Sus dedos acariciaban la suave textura del cabello de Tamara, y su mirada estaba fija en la luna que asomaba por la ventanilla. No era la primera vez que se preguntaba en esos últimos días lo que esa mujer le hacía sentir, ni por qué, de pronto, la inminente separación le producía pánico. También era un punto a analizar que no hubiese podido mantener sus manos alejadas de ella. No se reprochaba haber cedido a la tentación una vez, ni siquiera se culpaba por seguir deseándola ya que una vez se probaba el dulce ansiado, difícilmente quedaría saciado con rapidez. No obstante, un punto era válido: se estaba arriesgando demasiado. Ni siquiera eran solo las posibilidades de dejarla embarazada, que, aunque pocas, conformaban un punto a considerar. Era alargar eso hasta el extremo de que la separación resultara muy incómoda.

Incluso para él.

Edwin empezaba a temer bastante ese momento. Tenía el presentimiento de que este sería, en su vida, uno de sus mayores problemas.

## Capítulo 17

Tal vez debería casarse con ella.

La idea le llegó a la cabeza cuando por fin, tras un viaje de que había durado casi un mes, atracaron en el puerto de Boston. Quizás fuera porque la separación estaba más cercana o porque era inminente buscar una solución al problema, pero Edwin empezó a considerar toda la situación.

Desde un punto de vista honorable, era lo correcto.

No podía seguir ignorando la culpa. Se había acostado con ella casi dos semanas enteras, y eso no lo hacía un caballero. Básicamente la había arruinado para cualquier otro, y aunque Tamara había sido una parte activa en esa ruina, con base en sabría Dios cuáles motivos —y aunque fuera verdad que no pensaba casarse con nadie en su vida—, seguía sintiéndose culpable. Ella podría cambiar de opinión en un futuro, arrepentirse, y ya nada sería remediable. Tenía que responder de alguna forma. Era su deber.

Y a pesar de eso... tenía dudas.

Internarse en un matrimonio recién salido de otro no estaba en sus planes. De hecho, cualquier boda después de la última no figuraba entre sus imágenes de futuro ni de su vida. No es que se atreviera a comparar a Lydia con Tamara. Era comparar al sol con la luna. Edwin tenía claro que Tamara jamás le causaría la infelicidad que provocó Lydia, principalmente porque eran contextos distintos. Sin embargo, le agobiaba pensar que todo de nuevo se convertiría en un círculo repetitivo de responsabilidades. Esposa, niños, trabajo. Edwin temía no encajar otra vez en ese patrón, temía hastiarse hasta que solo quedaran despojos de él, y entonces solo podría sobrevenir un desastre. Podía ser un miedo absurdo o irracional, pero no podía despegarse de este, y eso le hacía dudar.

—Alguien nos está siguiendo.

Él tardó un poco en procesar las palabras de Tamara, que andaba junto a él camino al coche que el lacayo de Edwin se había encargado previamente de buscar. Cuando lo hizo, abrió los ojos con sorpresa, pero no se giró.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿Cómo no te has dado cuenta? La edad debe estar afectándote más de lo imaginado.

Edwin no tenía tiempo para caer en la pulla.

—¿Desde cuándo? ¿Cómo es?

—Creo que desde que bajamos del barco. Es el hombre flaco de cabellos canosos al cual la ropa parece quedarle grande.

Con lentitud, Edwin sacó un reloj de su chaleco y lo dejó caer con premeditación. Cuando se inclinó para recogerlo, giró la cabeza y ubicó con rapidez a la persona descrita que, por

casualidad, se detuvo al mismo tiempo que ellos.

—¿Algún enemigo en América? —preguntó Tamara.

—No he venido nunca como para crearme mala fama. Seguramente solo nos quiera robar. Caminas como toda una aristócrata y eso solo puede significar dinero.

—No parece un ladrón.

—Algunos no suelen parecerlo.

—¿Qué hacemos?

—Camina delante de mí. El coche está ahí adelante. Vamos, rápido.

Tamara se apresuró. Se subieron al coche que los estaba esperando y este avanzó.

El puerto de Boston era un lugar a rebosar de personas, por lo que fue imposible localizar al supuesto ladrón una vez dentro del carruaje. Avanzaron con dificultad hasta que lograron salir a una calle más transitada.

—Me gusta la moda de América. Edwin, tengo que llevarme unos vestidos —informó Tamara, mirando con la emoción de una niña por la ventanilla.

Edwin también miró. Quizás lo que más diferenciaba al país de Inglaterra, además de la ropa, eran las construcciones. Una forma particular de describirla sería cálida. Edificaciones de ladrillos rojos con claro estilo colonial. Calles amplias que instaban a transitar sin apuro. Y un toque de elegancia que de alguna manera le recordaba a su casa.

Llegaron a una posada recomendada por el cochero. A diferencia del resto de las edificaciones, esta era bastante grande, y aunque no se describiría como opulenta, Edwin la encontró bastante confortable después de casi un mes en el barco. Cuando mencionó en la recepción que quería dos habitaciones, Tamara le interrumpió.

—¿Es necesario? ¿Ya no quieres dormir conmigo, Edwin? —le susurró con tono provocador en el oído.

Edwin solo se rio. Era una arpía. No había duda. También era una seductora nata y eso le encantaba hasta tal punto que no consideró ilógica su sugerencia. Al fin y al cabo, era demasiado tarde para rescatar su reputación o fingir honorabilidad.

Pidió una sola habitación.

—Me gustaría pasear un poco por la ciudad. Parece encantadora. También necesito averiguar dónde comprar uno de esos hermosos vestidos, estos ya no dan para más. Tu ayuda de cámara no sabe lavarlos. —Se lamentó viendo la tela desgastada del vestido blanco, uno de los pocos que quedaban enteros.

El que había usado para llegar estaba inutilizable.

El ayuda de cámara, que estaba terminando de supervisar la llegada del baúl a la habitación, abrió los ojos y bajó la cabeza, avergonzado. Con un gesto, Edwin le quitó importancia y le dijo que marchara.

—Tú tampoco sabes lavarlos. Se hace lo que se puede.

Tamara no encontró fallas en su lógica y por un momento mostró una actitud de niña reprendida. Solo por un momento.

—He sonado como una consentida, ¿no es así?

Edwin sonrió.

—Sí, pero eres una consentida. No se puede pedir mucho. El paseo y los vestidos tendrán que esperar hasta mañana. Son casi las siete de la noche y yo solo deseo comer y luego dormir para acabar los días de este interminable viaje.

Ante la mención de comida, el estómago de Tamara gruñó. Después acomodar brevemente lo más esencial y arreglarse un poco, bajaron al gran comedor del hotel. Un olor a venado asado y patatas hervidas y varios condimentos los llevaron directos a una mesa en la esquina del espacio, donde podían tener algo de privacidad mientras esperaban.

—Tenemos que escribir a tus padres.

La mención a eso que Tamara quería olvidar fue inminente. Tampoco era un tema que agradase a Edwin. No en ese momento.

—Aunque temo —continuó Edwin— que tomará demasiado tiempo esperar una respuesta. Un mes, como mínimo. Quizás pueda contratar a una mujer para que te acompañe de regreso.

—Yo preferiría saber cómo está la situación —dijo Tamara. Su mente trabajaba para calibrar la mejor manera de obtener más tiempo—. Edwin, no sé qué tanto ha afectado esto a mi reputación. Es posible que mis padres hayan encontrado una excusa para justificar mi desaparición, pero es preferible asegurar cuál antes de volver. Contactarlos para saber la mejor manera de actuar es lo mejor. ¿Tanto te pesaría estar conmigo otro mes? —preguntó con voz dulce.

—No, pero debería decirte que me vine a este país con ahorros limitados y sin trabajo. No dudo que pueda mantenernos un mes, pero la situación no debería extenderse demasiado. Y considerando lo que se ha extendido nuestro viaje...

—¿No tenías ningún plan al venir a América?

—La idea era olvidarme de cualquier plan. Comenzar de nuevo —dijo con seriedad—. Se suponía que era yo solo, Tamara. No es lo mismo pensar en ti mismo que tener otra responsabilidad.

De nuevo el tema de las responsabilidades. Tamara ya se daba cuenta de que era algo que Edwin había aprendido a tomarse tan en serio que ya lo odiaba. Él mismo había comentado que era una de las razones por las que esquivaba el matrimonio.

—No tengo por qué ser una carga. Puedo trabajar.

La carcajada de él la ofendió.

—No has movido un dedo en tu vida, Tamara. ¿De qué podrías trabajar? No sabes ni coser.

Ella se cruzó de brazos, molesta.

—¿Por qué el trabajo de una mujer se tiene que limitar a eso? Se me dan muy bien los números. Hago cálculos mentales con facilidad. Papá a veces me deja sus libros de contabilidad.

Edwin se percató de que estaba hiriendo su orgullo y optó por tener tacto.

—Yo te creo y confío en ti, arpía. Pero dudo que alguien más lo haga.

Ella suspiró con resignación.

—Entiendo. Bien, hablo cuatro idiomas. Sin duda alguien querrá alguna institutriz que enseñe a sus hijas francés o español. Incluso italiano. Ese puesto va más con una mujer, ¿no?

Comprendiendo que ella hablaba en serio, Edwin se quedó sin palabras. Dudaba que su situación económica llegara a un extremo donde ella tuviera que buscar trabajo, pues Edwin confiaba bien en su instinto y capacidades para ganar dinero. Tampoco creía que, en el peor de los casos, se quedara el tiempo suficiente para que fuera imposible mantenerla. No obstante, le sorprendía su determinación a ayudar, algo que jamás se hubiera esperado de una joven criada entre algodones.

Pero estaban hablando de Tamara. Jamás había sido normal en ningún sentido.

Edwin de pronto sintió ganas de besarla, y si no hubieran traído la comida, a lo mejor lo habría hecho.

Durante la cena ella no habló. En su cabeza se había instalado una idea y se pasó toda la comida dándole vueltas, no muy segura de si posponerla o enfrentarla de una vez por todas: declararse.

Tamara consideró que era la única carta que le quedaba. Y no podía posponer su uso indeterminadamente. No tenía más opciones ni nada más que perder. Si las cosas no salían como esperaba, regresaría a Inglaterra así fuera con el señor Wasner. Por el contrario, si lograba despertar aunque fuera una reacción en Edwin, podría considerar América como su nuevo hogar. Era una posibilidad u otra, y había llegado el momento de hacerle frente.

Con esa determinación, siguió a Edwin a la habitación, dispuesta a confesar todo en el momento en que pusieran un pie dentro.

No obstante, Edwin no entró.

—¿Qué sucede? —preguntó Tamara, desconcertada. Él miraba la cerradura con el ceño fruncido.

—La han forzado —respondió en voz muy baja. De inmediato, se giró y le hizo un gesto de silencio.

—¿Cómo lo sabes? —musitó Tamara. A simple vista no notaba nada extraño.

—Le pasé llave antes de bajar, y cuando la he introducido, lo he notado. La puerta está abierta y alguien está dentro.

Silencio.

Tamara podía sentir la tensión en su cuerpo, y ella no estaba mejor. ¿Qué interés tendría alguien

en meterse a su cuarto? La única razón lógica que se le ocurría era robar. No era necesario cuestionarse por qué justo a ellos.

—Dejé la pistola dentro, maldita sea —siseó Edwin mientras se inclinaba para retirar de su bota una navaja. Tamara ya se había percatado de que siempre la llevaba consigo.

—Yo tengo la mía —ofreció, señalando su ridículo.

Había sido una de las pocas cosas que viajó con ella.

Edwin miró el ridículo y a ella alternativamente.

—Quédatela. No dudes en disparar si es necesario. Yo entraré primero. —La miró con advertencia—. No entres a no ser que yo pida ayuda.

Tamara no prometió nada y él no tuvo tiempo de arrancarle una promesa: con la navaja en mano, abrió con brusquedad la puerta.

Lo siguiente que sucedió fue algo confuso. Debido a la oscuridad de la habitación, distinguir a cualquier intruso no era sencillo. Tamara observó como una figura se abalanzaba hacia Edwin apenas este se adentraba. Él logró esquivarlo con dificultad. Edwin alzó el cuchillo y lanzó un ataque que la otra persona esquivó con una habilidad casi felina.

En un parpadeo, Edwin estaba desarmado.

Tamara se empezó a poner nerviosa. Los hombres iniciaron una pelea cuerpo a cuerpo que los introdujo más a fondo en la habitación. Ella le quitó el seguro al arma y se adentró solo un poco, con mucho sigilo.

Si tan solo consiguiera encender una luz para identificar al atacante...

—Mi recomendación es que guardes el arma. Puede surgir un accidente y no es nuestra intención llegar a niveles tan extremos... muy a pesar de él, que lleva casi un mes deseando la sangre de alguien.

La voz femenina a su espalda la sobresaltó tanto que Tamara dejó caer la pistola. El golpe podría haberla disparado, pero Tamara no había pensado en eso.

No cuando el reconocimiento la atacó como un viento helado.

Casi de inmediato, la luz de un candil encendió la habitación. Su madre estaba a su lado sosteniendo la lámpara mientras en el fondo, Edwin se había quedado tan asombrado por reconocer a su atacante que perdió la poca ventaja que llevaba. El duque de Rutland terminó por colocarle la mano en el cuello con la amenaza en los ojos de apretar más fuerte.

—Dime una razón por la que no deba matarte.

—Esto no es mi culpa, sino del apellido —dijo Edwin con voz ronca.

Tamara dudaba que eso lo fuera a sacar del problema.

A ninguno de los dos.

## Capítulo 18

Con esfuerzo, Edwin consiguió zafarse del brazo que amenazaba con ahorcarlo. Durante unos minutos se limitó a esquivar los furiosos golpes del duque hasta que pudo levantarse del suelo y respaldarse detrás de una mesa.

—De verdad, Rutland. Nada de esto es mi culpa.

—Ya lo sé —espetó, pero el brillo asesino no desapareció.

—Entonces, ¿por qué diablos quieres matarme?

—Porque no puedo hacerlo con ella.

Tamara palideció. Con lentitud, se colocó precavidamente detrás de su madre.

Rutland consiguió atrapar a Edwin. En esta ocasión, el mellizo se defendió y se inició una serie consecutiva de golpes entre ambos que los llevó de nuevo al suelo.

—¿No piensas decir nada?

Su madre, que parecía muy entretenida, asintió casi con fastidio.

—Supongo que ya es momento. —Observó a los hombres y dijo en voz alta, aunque sin llegar a gritar—: Rutland, cariño, la niña no se puede casar con un cadáver.

La mención al matrimonio hizo que Tamara contuviera el aliento y Edwin perdiera la concentración lo suficiente para que el duque pudiera asestarle en la mejilla un último golpe antes de retirarse.

Edwin masculló varias maldiciones antes de levantarse también. La habitación se llenó de un silencio bastante tenso.

—¿Y bien? —preguntó el duque con un tono malhumorado que Tamara jamás le había escuchado.

—Yo solo puedo decir que, cuando entré a mi habitación, ella estaba ahí. Supongo, Rutland, que puedes imaginar mi desconcierto.

Todas las miradas se posaron en Tamara. Esta empezó a moverse con lentitud hacia Edwin, que parecía la persona menos propensa a ahorcarla.

—No era mi intención irme en el barco con él, lo juro. —Al ver que su explicación no parecía satisfacerlos, continuó—: Solo quería decirle algo importante, nada más. Fingí que era su esposa para que me llevaran con él, pero no lo encontraban. Cuando nos acercamos a su habitación, aproveché una distracción para colarme dentro, pero me quedé encerrada.

—¿Cómo ha podido pasar eso? —preguntó el duque, perplejo.

—Forzó mal la cerradura —explicó Edwin antes de esquivar con agilidad el codazo de Tamara—. No prestó suficiente atención a esa clase, Rutland.

—No tengo tiempo para decepcionarme por eso ahora.

—Siempre hay tiempo para una reprimenda cuando se trata de eso —interrumpió la duquesa—. ¿Cómo es posible, Tamara, que a estas alturas no sepas la forma correcta de forzar una puerta?

Tamara supo que su madre solo deseaba quitarle un poco de tensión al ambiente, pero el duque no estaba de humor para eso.

—Basta. ¿Tienes una maldita idea del infierno que nos hiciste pasar? Cuando Mariam llegó para contárnoslo todo... —Soltó un gruñido que se asemejó a un rugido. Ella jamás lo había visto tan molesto—. Es mi culpa. Debí haber supuesto que harías algo así.

—No era mi intención zarpar —insistió Tamara, como si eso fuese escudo suficiente.

—Tu intención ya no importaba en ese momento, querida —dijo Topacio con un tono menos acusador que el de su esposo—. No sabíamos qué había pasado contigo. Mariam nos contó que te había dejado en el carruaje, y de ahí no supo nada. Bien podías estar en el barco o te podían haber secuestrado. Cuando pasaron los días sin ninguna nota, supusimos casi con alivio que era la primera opción, pero no estábamos seguros. Nos vinimos a América solo basados en una esperanza.

Tamara bajó la cabeza, avergonzada. En su egoísmo, jamás imaginó lo preocupado que podría haber estado su padre sin saber qué había sido de ella.

—Zarpamos casi una semana después que vosotros. Julian nos dijo el puerto a donde llegaría Edwin. Cuando llegamos, movilicé algunos contactos que tenía aquí y no encontramos ninguna información, solo que el barco no había llegado. ¿Por qué diablos se demoraron tanto?

—Oh, eso sí es culpa de Edwin —dijo Tamara.

—Del apellido —aclaró este, mirándola con fastidio—. Primero estuvimos unas horas detenidos porque se trabó el timón.

—Después, los gusanos de mar devoraron el casco y tuvimos que atracar en una isla para reparar el barco. Estuvimos casi una semana allí —continuó Tamara.

—Más adelante nos encontramos una tormenta que rompió las velas. Nos quedamos en una isla desierta hasta que las arreglaron —concluyó Edwin.

Topacio miró a su esposo con ironía.

—¿Era necesaria la pregunta, cariño? Te dije que seguramente ocurrieron acontecimientos de ese estilo. —Miró a Tamara—. Tu padre juraba que se había hundido el barco.

—Cerca estuvieron —refunfuñó Adam.

—¿La sociedad se enteró de mi desaparición? —preguntó Tamara, temerosa.

—La sociedad cree que te has ido al campo con Esmeralda a visitar a tu abuela Rowena, que se encontraba muy enferma.

Tamara abrió los ojos con sorpresa. Recordaba que la abuela Rowena estaba en el campo para cuando ella se fue, pues la temporada ya estaba finalizando y la dama ya no tenía las mismas

energías para quedarse hasta la última fiesta. No estaba enferma, según recordaba Tamara, aunque por el tono despreocupado de su madre supuso que esa una treta.

—¿Han mandado todo este tiempo a la tía Esmeralda al campo?

—¿Por qué no? Si ha sido ella la que te ha metido esa idea en la cabeza, no podía hacer menos que colaborar para mantener tu reputación. No te preocupes, regresó cuando nosotros fingimos ir hasta allí. Ahora todos estamos cuidado a Rowena. La sociedad no tiene nada que decir ante tanta solidaridad —espetó con ironía.

—¿Qué idea te metió Esmeralda en la cabeza? —preguntó Edwin.

Sabía que esa pregunta contenía la respuesta a la incógnita de todo ese problema, pero no podía seguir posponiendo el tema por más tiempo. Primero, porque a medida que avanzaba la historia la curiosidad se volvía más grande, y segundo, porque tenía el presentimiento de que de todas formas lo sabría.

Ante la mirada sorprendida de los duques, Edwin empezó a temer la respuesta.

—No me puedo creer que no se lo hayas dicho —dijo el duque con asombro.

Tamara les rogó con la mirada que no hablaran.

—Dime, muchacho —continuó Rutland—, ¿qué te dijo para justificar su presencia en tu camarote?

—Que Clarice estaba embarazada y había considerado menester que yo lo supiera.

La expresión de asombro de los duques solo confirmó parte de sus sospechas.

—Edwin Allen, si te has creído esa excusa, has perdido todo el respeto que alguna vez te tuve —manifestó Topacio.

No había duda de que lo decía en serio.

—Solo lo creí al principio. Después consideré innecesario saberlo dado que ya tenía demasiados problemas que resolver. Sin embargo...

Todas las miradas se posaron en Tamara. Oh, Dios mío. Esperaba no tener que hacer una declaración de amor pública. No podía imaginar un escenario más vergonzoso.

—Antes de desvelar el secreto —comentó la duquesa con desenfado—, hay otra incógnita que me perturba. Tamara, cariño, ¿cuál es tu habitación? Porque en la recepción nos dijeron que esta era la de Edwin y su esposa. Y basándonos en lo que nos has contado...

Tanto Tamara como Edwin palidecieron. Los ojos del duque brillaron de nuevo con una furia asesina que Edwin supo identificar.

Logró esquivarlo antes de que le asestara un golpe.

—Está bien, admito mi culpa —dijo Edwin con apuro, sin quitarle los ojos de encima—. Pero a mi llegada he recibido ya suficientes golpes sin razón para paliar esta ofensa, ¿no crees?

Rutland no parecía de acuerdo, pero no ejecutó más movimientos. Edwin no se confió.

De nuevo silencio. No era muy difícil deducir todo lo que implicaba que estuvieran durmiendo

en la misma habitación. Al menos se ahorrarían la vergüenza de mencionarlo en voz alta.

—La boda —masculló Rutland en un tono forzado—. ¿Cuándo será?

—¿Hay iglesias anglicanas aquí? —preguntó Topacio con curiosidad.

—Como si se vuelven católicos. No me interesa. ¿Cuándo será la maldita boda, Edwin?

Edwin carraspeó. Su tono de piel estaba ligeramente más pálido, y Tamara sabía perfectamente el motivo. No se quería casar.

Por más que le doliera esa conclusión, no tenía sentido evadirla.

—Supongo que se puede investigar cómo hacer una boda rápida.

Tamara no sabía cómo se sentía ser apuñalada, pero dudaba que doliera más que ese tono resignado.

Resignación.

Él podría haber usado cualquier otro matiz en su voz. Podría haberse negado tajantemente y no se habría sentido tan herida como al saber que se iba a casar con ella solo por deber. Eso significaba que no había logrado calar ni siquiera un poco en el fondo de su resquebrajado corazón. Había fallado de forma estrepitosa y no quedaba esperanza que mantuviera su ilusión.

—No —susurró en voz baja.

—¿No? —preguntaron sus padres al unísono.

—Tamara... —comenzó Edwin.

Ella lo interrumpió negando con la cabeza. Sentía el picor fastidioso de las lágrimas en los ojos y luchaba con todas sus fuerzas para evitar hacer un espectáculo, a pesar de que el esfuerzo le costaba gran parte de su energía. La derrota nunca se había sentido tan mal, quizás porque no estaba acostumbrada a experimentarla. ¡Qué ironía! Había tenido todo en la vida... menos lo que más deseaba: una prueba clara de que el destino jamás le daba todo lo querido a una persona. Los humanos vivían condenados a carecer de algo, y a ella le había tocado ser abandonada por el amor.

—Él no tiene la culpa —dijo con voz ahogada—. Yo insistí en ello. Lo engañé.

—Sabes que no me creí eso, Tamara —habló Edwin, con calma.

—Cállate. En el momento lo creíste, aunque fuera porque te convenía. La conclusión es que yo sabía lo que estaba haciendo y asumo todas las responsabilidades que eso implique.

Tamara irguió los hombros y recibió con dignidad todas las miradas sobre ella. La de desconcierto de Edwin, la de comprensión de su madre, e incluso el brillo de compasión en los ojos de su padre.

Su cuerpo no tembló, aunque sentía su interior bullir de emociones contenidas.

—No habrá boda —insistió. Su voz tenía un lamentable temblor.

—Creo que no estás entendiendo —comentó Edwin, como si hablara con una niña pequeña.

La condescendencia la exaltó más.

—Entiendo más de lo que crees, Edwin. ¿Puedes dejar de aferrarte al honor y aceptar la maldita libertad que te estoy ofreciendo? Tú no te quieres volver a casar, lo has dicho en varias ocasiones. No seré yo quien te devuelva a tu temido cajón de responsabilidades. Ya me cansé de intentar convencerte de que conmigo sería diferente.

Tras esa última frase, que dejaba poco a especulaciones, las lágrimas comenzaron a salir. Observó con visión borrosa como su madre le hacía un gesto a su padre y ambos se retiraban de la habitación.

Edwin estaba paralizado en su sitio. Sin palabras, como pocas veces había estado en su vida.

—Tamara...

—No entiendo cómo no te diste cuenta —prosiguió. Sentía sus mejillas mojadas, pero no prestó atención—. Siempre pensé que eras más inteligente. Toda una maldita vida enamorada de ti, Edwin. Desde los diez años, y nunca te percataste. —Edwin no dijo nada. No encontraba las palabras adecuadas para decir en ese momento. A Tamara su silencio le provocó una sonrisa sarcástica—. ¿Entiendes por qué no lo confesé cuando me encontraste en tu camarote? Habría sido muy incómodo. En cambio, preferí convencerme de que podía hacer que te enamoras de mí en ese tiempo. Me ilusioné con la idea y me negué a aceptar todas tus negativas al matrimonio. ¡Soy tan tonta! Pero tengo orgullo, y antes muerta que teniendo un matrimonio al que el esposo llega por obligación.

»Si tú no crees que puede ser diferente, Edwin, que yo no te voy a atar, que no quiero suponer un problema; que estaría contigo en cualquier circunstancia, sea difícil o no... Si ese miedo es más fuerte que todo lo que he hecho, no seré yo quien siga luchando. A veces... —sollozó, no pudo evitarlo—. A veces, hay que aceptar la derrota.

Esperó casi un minuto, en silencio, deseando que él dijera algo. Cualquier cosa. Nunca quiso imaginar una posible reacción de Edwin a su confesión, aunque, a decir verdad, jamás había imaginado confesarse así. Esperó en vano, porque Edwin no dijo nada.

Antes de dejarse todavía más en ridículo, Tamara se marchó.

Ni siquiera se percató de que sus padres la esperaban fuera. Por suerte, no hicieron ademán de detenerla. Necesitaba estar sola.

Poco después, Edwin por fin salió de su conmoción. Se disponía a seguirla, pero el brazo fuerte de Rutland lo detuvo.

—A menos que lleves en mente una declaración de amor, un anillo y la propuesta de matrimonio memorizada, no te recomiendo que te le acerques —dijo el duque.

No mostraba el enfado de hace un momento. Estaba más bien tranquilo.

—Pero...

—¿Sabes qué vas a decirle? —indagó Topacio.

Él negó con la cabeza, frustrado.

—Pues te recomiendo que lo pienses —respondió la duquesa con calma. Le dio una palmada en el hombro en un gesto maternal—. Estamos en el hotel Madisson, y regresaremos apenas Tamara se encuentre en condiciones.

Edwin asintió, algo distraído. No se percató de la marcha de los duques ni de nada. Todo a su alrededor desapareció, solo consciente de su mundo interno. De la confesión reciente y de qué debía hacer al respecto. Su cabeza parecía haber perdido la capacidad de pensar o coordinar ideas. Estaba en un estado de atontamiento absoluto.

No quería pensar en que ya lo sospechaba y había estado ignorando la idea todo ese tiempo. No quería pensar en qué tan cierto era el miedo que Tamara mencionaba, porque no era una palabra que usara con frecuencia en su vocabulario. Deseaba, como un niño pequeño, que el problema en el que se había metido se desvaneciera por arte de magia.

Aunque dudaba que fuera el caso.

\*\*\*

Tamara salió del hotel y se quedó recostada en la columna de entrada. El aire de la noche le golpeaba la cara y le secaba la prueba de su tristeza. Lástima que el dolor no desapareciera con la misma facilidad.

El momento que tanto había temido había llegado. Y el resultado había sido el peor escenario. Se podría decir que ya había pasado, no debía temerle más, pero eso no hacía la situación más digerible. Por eso era que las personas preferían ignorar los problemas. Enfrentarlos siempre suponía dos opciones: o encontrar una solución o aceptar que no lo tenía... o no era la esperada.

Esa no era la esperada, pero al menos se había acabado.

Quizás para siempre.

## Capítulo 19

Era hora de regresar a casa.

Tamara jugueteó con la comida del plato mientras sus padres se levantaban para ir a afinar los últimos detalles del viaje a Inglaterra, que sería en unas horas. Por una cuestión de decoro, ella debería acompañarlos y no quedarse sola en el comedor, pero en los últimos tres días sus sentidos estaban bastante lentos, tardaba en reaccionar, y le costaba bastante realizar alguna actividad. Así pues, les indicó que los seguiría en unos minutos y ellos no pusieron objeción.

Si algo podía agradecer, era la comprensión que le habían mostrado a pesar de toda la desesperación que les había hecho pasar. No insistieron en regresar de inmediato a Inglaterra, ni siquiera realizaron más preguntas incómodas, simplemente la dejaron tranquila en su melancolía hasta que ella misma dijo de irse. No valía la pena seguir en ese lugar y el próximo barco estaba a punto de zarpar.

Mientras más lejos estuviera de él, más fácil sería. O eso esperaba.

—Admito que descubrir que estaba aquí usted sola, con unas personas que dicen ser sus padres, me ha causado mucha curiosidad, lady Tamara.

Ella alzó la vista solo un poco para observar el señor Wasner, pero el desánimo no le permitió mantener su concentración en él mucho tiempo. Ya lo había visto de reojo en el hotel, pero no se había acercado porque su tristeza le impedía mantener incluso una conversación educada.

—A mí me causó curiosidad su llegada a América y la historia contada no me satisfizo; por lo tanto, todos estamos condenados a no saber algo, señor Wasner.

El hombre sonrió.

—Supongo. ¿Se está preparando para regresar? Creo que vamos en el mismo barco.

Tamara solo asintió. No tenía ganas de hablar, y consideró hacer el esfuerzo de levantarse para evitar la conversación.

—No es su esposo —dijo el señor Wasner de pronto. Su forma abrupta consiguió captar la atención de Tamara—. Edwin Allen. Recordé su nombre. Fue él el que se divorció recientemente. Dudo que haya tenido tiempo para correr amonestaciones y casarse de nuevo. Tampoco creo que, dadas la situación extraordinaria, le hubieran otorgado una licencia especial.

Tamara sonrió sin humor.

—Es usted bastante listo. ¿Piensa hacer algo con la información?

—No me supone el menor interés —respondió con sinceridad—. Además, les debo un favor. Podría decirse que somos amigos.

Ella sonrió, esta vez con más sinceridad.

—Sí. Amigos —admitió un tanto distraída—. ¿Alguna vez se ha enamorado sin ser

correspondido, señor Wasner?

—No, y creo que prefiero omitir la experiencia. No obstante, me atrevería a afirmar que ese tampoco es su caso.

—Ah, ¿no? —dijo sin mucho interés.

Cuando la esperanza había muerto, era difícil de revivir.

El señor Wasner le dedicó su sonrisa especial y le puso una mano en el hombro.

—No —dijo sin más antes de marcharse.

Tamara no prestó demasiada atención a sus palabras. Apenas consciente de lo que hacía, se reunió con sus padres y emprendieron el camino al puerto.

Durante el trayecto, sus padres discutieron las medidas a adoptar a su llegada. Llegarían directamente al puerto de Manchester. De ahí tomarían el camino a la casa de campo de la duquesa, y posteriormente a la suya propia. Sus padres confiaban en que no surgieran inconvenientes mayores, puesto que la temporada ya se había acabado. Por otra parte, Tamara dudaba que cualquier mancha a su reputación importara cuando ya no era apta para el matrimonio. Así que el plan le importaba más bien poco.

Una vez en el barco, se quedó observando el horizonte hasta que se hizo de noche. Los ojos aguados admitían lo que su orgullo no: había estado esperando todos esos días que él fuera a buscarla. No pudo ser más estúpida.

Con paso cansado, se dirigió a su camarote. Tomó el candil del pasillo y abrió la puerta sin prestar mucha atención. Reaccionó solo cuando se encontró con una luz encendida dentro.

—No entiendo cómo no has aprendido todavía. Si al meter la llave la puerta abre con demasiada facilidad, alguien ha forzado la cerradura. Regla básica de supervivencia cuando te involucras en actos delictivos.

El corazón de Tamara se paró por un momento y casi dejó caer su propio candil. Con lentitud, lo dejó sobre una mesa que encontró al paso antes de que sus ojos buscaran con desespero el origen de la voz. Él estaba ahí, sentado con comodidad en la cama gigante que ocupaba un tercio del camarote. Siempre con su aspecto desenfadado, el de un niño que no ha cometido ninguna travesura en su vida y está libre de pecado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cierta brusquedad. En parte temía estar alucinando.

—Asombra encontrar en tu camarote a alguien que no esperabas, ¿no es así?

»¿Quieres una excusa poco creíble, o la verdad?

Tamara lo observó con rabia, considerando la posibilidad de lanzarle el candil. Cómo se atrevía a bromear cuando su corazón estaba acelerado.

Él debió percibir sus intenciones, porque alzó las manos en son de paz.

—La verdad. Está bien. —Se levantó con movimientos algo torpes. Era fácil identificar cuándo una persona como Edwin, que siempre mostraba seguridad en sí mismo, estaba incómodo—.

Tenías razón.

Tamara arqueó una ceja. Si bien no era una admisión que el mellizo hiciera con frecuencia, no pensaba dejarlo fácil.

—En todo. Tenías razón en todo —continuó Edwin, pasándose las manos por los cabellos—. Yo... tenía miedo.

Silencio.

Que él admitiera algo así era algo que Tamara no se esperaba, y sabía que lo mejor era no decir nada y esperar a que él continuase. El único gesto que hizo fue acercarse a un poco a donde él estaba, aunque no pareció darse cuenta. Edwin parecía tener problemas para mirarla, y estaba notablemente interesado en un punto de la pared a su lado.

—Si hubiese usado solo un poco de la inteligencia que suelo pregonar, me hubiera dado cuenta desde el principio que ibas a cambiar mi vida. —Entonces la miró. La intensidad en sus ojos hizo que su corazón diera un brinco, y tuvo que usar mucho control para que la emoción no hiciera que temblase—. Cuando te volví a ver después de tanto tiempo... te deseé, pero cuando viajamos juntos, te amé. Era fácil sonreír contigo, cometer travesuras. Tu impertinencia y tu intrepidez me fascinaban porque me recordaban un poco a mí, porque me hacían saber que no debía reprimirme. Eras esa compañera que, en otras circunstancias, no habría dudado en mantener a mi lado.

»Admito que el miedo me cegó, Tamara. Jamás había fracasado en nada, y no poder con un matrimonio menguó un poco mi confianza. Nunca había asumido responsabilidades, por lo que me costó adaptarme a ellas, y quizás por eso la posibilidad de retomarlas me causó pánico. No terminaba de comprender que, muy a pesar de que eras demasiado consentida, no necesitas protección todo el tiempo. No te quebrarás ante una circunstancia difícil, y con toda probabilidad aceptarás y opinarás sobre cualquier locura que se me venga a la mente. No tengo derecho a arrastrarte a un barco sin rumbo, pero tampoco suficiente decencia para evitar proponértelo. —Sacó algo de su chaleco. Tamara se emocionó cuando él dejó al descubierto un hermoso anillo. Era una alianza de oro con un diamante tallado en forma de corazón—. ¿Qué dices?

Tamara guardó silencio por demasiado tiempo. Su rostro no mostraba ninguna expresión. No era su intención hacerlo sufrir —aunque se lo mereciera—, solo estaba demasiado asombrada para responder. Se había imaginado tantas veces la escena, lo había soñado en tantas ocasiones que quizás se había terminado convenciendo de que el momento solo se podría llevar a cabo en su imaginación. Por eso le costaba asimilarlo.

—Tamara...

Su tono preocupado la divirtió y fue un incentivo para mantener silencio unos segundos más. Solo unos segundos. Su emoción no podía con más.

—Sí. Me encantaría subirme a un barco sin rumbo. Por mí que se hunda mientras esté a tu lado.

—No tientes al destino, cariño —musitó mientras se acercaba para tomarla entre sus brazos—.

Yo prefiero que se mantenga a flote. De hecho, estoy seguro de que lo hará. Ninguno permitirá que se hunda. No más.

Tamara se puso de puntillas para recibir mejor ese beso. Apenas habían pasado unos días, pero lo había extrañado como si hubiera pasado una eternidad.

—Ya era hora. Estaba preocupada por tu humor. Nunca le he dado más la razón a Esmeralda que en este momento. Vosotros los hombres sois «lentos de entendimiento»... pero a un nivel extremo.

La voz de la duquesa los sobresaltó. Tamara se sonrojó y observó de reojo a su madre, que estaba recostada en la puerta del camarote. No parecía que su padre estuviera cerca.

—Topacio, siempre tan oportuna —comentó Edwin con una sonrisa forzada.

La duquesa le devolvió una de sus sonrisas irónicas.

—En realidad, sí. Rutland venía conmigo, pero se ha encontrado a un conocido en el barco y se ha entretenido. Una lástima. Hubiera pagado por ver su cara ante esta escena. —Se giró hacia Tamara y compuso una expresión de madre consejera—. En este tipo de situaciones, cariño, se cierra la puerta con llave.

Tamara enrojeció más de ser posible, e incluso Edwin se mostró incómodo.

—Todavía puedes huir, Edwin.

—Estaba pensando en quedarme aquí. Después de todo, ella se apropió de mi habitación todo un mes. Sería justo, ¿no crees?

Un comentario así era inaceptable desde cualquier punto de vista. Cualquier dama con un mínimo de cordura en su cabeza se habría escandalizado, pero la duquesa de Rutland no era cualquier dama, y Edwin lo sabía.

Ella solo se rio.

—Por supuesto. ¿Quieres ir a decírselo a Rutland?

El juego de Edwin llegó hasta ahí.

Todavía recordaba los golpes del duque en su mejilla.

—No.

—Me lo imaginaba.

—Pero no tengo donde dormir —protestó.

—¿Cómo? —preguntaron las mujeres al unísono, desconcertadas.

—Me colé en el barco. Es el mismo capitán que nos trajo y, al parecer, ha puesto mi nombre en la lista negra de pasajeros que no admitirá bajo ninguna circunstancia. De hecho, creo que soy el único en esa lista. No me dejaron comprar el pasaje.

Sin poder evitarlo, las mujeres se rieron. Edwin también sonrió.

—¿Y qué has hecho con tu equipaje? —preguntó Tamara.

—El señor Wasner lo ha hecho pasar como suyo, y ha dicho que el ayuda de cámara viene con

él. Un buen hombre, ya no lo encuentro tan desagradable. Entonces, ¿puedo quedarme aquí?

—Eso depende de qué tanto aprecio le tengas a tus huesos —contestó una voz desde la entrada. El duque de Rutland se recostó en el otro lado de la puerta en una pose similar a la de su esposa. No parecía molesto, aunque Edwin no cometió el error de tomar su amenaza a la ligera.

—Con los años, Adam ha agarrado la horrible costumbre de roncar —comentó Topacio con ligereza, lanzándole una mirada pícara a su esposo—, así que dormimos en habitaciones separadas. Supongo que podría tolerarlo durante el viaje para que Tamara se quede en mi cuarto.

—¿Sería un castigo tan terrible, querida? —preguntó el duque, burlón.

—Como no tienes idea.

»Edwin, espero que agradezcas este gran sacrificio.

Edwin sonrió, consciente de la broma implícita en la conversación. Tamara también debió entenderla, porque se sonrojó.

—Tienes mi eterna devoción Topacio.

—Bien. Tamara, querida. Acompáñame para que me ayudes a traspasar mis cosas. Después vendremos por las tuyas.

Edwin no necesitó más para saber que el momento se había terminado. Le guiñó un ojo en un gesto cómplice y Tamara se lo devolvió.

Afortunadamente, a lo mejor porque el destino se había ido a molestar a otro Allen —o porque el capitán tenía muy buenos santos—, no sucedió nada extraordinario en el viaje de regreso. Edwin ni siquiera fue descubierto y en dos semanas estaban en Inglaterra buscando la manera de solapar el matrimonio con una historia creíble.

—No hay manera de evitar que esto sea un escándalo. ¡Es imposible! —exclamó la duquesa de Richmond con una energía poco propia de una mujer de su edad. Cualquiera que se atreviera a creer que su cabello de color de la plata y su piel marcada por débiles arrugas la hacían una mujer más calmada, pecaba de ingenuo. La duquesa de Richmond siempre tendría ánimos cuando se trataba de bodas—. Pero supongo que podemos inventar una historia creíble. O al menos, lo suficientemente atractiva para que comenten más eso que el tema de un hombre que se casa a menos de dos meses de su divorcio.

»Oh, Dios mío. ¿No podemos esperar unos meses? Díganle que regrese a América y vuelva para el nacimiento del hijo de Clarice. A todos les parecerá lógico. Entonces, en una fiesta que ya me encargaré de organizar, fingiremos que se reencuentran y empieza un cortejo. En año y medio podrían estar casados sin mucha controversia.

—¿Año y medio? —chilló Tamara, tan fuerte que las damas colocaron discretamente la mano en los oídos. La expresión de la duquesa de Rutland dio a entender que ya se lo veía venir, pero lady Richmond era persistente.

—Has esperado diez años —acotó la lady Richmond—. No me parece un tiempo exagerado.

—Precisamente porque he esperado diez años, no deseo esperar otro más.

La duquesa suspiró.

—Bien. Supongo que podemos acortar el plazo y utilizar la misma estrategia. Diremos que ha regresado porque se enteró del embarazo de su hermana y la emoción le ganó. Es algo demasiado emotivo para venir de un hombre, pero de los mellizos se puede esperar cualquier cosa. Celebraré una fiesta de invierno solo con unos pocos invitados para que se empiece a correr el rumor de un cortejo. Calculo que podría realizarse la boda en unos cuatro meses, al inicio de la temporada. No pienso participar en un plan con un plazo menor, ¿entendido?

Tamara asintió a regañadientes y la duquesa sonrió satisfecha.

—¡Maravilloso! Hacía tanto tiempo que no organizaba una boda...

—Organizaste la de Mariam hace menos de un año —recordó Topacio.

—Y la de Charlotte poco antes de esa —añadió Tamara.

Lady Richmond desestimó sus comentarios con un gesto de manos. Las demás prefirieron dejarla con su ilusión. Para la duquesa jamás eran suficientes bodas.

Los cuatro meses pasaron demasiado lentos para una persona que llevaba esperando esa fecha por demasiados años. Tamara intentó insistir en varias ocasiones para adelantarla, pero no hubo manera de que lady Richmond cediera. Por suerte, Edwin no mostró signos de querer arrepentirse en todos esos meses. Solían arreglar encuentros en las casas de ambos. Siempre se terminaban escapando para robarse unos besos. Él le susurraba comentarios en el oído que la hacían sonrojar y luego bromeaba al respecto hasta que Tamara terminaba golpeándolo.

Aunque a ella le hubiera gustado pensar que su buena disposición se debía al amor que le tenía, sabía que no era así. Al menos, no por completo. Su padre había hecho uso de unos cuantos contactos que terminaron por conseguirle al mellizo un trabajo con el que jamás se aburriría: de investigador. Un reto diferente cada cierto tiempo era lo que una mente activa como la de Edwin necesitaba. A Tamara eso la emocionaba, porque sabía que él le comentaría y ella podría opinar. Si bien era cierto que un trabajo que podía acarrear enemigos no era ideal cuando se planeaba inicial una vida marital, no estaban tan preocupados al respecto. Con los años, Edwin había aprendido a moderar la vena que le clamaba peligro y sabía hasta dónde llegar. Lo suficiente para estar a salvo sin volver la vida un tedio absoluto.

El día de la boda llegó luego de una espera interminable. Con un vestido precioso color perla, bordado en hilos de oro y adornado con pedrería en el escote, Tamara por fin realizó ese sueño que tanto había estado esperando. Fue incluso mejor de lo que su imaginación pudo evocar, y ni los comentarios malintencionados sobre la boda, tan reciente después del divorcio, pudieron opacarla.

—Estoy aburrido —declaró Edwin a mitad del desayuno nupcial. Acababan de terminar el primer baile—, ¿y si nos vamos?

—Por la puerta de atrás —sugirió Tamara.

Edwin asintió.

—Voy a despedirme de mis padres —avisó, y se dirigió a donde estaban los duques.

Cuando terminó de hablar con los duques, buscó a Edwin con la mirada, pero no lo encontró. El conde de Granard le informó con complicidad que había ido a ordenar que prepararan el coche. Le dijo que lo esperara en la puerta de servicio que daba a la calle.

Tamara asintió. Cuando llegó a la cocina logró distinguir la figura de Edwin entre todas las criadas que trabajan frenéticas. Se estaba acercando a él, pero se detuvo al ver que hablaba con alguien. Al principio pensó que era una de las criadas, pero la buena tela de la ropa pronto delató otra procedencia. La presunta dama tenía un vestido negro y un abrigo que le cubría gran parte del rostro. No llegó a escuchar qué le decía Edwin, pero sí observó como este la abrazaba y la levantaba del suelo a pesar de las protestas de la mujer.

Edwin se giró y Tamara se escondió detrás de un estante mientras él pasaba de largo. Cuando ya no estaba en la cocina, ella salió. La dama se estaba subiendo a un carruaje que la había estado esperando.

Tamara la reconoció gracias a un movimiento rápido que le permitió verle la cara.

—Lady Lydia.

La dama soltó la mano que el lacayo le había ofrecido para subir al carruaje y se giró. Sus ojos, de por sí grandes, se abrieron un poco más al observarla. Detuvo su avance al carruaje y se acercó.

—Lady Tamara.

Silencio.

Tamara no sabía qué podía decir ni si había sido conveniente o no llamarla. Era cuanto menos irónico tener frente a sí, justo el día de su boda, a la mujer que había odiado gran parte de su vida por haberle quitado al hombre que amaba. Pero ya no la odiaba. No tenía motivos. Era feliz. Además: parte de lo que le había contado Edwin consiguió que Tamara le tuviera cierta simpatía.

—Me imagino que está usted dichosa al igual que lo está Edwin. Créame cuando les deseo felicitaciones sinceras.

Tamara solo asintió, todavía sin saber qué responder.

—Recuerdo que la vi en la boda de lady Mariam —continuó lady Lydia con tranquilidad. No parecía tener prisa—. Me es imposible olvidar su cara porque nadie nunca me había mirado con tanto odio. —Tamara se sonrojó, pero la dama no pareció prestarle atención—. Parecía que me envidiaba, y yo no comprendía por qué. No suelo inspirar esa clase de sentimientos en los demás, menos en damas de belleza extraordinaria que parecen tenerlo todo en la vida. El misterio ha quedado resuelto, supongo.

—Usted tenía lo único que yo deseaba en la vida —admitió Tamara con igual sinceridad—. Y en ese momento no tenía muchas esperanzas de tenerlo.

Lady Lydia sonrió. Sus dientes estaban algo torcidos.

—Nunca se debe perder la esperanza.

—Edwin me contó que lo ayudó a organizar el plan.

Ella asintió.

—Oh, sí. Si algo enseña la vida, lady Tamara, es que los errores hay que solucionarlos si no se quiere vivir en una infelicidad absoluta. Ese matrimonio fue un error desde el principio. Bastaron pocos meses para darme cuenta.

—¿Entonces por qué lo sostuvieron por tanto tiempo? ¿Por qué no pidieron la anulación? Yo sé que... esto... bueno, usted entiende.

Tamara no la habría culpado si no lo hubiera entendido. Sin embargo, un leve enrojecimiento en las mejillas dio a saber que sí. Su impertinencia no dio muestras de molestarla. De hecho, Tamara no la veía como alguien que enfureciera con facilidad. Parecía más de las que se resignaban.

—No le contó esa parte de la historia, ¿verdad? Debí suponerlo. Permítame el atrevimiento de decirle, lady Tamara, que se casó con un hombre extraordinario. No anulamos el matrimonio

porque... Bien, podemos decir que no cumplíamos con el requisito indispensable para anular el trámite. —Ante el desconcierto de la joven, Lydia continuó—: Un acontecimiento poco grato de recordar con un primo segundo ansioso de dinero me volvió indigna para el matrimonio. ¿Comprende?

Tardó un poco, pero entendió. Tamara abrió los ojos, sorprendida.

—Comprendo. —Se encontraba avergonzada por haber insistido tanto en el tema. Entendía por qué Edwin jamás lo mencionó.

—Quizás si me hubiese casado con mi primo Henry, como debió ser, le hubiera ahorrado tristezas, milady, pero mi padre no le tenía mucho aprecio y prefirió la deshonra al matrimonio. No tenía muchas esperanzas de casarnos, de todas formas. Ante la amenaza de muerte, y con su chantaje sin efecto, mi primo prefirió guardar silencio para no ensuciar su nombre y poder conseguir una heredera respetable más dispuesta.

»¿Sabe? Tal vez, si Edwin no me hubiera dado esperanzas antes de irse, habría convencido a mi padre de aceptarlo. Así de grande era mi desesperación y mi vergüenza. Supongo que debo agradecer el curso que tomaron las cosas, porque no creo que hubiera sido un final más agradable que este.

—Lady Lydia... —Tamara no sabía qué decir.

—Edwin me guardó el secreto —interrumpió la dama—. Pudo haberme repudiado, pero me guardó el secreto. Yo estaba muy amargada, lady Tamara, por eso tardé en darme cuenta de que no podía seguir reteniendo a una persona que me hizo un favor semejante y con la que no congeniaba ni tan solo un poco. Aunque mejor actuar tarde que no actuar, ¿no cree?

Tamara solo asintió. Del carruaje que la esperaba se asomó una cabeza. Era un hombre de cabellos rubios, unos cuarenta años y de complexión aparentemente delgada.

—¿Lydia?

—Un momento —contestó sin mirarlo. Sonrió ante la sorpresa de Tamara—. Por eso nunca se debe perder la esperanza. —Inclinó la cabeza en un gesto de despedida—. Hasta pronto, lady Tamara, aunque temo que será una despedida larga. Me voy a Francia. No tengo yo su valor para enfrentar el repudio ante una nueva boda cuando, además, se supone que no me puedo volver a casar. Mis mejores y más sinceros deseos.

La dama se marchó sin que Tamara pudiera decir palabra. El carruaje ya había desaparecido cuando Edwin regresó.

—Fui a buscarte y Julian me dijo que te había mandado aquí. ¿Cómo es que no te he visto?

Tamara parpadeó para salir de la sorpresa.

—No lo sé. ¿Será que la edad también te está afectando la visión? Yo llevo aquí un rato.

Edwin bufó y Tamara sonrió. El carruaje que él había pedido se estacionó poco después. Entonces, como dos niños cometiendo una travesura, se escabulleron dentro.

—No me has dicho a dónde vamos de viaje de bodas —preguntó Tamara cuando ya el carruaje estaba avanzando.

—América.

—¿De verdad?

—No —respondió, riendo—. Creo que me han vetado la entrada en todos los barcos que viajan al continente. Solo por curiosidad lo averigüé cuando fui a comprar el pasaje y el capitán se encargó de extender el rumor. Nos vamos a Italia, y esperemos que nos dejen abordar. Los marinos son condenadamente supersticiosos.

Tamara se estuvo carcajeando casi por un minuto entero.

—Mientras no nos quedemos atrapados en Italia...

—Tengo entendido que es un país precioso —acotó Edwin—. Dicho sea de paso, yo debería permanecer el mayor tiempo posible lejos de Inglaterra.

—Tonterías —replicó la joven—. Si mis padres y sus amigos no te dan la espalda, pocos se atreverán a hacerlo. Al menos, no más de lo que ya lo hacían. Tu matrimonio conmigo resultará ventajoso, ya verás.

—Eso espero, porque tolerarte toda una vida no será tarea fácil.

Ella fingió ofenderse.

—Soy yo la que cambié de apellido.

—Por decisión propia —se vio en la obligación de mencionar—. Siempre supiste que era un partido inconveniente.

—Lo conveniente es aburrido —replicó Tamara, inclinándose hacia él.

Edwin la alzó para colocarla en su regazo.

—Pero es menos problemático.

—Yo amo los problemas. Bueno, te amo a ti, que es lo mismo.

Edwin la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la coronilla.

—Yo amo a las arpías que se esconden en mi habitación.

—Seremos una pareja extraña —advirtió Tamara.

—Estoy apostando por eso —declaró antes de robarle un beso que, más que sus bocas, fundió sus almas.

## Epílogo

Inglaterra, 1840

—Clarice, te vas a romper la cabeza —advirtió Julian por segunda vez. La melliza no hizo caso y subió el último peldaño de la escalera que sostenía Edwin. Desde allí tenía una visión perfecta de la última fila de libros de la estantería. Al verse ignorado, Julian redirigió su atención—. ¿No piensas decir nada, Grafton?

El conde de Grafton, que estaba muy ocupado jugando con un niño de año y medio, apenas le prestó atención.

—Edwin no dejará que se caiga.

Julian se dio por vencido. Sapphire le puso una mano en el hombro en un gesto comprensivo.

—Tiene que estar por aquí. Estoy segura —masculló Clarice con exasperación.

—Llevas diciendo lo mismo desde hace una hora —comentó Angeline sin despegar la vista de una novela de Jane Austen: *Persuasión*. Debía ser la cuarta o quinta vez que la leía. Sentado a su lado, frente a la chimenea, Eliot, lord Coventry, observaba a la melliza con cautela. Estaba convencido de que todo terminaría en una desgracia.

—Y para cuando la encuentre, estaremos hundidos en polvo y libros. Espero que tengas intención de ordenar este desastre, hermana —dijo Richard Allen después de hacer grandes esfuerzos por contener un estornudo. Arleth, a su lado, lo reprendió con la mirada. Él no se inmutó y le devolvió una sonrisa encantadora mientras aprovechaba su ubicación cerca de la ventana para abrirla con el fin de airear el ambiente.

—¿Estás segura de que no te lo llevaste después de la boda? —indagó Alec. Su esposa Georgiana, a la que ya le estaba fastidiando del desorden, apoyó la idea.

—No he visto ese libro en años —respondió Clarice sin mirarlos. Estaba demasiado concentrada moviendo libros y lanzando alguno que otro al suelo—. Como me lo sabía casi de memoria, no lo necesitaba. Pero ya lo empiezo a olvidar, y quiero releerlo.

—Y no había mejor momento para buscarlo que en diciembre, cuando toda la familia se reúne, ¿no es así? —respondió Julian con sarcasmo.

Clarice sonrió con malicia.

—Así es. ¿Cuándo, si no, iba a regresar a esta casa? El próximo año, con mucha suerte.

Julian suspiró.

—¿Cómo has dicho que se llama el libro? —preguntó Tamara. Nadie la veía, pues estaba casi

acostada en el suelo buscando en la fila de abajo de una de las estanterías de atrás.

Fue una de las pocas voluntarias para ayudar a Clarice en su búsqueda, pues no le importaba mancharse el vestido de polvo. Quizás Mariam habría colaborado si hubiese podido asistir, pero su avanzado embarazo la mantenía en casa con frecuencia. No había más intrépidos en la familia. Solo Cassandra, la hija de Angeline, pero se acababa de casar. Por su parte, los hombres, si no estaban en la universidad, estaban en esa edad en la que preferían salir que pasar una noche desastrosa con la familia.

—*Reivindicación de los derechos de la mujer* —respondió Clarice.

—¿No se habrá quedado en la casa de Londres? —sugirió Sapphire con tiento.

—No. Estoy segura de que está aquí.

—Y estará segura de eso hasta que desarme la biblioteca entera —replicó Richard con cierto humor.

Los demás no parecieron igual de animados con la idea.

Clarice siguió revolviendo y lanzando libros en vano. Edwin tuvo que apartarse de vez en cuando para esquivar unos cuantos, y fue en una de esas cuando notó un viejo papel que reposaba bajo de la estantería. Debió de haberse salido de alguno de los libros.

Por instinto, soltó la escalera para inclinarse a tomarlo, pero no lo consiguió. El grito de Clarice lo puso alerta. Había perdido el equilibrio y se tambaleaba peligrosamente. Todos en el salón contuvieron la respiración, pero Edwin la sostuvo justo antes de que cayera. El peso casi le hizo caer a él también.

—Estás más gorda —protestó.

—O tú estás más viejo —replicó Tamara desde su lugar. Se dejó ver solo el tiempo suficiente para que Edwin le dirigiera una mirada asesina.

—Ni yo lo habría dicho mejor —dijo Clarice entre risas—. ¿Se puede saber por qué has soltado la escalera?

Edwin entonces lo recordó. Se inclinó para tomar el papel que había llamado su atención y lo mostró ante todos como si fuera una reliquia. Sus familiares no encontraron nada interesante. Clarice sí, porque se inclinó, curiosa, sobre el papel que Edwin acababa de desdoblar.

—Parece una carta.

—¿De amor? —preguntó Angeline.

Todo lo que conllevara amor tenía toda su atención.

—Averigüémoslo —respondió Clarice, arrebatando la carta a Edwin. Comenzó a leer en voz alta—: Enero de 1620.

La mención a una fecha tan antigua atrajo la atención de todos, incluso de Tamara, que salió de su escondite para prestar más atención.

—¿Existía esta casa para ese entonces? —preguntó Edwin.

—El título se remonta hace muchas generaciones. Es probable que sí. Clarice, continúa — ordenó el conde con clara curiosidad.

Todos guardaron silencio. Clarice, con voz teatral, continuó el discurso:

Querida Margaret:

Te escribo estas palabras con mis últimas energías. Estarás esperando leer que soy desdichado, que tu maldición hizo efecto y que estoy arrepentido de haber jugado con tus sentimientos. Sí, estoy arrepentido. Madurar implica aceptar los errores del pasado, y sé que lo que hice no estuvo bien. Sin embargo, temo decirte que no soy ni fui desdichado. Al principio te maldije, lo admito. La mujer que eligió mi padre parecía personificar todo aquello que odiaba. Mis intentos por librarme del compromiso no salían bien, y la buena suerte con la vida de la que una vez me vanaglorié, desapareció. Muy a pesar de mí mismo, dejé de lado mi incredulidad para creer en maldiciones. Me convencí de que me habías condenado, y cuando las cosas empeoraron, busqué con desespero una solución.

¡Qué ridículo debí parecer! El gran conde de Granard desafiaba a su Iglesia y visitaba a personas perseguidas por practicar magia. No obstante, sí sirvió de algo, pues un hombre que se llamaba a sí mismo sabio me dijo palabras que todavía no se han borrado de mi memoria: «El universo está compuesto por energía. A algunos les costará creerlo, pero esta energía siempre está equilibrada de acuerdo a cada caso. A nadie le va mejor o peor, simplemente tienen lo que deben tener. No tema por nada, milord, que la vida buscará la manera de contrarrestar las malas intenciones que han caído sobre usted y sus descendientes. Tema mejor por el alma de aquella que, llena de odio, se ha atrevido a proferir maldiciones».

Admito, querida Margaret, que no entendí nada en su momento. Mi piel ya se había arrugado por tantos disgustos cuando, pensando, lo comprendí. No se trata de amargarse con lo que nos sucede, sino de reírse con lo que nos da. La bruja de mi esposa resultó el amor de mi vida, y eso ha compensado cualquier mal momento. Y eso no solo me ha pasado a mí, sino a mis hijos, incluso a mi nieto mayor. Dios me ha dado la oportunidad de presenciar la forma en que el universo ha equilibrado tu supuesta maldición, y no puedo estar más conforme.

No es mi intención burlarme de ti, te ruego que no pienses eso. Como ya habrás comprendido, tampoco quiero pedirte que reviertas la maldición. Mi única intención con estas letras es pedirte que liberes esa amargura que carcome tu alma, para que, si sigues viva, disfrutes de tus últimos años en paz, así como disfrutarán mis generaciones del apellido que has declarado maldito. Deseo que puedan encontrarte para hacerte saber mis palabras.

Me despido dándote las gracias. Posiblemente se nos avecinen tiempos complicados pero que formarán personas únicas. Querida Margaret, te doy las gracias porque seremos dichosos, ya que aquellos que crecen entre problemas tienen que aprender a solventarlos, y llegará un momento en donde causarán más risa que tristeza. Te doy las gracias porque por ti encontraremos aquello de lo que muy pocos disfrutaban. Y aunque el amor puede ser el mayor problema de todos, vale la pena enfrentarse a él.

Me despido, querida Margaret.

Atentamente,  
Roger Allen, primer conde de Granard

Surgió un silencio incómodo después de que Clarice terminara de leer la nota. La información pasaba lentamente por la cabeza de cada uno de los presentes, incrédulos por saber, al fin, el origen de la famosa maldición.

Nadie decía nada, solo pensaban.

Al final, Julian soltó una estruendosa carcajada que resonó en la biblioteca y rápidamente se contagió a los demás.

—Así que no estamos malditos —dijo Julian rato después, cuando las risas cesaron—, solo tenemos la energía equilibrada de forma particular.

—Yo me atrevería incluso a decir que estamos más benditos que malditos —comentó Edwin pasándole un brazo por los hombros a Tamara, que se había acercado mientras leían la carta.

—Como sea, no me volveré a quejar —afirmó, y se levantó. Se dirigió a la vitrina donde se guardaban los licores y las copas—. Es más, creo que es buen momento para un brindis, ¿no creéis?

La familia asintió. Uno a uno, los caballeros se acercaron a la vitrina para servirse una copa y servirles otra a sus respectivas esposas. Cuando todos tenían ya el licor en las manos, el conde alzó la copa y dijo con voz estridente:

—Por un maldito, problemático y eterno amor —declaró.

—Por un maldito, problemático, y eterno amor —dijeron los demás al unísono, alzando sus respectivas copas.

Porque podía ser el problema más grande del mundo, pero jamás intentarían solventarlo o escapar de él. Porque valía la pena llegar hasta el fondo solo por experimentarlo. Porque duraba para siempre y esa sería la maldición más bendita que alguien podría poseer.

## **Nota de autora**

Queridos lectores, referente al divorcio de Edwin, me gustaría aclarar que el divorcio como ley en Inglaterra se aprobó en 1857, es decir, veinte años después de esta historia. No obstante, entre los años 1700 y 1857 se aprobaron más de trescientas solicitudes de divorcio, por lo tanto, no era algo tan extraño ni me he inventado nada. Eso sí, era un proceso muy costoso. Para obtenerlo se necesitaban dinero e influencias, y la única causal posible era infidelidad de la mujer.

Espero que este les haya resultado tan interesante como a mí.

## **Agradecimientos**

No tengo palabras para expresar lo contenta y satisfecha que me siento por haber concluido esta serie. Por supuesto, no falta la melancolía, pues mis queridos Allen me han estado acompañando durante cuatro años y despedirme de ellos me provoca un dolor en el pecho y picor en los ojos.

Quiero agradecer a todos aquellos que me acompañaron durante esta aventura. Que me dieron la oportunidad y se han leído todos los libros hasta llegar a este. Espero de corazón haberles sacado sonrisas, provocado emociones, y conseguir que se alejaran un poquito de la realidad. Ustedes son mi motor para seguir escribiendo historias como estas.

También quiero extender un agradecimiento especial a una persona a la que le tengo mucho cariño, mi adorada Gretha. Por todos sus comentarios, sus consejos, su inagotable información. Sin ella todo esto habría sido más complicado. No tienes ni idea, amiga, de lo mucho que te aprecio.

Sin más que agregar, me despido esperando que podamos reencontrarnos en otras historias.

Los invito a seguirme en mis redes sociales para que se mantengan al día con mis publicaciones, y obtengan información de rebajas o sorteos.

Instagram: @cathbrook\_

Facebook: Catherine Brook